

AD: AU
CIÓN GE

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY
300 SPADINA AVENUE
TORONTO, ONTARIO M5S 1A5
CANADA



WALTER SCOTT

WALTER-SCOTT

LASCARCELLI

DE EDIMBURGO

WALTER SCOTT



PR5317

C3

v. 1

ca. 1

GENERAL D

U
823
S



1080042558



BIBLIOTECA

UNIVERSITY OF TORONTO

UNIVERSITY OF TORONTO

UNIVERSITY OF TORONTO

UNIVERSITY OF TORONTO

UNIVERSITY OF TORONTO

UNIVERSITY OF TORONTO

UNIVERSITY OF TORONTO

UNIVERSITY OF TORONTO

UNIVERSITY OF TORONTO

C/ ma
N.º 750



NUEVA COLECCION

DE NOVELAS

DE SIR WALTER SCOTT;

TRADUCIDAS

POR UNA SOCIEDAD DE LITERATOS

TOMO NOVENO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS 110937

29204

82-3
L. D. Howell



Esta colección es propiedad de don Federico Moreno, y todos los ejemplares deberán llevar esta firma para ser conocidos por legítimos.

LAS CARCELES

DE EDIMBURGO

POR

Sir Walter Scott

TOMO I.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID, enero 1831

Oficina de Monxno, plazuela de Asfígidos, número 1.



PR5317

C3

BIBLIOTECA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE



ADVERTENCIA.

El objeto de Walter Scott en las diferentes novelas que ha escrito, es atacar el vicio, y ensalzar la virtud en cualquiera clase de la sociedad que los encuentre. Los que conocen la historia tanto religiosa como política de la Inglaterra en los dos últimos siglos, saben los vicios y errores en que cayeron los ingleses en orden á su gobierno político y á sus diferentes creencias religiosas, y los progresos que bajo ambos respetos se veían de cuando en cuando en hombres de todas clases y de todos los partidos.

Walter Scott coloca la escena que sirve de objeto á su novela, intitulada *las Cárcelas de Edimburgo*, en una época en que acababa de establecerse un gobierno político, nuevo para algunos



de los estados de aquella monarquía, particularmente para la Escocia, en cuyo Reino existian aun las diferentes sectas en que se habia subdividido la religion protestante, cuyos individuos no solo sostenian su rivalidad respectiva de secta á secta, sino su oposicion general á la iglesia católica, y al parecer con tanto mas empeño, quanto que el gobierno que en aquella época aunque momentánea, era católico, las despreciaba, las combatia y trataba de destruirlas.

Walter Scott prescinde de la cuestion teológica-dogmática, relativa á la falsedad de dichas sectas, y verdad de nuestra santa religion, se limita á atacar los vicios subalternos de aquellas, y toma por uno de los objetos de su rábia critica en la indicada novela á los presbiterianos, que creyendose los puros por escelencia, miraban co-

mo hereges y prevaricadores, no solo á los católicos, sino á los que seguian las demas sectas de la iglesia protestante.

La dura y estremada rigidez de los principios religiosos de los hereges llamados presbiterianos, dimanada de una falsa inteligencia de las Sagradas Escrituras forma un contraste particular, no solo con la moderacion evangélica de nuestra santa religion católica, sino tambien con la indulgencia no poca de las demas sectas, que aunque entiendan igualmente mal las Santas Escrituras, nada tienen de rigoristas.

De esta rigidez de principios de los hereges presbiterianos, resultaba ademas una tendencia á desobedecer ó eludir las órdenes del gobierno, si en el concepto de estos sectarios no estaban conformes con sus principios; un odio

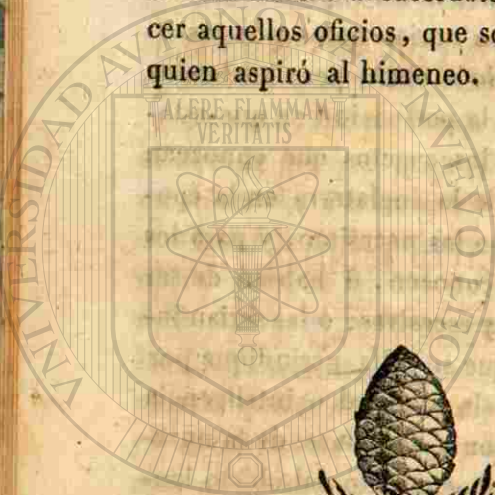
decidido á todo lo que no era presbiteriano, contrario á la humanidad y á la caridad cristiana; y un desprecio ó sacrificio de los sentimientos de humanidad y aun de los deberes sociales.

El vicio, origen de estos resultados, es uno de los que ataca Walter Scott en su novela. Para atacarle, le fue preciso ponerle en la palestra, y con este objeto pone en boca y en las acciones de David Deans, acérrimo presbiteriano, las doctrinas, cuyo esceso y mala aplicación quiere combatir; y al traducir dicha novela á nuestro idioma, hemos observado con placer, que tocando un punto tan delicado, no hay en ella espresion ó situacion que pueda ocasionar, no una seducción ó escándalo en órden á nuestra santa religion, pero ni aun una suspension en la lectura, ó temor de que propendiese á ello, de parte de alguno de nuestros

lectores, mientras encontraban su impugnacion ó desenlace.

Pudieramos haber suplido esta advertencia con varias notas puestas en el discurso de la obra; pero las hemos omitido por la persuasion en que estamos de que los sugetos que conozcan la historia de la Inglaterra en la época citada, no las necesitan, y para los que no la conocen, ó habian de ser numerosas y escesivas, ó les serian inútiles, sin que su falta perjudique por otra parte á la claridad ó inteligencia en la sucesion y desenlace de la novela, ni al conocimiento del objeto laudable que se propuso su autor. No obstante, mirando únicamente á los que no tienen conocimiento suficiente de los presbiterianos, debo prevenir que los sacerdotes de esta secta toman el estado del matrimonio, como sucede por lo comun en todas las sectas re-

probadas por la Santa Iglesia Católica, y por lo tanto, que no admiren el ver en esta novela al sacerdote Butser hacer aquellos oficios, que son propios á quien aspiró al himeneo.



XX

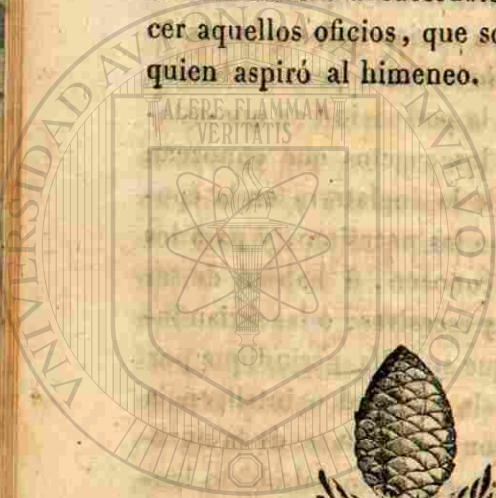
LAS CÁRCELES DE EDIMBURGO.

TOMO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

Londres tenia en otro tiempo su Tiburn, á donde se conducian en procesion solemne las victimas que la justicia inmolaba á la vindicta pública. En Edimburgo hay una ancha calle, ó por mejor decir, una plaza en forma de cuadrilongo, rodeada de casas muy altas, llamada Grassmarket, que estaba destinada al mismo objeto. El teatro no habia sido mal escogido para tales escenas, pues el local era vasto, y podía contener un número considerable de espectadores, que no dejan de reunirse en tales ocasiones. Por otra parte, aunque la arquitectura de

probadas por la Santa Iglesia Católica, y por lo tanto, que no admiren el ver en esta novela al sacerdote Butser hacer aquellos oficios, que son propios á quien aspiró al himeneo.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LAS CÁRCELES
DE EDIMBURGO.

TOMO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.



Londres tenia en otro tiempo su Tiburn, á donde se conducian en procesion solemne las victimas que la justicia inmolaba á la vindicta pública. En Edimburgo hay una ancha calle, ó por mejor decir, una plaza en forma de cuadrilongo, rodeada de casas muy altas, llamada Grassmarket, que estaba destinada al mismo objeto. El teatro no habia sido mal escogido para tales escenas, pues el local era vasto, y podía contener un número considerable de espectadores, que no dejan de reunirse en tales ocasiones. Por otra parte, aunque la arquitectura de

sus edificios nada tiene de particular: sin embargo, el todo de la plaza ofrece cierto aspecto de grandeza, que realza la vista, por el lado del sur, de la roca escarpada sobre que está edificada la ciudadela, y las de las murallas y sus torres, cubiertas de musgo y ennegrecidas por el tiempo que rodean aquella antigua fortaleza.

En aquel sitio se hacian aun las egecuciones hace unos veinte y cinco años. Una horca pintada de negro colocada en la estremidad oriental de aquella plaza, anunciaba al público el aciago día de una egecucion. Este instrumento de muerte era de una altura inmensa, y se hallaba rodeado de un catafalco, sobre el cual se apoyaban dos escaleras, una para el criminal, y otra para el egecutor. Este aparato fúnebre se preparaba antes de la aurora; pero con tal silencio y recato, que al verle por la mañana, no parecia sino que el infierno le habia vomitado sobre la tierra durante la noche. Yo me acuerdo aun del espanto con que mis compañeros y yo veíamos estos funestos preparativos, cuando pasabamos por Grassmarket para ir á la escuela. La noche siguiente á la egecucion la horca y el catafalco desaparecian;

y sus piezas dislocadas se volvian á colocar en el asilo obscuro y silencioso en donde estuvieron antes, que era en una de las cuevas ó subterráneos del edificio en donde residia el tribunal de justicia.

Hoy las egecuciones se hacen en Edimburgo del mismo modo que en Londres. La horca se coloca junto á la pared de la cárcel, y en frente de una ventana, por la que sale el delincuente con los dogales al cuello. El extremo de estos se halla atado á la horca, y á una señal se abre un escotillon bajo los pies del condenado, y éste queda suspendido en el aire, entregado á sus convulsiones mas ó menos largas, segun su vigor natural ó el peso de su cuerpo.

Los ingleses tienen este modo de ahorcar por menos inhumano; pero ¿es mas conforme con el objeto del castigo? Esta cuestion no parece tan fácil de resolver. Es verdad que los sufrimientos mentales del condenado son mas cortos; que no se ve precisado á atravesar una gran parte de la ciudad, cubierto con los vestidos de la muerte, rodeado de los ministros de la religion, que le exortan, y como un cadáver ambulante espuesto á la vista de un pueblo inmenso; pero como el objeto principal del

castigo es prevenir el crimen, y no el afijir al que le cometió, es de temer, que acortando la duracion de aquel espectáculo terrible y horroso, se disminuya la impresion que él produce en los espectadores, sola razon, que en nuestro concepto pueden justificar la aplicacion de la pena de muerte, y solo resultado útil que esta puede producir.

El dia 8 de Febrero del año 1736, se habia colocado este aparato fatal en la plaza de que acabamos de hablar; y desde muy temprano por la mañana esta se hallaba llena de diferentes grupos de gentes cuyas miradas se dirigian hácia la horca con aquel aire de satisfacion que inspira el deseo de una justa venganza.

La historia del hecho, que habia ocasionado la condenacion del criminal, cuya egecucion esperaba el pueblo, es algo larga, pero es necesario referir á lo menos sus acontecimientos principales, pues ademas del interés que presentan, aun para los que han oido hablar de este caso, son indispensables para la inteligencia de los sucesos subsiguientes.

Aunque el contrabando destruye las bases del gobierno, disminuyendo sus rentas, causa incalculables, perjuicios al negociante honra-

do, y corrompe el corazón de los que le practican: sin embargo, ni el bajo pueblo, ni las gentes de una condicion mas elevada le miran como un gran crimen. En los condados de Escocia, en donde es mas comun que en lo restante del reino, los habitantes mas esforzados y mas inteligentes, se dedican á este tráfico con la mayor actividad, y aun se hallan secretamente favorecidos por los grandes arrendadores y propietarios que viven en el campo. En tiempo de Jorge I y Jorge II, el contrabando era comun y general en Escocia; pues no estando el pueblo acostumbrado á los impuestos que miraba como atentatorios á sus antiguas franquicias, no hacia escrúpulo en eludir su pago por todo los medios posibles.

El condado de Fife rodeado por dos brazos de mar al Sur y Norte, y por el grande Occéano al Est, y con un gran número de puertos en sus dilatadas costas, era uno de los puntos en los que se hacia con mayor suceso; habia ademas en él muchos marineros, que habiendo sido bucaneros en su juventud, eran otros tantos aventureros emprendedores, que se dedicaban á lo que ellos llamaban el comercio. Entre estos el que mas llamaba la atencion

de los empleados en las aduanas, era un tal Andres Wilson, que habia sido panadero en la aldea de Pathéad. Este era un hombre forzudo y valiente, de una robustez extraordinaria, que conocia perfectamente todos los puntos de la costa, y era capaz de conducir las empresas mas arriesgadas: habia burlado muchas veces la vigilancia de los empleados de la aduana, pero éstos le seguian los pasos tan de cerca, que al fin le interceptaban varios contrabandos, de cuyas resultas quedó arruinado.

No teniendo nada que perder, y mirándose como robado, resolvió usar de represalias si se presentara la ocasion. La de hacer mal no tarda jamas á presentarse al que la busca. Wilson supo un dia que el recibidor de las aduanas de Kirkaldy habia ido á recoger los fondos de las cajas de su distrito, y que se hallaba en Pittenweem con una suma bastante considerable. Aunque esta no llegara ni con mucho al valor de los géneros que le habian sido aprendidos, sin embargo formó el proyecto de ampararse de ella para indemnizarse á espensas del recibidor y del gobierno, de las pérdidas que habia sufrido; y para ello se asoció con un tal Robertson y con otros dos, que

ejercian la misma profesion de contrabandistas, y á quienes logró hacer ver su empresa bajo el mismo punto de vista de represalia que la veia el mismo. Los cuatro forzaron la puerta de la casa en que vivia el recibidor, Wilson y dos de sus compañeros subieron á su cuarto, mientras que Robertson se quedó á la puerta con el sable en la mano para impedir que nadie entrase á socorrerle. El recibidor acababa de acostarse, y no tuvo mas remedio que escaparse en camisa por una ventana. Wilson no encontró dificultad en apoderarse del dinero, pero mientras que él se entretuvo en buscarle, el recibidor habia dado la alarma, y un destacamento de infanteria, que acudió al momento, logró prender á Wilson y á Robertson, los cuales fueron juzgados y condenados á muerte.

Muchas gentes imaginaron que en atencion á que aquellos infelices habian mirado bajo un falso punto de vista el crimen que acababan de cometer, no serian condenados á la pena capital; pero el gobierno juzgó que era ya necesario un ejemplar de severidad. Sin embargo, cuando se tuvo la certeza de que la sentencia se llevaria á egecucion, algunos amigos

hallaron arbitrio para hacer pasar á los encarcelados una lima, con cuyo medio cortaron uno de los barrotes de hierro de la reja que habia en la ventana de su encierro, y seguramente se hubieran escapado los dos, sin la tenacidad de Wilson, cuyo carácter altivo no cedía jamas la preferencia á nadie. Su compañero Robertson, jóven y de un tallé mas delicado, propuso pasar el primero y ensanchar la brecha por la parte de fuera, para facilitar la salida de Wilson, que era mas robusto y mucho mas grueso; este no quiso acceder á la proposicion de su compañero, y se empeñó en salir el primero; pero al pasar por la abertura se quedó de tal modo prendido entre los demas barrotes de la reja, que le fue imposible ir ni adelante ni atras, en términos, que habiendo sido descubierta por este medio su tentativa de evasion, el carcelero tomó todas las medidas posibles para que no la intentasen otra vez.

Robertson tuvo la prudencia de no hacer ningun cargo á su compañero Wilson; pero este se los hacia á si mismo, pues sabia que sin él Robertson no hubiera cometido el delito por el que se hallaba condenado á muerte

y que sin su pertinacia en querer pasar el primero, se hubiera escapado facilmente de la cárcel. Los caracteres como el de Wilson, aunque ocupados sin cesar de proyectos criminales, son algunas veces susceptibles de generosidad; Wilson la tenia, y desde aquel momento no se ocupó mas que en buscar los medios de salvar la vida de su compañero, sin pensar en la suya. El plan que trazó para lograrlo y el modo como lo ejecutó son tan delicados como extraordinarios.

Cerca de la cárcel de Edimburgo hay una Iglesia, que á causa de su proximidad á este edificio, se llama la Iglesia de la cárcel. Segun la costumbre de aquel tiempo el domingo último, anterior al dia señalado para la egecucion de alguna sentencia de muerte, se conducian á dicha Iglesia los reos, para que asistiesen por la última vez á las rogativas públicas, pues se suponía que el corazon de aquellos infelices, por endurecidos que estuviesen en el mal, no podría menos de compungirse hallándose por la última vez reunidos con sus semejantes para ofrecer sus homenajes al Altísimo, y se creía igualmente que la vista de unos hombres que debian compa-

recer dentro de poco ante el terrible tribunal de la divina justicia, inspiraría al resto del auditorio reflexiones saludables: sin embargo, esta costumbre cesó de observarse desde el lance que vamos á referir.

Los dos reos Wilson y Robertson habian sido conducidos el domingo último á la Iglesia y se hallaban sentados en un banco, destinado á este efecto, sin grillos ni cadenas, pero colocados cada uno entre dos soldados de la guardia de la ciudad, encargados de custodiarlos. Concluida la rogativa, el párroco pronunció un discurso patético acomodado á las circunstancias, pero cuya mayor parte se dirigia á los dos reos. Entre otras cosas les dijo, que todos los hombres estaban condenados á la muerte, pero que ellos tenian sobre los demas la ventaja de saber el momento fijo en que debía egecutarse esta terrible sentencia; y que en su vista debian aprovechar lo poco que les quedaba de vida para merecer por su arrepentimiento la clemencia del Todopoderoso. A estas espresiones se notó que Robertson derramaba algunas lágrimas, pero Wilson parecia concentrado en sí mismo segun era natural en un hombre de su carác-

ter. Cuando se concluyó el sermón y el párroco dió la bendicion de costumbre, todo el mundo se dispuso á salir de la Iglesia, y todos miraban con sentimiento y compasion á los dos reos, sin duda por no creer tan grave su delito. Estos se levantaron igualmente que los cuatro soldados que les guardaban; pero de repente, y sin que nadie lo pensase ó pudiese preveerlo, Wilson, que era un hombre robusto y vigoroso, coge por el cuello de la casaca á los dos soldados que estaban á su lado, y grita á Robertson: ¡salvate Geordy! y arrojándose al mismo tiempo sobre otro soldado le asió con los dientes por una manga, y le detiene. Robertson quedó al principio inmovil, como los demas espectadores; pero vuelto inmediatamente en sí, y oyendo otras voces que le decian que se salvase, derriba de un empellon al cuarto soldado, y saltando por encima del banco se confundió entre la muchedunbre, entre la que no hubo nadie que quisiera, deteniendo á un desgraciado, privarle del último recurso que le quedaba para evitar la muerte: de esta suerte salió de la Iglesia, y se ocultó en términos, que dejó burladas todas las pesquisas y di-

ligencias que se hicieron para encontrarle.

La intrépida generosidad que Wilson había manifestado en aquella circunstancia, aumentó la compasión que inspiraba ya con anticipación su desgraciada suerte; el espíritu público, cuando no está prevenido, se declara ordinariamente por la humanidad: todo el mundo admiraba la conducta de Wilson, y todos se alegraban de la evasión de Robertson. Este sentimiento era tan general, que bien pronto se esparció por toda la ciudad un rumor sordo de que se salvaría á Wilson á viva fuerza al momento de la ejecución de su sentencia. Los magistrados creyeron propio de su deber el tomar medidas que asegurasen el respeto debido á las leyes, é hicieron poner sobre las armas una compañía de la guardia de la ciudad mandada por el capitán Portews. Como el carácter de este jefe tuvo una grande influencia en los sucesos que vamos á referir, creemos necesario decir algo de él, así como del cuerpo que se hallaba bajo sus órdenes.

El capitán John Portews, nombre memorable en la historia de Edimburgo, como en los registros del tribunal criminal de aquella ciudad,

era hijo de un artesano, que no tuvo otras miras con respecto á él, que las de hacerle aprender su oficio; pero este jóven tenia tanto gusto por la disipacion, como aversion al trabajo; y huyendo de éste, abandonó la casa paterna, se dirigió al continente, y tomó partido en la legion escocesa que estuvo tanto tiempo al servicio de la Holanda. Allí aprendió la disciplina militar, y obtuvo un grado; y cuando en 1715 regresó á su patria, los magistrados de Edimburgo le encargaron en aquel año de tantos trastornos, organizase la guardia de la ciudad, de la que le nombraron capitán. Sin embargo, no obtuvo esta distincion sino con favor de sus conocimientos militares y de su carácter osado é intrépido, pues por lo demas, pasaba por un hombre de mala conducta, por un hijo desnaturalizado y un marido brutal: con todo, habia sido útil en su puesto, y en efecto era el espanto de los alborotadores, y de todos los que se atrevian á alterar la tranquilidad pública.

El cuerpo que mandaba, se componia de ciento veinte hombres con uniforme, y pagados regularmente. Estos eran la mayor parte soldados antiguos, que tomaban partido en

aquella compañía, porque los días que no estaban de servicio, podían trabajar en algun oficio. Sus atribuciones eran conservar el orden, impedir los robos en las calles, y patrullar en las ocasiones en que pudiera temerse algun alboroto. Cuasi todos ellos eran naturales de las montañas de Escocia, y como lo hemos dicho, habían ya servido. Es fácil, pues, de comprender que ni su carácter ni sus antiguas costumbres, les ponían en el caso de soportar con paciencia los insultos de la canalla, de los estudiantes, y de las gentes perdidas de que se hallaban rodeados continuamente. Un choque con estos veteranos, era una de las diversiones favoritas del bajo pueblo, los días de fiesta ó de ceremonia: y muchas gentes que leerán estas páginas, podrán sin duda acordarse de haber sido testigos de semejantes escenas. Pero este cuerpo respetable puede mirarse ya como no existente: se ha ido disipando gradualmente como los cien caballeros del rey Lear, pues que los magistrados se han hecho sucesivamente las reflexiones siguientes: ¿Para qué queremos estos ciento veinte hombres? ¿Para qué queremos ciento? ¿Para qué queremos ochenta? ¿De qué nos sirven? Sin embargo, se ven aun

pasearse por aquí ó por allá algunos espectros con cabellos blancos encorvados por la edad, con un sombrero de tres picos de una forma antigua, guarnecido con una cinta blanca de hilo, á manera de galon de plata, y cuya mano seca y arrugada, puede apenas sostener una arma que se reduce á un palo, en cuyo estremo se halla enclavado un hierro en forma de hacha. Tal es la especie de fantasmas que se ven rodar al pie de la estatua de Carlos II en la plaza del parlamento, como si la imagen de un Estuardo fuese el único asilo que hallasen hoy nuestras antiguas costumbres.

Sea de esto lo que quiera, en la época de que hablamos el capitan Portews daba mucha importancia al honor del cuerpo que mandaba; por lo mismo sintió infinito la afrenta de que Wilson habia cubierto á los soldados que le guardaban, facilitando la evasión de Robertson, y manifestaba del modo mas violento su resentimiento contra él: pero cuando oyó hablar de los temores que se tenían de que se escapase en el momento de la ejecucion, su furor no tuvo limites, y prorumpió en amenazas y egecuciones, que desgraciadamente quedaron demasiado impresas en la memoria de los que las oye-

ron. Con este motivo, recibió con el mayor placer las órdenes de los magistrados de prestar mano fuerte á la egecucion de la ley el dia del suplicio de Wilson, y no dejó de poner sobre las armas toda su fuerza disponible que constaria de unos ochenta hombres, los que formó en la plaza de Grassmarket.

Los magistrados tomaron aun otra precaucion, y fue requerir á un regimiento de infanteria de línea que se hallaba acantonado en las inmediaciones, que entrase aquel dia en la ciudad y se formase en batalla, no en el lugar de la egecucion, sino en la calle principal, á fin de intimidar al pueblo desplegando una fuerza, á la que no podia pensar en resistir. El amor propio de Portews se halló ofendido con esta medida, y no pudo ver sin furor que una tropa inglesa marchára á tambor batiente por las calles de una ciudad, en cuyo recinto ningun otro tambor que el suyo tenia derecho de hacerse oír, sin la requisicion ó permiso de los magistrados. Como no podia espletar su furor contra esta tropa, su rabia contra Wilson y sus cómplices no hizo mas que aumentarse, y así deseaba interiormente que hubiese alguna comocion para entregarse al placer de la venganza.

Esta agitacion interior, produjo una mutacion tan grande en su fisonomia, que la conocieron todos los que le vieron en la mañana de aquel dia. Portews sin ser un bello hombre, tenia un exterior bastante gracioso; era de mediana estatura, bien hecho, ligeramente pintado por las viruelas; tenia los ojos azules, su mirar amable y su aire tranquilo. Aquella mañana parecia como poseido por alguna furia: sus pasos eran inciertos, su voz ronca, su rostro pálido, su mirar distraido y sus discursos sin orden ni concierto en sus ideas: en fin, muchas gentes observaron despues que tenia el aire y el aspecto de un *Fey*; espresion de que se valen los escoceses para manifestar un hombre arrastrado ácia su fin por una fuerza irresistible.

Es preciso confesar, que empezó el ejercicio de sus funciones por un rasgo de una grande inhumanidad, sino ha sido exagerado por el ódio que aun se conserva de su memoria. Cuando el carcelero le entregó á Wilson para ser conducido al lugar de la egecucion, no se contentó con tomar las precauciones de estilo para que el criminal no se escapase, sino que mandó que se le pusiesen esposas en las manos.

Esta precaucion podia disculparse, en atencion al carácter y fuerza del culpado, y del temor de que el pueblo hiciese algun movimiento para salvarle. Las esposas que le trageron eran demasiado estrechas; pero en vez de pedir otras mas proporcionadas á la robustez del paciente, se empeñó en ponerle aquellas, empleando todas sus fuerzas para colocarlas, de modo que si logró este efecto, fue haciendo sufrir al paciente un cruel tormento. Wilson reclamó contra este acto de barbaridad, y le hizo presente que el dolor que le hacia sufrir, le impedia entregarse á las serias y santas reflexiones que exigia su situacion.

-- Bueno, bueno, respondió el capitan; tus dolores no durarán mucho tiempo.

-- Sois un bárbaro, le contestó Wilson; no sabreis si vendrá un dia en que os veais en el caso de reclamar vos mismo en vuestro favor la piedad, que hoy me rehusais. ¡Dios os lo perdone!

A estas cortas palabras se redujo toda la conversacion que medió entre el capitan y su prisionero, durante la marcha tenebre de éste; pero habian sido oidas de varias gentes, y esparciéndose entre el pueblo, aumentaron el

interés que todos tenian por Wilson, y escitaron una indignacion general contra Portews, que llenando siempre con el mismo vigor y la misma dureza las funciones de que se habia encargado, se habia atraido el ódio universal algunas veces con justo motivo, y con mas frecuencia por la siniestra prevencion con que se le miraba.

Cuando Wilson, con la escolta que le acompañaba llegó al pie del cadalso, no se manifestaba sintoma alguno de insurreccion: el pueblo veía aquel espectáculo con mas emocion, con mas interes que de ordinario: era fácil distinguir en el rostro de muchas gentes un descontento manifesto, una indignacion sombría, pero la tranquilidad no fue alterada. Wilson mismo parecia resignado á su suerte; y despues de una breve oracion, pidió que terminasen su suplicio, y la sentencia pronunciada contra él fue egecutada.

Hacia ya mas de media hora que Wilson estaba pendiente de la horca sin dar ya ninguna señal de vida, cuando de repente se manifestó una agitacion en el pueblo, que le puso todo en comocion: este tiraba piedras á Portews y á sus soldados, rodeándoles por todas

partes, y dando gritos de furor. En este momento, un jóven que llevaba un gorro de marinero que le cubria la mitad de la cara, se arrojó al cadalso y corta los dogales de que está aun pendiente Wilson; varios de sus compañeros que le seguian se apoderaron del cadáver, bien fuese para hacerle los honores fúnebres, ó con ánimo de restituirle á la vida, y desaparecieron.

Este acto de rebelion contra la autoridad del capitán Portews, le llenó de tal manera de rabia, que se olvidó que habiendo sido encargado solamente de velar y contribuir á la egecucion de la sentencia, hallándose ésta egecutada, no le quedaba mas que hacer que retirarse con su tropa, sin llegar á hostilidades con el pueblo. Ciego de furor, mandó á sus soldados que hiciesen fuego, y tomando el fusil de uno de ellos, les dió con la orden el ejemplo matando á un hombre en la misma plaza: á este tiro se siguió una descarga general, de la que resultaron siete ú ocho muertos, y un gran número de heridos mas ó menos gravemente.

Despues de este acto de violencia, el capitán se retiraba con su tropa al cuartel, pero como el pueblo le siguiese arrojándole piedras,

y llenándole de execraciones, hizo hacer alto á su tropa, y una segunda descarga de ésta dissipó la muchedumbre. No consta como cosa cierta que hubiese dado la orden para hacer fuego la segunda vez, pero se supuso así, y todo lo odioso de esta accion recayó sobre él. Al llegar al cuartel despidió á sus soldados, y se dirigió al ayuntamiento para dar cuenta á los magistrados de lo que acababa de ocurrir.

En el camino tuvo tiempo de reflexionar sobre su conducta, y tal vez le ocurriría que nada podia justificarla; pero se convenció del todo por el modo con que le recibieron los magistrados, que estaban ya enterados de todo. Negó que hubiese dado la orden de hacer fuego, y que hubiese tirado el primero sobre el pueblo; y para probar este último punto, hizo examinar su fusil, que se encontró aun cargado, y habiendo introducido un pañuelo blanco por el cañon, no presentó al sacarle ninguna mancha: pero varios testigos depusieron que habia tirado con el fusil de un soldado á quien lo devolvió despues, y todos los soldados declararon que habian hecho fuego por su orden. Entre las personas muertas ó heridas, se

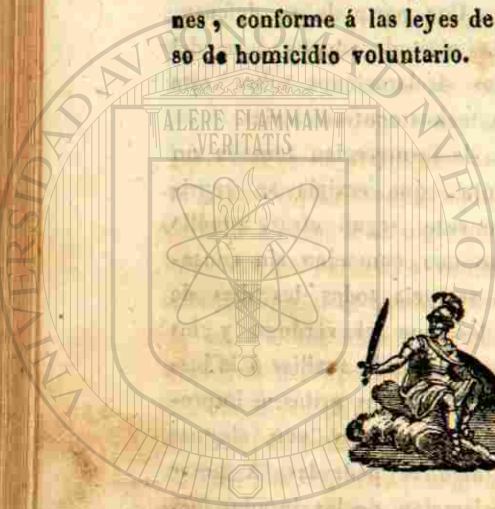
hallaban muchas que no pertenecian á la infima clase del pueblo; pues muchos soldados habiendo dirigido sus tiros por un sentimiento de humanidad por encima de las cabezas de los amotinados, las balas vinieron á dar sobre los balcones ó las ventanas del piso principal de las casas de enfrente, en los que desgraciadamente se encontraron su-
 je de un carácter distinguido, que fueron in-
 molados: con este motivo, el clamor pú-
 blico fue general, y el capitan Portews fue
 entregado al supremo tribunal de justicia.

La fermentacion se hallaba aun en el
 mas alto grado, y el tribunal de jurados
 se vió con el penoso encargo de pronun-
 ciar en un negocio, en que se trataba de
 la vida de un hombre, y que ofrecia da-
 tos enteramente contradictorios. Varios tes-
 tigos respetables, deponian que ellos habian
 oido al capitan dar la orden á sus solda-
 dos de que hiciesen fuego; que le habian
 visto tomar el fusil de uno de éstos, y ti-
 rar sobre un hombre, que inmediatamente
 cayó muerto: otros decian que se hallaron
 en parage que podian ver y oír al capitan,

y que ni le habian oido dar la orden de
 hacer fuego, ni le habian visto tirar, y que
 el primer tiro le disparó un soldado que es-
 taba á su lado. Una parte de su defensa,
 giraba sobre la actitud amenazadora del
 pueblo; pero las declaraciones sobre este
 punto, no eran menos contradictorias.

Segun unos, la insurreccion tomaba un
 carácter alarmante, que ecxigia se repri-
 miese inmediatamente: segun otros, aquello
 no fue mas que una comocion sin conse-
 cuencias, como se veia todos los dias de
 egecucion, en los que el verdugo y los
 que estaban encargados de auxiliar á la jus-
 ticia, eran acosados por los gritos é impre-
 caciones del bajo pueblo, y aun algunas
 veces recibian algunas pedradas. A pesar
 de esto, la declaracion de los jurados fué,
 que el capitan Portews habia dado la ór-
 den de hacer fuego, y le habia hecho él
 mismo sobre el pueblo; pero que en aten-
 cion á que habia sido provocado por las
 piedras que con anticipacion habian sido ar-
 rojadas contra él y su tropa, le recomen-
 daban á la real clemencia.

El supremo tribunal de justicia, le condenó á ser ahorcado en la plaza ordinaria de las egecuciones, y le confiscó los bienes, conforme á las leyes de Escocia, en caso de homicidio voluntario.



CAPITULO II.

El dia ocho de setiembre de 1736, debía egecutarse la sentencia pronunciada contra el capitán Portews: el lugar de la egecucion, aunque vasto y espacioso, estaba tan lleno de gentes que estas se sofocaban; lo mismo sucedia en todas las calles por donde debia pasar el reo: apenas habia ventana que no estuviese guarnecida con una tripe fila de espectadores. La altura y el aire de antigüedad de las casas mismas, que en gran parte habian pertenecido en otro tiempo á los templarios, y á los caballeros de san Juan, y conservaban aun sobre sus fachadas la cruz de hierro de estas órdenes, contribuian á hacer aquella escena mas funesta y respetable. La plaza de Grasmartket parecia un gran lago cubierto de cabezas humanas, en medio del cual se levantaba el cadalso del que pendia la cuerda fatal. El interés que inspira un objeto es proporcionado al uso que

El supremo tribunal de justicia, le condenó á ser ahorcado en la plaza ordinaria de las egecuciones, y le confiscó los bienes, conforme á las leyes de Escocia, en caso de homicidio voluntario.



CAPITULO II.

El dia ocho de setiembre de 1736, debía egecutarse la sentencia pronunciada contra el capitán Portews: el lugar de la egecucion, aunque vasto y espacioso, estaba tan lleno de gentes que estas se sofocaban; lo mismo sucedia en todas las calles por donde debia pasar el reo: apenas habia ventana que no estuviese guarnecida con una tripe fila de espectadores. La altura y el aire de antigüedad de las casas mismas, que en gran parte habian pertenecido en otro tiempo á los templarios, y á los caballeros de san Juan, y conservaban aun sobre sus fachadas la cruz de hierro de estas órdenes, contribuian á hacer aquella escena mas funesta y respetable. La plaza de Grasmartket parecia un gran lago cubierto de cabezas humanas, en medio del cual se levantaba el cadalso del que pendia la cuerda fatal. El interés que inspira un objeto es proporcionado al uso que

se hace de él, y á las ideas que recuerda. Un pedazo de madera, levantado en el aire, y una cuerda, son objetos en sí bien sencillos é insignificantes; sin embargo, su vista causaba en aquel momento un terror universal.

El mayor silencio reinaba en una reunion tan numerosa, y si alguno hablaba era en voz baja. La sed de la venganza, á que comunmente se entrega el partido ofendido en tales ocasiones, parecia menos ardiente por la certeza que se tenia de que iba á quedar satisfecha. El pueblo mismo se manifestaba dispuesto á presenciar en silencio y con mas moderacion que de costumbre las represalias que la justicia ejercia en su favor contra el criminal: se hubiera creido al ver tanta moderacion y tanto silencio, que queria dar una prueba de la intensidad de su ódio contra el culpado, manifestándole de un modo que no le era ordinario. Cualquiera estrangero que no hubiese consultado mas que el testimonio de sus oidos, hubiera creido que aquella multitud impensa se habia reunido por una causa que la llenaba de dolor y sentimiento, y que reemplazaba por un triste silencio el rumor con que se espresan tales afectos en semejantes reuniones; pero si hubiera atendi-

do á la evidencia de sus ojos, las cejas fruncidas, los labios comprimidos, y los ojos llenos de cólera de todos los espectadores le hubieran hecho conocer que estaban allí para satisfacer sus deseos de venganza. Sin embargo, puede ser que la humanidad, que la piedad y la compasion, que abandonan rara vez del todo al corazón del hombre, hubieran mudado á la vista del criminal las disposiciones del pueblo; puede ser que viéndole morir, hubiesen perdonado á aquel, á quien poco antes tanto aborrecia; pero la inestabilidad de sus sentimientos no debia ponerse á prueba.

Hacia tiempo que habia pasado la hora señalada para la egecucion, y sin embargo el criminal no parecia. -- ¿Qué? -- se preguntaban los concurrentes. -- ¿Se atreverian á faltar á la justicia pública? -- y la respuesta comunera -- ¡Nadie se atreveria! -- Sin embargo, pensando en ello con reflexion, se encontraron algunos motivos de duda. Portews habia sido siempre el favorito de los magistrados, que no se disgustaban de encontrar cierta energia y resolucion en los funcionarios que tenian á sus órdenes. Todos sabian que en la defensa de Portews se habia hecho valer que éste era

un hombre sobre el cual se podia contar siempre en las ocasiones en que se necesitaba fuerza y resolucion; que se habia alegado que su conducta el dia de la egecucion de Wilson no debia atribuirse mas que á un exceso de celo, imprudente si se quiere, para asegurar la egecucion de las leyes; en fin, el jurado mismo le habia recomendado á la piedad, y todos estos motivos reunidos, pudieron haber hecho que el gobierno le perdonase la vida.

El pueblo bajo de Edimburgo, cuando se sublevaba, era el mas formidable de la Europa; se habia sublevado en pocos años diferentes veces contra el gobierno, y algunos con suceso; por esta razon sabia que no estaba en buena opinion en la corte, y pensaba que si ésta no aprobaba del todo la conducta del capitán Portews, y le condenaba á muerte; podria temer que los empleados públicos de aquella ciudad fuesen en lo sucesivo menos firmes y menos celosos en reprimir toda tentativa de rebellion, por temor de igual castigo. Conocia tambien que todo gobierno tiene una tendencia natural á sostener las autoridades que emanan de él; y podia ser que lo que parecia á los parientes y amigos de las victimas de aquel funesto dia, un

atentado por parte del capitán, se mirase bajo otro punto de vista en el gabinete de San James, cuyas miras debian ser mas estensas que las de un tribunal; porque podia representarse que el capitán Portews se hallaba en el ejercicio de las funciones legitimas que le habian sido cometidas por una autoridad competente; que asaltado, asi como su tropa por el pueblo, se habia visto obligado á repeler la fuerza con la fuerza, en cuyo caso no habia obrado sino por principio de defensa personal cumpliendo con su deber, y que últimamente el gobierno, aun respetando y teniendo como justa la sentencia del tribunal, podia en uso de su prerogativa hacer gracia al culpado por consideraciones que no son del resorte de aquel.

Todas estas consideraciones, bastante poderosas por sí mismas, concluyeron por hacer pensar que pudo muy bien haber obtenido su perdón. A los diferentes motivos que pudieron haber contribuido á que el gobierno se interesase en favor del capitán Portews, las gentes de la última clase del pueblo añadian otro no menos importante á su vista. Decian que mientras que el gobierno castigaba con el último rigor las menores faltas de los pobres, no solo

cerraba los ojos sobre los excesos de los ricos y de los nobles, sino que les apoyaba aun con toda su autoridad para darles medios de entregarse á ellos.

Estas sospechas, desnudas de todo fundamento, y exageradas por gentes perversas, hicieron una terrible impresion en el vulgo, y cuando se supo que muchas personas de un carácter distinguido habian firmado una representacion recomendando al capitan Portews á la clemencia del Soberano, se supuso que éstas habian procedido, no por un espiritu de conviccion de que fuese injustamente condenado, sino por temor de perder un hombre complaciente que favorecia sus desordenes.

Mientras que aquellas cuestiones se discutian entre el bajo pueblo, el silencio sombrío que habia reinado hasta entonces fue interrumpido por una especie de murmullo sordo, que en el Océano suele ser precursor de grandes tempestades, y aquella muchedumbre tan apinada, y hacia poco tan sosegada, ofreció de repente á la vista la misma agitacion que las olas del mar impelidas por el flujo y reflujo. En fin, la noticia que los magistrados habian tenido publicar, fue anunciada y se esparció

entre los espectadores con la rapidez del rayo. Se supo en fin, que los magistrados acababan de recibir una orden firmada por el duque de Newcastle, secretario de estado, por la que la Reyna Carolina, regenta del reino durante la permanencia de Jorge II en el continente, mandaba que se suspendiese la egecucion de la sentencia pronunciada contra John Portews durante seis semanas, á contar del dia prefijado para su egecucion.

Al instante se oyeron por todas partes gritos horribles de rabia y de indignacion, semejantes á los rugidos de un tigre, á quien se le hubiese arrancado su presa. Aquel tumulto parecia ser el presagio de una explosion del furor popular, y los magistrados que la temian, habian tomado todas las medidas necesarias para reprimirla, haciendo entrar en la ciudad un regimiento de infanteria en el instante que recibieron la orden ante dicha. Sin embargo, contra toda esperanza, los gritos cesaron, y no se manifestó ninguna tentativa de insurreccion: pero el pueblo no se separó; por el contrario, quedó iamobil en el lugar de la egecucion, aunque ésta no debiese ya verificarse, formando diferentes grupos, en los que se discutia el ma-

por derecho que en su concepto tenia Wilson á la clemencia del Rey.

-- Este infeliz, decian, tan valiente, tan resuelto, que habia manifestado tanta generosidad para con su compañero, ha sido ahorcado por haber robado una suma que no valia la mitad de los géneros que le habian cogido, y se perdona á un malvado, que se ha aprovechado de una ligera apariencia de tumulto para derramar la sangre de veinte de sus conciudadanos. ¿Esto puede sufrirse? ¿Nuestros padres lo hubieran sufrido? ¿No somos escoceses como ellos, y ciudadanos de Edimburgo?

Los dependientes de justicia empezaron á demoler el cadalso con la idea de que el pueblo se dispersase. En efecto, en el instante que se vió caer aquel aparato fatal, el populacho se retiró, despues de haber dado nuevos gritos de rabia y de furor. Se observó en aquel momento, y hubo motivo para acordarse despues, que mientras que el populacho se retiraba, varios individuos corrian de grupo en grupo, no deteniéndose mucho tiempo en ninguno de ellos pero diciendo algunas palabras al oido á los que declamaban con mas vehemencia contra las disposiciones del gobierno. Estos indivi-

duos tan activos, parecian ser paisanos de los pueblos inmediatos, y por consiguiente podian pasar por antiguos socios de Wilson, que no eran los menos decididos contra Portews.

Si fue su intencion el mover una insurreccion en el pueblo, no lo lograron, á lo menos por entonces, pues los espectadores se retiraron tranquilamente, y solo se podia juzgar de su descontento por la indignacion que se veia pintada en todos los semblantes, ó por los discursos aun de los moderados. En prueba de ello referiremos algunos trozos de la conversacion de algunas personas que regresaban á sus casas situadas en el otro extremo de la ciudad.

-- ¿No es abominable, decia el viejo Plumdamar, fabricante de chocolate, á Mistris Gowden, modista, el ver como los señores de Londres contravienen á las leyes, no castigando á un malvado tal como Portews?

-- ¡Y el pensar en el camino que nos ha hecho hacer por nada! dijo la modista quejándose. Yo tenia un asiento tan cómodo en una ventana, y me ha costado veinte cuartos la fiesta sin haberla visto.

-- Yo creo, añadió el fabricante, que esta suspension no hubiera tenido lugar bajo las

antiguas leyes de Escocia, cuando este reino era un reino.

-- Yo no entiendo mucho de leyes, vecino; pero se que cuando teniamos un Rey, un Canciller y un parlamento nuestro, se les podian tirar pedradas cuando no se conducian bien. Pero ahora, ¿quién tiene el brazo bastante largo para llegar hasta Londres?

-- No me habléis de Londres ni de nada de lo que nos viene de alli; exclamó Miss Grizell Damahoy, antigua costurera. De alli ha venido la ruina de nuestro comercio. Nuestras gentes de moda no creen que una ahuja escocesa sea digna de coser una pechera á sus camisas; es preciso que todo se haga en la gran ciudad de Londres.

-- Teneis razon, Miss Damahoy, dijo el viejo Plundamar. Yo conozco gentes que hacen venir de Londres hasta sus nabos y batatas. De alli nos ha venido esa nube de guardas, que hacen que un hombre de bien no pueda ir á buscar un barrica de aguardiente sobre la costa, sin esponerse á verla confiscada y pagar ademas una gruesa multa. Yo no escuso á Wilson por haberse apropiado lo que le pertenecia; pero advierto una grande diferencia entre

su caso, y el de ese tunante de Portews.

-- Si hablais de leyes, dijo Mistris Gowden, aqui teneis á M. Butler, y sobre todo á M. Saddletree, quien puede hablar con tanto acierto como el primer procurador de Edimburgo.

M. Saddletree, que se les reunió en aquel momento acompañado de M. Butler, ofreció el brazo á Mis Damahoy. Este era un hombre de unos cincuenta años, llebaba siempre un vestido negro muy curioso, y una gran peluca muy bien empolvada. Era sillero, y tenia la tienda mas concurrida de toda la ciudad; pero su génio le inclinaba mas á la jurisprudencia que al trabajo de su oficio, y asi se le encontraba mas á menudo en el tribunal que en su casa. Esta conducta le hubiera sido sumamente perjudicial; pero tenia una muger sumamente inteligente y laboriosa, que permitiendo á su marido entregarse á su gusto favorito por el foro, habia exigido que la dejase dueña absoluta de los negocios comerciales y politicos. Nadie sabia mejor que ella hacer trabajar á los oficiales de su tienda y contentar á sus parroquianos. Asi se decia que si Saddletree tenia en la muestra de su tienda *un caballo de oro*, en su caballeriza habia *una yegua de*

plata. Este reproche, que humillaba en algun tanto su vanidad, le hacia levantar algunas veces la voz hablando á su cara esposa, quien le permitia esta pequeña satisfaccion; pero si queria egercer algun acto de autoridad, se ponía en insurreccion, y el marido se veia reducido á los limites de su convenida jurisdiccion.

Mientras yo esplico al lector cual era el carácter de Bartolomé Saddletree, cuyo conocimiento nos será necesario, éste llegó á su casa, acompañado de M. Butler, habiendo dejado en las suyas á las dos señoras, y á M. Plumdamar, sumamente incomodados por la gracia concedida al capitán Portews.

Su muger, tanto por costumbre, como por obsequiar á M. Butler, les sirvió el aguardiente; pero al colocar los vasos sobre la mesa no pudo menos de decir á su marido: ¿Creeis que sea razonable el dejarme aqui sola, obligada á responder á todos los que se presentan en la tienda, por ir á ver ahorcar un hombre que no os ha hecho mal ninguno? Y al cabo....

-- Muger, dijo Bartolomé, levantando un poco la voz, no habéis de cosas que no entendeis. Nada de esto hubiera sucedido en el tiempo de Wallace.

-- ¿Acaso Wallace nos habria hecho vender mas sillas y mas bridas?

-- Yo os digo, muger que vos no entendeis una palabra de todo esto. En tiempo de Wallace habia muy pocas gentes que se dedicasen en Escocia al miserable oficio de sillero, porque se sacaban de Holanda las sillas y las bridas ya hechas.

-- Y ahora nosotros sacamos nuestros abogados, M. Saddletree, dijo M. Butler.

-- Esto es muy cierto, respondió el sillero suspirando. ¡Ah! ¡Si mi padre hubiera tenido el acierto de enviarme á Leyden, ó á Utrecht á estudiar la *Substituta* de Justiniano!

-- La Instituta querreis decir, Mr. Saddletree.

-- Instituta ó substituta, es lo mismo. Yo entiendo bien todo esto á Dios gracias. Sin embargo, no siento menos el no haber estudiado en Holanda.

-- Pues si tanto entendeis de leyes, le dijo su muger, no hariais mal de buscar algun medio de salvar á la pobre Effie Deans, que hace ocho dias que está en la cárcel. Si es culpable ó inocente, yo no sé nada; Dios lo sabe: pero si en efecto ha cometido el crimen de que

se le acusa, yo juraría á ojos cerrados que no sabia lo que se hacia en aquel momento.

M. Butler se quedó parado al oír la prision de Effir, y despues de un momento de silencio, dijo: yo creo haberla visto alguna vez en la tienda. ¿No era una muchacha alta, bien hecha, de un aire amable y honesto, cabello negro?... La misma, M. Butler.... ¿No es hija de Andres Deans de San Leonardo? ¿No tiene una hermana?... Sin duda La pobre Jeannie Deans. Aquí estuvo llorando un poco antes que vosotros llegaseis. ¿Y qué la habia yo de hacer? La dije que volviese cuando M. Saddletree estuviese en casa para consultarle; no porque creyese que pudiese hacer mas que yo, sino para consolar su pobre razon, dándole un poco de esperanza.

-- Os engañais, muger; yo le hubiera dado una satisfaccion completa, pues le hubiera dicho que su hermana está procesada en virtud del estatuto 699, capitulo 1.º, como rea de infanticidio, por haber ocultado su preñez y no poder presentar su hijo.

-- Yo me persuado, dijo M. Butler todo agitado, yo me lisongeo que podrá probar su inocencia.

-- Yo lo deseo, M. Butler, dijo Mistriss Saddletree. Yo hubiera respondido de ella, como de mi propia hija si hubiese tenido una; però desgraciadamente yo he estado enferma todo el verano; en términos que cuasi no salia de mi cuarto; y mi marido se ocupa muy poco de las cosas y de las personas de casa. ¡Si á meaos yo hubiera tenido algun indicio de su situacion! Pero ¿qué teneis, M. Butler? ¡Qué pálido estais!

-- Vine ayer á pie de Dumfries; y estoy aun muy cansado; y ademas ¡hace hoy un calor!

-- ¿Pero por qué no os sentais? Os paseais tan de prisa, como si fueseis ganar un premio en la carrera. ¿Quereis que os demos la enhorabuena? ¿Tendreis al fin la escuela de Dumfries?

-- Si... No... No sé nada.

-- ¡Cómo! ¿Temeis no obtenerla despues de haber enseñado en ella todo el verano?

-- Creo que no la tendré, Mistriss Saddletree. El Laird de Blackbana tiene un hijo natural, y yo creo...

-- No me digais mas. Si hay un Laird de por medio que tenga un hijo bastardo á quien

convenga el destino, puede estar seguro que...
¿De esta suerte volvereis á Libberton? Por
mas cascado que esté M. Wackbairn, á quien
debeis suceder en el magisterio, temo que
os haga esperar mucho tiempo antes de que
os deje sus zapatos viejos.

-- Y que remedio tiene, señora.

-- ¿Pero tomareis un bocado con nosotros
antes de partir, M. Butler?

-- Sí, sí, dijo M. Saddletree dejando su lec-
tura y uniendo sus instancias á las de su cara
esposa. Pero todo fue inútil. Butler les dijo
que tenia precision de marcharse, y les dejó...

-- Aquí hay alguna cosa, dijo Misstris Sadd-
letree viéndole salir. Yo no sé porque la des-
gracia de Effir ha hecho tanta impresion en M.
Butler. Jamas he oido decir que se conociesen;
aunque es verdad que habiendo sido vecinos
cuando David Deans vivia en las tierras del
Laird de Dumbidike, pudo muy bien haber
conocido á su padre, ó á alguno de su fa-
milia. ¡Pobre Effir! ¿Pero con todas vuestras
leyes, no me podreis decir si corre algun ries-
go, cuando no se puede probar que ella haya
hecho perecer á su hijo?

-- Es menester que sepais, dijo M. Saddle-

tree, sumamente contento de ver á su muger
dispuesta por la primera vez de su vida, á
escuchar una discusion sobre un caso de ju-
risprudencia, es menester que sepais que hay
muchas especies de homicidios; homicidio oc-
cidental, y homicidio voluntario: que el ho-
micidio voluntario, puede aun subdividirse...

-- Pero Bartolomé, todo esto no tiene rela-
cion con la pobre Effir.

-- Si señora; el caso de Effir ó de Eufemia,
es un caso de presuncion de homicidio: es
decir, que la ley por ciertos *indicia* ó moti-
vos, presume que se ha cometido homici-
dio.

-- ¡Con que porque Effir ha ocultado su si-
tuacion, es menester que sea ahorcada por el
pescuezo, aunque haya parido un niño muer-
to, ó aunque este niño viva aún!

-- Sin remedio. Es una ley establecida por
nuestros Soberanos, para impedir el crimen
horrible de infanticidio. Toda muger que ocul-
ta su preñez, ingiere la sospecha de que tiene
el designio de destruir su progenitura: y la ley
es tanto mas severa sobre este punto, quanto
que es la que ha creado esta nueva especie de
homicidio.

-- Pues si la ley ha creado esos homicidios, dijo la muger, que ahorquen á la ley; y si ño que ahorquen á un legista, que esto no sería una gran pérdida para el país.

En esto les llamaron á comer, y se cortó una conversacion que tomaba un sesgo tan poco favorable á la jurisprudencia y á sus profesores, de quienes Saddletree era gran partidario.



CAPITULO III.

Butler, saliendo de la tienda de M. Saddletree, se dirigió á casa de uno de sus amigos dependiente del tribunal, para hacerle algunas preguntas sobre la suerte de Effir Deans, por la que el lector habrá observado ya que Butler tomaba un interés particular, y mayor que el que podia inspirarle la sola humanidad: pero desgraciadamente no le encontró. Lo mismo le sucedió con otros dos ó tres sugetos á quien fue á ver con el mismo objeto. Se había disentido de tal modo el suceso de Portews durante todo el día, que todos los galillos estaban secos, y para humedecerlos sin interrumpir la discusion, todo el mundo se había yennido en las tabernas. Butler no queria dejar á Edimburgo sin ver á la joven Effir, pero no queria que lo supiese Mistriss Saddletree, y como la puerta de su tienda estaba precisamente enfrente de la de la cárcel, determinó esperar á que se hiciese de noche.

Cuando creyó que ya no sería visto, se dirigió á la cárcel, y pidió al carcelero que halló

-- Pues si la ley ha creado esos homicidios, dijo la muger, que ahorquen á la ley; y si ño que ahorquen á un legista, que esto no sería una gran pérdida para el país.

En esto les llamaron á comer, y se cortó una conversacion que tomaba un sesgo tan poco favorable á la jurisprudencia y á sus profesores, de quienes Saddletree era gran partidario.



CAPITULO III.

Butler, saliendo de la tienda de M. Saddletree, se dirigió á casa de uno de sus amigos dependiente del tribunal, para hacerle algunas preguntas sobre la suerte de Effir Deans, por la que el lector habrá observado ya que Butler tomaba un interés particular, y mayor que el que podia inspirarle la sola humanidad: pero desgraciadamente no le encontró. Lo mismo le sucedió con otros dos ó tres sugetos á quien fue á ver con el mismo objeto. Se había disentido de tal modo el suceso de Portews durante todo el día, que todos los galillos estaban secos, y para humedecerlos sin interrumpir la discusion, todo el mundo se había yennido en las tabernas. Butler no queria dejar á Edimburgo sin ver á la joven Effir, pero no queria que lo supiese Mistriss Saddletree, y como la puerta de su tienda estaba precisamente enfrente de la de la cárcel, determinó esperar á que se hiciese de noche.

Cuando creyó que ya no sería visto, se dirigió á la cárcel, y pidió al carcelero que halló

cerrando la puerta exterior, le permitiese ver á Effir Deans.

-- Nadie puede entrar ya, le contestó el carcelero quitándose el sombrero por respeto á su carácter.

-- ¿Vos cerrais la puerta antes de la hora acostumbrada, á causa tal vez del suceso de Portews?

El carcelero le hizo una seña con cierto aire de misterio, y como un hombre que quiere dejar sospechar lo que no quiere decir, y continuó su operacion.

Butler, no habiendo podido lograr su objeto, determinó volver al lugar de su residencia, que era un pueblecito á dos millas y media al Sur de Edimburgo.

Esta ciudad estaba entonces rodeada de murallas, y sus puertas se cerraban regularmente todas las noches. Sin embargo, una débil gratificacion á los guardas, facilitaba la entrada ó la salida á cualquiera hora que fuese, y á cuyo efecto habia un postigo en el batiente de la puerta. Aunque esta gratificacion en sí, era poca cosa, para Butler era mucho; y así viendo que se acercaba la hora de cerrar las

puertas, se dirigió á la mas inmediata, para evitar el pagar dicha gratificacion, aunque esto le obligase á hacer despues un gran rodeo. En efecto, llegó antes que se cerrase la puerta, y bien pronto se halló en el arrabal de Portsburg, habitado regularmente por artesanos y por el pueblo bajo. Allí su marcha fue interrumpida de un modo que no esperaba.

A pocos momentos de haber pasado la puerta, vió con la mayor sorpresa un tropel inmenso de gente que llenaba toda la calle, y que á grandes pasos se dirigia ácia la ciudad, precedido de un tambor que tocaba la llamada. Mientras buscaba el modo de evitar el encuentro de una tropa, que no parecia reunida con buenas intenciones, dos hombres se adelantaron ácia él y le detuvieron.

-- ¿Sois eclesiástico? le preguntó uno de ellos.

-- He recibido las órdenes sagradas, pero no estoy colocado.

-- Es preciso que nos sigais; le dijo el mismo con un tono atento, pero decidido.

-- Señores, les dijo Butler, yo vivo á alguna distancia de la ciudad.... los caminos no estan nada seguros por la noche.... y así os suplico que no me detengais.

Se os acompañará á vuestra casa si que-
reis... no temais... no perdereis ni un solo
cabello de vuestra cabeza; pero es preciso que
nos sigais.

— Pero señores, ¿qué necesidad podeis ten-
ner de mi? Me persuado que tendreis la bon-
dad de decirme...

— Todo lo sabreis á su tiempo; pero no hay
remedio: es preciso seguirnos, pero os advier-
to que no mireis á derecha ni á izquierda y que
no trateis de conocer á nadie. Considerad to-
do esto como un sueño.

-- ¡Ojalá fuese un sueño, dijo para sí Butler;
pero no teniendo ningun medio ni para resis-
tir ni para evadirse, se conformó con la suerte.
Entonces le colocaron á la cabeza de la tropa
detrás del tambor, entre dos hombres que pa-
recian sostenerle para ayudarle á marchar, pe-
que en efecto era para que no se les escapase.

Durante aquella conversacion, una parte
de la tropa corrió á la puerta, y se apoderó de
ella; y cuando entraron los demas, la cerra-
ron, asegurándola por mas precaucion con fuer-
tes clavos, que al parecer llevaban de pre-
vencion.

Entretanto Butler, no pudo menos de ver

aun á pesar suyo, varios de los individuos que
le rodeaban, cuya mayor parte estaban disfra-
zados con otros trages, que los que les corres-
pondian por su clase ó por su costumbre. Se
veian entre ellos algunas mugeres, pero cuya
voz y talle indicaban que no tenian de este
sexo mas que el vestido. Una de ellas res-
pondió al nombre de Wildfire, y este nombre
se repetia muy amenudo: en fin, esta tropa pa-
recia obrar conforme á un plan concertado,
pues que tenian sus señas, sus órdenes y sus
gefes con nombres fingidos, pero que todos
conocian.

Dejaron un pequeño destacamento para
guardar la puerta, y se dirigieron á la Cowgate,
de la que se apoderaron con la misma faci-
lidad, y colocaron igualmente otro destaca-
mento. En ambas puertas encerraron á los que
las guardaban en sus respectivos cuerpos de
guardia, sin hacerles daño alguno, pero ame-
nazándoles con la muerte si intentaban esca-
parse; y para evitar que los hombres que com-
ponian los destacamentos fuesen conocidos,
se dispuso que estos se paseasen á cierta distan-
cia uno de otro, pero bastante cerca para so-
correrse en caso necesario.

Aun les quedaba que tomar la puerta de Nerbon que separa la ciudad del Arrabal de Ca-nongate, punto sumamente importante para la egecucion de su proyecto, en atencion á que en dicho Arrabal se hallaba acuartelado un regimiento de infantería, que entrando en la ciudad podria disparles en un momento. Con la mayor precipitacion y silencio se dirigieron á ella y la cerraron con las mismas precauciones que las otras, dejando sin embargo, un destacamento mas fuerte, proporcionado á la importancia del puesto.

Cuando Butler encontró aquel tropel de gente armada, apenas constaba de cien hombres; pero en el momento que hablamos tenia ya algunos miles, pues que se habia engruesado con todo el pueblo bajo de Edimburgo, puesto en movimiento por el tambor y por las voces que instaban á los buenos escoceses á que se uniesen á los insurgentes. Toda esta gente estaba armada con palos, con hoces y con algunas viejas espadas; pero los gefes sabian muy bien de donde habian de sacar mejores armas. Se trataba nada menos que de desarmar la guardia de la ciudad y apoderarse del depósito de armas que habia en el cuartel. Inmediatamen-

te se dirigió á aquel punto el grueso de los amotinados; pero esta formidable insurreccion fue tan rápida y tan poco esperada, que apenas se encontró en el cuartel una pequeña escuadra de seis hombres mandados por un sargento. Era imposible creer que unas fuerzas tan limitadas opusiesen ninguna resistencia á un tropel de gentes tan numeroso y tan decididas. Con todo, el soldado que estaba de centinela á la puerta, les dió el *quien vive* y les intimó hacer alto; pero viendo que se adelantaban ácia el cuartel, encaró su fusil en ademan de hacer fuego sobre los primeros que se adelantaron; pero esto no fue mas que una demostracion para amedrentarles, pues que no tenia ni un cartucho. La pretendida amazona, que tomaba el nombre de Wildfrit, y que se multiplicaba á fuerza de actividad, hasta el punto de hallarse al mismo tiempo en todas partes, se arrojó sobre él y le arrancó su fusil. Los demas soldados se dejaron desarmar sin hacer resistencia, y la muchedumbre se apoderó del cuartel sin disparar un tiro. Se observó que aunque aquellos mismos soldados habian hecho fuego sobre el pueblo el día de la egecucion de Wilsson, sin embargo, no recibieron ningun mal trato;

parecía que la venganza de los insurgentes despreciaba el emplearse en lo que no había servido mas que de instrumento de aquel acto arbitrario.

En el instante que se hicieron dueños del cuartel, rompieron todos los tambores para impedir que se sirviesen de ellos para dar la alarma á la guarnicion de la ciudadela, así como habían hecho callar el suyo cuando vieron que no era necesario para aumentar el número de los insurgentes que crecía por momentos; y distribuyeron las armas á los mas determinados, y mas diestros en su manejo.

Hasta aquel momento solo los principales conjurados sabían el verdadero objeto de la insurreccion, pero habían guardado el mayor silencio; los demas, si lo conocían ó lo sospechaban, callaron igualmente; pero en el instante que aquellas operaciones preliminares fueron concluidas, se oyeron unas voces espantosas que decían: ¡ Muera Portewsl! ¡ A la cárcel!

A pesar de este nuevo arrebató de furor, procedieron con la misma prudencia que empezaron. Desde luego colocaron fuertes destacamentos en todas las calles que conducían á la

cárcel, y en las inmediaciones de ésta, de modo que este edificio, se halló rodeado por todas partes, y los que estaban encargados de romper las puertas no tenían riesgo alguno de ser interrumpidos.

Entretanto los magistrados alarmados se habían reunido en una taberna para buscar medio de reunir una fuerza capaz de reprimir la insurreccion; pero los gefes de los diferentes barrios anunciaron que todos sus esfuerzos serian inútiles, pues que la insurreccion amenazaba á un solo hombre odiado de todo el pueblo, al mismo tiempo que se respetaban las personas y las propiedades de los demas habitantes.

M. Lindsay, miembro del parlamento, y representante de la ciudad de Edimburgo, se ofreció á encargarse de la peligrosa comision de llevar al coronel Moyle, que mandaba el regimiento acuartelado en Canongate un regimiento verbal de parte del lord Preveste de la ciudad, para que se apoderase de la puerta de Neterbow, y entrase á restablecer la tranquilidad en el pueblo; no quiso encargarse de llevar ninguna orden por escrito, de miedo que le sorprendiesen con ella los insurgentes, y lo

hiciesen algun insulto. Llegó en efecto al arabal de Canongate despues de haber hecho un grande rodeo para salir dela ciudad por una puerta de que no se habian apoderado los insurgentes por estar lejos del punto de sus operaciones; pero el coronel Moyle, instruido por el egeemplo de Portews, del riesgo á que se espone un gefe militar escediéndose de los limites de su deber, y no viendo ninguna orden por escrito, se negó á poner en movimiento su tropa por solo un requerimiento verbal, no queriendo tomar sobre si la responsabilidad, aunque protestó que estaba pronto á obedecer á toda orden ó requisición legal que se le comunicase por la autoridad competente.

Le mandaron igualmente varios mensajeros al comandante de la ciudadela requiriéndole hiciese marchar sus tropas sobre los insurgentes, ó que tirase algunos cañonazos para limpiar las calles; pero todas las avenidas estaban tan bien tomadas, que ninguno de ellos llegó á su destino. Todos fueron detenidos; pero se les puso inmediatamente en libertad sin hacerles el menor daño; mas previniéndoles que serian ahorcados si se encargaban de una segunda mision.

Se tomaron las mismas precauciones para que ningun habitante decente del pueblo anduviese por las calles. Los que se encontraban eran conducidos á sus casas con el mayor respeto, pero se les cominaba con las mayores penas si volvian á salir. Algunas señoras que por casualidad salian de sus reuniones y encontraban aquel tropel en la calle, fueron respetadas. Los gefes mismos les ofrecian hacerlas acompañar, para impedir que algunos de los insurgentes no deshonrasen su plan sistemático de venganza, entregándose á los escesos que son tan comunes en semejantes casos. Parecia que los conjurados, semejantes á los que asesinaron en otra ocasion al cardenal Beatgan, se imaginaban que iban á egecutar una sentencia pronunciada por el cielo, la que aun cuando no estuviese sancionada por la autoridad civil, exigia cierto orden y cierta solemnidad.

Mientras que los diferentes destacamentos apostados en las calles egercian una vigilancia activa, y sin que el temor ó la curiosidad de verlo que pasaba en otra parte les distrajesen del principal objeto de su encargo, una tropa escogida se dirigió á la puerta de la cárcel, pidiendo á grandes voces que la abriesen; pero

viendo que nadie respondia, empezaron á batiarla con martillos, con barras de hierro y con palancas. Sin embargo, la puerta era de encina, guarnecida de clavos con cabeza redonda, sus goznes y cerraduras eran de la mayor solidez, y ademas estaban apoyadas por dentro por gruesas barras de hierro, y así burlaba los esfuerzos de los insurgentes, á pesar de que se renovaban los que la batian, á proporcion que se causaban.

Esta operacion iba con mas lentitud que la que se presumió al principio, y llegó á temerse que los magistrados tuviesen tiempo para reunir una fuerza suficiente á dispersar á los amotinados, ó que el ruido que se hacia á la puerta de la cárcel, atrajese la atencion de la guarnicion de la ciudadela, y aun corrieron voces de que tomaba las armas, y se disponia á bajar á la ciudad.

Con este motivo se redoblaron los esfuerzos contra la puerta, pero sin obtener ningun resultado. En fin, se oyó una voz que decia; es menester prenderla fuego. Inmediatamente se buscaron materiales para quemar la puerta. Una barrica que habia contenido alquitrán fue hecha pedazos, y arrimados á la misma puer-

ta, se les prendió fuego. En el mismo instante se levantó una inmensa columna de llamas, que iluminaba las caras feroces de los facciosos y los rostros pálidos de los vecinos inquietos, que desde sus ventanas miraban con asombro lo que pasaba. Bien pronto una nueva griteria anunció que la puerta ardia ya: entonces suspendieron al instante el fuego con nuevos combustibles; pero antes que estuyese del todo quemada, los mas intrépidos de los insurgentes, se arrojaron al través de sus despojos aun inflamados, y penetraron en la cárcel en busca de su victima.



CAPITULO IV.

El desgraciado que era objeto de aquella comocion popular, se habia visto aquella misma mañana libre del temor de perder la vida en un cadalso, pues no dudaba de que la órden de suspension en la egecucion de la sentencia pronunciada contra él, faese el precursor de su perdon y gracia absoluta. Su gozo fue tanto mayor, quanto que tenia poderosos motivos para temer que el gobierno no queria chocar con la opinion pública, protegiendo á un hombre contra quien aquella se habia pronunciado de un modo tan positivo, y que habia sido condenado por una declaracion solemne del tribunal de los jurados. Entregándose enteramente al entusiasmo de la esperanza, habia convidado aquel mismo dia á comer con él á varios de sus amigos para celebrar su libertad. Algunos de éstos, habian sido testigos del modo como habia recibido el pueblo la noticia de la suspension de la sentencia: habian visto el descontento general, y temian que sus enemigos no formasen el proyecto secreto de venganza, > que de él resultase alguna comocion

formidable. En vista de estas observaciones, aconsejaron á Portews no perdiere tiempo en pedir á los magistrados le trasladasen á la ciudadela en donde esperaria la resolucion definitiva del gobierno. Pero Portews, acostumbrado despues de mucho tiempo á despreciar la canalla, y á imponerle respeto, no hizo mas que reir de sus temores, y no pudo jamas imaginarse que se concibiese el proyecto de forzar una cárcel tan segura como la de Edimburgo. Asi pasó alegremente el dia en su compañía; el vino aeabó de disipar los temores, y sus amigos no le dejaron hasta que la hora de cerrar las puertas no les permitió estar mas tiempo á su lado.

Portews se quedó solo, pero lleno de la mayor conüanza; sin embargo, á poco rato los primeros gritos de los facciosos llegaron á sus oídos, y empezaron á inspirarle algunos temores. Estos se aumentaron euando oyó batir á golpes redoblados la puerta principal de la cárcel, y este ruido sostenido por tanto tiempo, no le dejó duda de que el pueblo se habia sublevado, y trataba de apoderarse de él para sacrificarle á su rabia. Llamó á grandes voces al carcelero y el llavero; dió fuertes golpes á

la puerta de su encierro; hizo todos los esfuerzos posibles para abrirla; pero nadie le respondía. El ruido espantoso que los sediciosos hacían á la puerta, impedía que nadie le oyese; y por otra parte el carcelero y sus dependientes, temerosos que si el pueblo llegase á romper las puertas, les asesinase en venganza de su resistencia á abrirla, se habían escondido en el rincón mas retirado y mas obscuro de la cárcel para substraerse á lo menos del primer impulso del furor popular.

De repente cesó todo aquel ruido, y la esperanza empezó á renacer en el corazón de Portews: pensó que la guarnición de la ciudadela, ó el regimiento del coronel Moyle habían entrado en la ciudad, y disipado á los revoltosos; pero bien pronto nuevas voces, y la luz de las llamas que iluminaba sus ventanas, le hicieron comprender que el pueblo no había renunciado á su proyecto, y que por el contrario había adoptado un medio mas pronto y mas seguro.

¿Cómo huir? ¿cómo esconderse? Uno y otro partido eran imposibles. El único medio que le pareció practicable, fue el de subirse por la chimenea, aunque debiese sufocarse evadien-

dose por ella, pero apenas subió á la altura de algunos pies, cuando se halla detenido por las barras de hierro que á precaucion se ponen en las chimeneas de todas las cárceles: á lo menos le sirvieron para sostenerse á la altura en que se encontraba, y se asió á ellas con el ardor de un hombre que coge el último asilo de que pende su existencia.

La claridad que por las ventanas penetraba en su habitacion, se disipó gradualmente; pero al mismo tiempo se dejaron oír grandes voces en lo interior de la cárcel. Los que estaban detenidos en ella, y que veían llegar el momento de su libertad, respondieron á ellas con aclamaciones de gozo, y algunos de entre ellos indicaron al gefe de los facciosos la habitacion en donde debía hallarse la victima que buscaban. Portews oyó los pasos y el ruido de sus verdugos, que subían la escalera que conducía á ella; no teniendo la llave de la puerta, la hundieron con sus hachas, y entraron profiriendo las imprecaciones que no nos atrevemos á referir, pero que no dejaban duda sobre cuales eran sus intenciones.

El parage en que se había escondido Portews, no podía escaparse á la pesquisa de los

insurgentes. Inmediatamente registraron la chimenea, y en ella le encontraron pendiente de los hierros que la atravesaban. La alegría de los revoltosos fue inexplicable; le arrancaron de allí con la mayor violencia, y mil manos armadas todas con instrumentos de muerte, se dirigian ácia él para darle el último golpe. Pero el jóven vestido de muger, que bajo el nombre de Wildfire parecia dirigir la insurreccion y ser su gefe, se opuso á sus designios y dirigiéndose con un tono de autoridad á los que amenazaban á Portews: ¡qué vais á hacer! les dijo. ¿Quereis egecutar un acto de justicia, como si fuese un crimen? El sacrificio debe egecutarse en el lugar destinado al efecto por la ley. Es preciso que muera en la horca, en donde mueren los asesinos. Es preciso que perezca en el parage en que ha hecho perecer á tantos; y en fin, es preciso que la sentencia legal pronunciada contra él, se egecute en todos sus extremos.

Grandes voces de aprobacion resonaron por todas partes, diciendo: ¡A la horca, á la horca el asesino! ¡A la plaza de Gransmarket!

¡Que nadie le toque! exclamó el mismo orador. Que se reconcilie con Dios, si puede;

nosotros nó queremos que muera su alma con su cuerpo.

¿Qué tiempo ha dado á los demas para prepararse á la muerte? Es menester tratarle como ha tratado á los otros: exclamaron los sediciosos.

Pero el jóven gefe, mas firme que impetuoso en sus resoluciones, se habia propuesto dar una apariencia de justicia y de moderacion á un acto de venganza y de barbaridad, y asi redujo á su parecer á los mas furiosos. Entonces, teniendo algunas órdenes que dar en otra parte, confió á los mas moderados la custodia del preso, diciéndole á éste que podia entregar á quien le pareciese su dinero y demas efectos. Un detenido por deudas los recibió de la mano trémula de Portews, y aun se le permitió escribir á su familia.

Todos los que estaban presos en la cárcel quedaron en aquel momento libres, no porque esta fuese la intencion de los sediciosos, sino por una consecuencia necesaria de estar abiertas las puertas, y todos se aprovecharon de aquella ocasion para recóbrar su libertad, excepto un hombre de unos cincuenta años, y una jóven de unos diez y ocho.

-- ¡Qué haceis ai, Rateliffe? le dijo al viejo uno de sus compañeros que se disponia á recobrar su libertad. ¿Por qué no os vais? El camino está libre, y la puerta abierta.

-- No hay duda, Wally, le contestó éste; pero me ha ocurrido la idea de abandonar mi antiguo oficio, y de ser hombre de bien.

-- ¡Si! pues quedaos ai, que mañana os ahorcarán.

-- No no; le respondió Rateliffe con mucha calma, no me ahorcarán.

Entre tanto el gefe, á quien podremos llamar Wildfire se dirigió á la habitación de la jóven, de quien hemos hablado, á quien apenas tuvo tiempo para decirle:--¡Huid, Effie, huid! Esta le miró con sorpresa, pero mezclada con cierto aire de sensibilidad y de reproche.--¡Huid, le repitió éste; por lo que mas quereis en este mundo os lo suplico!

En aquel momento se oyó llamar á Wildfire á grandes voces.

-- Alla voy; respondió éste. ¡Effie, le repitió éste, por el amor de Dios, por vos, por mi, ó estais perdida! y habiendo dicho esto, desapareció.

-- Effie viéndole partir exclamó -- ¡de qué me

serviria conservar la vida, cuando he perdido mi honor! y quedó inmóvil como una estatua en medio del tumulto que la rodeaba.

La cárcel se encontraba ya en el mayor silencio: se habia hecho bajar la victima hasta la puerta y solo se esperaba al gefe para conducirla al parage en que debia consumarse el sacrificio: con este objeto le llamaron los gritos impacientes de sus compañeros.

Quando llegó cerca de Portews, éste le dijo en voz baja y apretándole la mano:-- Os ofrezco quinientas libras esterlinas si me salvais la vida.

-- Todo el oro del universo no os salvaria. Acordaos de Wilson... Reconciliaos con Dios, le dijo un momento despues... ¿En donde está el sacerdote?

Butler llegó entonces pálido y temblando, y el gefe le previno se colocase al lado del reo, y que le dispusiese á morir. Butler suplicó á los sediciosos considerasen lo que iban á hacer.--Vosotros no sois, les decia, ni jueces, ni jurados; ni las leyes de Dios ni las de los hombres os autorizan para quitar la vida á uno de vuestros semejantes. En nombre del que es todo piedad, os ruego la tengais con este des-

graciado. No ensuciais vuestras manos con su sangre, y no cometais el mismo crimen que tenéis intencion de castigar.

-- Dejaos de sermones, le gritaron los sediciosos; aqui no estais en el púlpito.

-- Si hablais otra palabra por ese estilo, le añadió uno de ellos, vamos á ahorcaros con él.

-- Poco á poco, dijo Wildfire sumamente incomodado: ¡que nadie se atreva á insultar á este santo hombre! El obedece á su conciencia, y hace bien; y yo le estimo mucho mas. Pero, respetable señor, le dijo á Butler, vuestros consejos son santos, efectos de vuestra caridad y de vuestra compasion, que respetamos y apreciamos, mas es preciso que os convenzais que nuestra resolucion es invariable. Portews debe sufrir la pena de muerte, que merece por sus delitos, y á la que ha sido condenado con tanta justicia por un tribunal competente: asi pues no nos hableis mas, y preparadle para la muerte del mejor modo que lo permitan los pocos instantes que le quedan de vida.

Portews se había quitado su frac y sus zapatos para subir á la chimenea; cuando le encontraron no le dieron tiempo para tomar ni

uno ni los otros. De aquel modo se le colocó sobre las manos entrelazadas de dos de los sediciosos del modo que se llama en Escocia la *atmohada del Rey*, y se le conducia así al lugar del suplicio. Desde aquel asiento imploró de nuevo la compasion de sus verdugos; pero viendo que sus ruegos eran inútiles, se conformó con su suerte con la fortaleza que le inspiraba su educacion militar, y su carácter intrépido.

Butler, que iba á su lado, le preguntó con una voz trémula y afligida. ¿Estais preparado para este terrible momento? Dirigios á aquel para quien el tiempo y el espacio no son nada, cuya misericordia es tan grande como su justicia, pero á cuyos ojos algunos instantes de verdadero arrepentimiento valen tanto como la vida de un ju-to.

-- Ya se lo que quereis decirme, le contestó Portews con un acento triste. Yo he llevado la vida de un soldado. Si me asesinan, que mis faltas y mi sangre caigan sobre la cabeza de mis verdugos.

-- ¡Como! le dijo Wildfire que estaba á su otro lado. ¿No fuistes vos el que en este mismo lugar dijo á Wilson, cuando éste se queja-

ba de que el dolor que le causaban las esposas le impedían el rogar á Dios, que sus sufrimientos no dudarian mucho tiempo? Ahora podiamos pagarte con la misma moneda: con todo somos mas generosos; y así, si no os aprovechais de las santas exhortaciones de este digno hombre, no acuseis á los que tienen para con vos mas compasion que la que vos tuvisteis para con los demas.

Así marchaban con paso lento, y como con cierta solemnidad á la luz de un gran número de achas, pues los actores de esta escena trágica lejos de intentar cubrirla bajo las sombras del misterio, parecían al contrario darle la mayor publicidad. Los principales gefes rodeaban al prisionero, y los facciosos que estaban armados con fusiles y bayonetas, marchaban á los lados en dos filas, como la guardia de honor que acompaña una procesion. En todas las calles del tránsito las ventanas estaban llenas de una multitud de gentes, cuyo sueño habia sido interrumpido por el tumulto de aquella noche. Todos parecían poseídos de sorpresa y de terror á la vista de un espectáculo tan extraordinario; muchos unian sus gritos á los del pueblo, pero nadie se atrevió á hacer ni un solo esto de desaprobacion.

Los sediciosos por su parte obraban siempre con el mismo aire de seguridad y de confianza con que habian ejecutado todas sus operaciones, y Butler no perdía ocasion de dirigir á Portews sus santas exhortaciones, que su celo y caridad hicieron al fin fructificar, reduciendo al paciente á un sincero arrepentimiento.

Cuando estaban cerca del parage destinado al desenlace de aquella tragedia de horror y de sangre, uno de los sediciosos dijo, que era necesario proveerse de una cuerda: inmediatamente se violentó la puerta de un cordelero, y se escogió la que convenia para el objeto, y al dia siguiente el dueño de la tienda halló una guinea sobre el mostrador; tanto deseaban probar los autores de esta empresa atrevida, que no intentaban contravenir á ninguna ley, y que la muerte de Portews era el único objeto de su reunion.

Arrastrando, ó por mejor decir, llevando en brazos el objeto sobre que deseaban saciar su venganza, llegaron por fin á la plaza de Grassmarket, sitio ordinario de las ejecuciones, teatro del crimen de Portews, y que debia serlo tambien de su suplicio. Varios de los sediciosos se ocuparon inmediatamente en le-

vantar las piedras que cubrían los agujeros en que se fijaban los maderos de la horca ordinaria con el objeto de poner otros que formasen un cadalso provisional, en atención á que el parage en que estaba el que servía á las egecuciones ordinarias, distaba mucho de la plaza de Grassmarket, y hubiera sido perder mucho tiempo y esponerse á un grau riesgo el ir á buscarle. Butler se aprovechó de aquella dilacion para tratar de distraer al pueblo de sus proyectos sanguinarios.

-- ¡Por el amor de Dios, les decia, reflexionad que es la imágen de nuestro Criador la que intentais destruir, y que por culpado que sea la puerta del cielo puede aun abrirse para él! ¡Concededle la vida! ¡dadle tiempo para purificar su alma por el arrepentimiento y la penitencia!

-- ¿Que tiempo ha dado ese malvado á los que él ha asesinado? exclamó una voz terrible. Según las leyes divinas y humanas, debe morir.

-- Pero amigos míos, continuó Butler olvidando generosamente el peligro á que se esponía intentando hacer oír la voz de la religion y de la humanidad á unos tigres sedientos de sangre, ¿quién os ha constituido sus jueces?

-- Nosotros no somos sus jueces, respondió la misma voz; sus jueces legítimos le han condenado á muerte. Nosotros somos solo egecutores de una sentencia legal pronunciada por el tribunal competente contra un asesino, que el gobierno, mal informado, quiere substraer á la suerte que merece.

-- Pues informad por vuestra parte al gobierno; pero entretanto obedeced sus disposiciones, este es el deber de todo buen vasallo.

Entretanto Portews que se habia oido llamar asesino, exclamó interrumpiendo á Butler.

-- Yo no soy asesino; el hecho que me imputais, ocurrió en mi propia defensa, habiendo sido atacado por el pueblo, mientras desempeñaba legalmente mis funciones.

-- A la horca, á la horca, exclamaron los sediciosos por todas partes. ¿Para qué queremos cadalso? esta viga bastará para ello.

Decian esto señalando una viga que habia clavada en la pared de la casa de un tintorero, y que le servia para suspender en ella para que se secasen las telas que tenía.

Inmediatamente la muchedumbre se arrojó sobre él, y Butler se halló separado de su lado, y arrastrado por el tropel de los sediciosos, que

le llevaban como en el aire á pesar suyo de una á otra parte. Viendo que los que le detenian al lado del preso habian desaparecido, dudó si se escaparia ó iria aun á buscar la victima de aquel furor popular para darle los últimos auxilios y consuelos espirituales; pero una estrepitosa y alegre griteria, le anunció que el crimen se habia ya consumado.

Entonces descubrió á la luz de las hachas al desgraciado Portews pendiente de la cuerda fatal. Esta vista le llenó de horror, y observando que nadie le detenia, no pensó mas que en alejarse de aquel lugar de desgracias. Libre ya de la violencia con que habia sido detenido, se dirigió á la misma puerta, junto á la que habia encontrado la primera tropa de los sediciosos; pero hallándola cerrada, se puso á pasear en sus inmediaciones, hasta que despues de una hora de espera no viendo parecer á nadie, llamó á los guardas para que le abriesen. Estos se hallaban aun encerrados en su cuerpo de guardia, en donde les habian mandado permanecer los sediciosos bajo pena de la vida, y solo cuando Butler les aseguró repetidas veces que la comocion se habia disipado, se atrevieron á salir. Miraron á Butler con sorpresa, y cuando

les pidió que le abriesen la puerta, le preguntaron su nombre y su morada.

-- Es un predicador, dijo uno de ellos; yo le he oido predicar en Haddo. Con lo que le abrieron la puerta y le dejaron pasar.

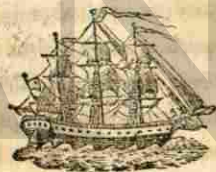
Butler se alejó con gran placer de las murallas de Edimburgo, que le causaban tanto horror. Su primera idea fue restituirse directamente á su casa; pero otros temores relativos á lo que habia sabido el dia anterior en casa de *Mistriss Saddletree*, le determinaron á esperar el dia en las inmediaciones de Edimburgo. Sin embargo, tuvo cuidado de separarse algun tanto del camino real, por el que vió pasar á poco rato varios grupos de gentes que hablaban entre sí con bastante calor, aunque en voz baja, cuya circunstancia, reunida á la hora tan intempestiva, le hizo creer que probablemente habrian tomado parte en los sucesos de aquella noche.

La dispersion total y repentina de los sediciosos, cuando hubieron satisfecho su sed de venganza, fue uno de los rasgos mas particulares de aquella sedicion. Generalmente, cualquiera que sea el motivo de una comocion popular, siempre resultan desórdenes, que no

habian entrado en el plan de los sediciosos; pero que los cometen los que les arrastra el curso de los acontecimientos; mas no sucedió nada de esto en la presente ocasion: la venganza que acababan de tomar, parecia haber llenado completamente todos sus deseos. En el instante que estuvieron seguros de que su victima habia perdido la vida, se separaron, abandonando las armas de que solo se ampararon para asegurar la egecucion de su proyecto. Al amanecer del dia siguiente, no quedaban en Edimburgo mas señales del movimiento popular que habia ocurrido la noche anterior, que el cadáver del desgraciado Portews, que hallaron aun pendiente de la viga que habia servido de horca, y las armas de que se habian apoderado, y que dejaron esparcidas por las calles.

Los magistrados recobraron su autoridad, sin dejar de conocer que dependia de un hilo muy delgado. Las primeras muestras que dieron de su energia fue hacer entrar en la ciudad el regimiento del coronel Møyle, y empezar las pesquisas sobre las ocurrencias de aquella funesta noche; pero las medidas habian sido tomadas con tanto tino, conducidas con tanto secreto, y bajo un plan tan bien combinado,

que se pudieron obtener pocas noticias sobre los autores de un complot tan atrevido. Inmediatamente se despachó un espreso á Lóndres para llevar esta noticia que llenó de indignacion al consejo de regeacia, y sobre todo á la reina Carolina, que miró aquella comocion como un insulto hecho á su autoridad, y espidió las órdenes mas severas para el castigo de los culpados.



CAPITULO V.

Butler se hallaba al pie de las montañas que rodean á Edimburgo por el lado del Sudeste cuando el sol empezaba á despuntar sobre el horizonte. Era aun demasiado temprano para dirigirse á la casa á donde habia pensado ir; y mientras que sentado sobre uno de los fragmentos, que los huracanes habian desprendido de las rocas que se levantaban sobre su cabeza, reflexionaba ya sobre la triste catástrofe de que habia sido testigo, ya sobre la noticia mucho mas triste para él, que habia adquirido en casa de Saddletree, nos entretendremos en hacer conocer á nuestros lectores, quien era Butler, y cuales sus relaciones con Effie Deans, la desgraciada muchacha de la tienda del sillerologista, que se hallaba presa en la cárcel de Edimburgo.

Ruben Butler, habia nacido en Escocia, pero era originario de Inglaterra. Su abuelo Esteban Butler habia servido en el ejército de Monk, y hacia parte del cuerpo de dragones, que tomó al asalto la ciudad de Donde en

651. Le llamaban por sobre nombre Butler de la Biblia, á causa de los muchos pasages históricos que sabia de las santas escrituras. Como tenia muy pocos bienes de fortuna, se aprovechó de la ocasion que le ofrecia el saqueo de aquella ciudad rica y comerciante para aumentarlos, y parece que no lo hizo mal, pues desde aquella época se aumentaron considerablemente.

El cuerpo á que pertenecia, se acuarteló en Dalkeith, y formaba la guardia de Corps de Monk, que en calidad de general en gefe de las tropas de la república, residia en un palacio inmediato. Cuando se trató de restablecer á Carlos II en el trono de sus padres, Monk reorganizó su ejército, y no hallando á Butler la Biblia bastante adicto á su persona, nial restablecimiento del monarca, poco antes destituido, le dió su licencia absoluta pagándole todos sus sueldos atrasados. Con esto su cintura, para servirnos de la espresion de Horacio, se encontró bastante pesada para proporcionarle medios de adquirir una pequeña posesion. En efecto, compró una casa y algunos pedazos de tierra, que aun conserván el nombre de Bersheba, á una milla de Dailkeith, en donde se

estableció con una compañera que escogió entre las jóvenes de las inmediaciones. No sobrevivió mucho tiempo á este enlace, y dejó á la joven viuda un niño de tres años, cuyo aire y facciones hacían honor á su madre, pues eran un retrato de Butler la Biblia.

Un Laird de las inmediaciones, el Laird de Dumbidikes, hombre brutal y ambicioso, entre cuyas posesiones se hallaba la casa y tierra de Bersheba, como que en otro tiempo habían pertenecido á sus progenitores, suscitó tales demandas contra la pobre viuda sobre la legitimidad de la venta, y adquisición de su hacienda, que en poco tiempo la desposeyó de cuanto tenía agregándolo á su patrimonio, del que pretendía haberse desmembrado contra todo derecho. Sin embargo, fue bastante humano para permitirle habitar la casa y cultivar las tierras de que antes era propietaria, con la obligación de pagarle cierto arrendamiento á plazos bastante cómodos. Su hijo Benjamin, creció, se casó, y tuvo un hijo llamado Ruben, que es el que hemos visto figurar en el capítulo anterior, y que vino á participar de la pobreza de sus padres, y tal vez á aumentarla.

Cuando el Laird vió que un joven tan robusto ayudaba en su trabajo á la viuda, pensó que unas tan vigorosas espaldas podrían soportar un nuevo peso, y aumentó considerablemente la renta que exigía. ¿Pero qué sucedió? Benjamin trabajaba noche y día para ganar con que mantener á su familia y pagar la renta, y murió de una enfermedad ocasionada por la fatiga y el cansancio. Su muger le siguió bien pronto al sepulcro, y Ruben Butler se halló en 1705 en el mismo estado y á la misma edad que su padre, huérfano y confiado á los cuidados de su abuela la viuda del antiguo dragon Butler la Biblia.

La misma perspectiva de miseria amenazaba á otro arrendador del mismo Laird, llamado Deans, y que solo se conservaba en sus tierras por una exacta puntualidad en pagar todas las rentas, derechos y gavelas con que le cargaba su señor. Pero el hambre de los años 1700 y 1701, que no se ha olvidado aun en Escocia, agotó todos los medios del honrado Deans, y despues de haber luchado largo tiempo con la miseria, se halló enteramente arruinado, y á la merced de un señor inhumano en la época en que murió Benjamin Butler.

Todo el mundo preveía cual sería la suerte de estas dos familias desgraciadas. Se creía verlas arrojadas de un momento á otro de sus tristes asilos; pero un acontecimiento imprevisto é inesperado, desconcertó todos estos cálculos.

El día mismo en que debía verificarse su espulsion, y mientras que todos los vecinos se preparaban á concederles toda su compasion, pero sin que ninguno se dispusiese á darles e menor socorro, falleció cuasi de repente el Laird de Dumbidikes, y antes de morir encargó á su hijo, contra lo que todos esperaban, que fuese humano con los pobres, que dejase á los Butlers en Bersheba, y que no despidiese á los Deans, contentándose con hacerles pagar una renta moderada, de modo que pudiesen vivir.

Esta muerte produjo una revolucion favorable á las dos familias. Jacobo, ya Laird de Dumbidikes, aunque era avaro é interesado, no tenia el espíritu de rapina y ambicion que su padre. Su tutor pensó como él, que debian egecutarse los deseos que el difunto habia manifestado á la hora de su muerte; y así se dejó á los Deans y á los Butlers en sus respecti-

vas haciendas, y se les exigió una renta moderada.

Woodond, en donde vivia Deans no estaba lejos de Bersheba, domicilio de la viuda de Butler. A pesar de eso, habia habido hasta entonces pocas relaciones entre las dos familias. Deans era un presbiteriano acérrimo, y un escocés decidido, lleno de preocupaciones contra los ingleses y contra todo lo que tenia un origen inglés: no podia olvidar que su marido habia servido en el ejército de Cromwell; pero las desgracias reunen á los hombres. En el tiempo de sus aflicciones se hicieron reciprocamente algunos servicios, y Deans perdió una parte de sus preocupaciones cuando conoció mejor á su vecina. Por otra parte ella era escocesa, y aunque Ruben Butler fuese nieto de un inglés, siempre se acordaría que su padre y él habian nacido en Escocia; y últimamente, era de su misma religion, razon muy poderosa en aquel tiempo para reunirse los hombres. David Deans, que tenia tambien su flaco, advirtió que la viuda escuchaba con respeto sus consejos y exhortaciones en recompensa de algunas instrucciones que le habia dado para el manejo de su hacienda. Pero mien-

tras Deans y la viuda Butler luchaban contra la pobreza, cultivando el suelo árido y estéril que el Laird de Dumbidikes habia tenido á bien dejarles, se vió á Deans pasar gradualmente de la necesidad á las comodidades, y de éstas á la opulencia, mientras que la situacion de la pobre viuda era cada dia peor. Es verdad que la viuda era ya vieja, y que Deans se hallaba en la flor de su edad; pero esta diferencia debia hallar su recompensa en que Mistriss Butler tenia un nieto, que de dia en dia se hallaba mas en estado de ayudarla en su trabajo, mientras que Deans no tenia mas que una hija; sin embargo ésta habia sido educada de modo que era sumamente útil en la casa de su padre; tenia una excelente constitucion, y las prudentes instrucciones de su padre, la habian dado un carácter serio y reflexivo.

Ruben por el contrario tenia una constitucion débil, era tímido é irresoluto, y su abuela, que le idolatraba, temia el verle fatigarse en su trabajo. Los dos jóvenes guardaban juntos algunas ovejas y dos ó tres vacas que sus padres enviaban á pastar á los prados comunes de Dumbidikes; los dos iban á la misma escuela, pero Ruben tenia sobre Jeanie, en la ins-

truccion que recibian en ella, la misma superioridad, que ésta tenia sobre él con respecto á los objetos domésticos y campestres. Ruben era sin contradiccion el mejor discipulo, y todos sus compañeros le querian por la dulzura y amabilidad de su carácter, aunque fuese el favorito de su maestro. Pero cuanto mas adelantaba en instruccion, tanto menos apto parecia para los trabajos del campo. Comprendia perfectamente las Georgicas de Virgilio, pero no sabia distinguir la cebada de la avena. Un dia mientras se entretenia en resolver un problema de Eudides, dejó entrar á su pequeño rebaño en una tierra sembrada de guisantes, perteneciente al Laird, y sin la prontitud de Jeanie y los esfuerzos de su perro Dustyfoot, aquel desuido le hubiera costado una gruesa multa. En fin, un año perdió toda la cosecha por haberse empeñado en cultivar sus tierras conforme á los principios de Columela y de Caton el censor.

Tanta torpeza desconcertó á su abuela, y destruyó la buena opinion que Deans habia formado de él. -- Yo no veo de que pueda servirnos éste muchacho, le dijo un dia á la viuda, á menos que no querrais destinarle al estado

eclesiástico: y oreo que no hariais mal, porque jamas ha habido mas necesidad de predicadores que en la época presente en que todos los corazones estan endurecidos como muelas de molino. El tiene un buen fondo, es instruido, y cuando llegue á ordenarse de presbitero yo no dudo que sea un escelente predicador.

La buena vieja hizo todos los sacrificios posibles para dar á su nieto Ruben una educacion conveniente al estado á que desde luego pensó dedicarle.

Jeanie Deans se vió obligada á separarse del compañero de sus trabajos, de sus estudios y de sus juegos, y el sentimiento que al despedirse manifestaron uno y otro, fue superior á lo que al parecer permitia su edad; pero eran jóvenes, llenos de esperanzas, y se lisonjaban volverse á ver en dias mas dichosos.

Mientras que Ruben seguia sus estudios en el colegio de san Andres, su abuela se hallaba cada dia mas imposibilitada de hacer valer su pequeña hacienda, en términos de verse obligada á devolversela al Laird de Dumbidikes. Este gran señor tuvo la generosidad de pagarle los años malos, los aperos de la labranza, y los abonos de las tierras por su justo valor, y de per-

mitirle ocupar gratis la casa en que vivia mientras fuese habitable, pues protestó que jamal gastaria un schelin en repararla.

Entre tanto, á fuerza de trabajo y de industria, y gracias á algunas circunstancias felices, la fortuna de David Deans se mejoraba de dia en dia: empezaba aun á pasar por hombre rico, y sus conocimientos en la agricultura le habian hecho como una especie de favorito del Laird, que no siendo hombre de sociedad, y no sabiendo que hacer de su tiempo, no dejaba pasar ni un solo dia sin hacer una visita á la hacienda de Woodend.

Alli, no siendo hombre rico en ideas, ni en el modo de manifestarlas, pasaba una ó dos horas sentado al rededor del fuego, ó de pie á la puerta, segun las estaciones, teniendo en la boca una pipa vacia, y sobre la cabeza un antiguo sombrero guarnecido de galon de oro que habia sido de su padre, siguiendo con la vista á la joven Jeanie, que se ocupaba en los que haceres de la casa, escuchando, sin comprenderlos los discursos de Deans sobre el tiempo ó sobre la sementera, y mezclando de cuando en cuando, uno ó dos monosilabos en la conversacion, que viniesen ó no al caso. Deans, su-

mamente lisonjeado por la condescendencia de su señor, no dejaba de hacer su elogio siempre que se presentaba la ocasion.--Si no es un grande ingenio, á lo menos es muy honrado: es muy diferente de su padre: es verdad que tiene algo de apego á los bienes de este mundo; ¿pero quién de nosotros se halla sin defectos?

La atención con que el Laird seguia todos los movimientos de Jeanie no se habia escapado á la penetracion del padre, y de su segunda muger Rebeca, que formando casamientos en su imaginacion entre todos los jóvenes y todas las muchachas de las inmediaciones, preveia ya uno entre el Laird y su hija política Jeanie: pero Deans levantaba los hombros siempre que su muger le hablaba de sus esperanzas, tomaba su sombrero, y se salia de casa, mas era para no dejar ver cierto aire de satisfacción que apesar suyo se pintaba en su semblante.

Mis lectores me preguntarán si Jeanie merecia por su atractivo las mudas atenciones de su señor. Como historiador verdadero me veo precisado á confesar, que sus facciones nada tenian de particular. Era pequeña y demasia-

do gorda para su talla, sus ojos eran azules, su pelo rubio, y su cutis, aunque blanco, estaba algo tomado del sol. Todo su mérito consistia en un aire de tranquilidad inesplicable, que debia á una conciencia pura; en un excelente corazon, en un carácter siempre igual, y en la satisfaccion interior de que gozaba cumpliendo esactamente con sus deberes. Se puede suponer tambien que su aire y modales no presentaban mas atractivo que sus facciones, y sin embargo se pasaban los dias, las semanas, los meses y los años, y el Laird de Dumbidikes venia de pagar regularmente todas las mañanas ó todas las tardes su tributo de admiracion silenciosa á Jeanie, sin que ó por timidez ó por indecision, hubiese dicho una palabra que justificase las profecias de su madrastra.

Rebeca estaba cada vez mas impaciente, esperando que el Laird se declarase. Un año despues de su casamiento tuvo una hija á quien pusieron por nombre Eufemia, que segun la costumbre de Escocia llamaban por abreviacion Effie. Jeanie amaba tiernamente á su hermana, y Mistriss Deans calculaba con bastante razon que si llegaba á ser la esposa del Laird de Dumbidikes, su fortuna seria superior á la de

su padre, y que éste se la dejaria toda entera á Effie. Otras madrastas han usado de medios menos laudables para lograr el mismo objeto; pero es menester hacerle á Rebeca la justicia de decir que deseaba sinceramente los adelantos de Jeanie y que no veia en el que debería resultar á su propia hija mas que como una consideracion secundaria, que no era de despreciar.

Llena de estas ideas puso en práctica todas las pequeñas tretas que su corta esperiencia pudo sugerirle para obligar al Laird á que se explicase; pero tuvo la mortificacion de ver inutilizados todos sus esfuerzos, pues un dia que quiso chancearse con él manifestándole lo útil que le seria una muger para el manejo y gobierno de su casa, el Laird tembló visiblemente, y en una semana no volvió mas á Woodend.

Entre tanto Ruben Butler, habiendo concluido sus estudios, y recibido el orden de presbitero, obtuvo su licencia como predicador del evangelio, con algunos cumplimientos de parte de los examinadores; pero no le dieron ninguna plaza efectiva, lo que le obligó á volver á casa de su abuela, no teniendo otros medios para mantenerse que el estipendio que ganaba

dando algunas lecciones en aquellos contornos. Su primera visita fue á Wooden. Allí fue recibido por Jeanie con aquel afecto que le inspiraban unos recuerdos que no se habian separado jamas de su corazon, por Rebeca con una cordial hospitalidad, y por David Deans con la fria indiferencia de un acérrimo presbiteriano, que hubiera tenido como un crimen si se hubiese dejado conmovir por algun afecto terrestre.

Apesar de la profunda veneracion que David Deans concedia al clero en general, no bastaba el ser eclesiastico para merecer su estimacion; y asi inmediatamente, entró en conferencia con Butler sobre diferentes objetos de controversia á fin de descubrir si estaba firme en todos los puntos de la doctrina de la Iglesia presbiteriana, ó si habia adoptado alguna de las otras creencias en que entonces estaba dividida la Escocia, y que miraba como heréticas. Butler sostuvo con honor aquella especie de examen, pero no salió tan puro como el oro del crisol, pues habia manifestado demasiados conocimientos humanos, y los celosos presbiterianos les miraban como propios para alejar el espíritu de la consideracion de las cosas di-

TOMO I.

vinas y poco capaces para merecer las gracias celestes.

La intimidad de Jeanie y de Butler se renovó bajo nuevos auspicios. La amistad de la infancia se halló reemplazada por el amor, y convinieron en fin, en que pedirían á sus padres les uniesen por el santo vinculo del matrimonio cuando Butler obtuviese alguna plaza que asegurase su existencia. Ruben formó varios planes con respecto á su colocacion; pero ninguno le salió bien. Entre tanto los años pasaban, ya no se veía sobre las mejillas de Jeanie la frescura de la primera edad, y Butler tomaba ya el aspecto de la edad madura. La viuda de Estevan Butler habia ido á unirse con sus antepasados, y Rebeca habia bajado tambien al sepulcro.

David Deans, apesar de la rigidez de sus principios religiosos, no podia consolarse del sentimiento que le causó la pérdida de una esposa que tanto amaba. Woodend, en donde habia pasado dias tan dichosos con su Rebeca, le era odioso, y resolvió abandonarle. Habiendo adquirido una pequeña fortuna que le permitia emprender especulaciones mas vastas, determinó dedicarse al comercio de bueyes, para

lo que tomó en arrendamiento una casa, y grandes prados en San Leonardo, situado á media milla de Edimburgo, entre esta ciudad, y la gran montaña llamada Arthur's Seat.

Jeanie tenia entonces pocas ocasiones de ver á Butler, quien mientras se presentaba otra cosa mejor, se vió obligado á aceptar la plaza de substituto del maestro de escuela de un pueblecito á cuatro millas de la capital. El maestro concibió las mas lisonjeras esperanzas de la aplicacion y celo de su adjunto, y no dudando de que sus talentos le atraerian un gran número de discipulos, le aseguró la supervivencia de su escuela, con lo que el porvenir se presentaba á los ojos de Butler bajo colores menos tristes. En todas las visitas que hacia á san Leonardo, hablaba á Jeanie de sus esperanzas; pero jamas descubrió sus proyectos á Deans, ni aun quiso que los sospechase, y asi solo iba á San Leonardo las veces que se lo permitian sus antiguas relaciones de amistad. Pero habia otro cuyas visitas eran mas frecuentes y mas regulares.

Cuando Deans anunció al Laird de Dumblidikes su intencion de dejar la hacienda de Wooden, este se quedó sorprendido, segun

manifestó en su aspecto; pero no le contestó ni una sola palabra, y continuó sin interrupción sus visitas diarias. La vispera de la partida de la familia, viendo que se ocupaban en los preparativos del viage, se arrimó á la puerta y se le oyó esclamar -- ¡Jesus! ¡Jesus! El día siguiente fue aun á Woodend; pero no encontró á nadie. Desde aquel momento se halló como fuera de su centro sin saber que hacer ni á donde dirigir sus pasos. No había casa de campo de las inmediaciones en que no entrase, no había muchacha en quien no fijase la vista; pero aunque las había mas bellas y mas cómodas que en Woodend, y encontrase jóvenes mas hermosas que Jeanie, á ninguna miraba con tanto placer como á ésta, y ningun banco le parecia tan cómodo como el de la cocina del rígido Deans. Despues de haber recorrido todas sus posesiones, y permanecido como estacionario, digamoslo así, durante una semana, le ocurrió que podria estender sus paseos hasta la nueva morada de Deans, aunque estuviese mas lejos. Con esta idea compró un caballo, y el día siguiente se puso en camino para San Leonardo.

Aunque Jeanie tomaba muy poco interés

por el Laird, temia sin embargo que éste uniese la elocuencia de sus discursos á la expresion y frecuencia de sus miradas; pues en este caso se veria precisada á renunciar á sus esperanzas con respecto á Butler, y así se consolaba de haber dejado á Wooden por la persuasion de que no veria mas al estúpido Laird. Sin embargo se quedó sorprendida cuando al octavo día, le vió llegar á San Leonardo: -- Buenos días Jeanie, le dijo, entrando en la casa segun el cumplimiento ordinario que la hacia en Woodend. ¿En donde está papá? Esta era la segunda frase que añadía, y muchas veces la última de su conversacion, cuando Deans no estaba en casa. Miró por todas partes, y habiendo visto un banco inmediato al fuego, se sentó en él como acostumbraba en Woodend. Hallándose junto á Jeanie alargó la mano, como para tocarla suavemente sobre el hombro; pero como ésta se retirase, el pobre Laird se quedó inmóvil y con el brazo estendido, como la garra de un grifo en un escudo de armas. -- Jeanie, le dijo, hallándose en un momento de inspiracion, hace un tiempo hermoso, hermoso para viajar.

-- ¡Qué mala hierba habrá pisado este hom-

bre! dijo para sí la prudente Jeanie. ¡Jamás ha dicho una frase tan larga! pero no le contestó, y el Laird, contentándose como siempre en seguirla con la vista, esperó tranquilamente á que llegase David Deans.



CAPITULO VI.

Las visitas del Laird recobraron así su curso ordinario, sin que nunca se explicase más. Entre tanto el objeto que seguía con la vista hacia ya diez años, salía ya de los límites de la juventud y se acercaba por momentos á lo que llamamos la edad madura, que la naturaleza ha colocado con respecto á las mugeres en una época mas inmediata al nacimiento, que con respecto á los hombres. Otros en su lugar, se hubieran hallado tentados á fijar su vista sobre un objeto, cuyos atractivos, muy superiores á los de Jeanie, brillaban entonces con todo su esplendor.

Eufemia, ó Effie Deans, era entonces como una flor encantadora, adornada con todos los bellos colores de una fresca y hermosa primavera. Con un corte de cara, rival de los mejores modelos de la Grecia, su hermoso pelo negro, que formando mil rizos, se escapaban por uno y otro lado de una redcilla de seda azul, realzaban la blancura de un cutis, animado con los matices que presta á la hermosura la robustez y la salud; sus ojos igualmente negros, pero llenos de viveza, manifestaban

bre! dijo para sí la prudente Jeanie. ¡Jamás ha dicho una frase tan larga! pero no le contestó, y el Laird, contentándose como siempre en seguirla con la vista, esperó tranquilamente á que llegase David Deans.



CAPITULO VI.

Las visitas del Laird recobraron así su curso ordinario, sin que nunca se esplicase mas. Entre tanto el objeto que seguia con la vista hacia ya diez años, salia ya de los limites de la juventud y se acercaba por momentos á lo que llamamos la edad madura, que la naturaleza ha colocado con respecto á las mugeres en una época mas inmediata al nacimiento, que con respecto á los hombres. Otros en su lugar, se hubieran hallado tentados á fijar su vista sobre un objeto, cuyos atractivos, muy superiores á los de Jeanie, brillaban entonces con todo su esplendor.

Eufemia, ó Effie Deans, era entonces como una flor encantadora, adornada con todos los liellos colores de una fresca y hermosa primavera. Con un corte de cara, rival de los mejores modelos de la Grecia, su hermoso pelo negro, que formando mil rizos, se escapaban por uno y otro lado de una redcilla de seda azul, realzaban la blancura de un cutis, animado con los matices que presta á la hermosura la robustez y la salud; sus ojos igualmente negros, pero llenos de viveza, manifestaban

la dulzura, y al mismo tiempo el fuego de una imaginacion nueva y ambiciosa; y en fin, unos labios de carmin, sobre los que se veia pintada la risa de Hebe, un talle igual al de Diana, y todas las gracias de Venus adornaban su persona, y parecian inspirar la dicha y el placer.

Sin embargo, todos estos atractivos no pudieron distraer la vista del Laird de Dumbidikes del objeto sobre que tenia la costumbre de fijarla hacia ya tanto tiempo; pero sus ojos y los de Butler eran tal vez los únicos que pudieran dirigirse sobre Effie sin fijarse con un nuevo placer. El viagero, que iba á llegar á la ciudad vecina, término de su carrera, detenia á su caballo cansado para considerar aquella encantadora Sylphide, que llevando sobre su cabeza un tarro de leche, que la adornaba mas bien que la oprimia, pasaba por delante de él con la ligereza de una ninfa. Los jóvenes del arrabal inmediato ambicionaban tenerla por testigo de sus juegos, y era su presencia la que daba todo el precio de la victoria. Aun los rigidos presbiterianos, que miraban como un crimen, ó á lo menos como una debilidad todo lo que concedian á los placeres de los sentidos, no podrian menos de mirarla con entu-

siasmo, sintiendo que una criatura tan bella participase de la falta hereditaria, y de la imperfeccion de la naturaleza humana. Se la llamaba por sobre nombre la azucena de San Leonardo: y merecia este nombre no solo por la blancura de su cutis, sino tambien por el candor y pureza de su alma.

Los niños son generalmente mas mimados en Escocia que en todò otro pais, y Effie lo habia sido mas que ninguna muchacha de Escocia. Todo el rigor de los principios religiosos de su padre no habia podido libertarle de un exceso de condescendencia, y Jeanie, que la amaba tiernamente, no se hubiera atrevido jamas á hacer su voluntad y á seguir sus caprichos: quanto mas crecia en edad tanto menos dispuesta se manifestaba á acomodarse á los consejos de su hermana mayor. Apesar de toda la inocencia y bondad de su carácter, la azucena de san Leonardo tenia un gran fondo de amor propio y de obstinacion, y la libertad sin limites, de que estaba acostumbrada á gozar desde su infancia, le habia dado una irritabilidad tan escesiva, que no podia sufrir ninguna especie de contradiccion.

Effie acababa de cumplir los diez y siete

años, cuando una tarde que su padre estaba ocupado en el campo, Jeanie empezó á inquietarse viendo que llegaba la noche y su hermana, que estaba fuera de casa, no parecia: temia que no hubiese venido cuando volviese su padre á decir las oraciones al anochecer, lo que acostumbraba hacer en compañía de sus dos hijas, y en presencia de todos sus criados y dependientes; pues sabia que la ausencia de Effie le causaria un gran sentimiento. Sus inquietudes eran tanto mas vivas, cuanto que habia observado que hacia algun tiempo que su hermana salia todos los dias á la misma hora, bajo el pretexto de dar un paseo: que éste, siendo al principio de solo un cuarto de hora, se habia prolongado insensiblemente hasta durar horas enteras, pero aquel dia habia estado ausente toda la tarde. Jeanie no hacia mas que ir y venir á la puerta de la casa, mirando á todas partes, para ver si descubria á Effie, como si sus cuidados pudiesen acelerar su vuelta.

En fin, descubrió á lo lejos dos personas, que salian de detras de un seto que habia á la orilla del camino, y á cuyo abrigo parece que habian estado paseándose pare no ser vistos. La una era un hombre, que en el instante que sa-

lieron al camino torció ácia la izquierda, y desapareció; la otra era una muger, que tomando á la derecha, entró luego en la senda que conducia á san Leonardo. Esta era Effie; segnia su camino cantando, y se presentó á su hermana con aquel aire de viveza y de desembarazo, que saben tomar algunas mugeres para disimular su sorpresa y confusion.

-- ¿Porqué venis tan tarde Effie? le dijo su hermana: nuestro padre va á llegar al momento.

-- No es tarde, hermana.

-- Ya han dado las ocho en todos los relojes de la ciudad. ¿En donde habeis estado tan tarde?

-- En parte ninguna.

-- ¿Y con quién estabais detras de la cerca?

-- Con nadie.

-- ¿En parte ninguna? ¿Con nadie? ¡Ah! Effie, yo quisiera que hubieseis estado en un sitio y con persona que no temieseis manifestar.

-- ¿Y qué necesidad teneis de espiar mis pasos? Si no me hicieseis preguntas, no os diria mentiras. ¿Acaso os pregunto yo quien trae aqui al Laird de Dumbidikes, que siempre os

está mirando con unos ojos tan brillantes que parecen los de un gato montés?

-- Sabeis muy bien que viene para ver á nuestro padre.

-- ¿Y Ruben Butler? ¿Viene tambien para ver á nuestro padre, que no puedo sufrir su latin?

Contenta con poder rechazar el ataque dirigido contra ella, y haciendo otro en el campo enemigo, Effie continuó acosando á su hermana, hablándole con ironía de sus dos amantes, hasta que viendo sus ojos empañados de lágrimas, la abrazó tiernamente, y la pidió perdon de haberla afligido. Jeanie, aunque poco satisfecha, correspondió con igual sensibilidad á la expresion cariñosa de su hermana, y no pudo menos de decirle. -- Effie, no volvais otra vez tan tarde, pues sabeis que esto no le dará gusto á nuestro padre.

-- No lo haré mas, respondió Effie, y aun que hubiese mas bailes en la pradera, que estrellas brillan en el firmamento en una noche de helada, yo os prometo que no iré mas.

-- ¿Como? dijo Jeanie con la mayor sorpresa ¿Será posible que hayais estado en el baile?

Es probable que la azucena de san Leonar-

do hubiese hecho una entera declaracion á su hermana, lo que seguramente le hubiera evitado muchos sentimientos, y á mi me hubiera ahorrado el disgusto de contar una historia deplorabile; pero su padre, que llegaba en aquel momento á su casa, oyó precisamente la palabra baile. David Deans tenia al baile en horror: le miraba como una invencion de Satanás, como un acceso voluntario de locura, como un ejercicio destructor de todo pensamiento sério, y capaz de conducir á los mayores desórdenes. Bailar, ó asistir á un baile, era á sus ojos una especie de apostasia, una renuncia definitiva á toda esperanza de salvacion, y no concebía como pudiese permitirse, ó tolerarse. No le ocurrió que ninguna de sus dos hijas hubiesen podido olvidarse de sus instrucciones hasta el punto de tomar parte en este ejercicio profano; pero la palabra baile pronunciada á la puerta de su casa, y por una de ellas, le hizo estremecer, y bastó para inflamarle de una (en su concepto) santa indignacion. -- ¡Baile! exclamó dejando sorprendidas á sus hijas, que no le habian visto llegar; ¿Y vosotras os atreveis á hablar de baile? ¿Hablar de baile á la puerta de mi casa? ¿No sabeis que fue danzan-

do como los israelitas adoraron el becerro de oro en Bethél? ¿Qué fue despues de haber bailado, cuando una muger pidió la cabeza de san Juan Bautista? Yo tomaré esta noche este artículo de la Biblia por tema de vuestra instrucción; pues conozco que la necesitáis en gran manera. ¡Mas le hubiera valido que se hubiese quebrado las dos piernas, que emplearlas en aquel egercicio profano! ¡mejor le hubiera estado que hubiese nacido estropeada, y que la hubiese llevado de puerta en puerta pidiendo limosna, que ser la hija de un rey, y vivir como vivió! Pero escuchad con atencion lo que voy á deciros: si jamas os oigo yo pronunciar esa palabra profana, si os ocurre solamente el pensar que hay un solo hombre que toca la flauta, ó el violin, yo os renuncio por mis hijas, y no quiero tener relacion ninguna con criaturas abandonadas por el espiritu divino. Pero viendo que algunas lágrimas se desprendian de los ojos de sus dos hijas, les dijo con tono mas amable. -- Vamos, hijas mías, vamos á rogar al cielo que nos preserve de esas locuras profanas, que engendran el pecado, cierran las puertas al reino de la Gloria, y abren las del reino de las tinieblas.

Las intenciones de David Deans eran muy buenas; pero habia escogido mal su tiempo, para hablar asi á sus hijas. Su discurso trastornó todas las ideas de Effie, y la confianza que iba á hacer á su hermana, quedó encerrada en su pecho. -- Me miraria como la suela de su zapato, pensó Effie, si yo le dijese que he bailado cuatro veces con él en la pradera, y una en casa de Maggie-Mackeen, y tal vez se lo diria á mi padre, y vendria á ser la dueña absoluta de la casa. No, no, callemos; pero yo no iré mas al baile: yo haré una señal en mi Biblia en el capitulo de Herodias, y será como si yo hiciese un juramento. Effie cumplió su palabra durante una semana; pero estaba triste y de mal humor, cosa que no se habia observado nunca en ella, excepto en algunos momentos de contradiccion.

Esta mutacion tenia un aire de misterio que inquietaba tanto mas á la prudente y amable Jeanie; pues hubiera creído faltar al cariño con que amaba á su hermana, el comunicar á su padre unos sentimientos, que podian no tener otra causa mas, que su propia imaginacion que se alarmaba tal vez con demasiada facilidad. Por otra parte, su respeto por el buen vie-

jo no le impedía conocer, que era terco y absoluto en todo lo que tenia relacion con sus principios religiosos, y que llevaba el ódio por las diversiones, aun las mas inocentes, mas allá de lo que exigian la razon y la religion. Sabia, que si su padre llegaba á descubrir los paseos que Effie habia vuelto á hacer todas las tardes, querria saber la causa, y se los prohibiria: que su hermana, acostumbrada á una libertad sin límites, no podria sufrir esta contradicción á su voluntad; que si se acostumbraba á despreciar las órdenes de su padre en un solo punto, concluiria bien pronto por quebrantarlas en todo, de lo que le resultaria mas mal, que bien. En el gran mundo una jóven, por ligera que sea, se halla contenida por la etiqueta, y ademas siempre está á la vista de una madre ó de una dueña; pero la jóven aldeana, que en el intervalo de sus trabajos encuentra un momento de distraccion y de placer, no tiene mas que sus propios principios, que la contengan, y esto es lo que hace algunas veces las diversiones tan peligrosas. Todas estas reflexiones se presentaban á la imaginación de Jeanie, y la sumergian en una gran incertidumbre sobre la conducta que deberia seguir con

respecto á su hermana. Pero un acontecimiento imprevisto puso fin por entonces á sus inquietudes.

Mistriss Saddletree, que nuestros lectores conocen ya, era parienta lejana de David Deans, quien le estimaba mucho, porque era una muger de una vida egemplar, y un digno miembro de la iglesia presbiteriana. Esta buena señora, por cuya inteligencia y cuidado del comercio de su marido se hallaba en un estado floreciente, habia ido á hacer una visita á San Leonardo un año antes de la época en que principia nuestra historia. -- M. Saddletree, le dijo á Deans, no está jamas en la tienda cuando puede meter las narices en la audiencia de un tribunal de justicia, y no es posible que una muger sola tenga á su cargo los cuidados del manejo de la casa y de la tienda, dé las órdenes á sus operarios, reciba los encargos de los parroquianos y se ocupe de los pormenores de la venta diaria. Yo he pensado tomar una muchacha para la tienda que me ayude en lo que hacedes de mi comercio, y si quisierais darme á vuestra Effie, creo que desempeñaria bien su encargo, y que con el tiempo podria sacar de él un buen partido.

Esta proposicion agradó á David. Su hija aprenderia un comercio decente, tendria entre tanto casa y comida, recibiria su salario corriente, y se hallaria bajo la tutela de Mistriss Saddletree, que marcaba por el camino derecho, y cuya casa se hallaba contigua á la iglesia de la cárcel, regentada por un pastor que no habia doblado la rodilla delante de Baal; es decir, que no habia prestado el juramento que el gobierno exigia á los individuos del clero protestante de Escocia, despues de unido este reino á la Inglaterra. Deans, todo ocupado de las ventajas que resultarían á su hija de oír la sana doctrina de una boca tan pura, no pensó en manera alguna en los peligros á que iba á quedar espuesta una muchacha jóven, hermosa y de un carácter algo decidido por los placeres, en medio de la corrupcion de una gran ciudad. La sola cosa que sentia, era que su hija iba á vivir bajo el mismo techo que un hombre tan mundano como Bartolomé Saddletree. Estaba léjos de mirarle como un ignorante, antes por el contrario, le tenia como lleno de todos los conocimientos en la jurisprudencia que se atribuía el buen sillerero; pero precisamente esta era una de las razones, por las que le tenia en tan

mala opinión; pues los abogados, los procuradores y todos los demas dependientes del orden judicial, eran los que se habian manifestado mas solícitos en egecutar las órdenes del gobierno relativas á la prestacion del juramento antedicho, que Deans miraba como una de las heridas mas penetrantes que hubiese recibido hasta entonces el cuerpo de la iglesia presbiteriana. Por lo mismo tuvo largas conferencias con su hija para manifestarle el riesgo que corria su alma, si escuchaba las doctrinas de un profano tal como Saddletree, y si por ellas venia á caer en algun error de teoria religiosa; pero no pensó de modo alguno en recomendarla evitase las malas compañías, que no se entregase á la disipacion, y que conservase cuidadosamente su inocencia; puntos sobre los cuales muchos padres en su lugar, hubieran insistido con preferencia.

Jeanie vió alejarse á su hermana con una mezcla de sentimiento, de temor y de esperanza. Sus inquietudes por Effie no se dirigian por el mismo lado que las de su padre; ella la habia examinado de mas cerca, conocia mejor sus disposiciones, y podia apreciar con mas pulso el género de tentaciones y de peligros

á que podria quedar espuesta. Por otra parte, *Mistriss Saddletree* era una muger de una conducta egemplar, atenta, cuidadosa; tendria derecho para egercer sobre *Effie* la autoridad de ama, pero lo que haria sin duda con prudencia y con discrecion. La partida de su hermana para Edimburgo, romperia algunas relaciones peligrosas que ésta sospechaba hubiese hecho en las inmediaciones: asi concluyó por reconciliarse con la idea de ver salir á su hermana de San Leonardo; pero al separarse de ella por la primera vez de la vida una hermana tan querida, fue cuando sintió todo el dolor que le causaba esta separacion. Abrazada con su hermana, vertiendo en su seno un torrente de lágrimas, aprovechó este momento para decir-la reservadamente y con el mayor interés, que mirase por ella misma durante su permanencia en la capital, y que ante todas cosas conservase su inocencia. *Effie* igualmente enternecida, sin atreverse á levantar sus hermosos ojos llenos de lágrimas, le prometió hacerlo, y que jamas olvidaria sus buenos consejos.

Durante los primeros quince dias, *Effie* fue todo lo que deseaba su parienta, y aun mas que lo que habia pensado. Sin embargo, con el

tiempo su celo y su actividad se debilitaron. Si se la enviaba fuera de casa con alguna comision, tardaba tres veces mas, que lo que era menester para desempeñarla, y manifestaba cierto mal humor é impaciencia si se le hacia alguna observacion. La buena *Mistriss Saddletree* la escusaba. Es muy natural decia que una jóven, para quien todo es nuevo en Edimburgo, se detenga un poco en mirar todo lo que llama su atencion. Ademas, es una niña mal criada, acostumbrada á seguir todos sus caprichos, y que aun no está hecha á la sumision y á la obediencia. Pero tengamos paciencia: con el tiempo todo se andará: el templo de Salomon no se hizo en un dia.

Parecia que *Mistriss Saddletree* habia previsto lo que habia de suceder. Al cabo de tres meses, *Effie* no pensaba mas que en el cumplimiento de sus deberes; pero no se dedicaba á ellos con aquel aire risueño y gracioso, que tanto atraia la atencion de todos los que la veian. Sus ojos perdian por momentos su antiguo y hermoso brillo: los frescos colores de sus mejillas habian desaparecido, y su modo de andar, antes tan listo y tan ligero, era ya tardio y como torpe. A veces se la veia derramar copio-

sas lágrimas, que anunciaban un motivo oculto de sentimiento, por lo mismo que trataba de esconderlas, cuando advertía que la observaban. Semejantes síntomas no se hubieran escapado á la vista perspicáz de su ama, ni la hubieran engañado sobre el motivo secreto de su pena; pero desgraciadamente Mistris Saddletree tuvo una larga enfermedad, que no le permitió salir de su cuarto durante los últimos meses que Effie estuvo en su casa; de modo, que tuvo muy pocas ocasiones de verla. La melancolía de Effie, y su estado de abatimiento moral y físico, se aumentaron aun durante el último mes, en términos que algunas veces se la veía entregarse á ciertos accesos de desesperación, sin que M. Saddletree echase de ver nada, escepto algunas faltas que cometía en su tienda, lo que le obligó á tomar en los negocios de su comercio una intervencion, que no era compatible con su gusto por el foro. De esta suerte perdió su paciencia para con ella, y le declaró en su latin de legista, sin atenerse mucho á los géneros; que era menester que ella fuese *naturaliter fatuus, et furiosus idiota*, y que deberian citarla ante un tribunal de jurados, para que decidiesen, si debe-

rian ó no encerrarla en la casa de locos de Bedlam. Los vecinos y los criados observaban con una curiosidad maligna la mutacion ocurrida en la talla y en la salud de aquella jóven antes tan hermosa, y aun tan interesante; pero Effie no confió su secreto á nadie, y se contentaba con responder á las burlas de unos y á las preguntas de otros, ó por una negativa formal, ó por un diluvio de lágrimas.

En fin, cuando la salud de Mistris Saddletree estuvo en estado de permitirle acudir á sus ocupaciones ordinarias de la casa y de la tienda, Effie, ó por temor de que su ama le hiciese sufrir un interrogatorio importuno, ó porque tuviese otras razones urgentes para ausentarse, pidió á Bartolomé el permiso de ir á pasar algunas semanas á casa de su padre, dando por motivo el mal estado de su salud, y el deseo de probar si el descanso y la mutacion de aires podrian restablecerla. Saddletree que creia tener ojos de lince para las distinciones las mas sutiles de la jurisprudencia, era ciego como un profesor de matemáticas holandes, con respecto á todo lo que tenia relacion con los negocios ordinarios de la vida; no sospechó nada,

no la hizo ninguna pregunta, y le dió el permiso que le pedía.

Desgraciadamente para Effie habia gentes mas perspicaces, á quienes no quedaba la menor duda sobre el estado en que se hallaba, y quienes supieron que habia mediado un intervalo de mas de ocho dias entre su salida de la casa de Saddletree y su llegada á la de su padre, viage que cuando mas podia hacerse en una hora. Jeanie al descubrirla, creyó ver la sombra de aquella hermana tan fresca, tan alegre y tan seductora, que apenas hacia un año que habia dejado la casa de su padre. Hacia muchos meses que las dos hermanas no se habian visto: las ocupaciones de la tienda, sirvieron de pretexto á Effie para no ir á San Leonardo, y las domésticas de Jeanie, habiéndose quedado sola, no le dejaban tiempo para ir á Edimburgo. El retiro en que vivian los pacíficos habitantes de San Leonardo, impidió que llegasen á sus oidos los rumores de la maledicencia, y así Jeanie se quedó asustada cuando vió á su hermana en aquel estado. Le hizo repetidas preguntas sobre la causa de una alteracion tan espantosa, á las que al principio Effie

solo daba algunas contestaciones insignificantes ó evasivas; pero instada por su hermana, cayó desmayada entre sus brazos y la funesta verdad no pudo ocultarse por mas tiempo. Jeanie se vió entonces reducida á la cruel alternativa, ó de dar á su padre la terrible noticia de la deshonor de su hermana, ó de tener tal vez que mentir para ocultársela. La suplicó le descubriese el nombre y calidad de su seductor, y que se habia hecho el hijo que habia dado á luz; pero á todas estas preguntas Effie no respondia mas que con torrentes de lágrimas, que no servian mas que para ocasionarle nuevos accesos de desesperacion.

Jeanie afligida y asustada, se proponia ir á casa de Mistriss Saddletree para adquirir algunas luces sobre aquel incidente misterioso, y pedirle consejo sobre lo que deberia hacer; pero su proyecto quedó desvanecido por un nuevo golpe de la suerte, que puso el colmo á la afliccion de aquella desgraciada familia.

David Deans, cuando entró en su casa, quedó atónito y sorprendido al ver el estado en que encontraba á su hija. La llegada del Laird de Dumbidikes, que venia á hacer su visita ordinaria, y la destreza de Jeanie que distrajo su

atención sobre otros objetos, le impidieron le preguntase la causa de una mutacion tan extraordinaria, aunque estuviese bien lejos de sospechar cual era: pero ¿cuál fue su espanto cuando una media hora despues de su llegada vió entrar en su casa unos huéspedes, que ni por sueños esperaba? Estos eran los dependientes de policia, portadores de un mandato judicial para buscar y prender á Eufemia ó Effie Deans, como prevenida del crimen de infanticidio.

Un golpe tan terrible, tan inesperado; una noticia que descubria tanto en tan pocas palabras, fue superior á la resistencia de David Deans, y aunque en su juventud habia arrosado á la tirania civil y militar, despreciando las persecuciones, los tormentos y los cadavros, entonces cayó redondo en el suelo privado de sentidos. Los dependientes de policia, tal vez por humanidad, ó por ahorrarle una escena aflictiva, se aprovecharon de aquel momento para apoderarse de su victima, que pusieron en un carruage que traian al efecto, y desaparecieron. Los socorros que Jeanie prodigaba á su padre, no le habian aun restituido el uso de sus sentimientos, cuando el ruido de las

ruedas le advirtió que se llevaban á su desventurada hermana. Entonces se precipitó ácia la puerta dando terribles gritos, pero la detuvieron algunas vecinas, que habian acudido atraidas por la curiosidad viendo alli parado un carruage, espectáculo extraordinario en San Leonardo.

La afliccion de aquellas gentes, que amaban cordialmente á toda la familia de Deans, fue casi tan viva como la de éste: el Laird mismo se sintió comovido hasta un estremo que parecia imposible. -- Jeanie, exclamó haciendo sonar un bolsillo de oro: Jeanie, no os desconsoléis: el dinero lo remedia todo.

El anciano Deans habia recobrado el uso de sus sentidos: sus vecinos le colocaron en una silla de brazos: entonces, dirigiendo á su al rededor su vista asustada, como si buscase una cosa que le faltaba, y recobrando la memoria de sus desgracias: -- ¿En dónde está? exclamó con una voz que resonó toda la casa: ¿en dónde está esa miserable que ha deshonrado mis canas? ¿En dónde está la que no tiene ya lugar entre los es-

cogidos, la que ha venido aquí cargada con su crimen, y que se halla como el espíritu maligno en medio de los hijos del Señor?

Todo el mundo se apresuraba á prodigarle socorros y consuelos. El Laird hacia sonar su bolsillo; Jeanie quemaba plumas delante de él, y le hacia aspirar vinagre, y los vecinos le decian:

-- Vamos, vecino Deans, vamos: esta es sin duda una prueba cruel; pero pensad en el fin de los fines, y acordaos de las promesas de la escritura:

-- Yo me acuerdo de ellas, vecinos, y doy mil gracias á Dios de poder acordarme de ellas en medio de la ruina y el naufragio de todo lo que tenia de mas querido en este mundo. Pero ¡ser el padre de una proscripta....! ¡de una disoluta...! ¡de una sangrienta Atalia...! ¡Oh! ¡Y qué triunfo para los episcopales y los hereges, al ver mi sangre tan impura como la de ellos! Si, vecinos; yo estoy triste; triste en el fondo de mi corazon por el crimen de esa infame criatura; pero yo lo soy aun mucho mas por el escándalo que vá á resultar á todos los fieles.

-- David, le dijo el Laird alargándole su bolsillo: ¿el dinero no podria hacer nada?

-- Dumbidikes, le contestó Deans: yo hubiera dado de buena voluntad todo cuanto poseo en este mundo para impedir que ella cayese en el lazo que la ha tendido el enemigo del género humano: yo hubiera consentido en dejar mi casa, ó ir de puerta en puerta con un palo en la mano pidiendo limosna por el amor de Dios: yo hubiera dado mi vida por salvar su alma; pero si es menester un schelin, la vigésima parte de un schelin, para sustraerla al castigo público que merece, yo no le sacrificaré. No; un ojo por un ojo, un diente por un diente, la vida por la vida; esta es la ley de Dios, y esta debe ser la de los hombres. Pero dejadme solo: es en la soledad, es de rodillas como yo debo pedir al Señor me dé fuerza para soportar esta prueba.

Jeanie dirigió al cielo la misma súplica que su padre, y el Laird y los demas vecinos se retiraron. El dia siguiente halló al padre y á la hija en la misma afliccion. El anciano trataba por principios religiosos de manifestar valor en

medio de su desgracia, y Jeanie se esforzaba en callar su dolor, temiendo aumentar el de su padre.

Tal era el estado en que se encontraba esta familia desgraciada la mañana siguiente á la muerte de Portews, época á la que por está lado nos ha conducido nuestra historia.



CAPITULO VII.

Hemos pasado bastante tiempo para conducir á Butler á la puerta de la hacienda de San Leonardo, á donde nuestros lectores no dudarán ahora que se dirigia, cuando le dejamos abandonado para hacer la narracion precedente: pero seguramente, éstos habrán empleado menos tiempo en leerla, que el que Butler pasó sentado al pie de las rocas de Salisbury la mañana siguiente de la insurreccion, que se terminó por la muerte de Portews. Butler tenia varios motivos para aquella detencion. Desde luego deseaba calmar la agitacion y el espanto que le habian causado los sucesos de que habia sido testigo, y la noticia que le dieron de la prision de la hermana de Jeanie, y por otra parte no queria llegar á casa de Deans á una hora intempestiva, y así determinó no presentarse hasta cerca de las ocho que era cuando él almorzaba regularmente.

medio de su desgracia, y Jeanie se esforzaba en callar su dolor, temiendo aumentar el de su padre.

Tal era el estado en que se encontraba esta familia desgraciada la mañana siguiente á la muerte de Portews, época á la que por está lado nos ha conducido nuestra historia.



CAPITULO VII.

Hemos pasado bastante tiempo para conducir á Butler á la puerta de la hacienda de San Leonardo, á donde nuestros lectores no dudarán ahora que se dirigia, cuando le dejamos abandonado para hacer la narracion precedente: pero seguramente, éstos habrán empleado menos tiempo en leerla, que el que Butler pasó sentado al pie de las rocas de Salisbury la mañana siguiente de la insurreccion, que se terminó por la muerte de Portews. Butler tenia varios motivos para aquella detencion. Desde luego deseaba calmar la agitacion y el espanto que le habian causado los sucesos de que habia sido testigo, y la noticia que le dieron de la prision de la hermana de Jeanie, y por otra parte no queria llegar á casa de Deans á una hora intempestiva, y así determinó no presentarse hasta cerca de las ocho que era cuando él almorzaba regularmente.

Jamas el tiempo le habia parecido correr con mas lentitud. Oyó á la gruesa campana de San Gil tocar sucesivamente todas las horas, que repetian luego todos los relojes de la ciudad. En fin, dieron las siete, y creyó que ya podria ponerse en camino para San Leonardo, del que distaba apenas una milla. Bajó, pues, de la escarpada montaña de Salisbury al estrecho valle que la separa de las alturas que tienen el nombre de San Leonardo.

Este valle, como pueden saberlo muchos de mis lectores, es como una especie de desierto inculto, y lleno de fragmentos y destrozos desprendidos por el tiempo y por la fuerza de los huracanes de las cimas de los diferentes peñascos que le rodean por la parte del Est.

Este parage escondido y solitario, servia muy amenudo de escena á los valientes, para discutir con la espada en la mano algun punto de honor. Los duelos eran en aquella ocasion muy frecuentes en Escocia, pues la nobleza, entregada á la ociosidad, era orgullosa, vengativa y apasionada al uso de los licores fuertes,

y asi ni carecia de motivos de disputas, ni de deseos de terminarlas por medio de un combate singular. La espada, que hacia parte del vestido de los nobles, era la sola arma de que se hacia uso en tales casos.

Butler, siguiendo su camino en direccion á San Leonardo, descubrió un joven que al parecer se escondia entre los despojos de las rocas, de que estaba sembrado el valle, como temeroso de que le viesen. Desde luego presumió que habria buscado aquel sitio retirado para tener alguna entrevista de la especie que hemos dicho, y esta idea se fijó de tal modo en su imaginacion, que creyó seria faltar á su deber como miembro de la Iglesia de Escocia, si pasase cerca de él sin hablarle.

-- Hay momentos, se decia, en los que la menor intervencion basta para evitar el mal, y en los que una sola palabra, dicha á propósito, tiene mas fuerza para prevenir una desgracia, que tendria toda la elocuencia de Cicero para repararla: y en cuanto á mis propios sentimientos, me serán mas fáciles de soportar, si ellos no me distraen del cumplimiento de mis deberes.

Lleno de estas ideas dejó la senda que se-
Tomo I: 9

guia y se dirigió ácia el desconocido. Este, por el contrario, tomó el camino de la montaña como para evitar encontrarse con Butler; pero viendo que éste le seguia, se volvió denodadamente y se adelantó ácia él con un aire amenazador.

Cuando estuvieron á alguna distancia uno de otro, Butler tuvo tiempo de examinar sus facciones, y le pareció de unos veinte y cinco años. Hubiera sido difícil juzgar á que clase de la sociedad pertenecia por sus vestidos; los jóvenes de una clase distinguida no les llevaban muy amenudo de aquella especie en sus correrias por la mañana; pero como la tela no estaba cara, muchos escribientes de los tribunales y mozos de las tiendas de comercio habian adoptado aquel traje. No se podia creer tampoco que el desconocido llevase un vestido superior á su clase: por el contrario, se hubiera pensado que no le correspondia, pues su aspecto era altivo, su modo de mirar dominante, y sus modales parecian decir que en algun caso podria reclamar la superioridad sobre los demas. Su talla era mas que mediana; todos los miembros de su cuerpo guardaban una hermosa proporcion; su cara anunciaba

la amabilidad y la dulzura, y todo su exterior hubiera interesado y prevenido en su favor, sin un cierto rasgo inesplicable que comunica á la fisonomia la costumbre de la dispacion, y si no hubiese tenido en su tono y en sus acciones aquella audacia, que muchas veces solo es una máscara para ocultar el miedo.

Al encontrarse se miraron uno á otro. El extranjero, quitándose el sombrero, continuó su camino sin decir una palabra; pero Butler, habiéndole saludado á su vez, le dijo: -- He aquí una buena mañana, señor; habeis salido bien temprano á paseo.

-- Tengo que hacer aquí; le contestó el desconocido con un tono que no daba aliciente á continuar la conversacion.

-- No lo dudo, le replicó Butler, y me lisonjeo que me perdonareis si me atrevo á añadir, que me persuado que este quehacer será de tal naturaleza, que no esté reprobado por las leyes.

-- Señor, respondió el desconocido con un tono de sorpresa y de descontento, yo no perdono jamas una impertinencia, y no concibo con qué título os abrogais el derecho de mezcláros en lo que no os importa.

-- Yo soy soldado, señor, le dijo Butler con firmeza, y estoy encargado de arrestar, en nombre de mi amo, á los que meditan proyectos criminales.

-- ¡Soldado! dijo el extranjero, dando un paso ácia atrás, y llevando la mano al puño de su espada. ¡Soldado disfrazado! ¡encargado de prenderme! Estimais pues en bien poco vuestra vida, para encargaros de tal comision.

-- Vos no me comprendeis, señor, le contestó Butler con la mayor gravedad: la mision que yo tengo, no es de este mundo: yo soy un Ministro del Santuario, y he recibido de mi Dueño y maestro el derecho de recomendar á los hombres la paz sobre la tierra, conforme á los preceptos del Evangelio.

-- ¡Un Ministro! dijo el desconocido con una sonrisa de desprecio: se que las gentes de vuestra clase se abrogan en Escocia el derecho extraordinario de tomar parte en los negocios de los particulares; pero yo he viajado, y no me dejo conducir por los ministros.

-- Sí, es verdad, señor, que existen gentes de mi clase, ó como hubierais podido decir con mas decencia, de mi vocacion, que se mezclan en los negocios de los demas para satis-

facer su curiosidad, ó por otros motivos aun mas reprehensibles, y no podrias haber aprendido en vuestros viages una leccion mas prudente que la de condenarlos en esta parte; pero yo soy llamado á trabajar en la cosecha del Señor, y quiero mas atraerme vuestro desprecio hablando, que merecer los reproches de mi conciencia guardando silencio.

-- En nombre de todos los santos del cielo, exclamó el joven con enfado, decidme lo que tengais que decir; pues yo no comprendo una palabra ni de vuestra conducta, ni de vuestros discursos. ¿Por quién me tomais, ó qué negocios teneis que tratar conmigo? ¿Conocéis acaso mis acciones ó mis proyectos?

-- Vos teneis el proyecto de violar una de las leyes mas sábias de vuestro pais, y lo que es aun peor, una ley que Dios mismo ha gravado en nuestros corazones, á la cual es imposible contravenir sin que toda la naturaleza no se subleve contra el miserable que la quebranta.

-- ¿Y de qué ley hablais?

-- De aquella ley que dice: *No matarás*: le contestó Butler con un tono grave y solemne. El desconocido pareció violentamente agitado, Butler creyó haber producido sobre su

imaginacion una impresion favorable, y resolvió acabar su obra.-- ¿Pensais, le dijo, apoyándole la mano sobre el hombro, pensais en la terrible alternativa en que vais á colocaros? ¿Dar la muerte ó recibirla! ¿Podeis pensar en presentaros ante un Dios ofendido, con el corazon aun lleno del deseo de inmolar á vuestro hermano? Pero suponed que tengais la desgracia no menos funesta de sacrificarle á vuestra venganza. ¿Dios no imprimirá sobre vuestra frente una señal indeleble como á Cain, el primero de los asesinos? ¿Una señal, que llena de horror al que la ve, y le descubre al asesino? Pensad....

-- Señor, le contestó el desconocido con una especie de admiracion: vuestros consejos son excelentes; pero los prodigais en pura pérdida. Yo no he venido aquí con malas intenciones contra quien quiera que sea. Puedo haber cometido muchas faltas. ¿No decís vosotros los ministros que todos los hombres las cometen? Sin embargo, bien lejos de querer atacar la vida de nadie, vengó espresamente á este sitio á salvar la de una victima inocente. Si en vez de entretenernos hablando sobre un objeto que no existe, quisieseis hacer una buena acción, una

obra verdaderamente meritoria, yo os daría la ocasion. ¿Veis allá bajo ácia la derecha aquella pequeña colina, sobre la cual se descubre la chimenea y parte del tejado de una casa que está al otro lado? Pues bien, id á aquella casa y preguntad por Jeanie Deans, y decidla en secreto; que el sugeto que ella sabe la ha esperado aquí desde el amanecer hasta ahora, y que no puede esperarla más. Le añadiréis, pero todo esto con la mayor reserva, que es indispensable que esta noche vaya á esperarme á la orilla de la laguna de Hunter, cuando la luna empiece á salir por detras del monte de San Antonio, ó que de lo contrario, en mi desesperacion me hará capaz de todo.

-- ¿Y quién sois vos para darme semejante comision? le contestó Butler sorprendido, y nada contento.

-- Yo soy el diablo, le respondió con precipitacion el estrangero.

Butler dió dos pasos ácia atras como por una especie de instinto natural, y se encomendó de veras á Dios; pues aunque no era supersticioso, podia creer que efectivamente fuese el diablo que se le aparecia en figura humana.

-- Si, continuó el desconocido, sin hacer

atención á la sorpresa de Butler; dadme el nombre de Berzebú, de Astaroth, ó cualquiera otro que querais de los espíritus infernales; no importa que elijais á vuestro gusto; puea no hallareis ninguno que sea mas odioso al que le lleva, que lo es el mio á mi mismo.

El desconocido hablaba así con el tono de la amargura de un hombre lleno de remordimientos de su conciencia, á los que no puede substraerse, y su fisonomía tenia una expresión tan espantosa, que Butler quedó cortado y sorprendido, á pesar de su resolución y de la firmeza de su carácter.

Después de haberse explicado en los términos referidos, dió algunos pasos como para irse; pero de repente se paró, volvió á encontrar á Butler, y le dijo con un tono imperioso y decidido:-- Yo he respondido: os he manifestado quien soy, y lo que soy: respondme vos ahora y decidme ¿quién sois? ¿Cuál es vuestro nombre?

Butler: le respondió éste. La sorpresa que le causó una pregunta tan repentina, y el tono con que fue hecha, no le dejaron reflexionar si sería ó no conveniente el responderle francamente; pero habiendo ya indicado su nombre,

añadió: Ruben Butler, ministro del Evangelio.

-- ¡Ruben Butler! repitió el desconocido, bajando su sombrero sobre los ojos; ¡Ruben Butler, substituto del maestro de escuela de Libberton!

-- El mismo: contestó éste con la mayor tranquilidad.

El extranjero al oír este nombre llevó las dos manos á la cara, como sorprendido por un recuerdo ó una reflexión repentina, dió algunos pasos para alejarse; pero volvió la cara, y viendo que Butler le seguía con los ojos, le gritó con una voz firme, y calculada de modo que llegase hasta Butler, pero que no pasase mas allá. -- Seguid vuestro camino, y ejecutad mis órdenes. No os atrevais á ver adonde voy á parar, ni lo que será de mí: yo no me ocultaré en las entrañas de la tierra, ni me elevaré por el aire sobre una columna de fuego; pero el ojo que se atreva á seguir mis movimientos, sentiria sin remedio el no haber cegado antes. Partid; no mireis ácia tras; pero no os olvideis de prevenir á Jeanie Deans que la espero sin falta, cuando salga la luna, en la laguna de Muschat cerca de la capilla de san Antonio.

Concluida esta intimacion, tomó el camino de la montaña, y se alejó con un paso tan rápido y precipitado, como su tono habia sido imperioso y decidido.

Poseído de un temor vago de alguna nueva desgracia; desesperado de que existiese un hombre que pudiese enviar al objeto de todo su cariño, á la que miraba como su futura esposa, un mensaje tan extraordinario y concedido en términos tan imperativos, Butler redobló su paso para llegar á San Leonardo, á fin de asegurarse con qué derecho y para qué este individuo tan extraordinario se atrevia á hacer á Jeanie una peticion, á la que ninguna jóven prudente y bien educada deberia en manera alguna acceder. Butler no era celeso; pero aquel recado le daba terribles sospechas; porque al parecer solo un amante favorecido podia dar una cita á una hora, y en un parage tan poco conforme con la decencia y el bien parecer; sin embargo, el acento del extranjero no tenia nada que anunciase el amor; su voz no tenia la melodia de la de un seductor que solicita una entrevista secreta; antes por el contrario, tenia la fuerza y tono absolu-

to de un hombre que manda y que quiere ser obedecido.

Butler rendido por la fatiga y sentimientos de la infausta noche que acababa de pasar, y con una imaginacion llena de ideas confusas y sombrías, llegó por fin á San Leonardo.

Adelante, le contestó, cuando le oyeron llamar, la voz que él tenia más placer en oír.

Butler abrió la puerta y entró en la morada de la afliccion y del desconsuelo. Jeanie tuvo sin embargo valor para levantar los ojos, y mirar un instante á su amante; pero luego los bajó y los fijó en el suelo. Es bien conocido el caso que hacen los escoceses de sus relaciones de familia. Ser hijo de gentes honradas, es decir, de padres á quienes no pudiese hacerles el menor reproche, era una ventaja para el pueblo bajo de aquel pais, de los que se envanecia tanto como los nobles de descender de una familia antigua. La estimacion y el respeto que un individuo merecia por su buena conducta, resaltaba sobre toda su familia, y parecian responder que todos los miembros que la componian tenian derecho á inspirar los mismos sentimientos. Al contrario, una man-

cha semejante á la que acababa de contraer una de las hijas de Deans, se estendia á todos sus parientes, y Jeanie se tenia por esta razon como degradada á sus propios ojos y á los de su amante. En vano trataba de combatir este sentimiento, que ella consideraba como egoismo en medio de las desgracias de su hermana, de quien hubiera querido ocuparse solamente: pero la naturaleza ejercia sus derechos, y las lágrimas amargas que vertia, corrían igualmente por el peligro de su hermana, y por su propia degradacion.

Butler, inmediatamente que entró en la casa, descubrió al anciano Deans sentado junto al fuego, teniendo en la mano una pequeña Biblia toda usada, compañera en los peligros de su juventud y su apoyo en las persecuciones que habia sufrido, y que le donó sobre el cadalso una de sus compañeros, que en 1686, habia sellado con su sangre los principios de un fanatismo entusiasta. Los rayos del sol naciente, que entraban por una ventana que estaba á su espalda, daban sobre sus cabellos blancos y sobre el libro sauto que él leia: sus facciones duras y severas, tenían una expresion de dignidad estóica: de desprecio por las

cosas de la tierra... En fin, su aspecto, su actitud, la disposicion de la casa, y la situacion de sus habitantes formaban un cuadro, cuyo claro y obscuro, solo podia pintarlo Rembrand, y cuyos personajes exigian la fuerza y la expresion del pincel de Miguel Angelo.

Cuando Butler entró, Deans levantó los ojos para mirarle; pero los bajó inmediatamente como sorprendido, è incomodado de verle. Habia conservado siempre sobre el sábio mundano, como llamaba á Butler, tal tono de superioridad, que su presencia en la humillacion en que se encontraba, aumentaba su sentimiento. Tal era la afliccion que sufría un gefe escocés en una antigua Ballada; *¡El conde de Percy es testigo de mi caída!*

No pudiendo soportar su vista, tomó la Biblia con la mano izquierda, y la levantó á la altura de sus ojos, como para ocultar la agitacion que alteraba todas sus facciones, y le alargó la mano derecha. Butler le cogió esta mano que tantas veces le habia servido de apoyo en su infancia, y bañándola con sus lágrimas le dijo: *¡Que el Todo poderoso os consuele!*

-- El lo hará; él lo ha hecho ya, mi jóven y

buen amigo, le contestó Deans recobrando algun tanto su serenidad en vista de la agitacion de Butler. Yo estaba demasiado orgulloso por mis sufrimientos por la buena causa, Ruben, y hoy sufro las pruebas de la vergüenza y de la humillacion. Yo me envanecía demasiado por haber participado de la huida, y de los peligros del digno Donald Cameron; de haber sido puesto en la argolla á la vista del público en Canongate á la edad de quince años por la causa de la iglesia Presbiteriana, por haber levantado mi voz contra las abominaciones de la heregía, y contra la desolacion de Escocia en su union contra la Inglaterra; y ahora...

Aqui se detuvo un instante sufocado por tan crueles recuerdos, y Butler se aprovechó de esta ocasion, para decirle algunas palabras que pudiesen consolarle.

-- Vos sois conocido, mi respetable amigo, como un verdadero servidor de la Cruz, como un hombre que debe marchar á la vida eterna por medio de las alabanzas y las calumnias. El golpe que acaba de heriros en este momento, es una prueba que la Divina Providencia ha juzgado conveniente en su sabiduria el enviaros,

-- Yo lo creo así, dijo Deans cerrando la biblia, y si yo no sé leer las santas escrituras mas que en mi lengua natural, he aprendido á lo menos á llevar mi cruz sin murmurar. Pero la iglesia, Butler, la iglesia, de la que he sido mirado siempre, aunque indigno, como uno de sus apoyos, en la que desde mi infancia he ocupado un asiento entre ancianos, ¿cómo recobrará sus cánticos de alegría cuando los impios le reprochen, que uno de los fuertes de Israel no ha podido impedir la caida de su propia sangre? ¿En dónde están los arapos de los conocimientos humanos, que puedan encubrir nuestra vergüenza?

Mientras David Deans se esplicaba en estos términos, la puerta se abrió, y se vió entrar á M. Saddletree con su sombrero de tres picos tirado ácia atras para evitar el calor, y sostenido con un pañuelo de seda atado por bajo de la barba, con su caña con puño de oro en la mano, anunciando en todo su exterior el rico propietario, que podía esperar sentarse un dia entre los magistrados de la Ciudad, y aun tal vez ocupar la silla crural.

M. de la Rochefoucauld, que ha descornado el velo, que cubre tantas debilidades del co-

razon humano, dice que nosotros encontramos en las desgracias, aun de nuestros mejores amigos alguna cosa que no nos desagrada del todo.

Saddletree se hubiera puesto colérico, si alguno le hubiera dicho, que se alegraba de la desgracia ocurrido á Effie Deans, y de la humillacion en que se encontraba toda su familia: sin embargo, es una cuestion bastante difícil de resolver, si el gusto de hacer el papel de un hombre de importancia, de buscar, de profundizar, y de citar las disposiciones de las leyes relativas á dicho objeto, no era para él una completa compensacion del sentimiento que le causaba la humillacion de una familia, de la que su muger era algo parienta. Tenia en aquella ocasion entre sus manos un verdadero negocio judicial; se le iba á preguntar su opinion y á solicitar sus consejos que daba tan amudado á gentes, que ni se los pedian, ni se cuidaban de ellos. Disfrutaba entonces de la misma satisfaccion, que un niño que arroja con desprecio su reloj de cuatro cuartos, recibiendo uno verdadero, y del que mueve las agujas cuando le dá cuerda.

Ademas de este objeto de discusion, tenia la cabeza llena del incidente de Portews, de

su muerte violenta, y de las consecuencias que podrian resultar para la ciudad. Sufria en aquel momento lo que los franceses llaman; *el embrazo de las riquezas*; una completa confusion de ideas, ocasionadas por el gran número de pensamientos que le ocupaban, que se chocaban y entrelazaban en su cabeza. Entró pues con el aire de superioridad de un sugeto, que sabe cosas; que aquellos á quienes se dirige ignoran todavia, y que se dispone á confundir con el peso de lo que tiene que contarles.

-- Buenos días M. Deans. Buenos días M. Butler; no sabia que conocieseis á M. Deans.

Butler le saludó sin responderle, pues no deseaba hacer conocer á los habladores y ociosos, sus relaciones con la familia de Deans, de miedo que descubriesen la causa principal, y colocaba en la clase antedicha al sillero juriconsultó.

El digno M. Saddlatree lleno de su importancia, se sentó en una silla de brazo, limpió su frente con el pañuelo, tomó aliento, y ensayó sus pulmones por un gran suspiro, que podia pasar por un lamento.

-- ¡Vivimos en un tiempo bien triste, vecino Deans, le dijo; en un tiempo bien deplorable! -- Tiempo de pecados, tiempo de vergüenza y de humillacion; le contestó Deans en voz mas baja.

-- En cuanto á mi, continuó Saddletree con aire de importancia, entre las desgracias particulares de mis amigos y los acontecimientos públicos que pueden influir sobre la suerte de mi patria, todo el valor y todo el talento que yo podia tener, parece que me he abandonado y estoy tentado de creerme tan ignorante, como si siempre hubiera vivido *inter rusticus*. Anoche me acesté arreglando, en mi cabeza el plan de lo que se podia hacer en favor de la pobre Effie; yo habia conuinado todas las disposiciones de las leyes, cuando me hallé interrumpido por el ruido y tropel de los que ahorcaron á Portews á la puerta de un tintorero, y este acontecimiento ha trastornado todas mis ideas.

Una noticia tan extraordinaria distrajo por un momento de sus sentimientos al anciano Deans, quien escuchó con algun interés los pormenores de que Saddletree creyó deberle

informar. Jeanie salió de la habitacion como para ir á ocuparse en sus negocios domésticos, y Butler, deseando tener una entrevista particular con ella, no tardó en seguirla dejando á Deans y á Saddletree de tal modo ocupados, que era probable que no echasen de ver su ausencia!



CAPITULO VIII.

Jeanie habia pasado á una pieza inmediata, que le servia de lechera: cuando Butler entró en ella la encontró silenciosa, abatida, y en disposición de deshacerse en lágrimas. En vez de la actividad que manifestaba ordinariamente aun hablando, y de pensar en las ocupaciones de la casa, estaba sentada en un rincón, inmóvil, y como agoviada por el peso de sus tristes pensamientos. Sin embargo, en el instante que vió á Butler se limpió los ojos, y le dijo con la franqueza y sencillez con que acostumbraba á hablarle:

-- Me alegro que hayais venido, M. Butler; yo deseaba veros para deciros que.... ¡sil! que todo debe concluirse entre nosotros dos. Es preciso por nuestro propio bien.

-- ¡Concluirse! le contestó Butler. ¿Y por qué? Convengo que la desgracia que llorais es terrible, pero no cae directamente ni sobre vos, ni sobre mi: debemos soportarla con valor y con resignacion; porque esta es la voluntad del

Señor; pero ni puede ni debe romper la fé que nos hemos prometido.

-- Yo sé, Ruben, dijo Jeanie mirándole con ternura, que vos pensais en mí mas que en vos, y por lo mismo yo debo pensar mas en vos que en mí. Vos teneis una reputacion intacta; todo el mundo dice que podeis adelantar mucho en vuestra carrera, aunque la pobreza os retenga bien bajo en esta época; pero si la pobreza perjudica á los adelantos en este mundo, la mala reputacion es mucho peor todavia, y esta es una verdad que no quiero que la aprendais por mí.

-- ¿Qué quereis decir? ¿Qué tiene que ver esto con el crimen de vuestra hermana? Y aun cuando fuese criminal, lo que me parece dudoso, ¿en qué puede perjudicarnos su delito á uno ni á otro?

-- ¿Podeis preguntármelo de veras M. Butler? ¿Ignorais acaso que su crimen es una mancha indeleble para toda su familia? ¿Qué se entenderá hasta nuestros hijos, y hasta los hijos de nuestros hijos? Ser hija de un hombre honrado y respetable, era alguna cosa, alguna satisfaccion para mí y para los míos; pero ser la hermana de una.... ¡O Dios mío!

No pudo decir más; le faltaron las fuerzas, y se deshizo en un torrente de lágrimas.

El amante afligido empleó todos sus esfuerzos en consolarla y en tranquilizarla, y lo obtuvo; pero Jeanie no recobró su tranquilidad, sino para decirle con el tono mas decidido...

No Ruben: yo no llevaré jamas mi humillacion y mi vergüenza bajo el techo de otro: yo puedo soportar el peso de mi desgracia; yo le soportaré: el cielo me dará fuerzas para ello; pero yo no echaré jamas una parte de ella sobre los hombros de mi vecino.

El amor es naturalmente desconfiado y sospechoso, y los zelos entraron por la primera vez en el corazon de Butler. La prontitud con que Jeanie se decidió á renunciar á la fe que se habia prometido bajo un pretexto de celo por su reputacion y por su adelanto en su carrera, le pareció sospechosa y ocasionada tal vez por otras relaciones que Jeanie tendria con el extranjero que le habia dado para ella el recado de que hemos hablado. Agitado con esta sospecha, sobrescogido por un temblor involuntario, y observando en su interior una agitacion nueva para él, le preguntó quasi tartamudeando si la situacion desgraciada en que se encon-

traba su hermana en aquel momento, era la única causa, que la obligaba á esplicarse en aquellos términos.

-- ¿Y qué otra causa podria yo tener, Ruben? ¿No hace diez años que nos conocemos?

-- ¡Diez años! Es un término bien largo, bien largo, para usarse en una muger...

-- Para usar un vestido y hacerle desear otro nuevo; pero no para usar su afecto. Los ojos podran tal vez en alguna, Ruben, desear un cambio; pero el corazon... no, jamas.

-- ¡Jamás!.. ¡Es una promesa bien atrevida!

-- No es mas atrevida que cierta, le contestó Jeanie con aquella tranquila sencillez que le era habitual, y que conserbava siempre tanto en la alegría como en la afliccion, y tanto en los negocios ordinarios de la vida, como en los extraordinarios que tuviesen para ella el mayor interés.

Butler calló por un momento; pero dirigiéndole despues una mirada penetrante y llena de atencion, para observar la impresion que haria en ella lo que iba á decirle, y juzgar mejor sobre las sospechas ó celos que habia concebido, dijo: -- Me han encargado de una comision para vos, Jeanie.

-- ¡Para mí! ¿Y de parte de quien?

-- De parte de un extranjero, le contestó Butler, afectando una indiferencia que desmentía el tono poco seguro de su voz: de un joven que he encontrado esta mañana entre las rocas de Salishury.

-- ¡Cielo santo! exclamó Jeanie. ¿Y qué os ha dicho?

-- Que no podía esperaros allí mas tiempo, pero que era indispensable que fueseis á encontrarle á la orilla de la laguna de Hunter junto al terreno de Musehat al salir la luna.

-- No dejaré de ir: exclamó con la mayor prontitud, y al mismo tiempo con la mayor franqueza la inocente Jeanie.

¿Podré preguntaros, le dijo Butler, cuyas sospechas se aumentaban á cada instante, quien es ese joven, á quien pareéis tan dispuesta á conceder una entrevista en una hora, y en un paraje tan extraordinario?

-- Muchas veces se ve una obligada, le contestó Jeanie, á hacer cosas que no quisiera hacer.

-- No lo dudo; pero ¿quién os obliga á ello? ¿Quién es ese joven?... Lo que yo he visto de él, no me previene en su favor. Pero en fin, ¿quién es?

-- Lo ignoro, respondió tranquilamente Jeanie.

-- ¿Vos lo ignorais, dijo Butler paseándose por la habitacion con un aire de impaciencia: vais á encontrar á un joven á media noche, en un lugar solitario: decís que os veis obligada á hacerlo, é ignorais quien es el que ejerce sobre vos una influencia tan incomprensible? ¿Como explicar esto, Jeanie? ¿Qué pensaré yo de ello?

-- Pensad solamente, Ruben, que os digo la verdad, como yo se la diria al Juez Eterno, si me la preguntase. Yo no conozco á ese hombre.... yo no se si le he visto jamas, y sin embargo es indispensable que yo acuda al paraje y á la hora que me ha citado. En ello va la vida ó la muerte.

-- Pero ¿hablareis á vuestro padre? ¿Le suplicareis que os acompañe?

-- De ninguna suerte: no puedo, contestó Jeanie, esto me ha sido absolutamente prohibido.

-- Pues bien; ¿quereis que yo os acompañe? Yo me hallaré cerca de aquí al anoecer, y cuando salgais de casa os acompañaré.

-- Es imposible; nadie debe oír nuestra conversacion.

-- Pero ¿héis reflexionado bien en lo que vais á hacer? El tiempo.... el lugar.... un desconocido.... un hombre sospechoso.... Si; aun cuando os hubiera pedido el veros en vuestra misma casa, á la misma hora, deberiais haberos negado á ello.

-- Es preciso que yo siga mi suerte, M. Butler; mi suerte y mi vida estan en manos de Dios; pero yo debo arriesgarlo todo por el objeto de que se trata.

-- En este caso Jeanie, le dijo Butler con un aire de descontento, creo que teneis razon; es preciso que nos despidamos, y que renunciemos el uno al otro; porque cuando una muger no tiene confianza con el hombre á quien ella ha jurado su fe en un asunto tan importante, es una prueba que ya no tiene para con él aquel afecto que hace tan halagüena y tan apetecible la union de dos corazones.

Jeanie le miró suspirando: -- Yo creia, le dijo haberme armado de bastante valor para soportar esta separacion; pero jamas hubiera creido que se verificase de esta manera. Además, si vos la soportais con mas facilidad pensando mal de mí, no deseo que penseis de otra suerte.

-- Vos sois la que habeis sido siempre, exclamó Butler, mas prudente, mas moderada y menos egoísta que yo. La naturaleza ha hecho por vos mas que lo que todos los socorros de la filosofia han hecho por mí. Pero ¿por qué, por qué insistir en semejante proyecto? ¿Por qué no permitirme que os acompañe, que os aconseje, que os defienda en caso necesario?

-- Porque yo ni puedo, ni me atrevo, respondió Jeanie; pero escuchad, mi padre hace mucho ruido en la habitacion inmediata.

Efectivamente, el viejo Deans daba grandes voces y con un tono de cólera. Antes de pasar mas adelante conviene explicar cual era la causa.

Cuando Butler y Jeanie salieron, M. Saddletree empezó á discutir el negocio que concernia principalmente á la familia de Deans. Al principio de la conversacion, éste se hallaba tan abatido por sus sentimientos, por la deshonra de su hija, y por el riesgo que ésta corria, que contra su costumbre le escuchó, sin replicarle, y puede ser que sin oírle, una larga disertacion sobre la naturaleza del delito de que se la acusaba, y sobre la marcha, que convenia seguir para su defensa. Deans se con-

tentaba solo con responderle: si, es verdad; vos nos habeis manifestado siempre mucho cariño; vuestra muger es nuestra prima en el undécimo grado.

Animado por estos síntomas de condescendencia, M. Saddletre, cuyo único placer era discutir un punto de jurisprudencia, volvió al asunto del capitán Portews, y pronunció un anatema contra todos los que habian tomado parte en él.

-- Es una cosa delicada M. Deans, decia, muy delicada el ver al pueblo arrancar de entre las manos de los magistrados legítimos el derecho de vida y de muerte, y pretender ejercerlo él mismo. Yo pienso como M. Crosomyloof, que esa connoction que habia tenido por objeto el asesinato de un hombre, que habia obtenido una suspension en la ejecucion de su sentencia equivale á una rebelion formal.

-- Precisamente es eso lo que yo os negaria, y lo sostendria, M. Saddletree, sino tuviese mi cabeza llena de otras ideas.

-- ¿Como podrias contestar á lo que la ley declara formalmente? No hay ningun escribiente de procurador por vison que sea, que no os diga que hay rebelion siempre que se reunen

los vasallos del Rey contra su autoridad, sobre todo cuando esto es con las armas en la mano y á son de tambor.

-- Habria muchas cosas que decir sobre este punto, M. Saddletre. Yo no he gustado jamas de vuestras autoridades legales y formales ¿qué son todas vuestras gentes de justicia despues de la revolucion?

-- ¿Pero qué quereis pues M. Deans? dijo Saddletree con impaciencia. ¿No teneis libertad de conciencia para vos y para los vuestros?

-- Yo se M. Saddletree, que vos sois del número de los que tienen la sabiduria del mundo; que marchais por los caminos de esos camaleones legistas, que han contribuido á destruir las torres de Sion.

-- Yo no se lo que quereis decir vecino. Yo soy un honrado presbiteriano de la Iglesia de Escocia, y yo la respeto, como respeto á la asamblea general, á los quince jueces del tribunal criminal, y los cinco lords del tribunal de justicia.

-- ¿Y qué es vuestra asamblea general M. Saddletree? Gentes frias y débiles en los caminos del Señor; que no han prestado jamas testimonio á la verdad, que se han manifestado

indiferentes, ó se han escondido en los dias de tribulacion, cuando el hierro y el fuego amenazaban á los verdaderos fieles, y que solo se han dejado ver cuando habia pasado el peligro para ocupar el lugar debido á los fuertes. ¡Hé aquí los bellos sujetos de la asamblea general! En cuanto á vuestro tribunal de justicia...

-- Decid lo que querais de la asamblea general M. Deans; pero respetad al tribunal de justicia. ¿Sabeis que es un crimen el hablar mal de él? ¡Un crimen *sui generis*! Deans, observad bien esto; *sui generis*. ¿Comprendeis lo que esto significa?

-- Yo no entiendo una palabra de vuestro lenguaje, le contestó Deans, y en cuanto á hablar mal, eso es precisamente lo que hacen todos los que pierden sus procesos y las cuatro quintas partes de los que los ganan. Yo quiero tambien que sepais, que miro todos vuestros abogados; aun los que llamais picos de oro, que venden su ciencia por un poco de dinero, que miro todos vuestros jueces profanos que gastarían tres dias en discutir una bagatela y no emplearian media hora en dar testimonio al evangelio como episcopales, como arminienses, como hereges, como lobos desencadenados con-

tra las ovejas fieles: y por lo que toca á vuestro tribunal criminal, que mata las almas al mismo tiempo que los cuerpos...

La costumbre que tenia Deans de considerar la vida como esclusivamente consagrada á prestar testimonio á lo que él llamaba la causa de la Iglesia afligida y abandonada, le habia conducido en su declamacion hasta aquel punto; pero al pronunciar el nombre de tribunal, ante el que debia comparecer bien pronto su desventurada hija, la memoria de Effie se presentó de repente á su imaginacion, lleno de sentimiento se detuvo, dando un profundo suspiro, y cubriendo su cara con ambas manos.

Saddletree vio la agitacion del anciano, y conoció la causa, y aunque él mismo estuviese afligido, se aprovechó de aquel momento de silencio para tomar otra vez la palabra:-- Sin duda vecino, le dijo, sin duda es triste el tener negocios en el tribunal de justicia; á menos que no sean por encargo lucrativo, ó para adquirir conocimientos en la práctica asistiendo á sus sesiones. Pero volviendo al desgraciado incidente de Effie.... ¿Vos habeis visto seguramente la acusacion?

Diciendo esto, sacó de su bolsillo un gran

paquete de papeles; y empezó á examinarlos; haciendo una especie de zumbido conforme lo iba mirando... hum... hum... no es este... hum... hum... tampoco... hum... este... hum. Esta es la información de Mungo Marsport contra el capitán Lackland por haber pasado por sus tierras con perros, hurones y redes, apesar de que no tenía derecho para cazar según los términos literales del estatuto 625, en atención á que no posee un arado de tierra... hum.. hum... Esta es la defensa del capitán, que se funda en que la ley no define lo que se entiende por arado de tierra; pero M. Drosomyloof responde á ella diciendo que importa poco *in hac statu* en que consista un arado de tierra, atendido que el capitán no posee ni una pulgada en toda la Escocia. El abogado del capitán replica, que el demandante debe empezar su acción por establecer *formaliter* lo que la ley entiende por un arado de tierra; pues nadie puede responder á una demanda que no está bien definida. Si Mevio pide á Tito un caballo negro que le ha prestado, podrá obtener una sentencia en su favor; pero si le pide un caballo verde ó carmesí, será preciso que pruebe antes que el tal caballo *existit in rerum na-*

tura. Pero yo os molesto seguramente con estas relaciones; luego voy á vuestro negocio.-- M. Deans... aquí está... precisamente... aquí está la acusación. En atención á que nos ha sido representado humildemente (estas son frases de estilo) que por las leyes de este reino y de todo país civilizado, el asesinato y sobre todo el infanticidio, es un crimen que merece el más severo castigo; en atención á que, por un acta aprobada en la segunda sesión del primer parlamento reunido bajo el reinado de nuestros augustos soberanos Guillermo y María, se mandó, que toda muger que hubiese ocultado su embarazo, y no pudiese presentar su hijo, será tenida y considerada como reá de infanticidio, y que le formará y seguirá su proceso conforme á las leyes; por tanto, mandamos que Eufemia ó Effie Deans...

-- No me leáis más, exclamó el desconsolado padre; una espada de dos filos que me traspasa el corazón me haría menos mal que la lectura de un documento semejante.

-- Sea enhorabuena, vecino; yo creí que gustaríais de conocer todos los pormenores de este negocio, le dijo Saddletree, guardando en el bolsillo su inmenso fío de papeles. Sin embar-

go, lo mas esencial es trazar la marcha que debemos seguir.

-- Esta es, contestó Deans con firmeza, esperar que el Señor manifieste su voluntad... ¡Ah! ¡si se hubiese dignado llamar á si mi cabeza caña, antes que se llenase de la deshonra que va á cubrirla!... Pero yo puedo decir aun, que su voluntad sea hecha.

-- Pero vecino; es preciso encargar á un abogado de su defensa. Esto es una cosa indispensable.

-- Seguramente, contestó Deans, si hubiese uno entre ellos que hubiese permanecido fiel en el camino estrecho; pero yo los conozco bien: son una raza de mundanos, de profanos que no atienden mas que á la carne y á la tierra. No me habéis mas de semejante asunto.

-- Bueno, bueno, vecino; con todo, no es menester tomar tan al pie de la letra todo lo que se dice; el diablo no es tan negro como le pintan; yo conozco muchos abogados intruidos, hombres de integridad... es decir, de una integridad...

Si, de una integridad á la manera del mundo: unos conocimientos humanos, una sabiduria carnal: una elocuencia sacada de los

escritos de los emperadores paganos, y de las sentencias de los hereges. Ni aun pueden dejar á los hombres el nombre que han recibido al tiempo de su regeneracion por el bautismo: es preciso que les den nombre de paganos, como vos me nombrabais ahora mismo ese Meavios, y ese maldito Tito, que sirvió de instrumento para el incendio del Santo Templo.

Estos son nombres indeterminados, que se acostumbra á dar á personas desconocidas para marcar la diferencia entre el demandante y el demandado en los ejemplos de que se hecha mano, para aclarar algun punto, sin que tengan relacion con los sujetos que los llevaron, sean buenos ó malos: pero en fin, es de absoluta necesidad, es preciso que Effie tenga un abogado que la defienda, y si quereis yo le hablaré del asunto á M. Crossmistloof. Es un buen presbiterano, como sabeis: uno de los ancianos.

-- ¡Es un Erastiense! exclamó Deans lleno de cólera: es uno de esos politicos mundanos, que no han dado jamas testimonio á la luz en los dias de la tribulacion de Israel.

-- ¡Pero qué me direis del viejo Laird de Cut-

taubout? ¡Ah! ese sí... Es menester ver como sabe sacar partido de una causa.

-- ¿El...? ¡El falso hermano! ¿No hacia parte de los bandoleros, que se juntaron con los perdidos montañeses en 1715?

-- Sea en hora buena. ¿Y M. Anisten? No queria nombrárselo, pero... este sí que es el hombre que nos conviene: dijo M. Saddletree con un aire de triunfo.

-- Sí, seguramente: ¡y escogeré yo por defensor de mi hija, un hombre cuya biblioteca está llena de retratos y de medallas de los papas, que le ha enviado esa muger cismática del Norte, esa condesa de Gordon?

-- ¿Y es ese todo el motivo que teneis para no admitirle por consejero de vuestra hija? ¿Y sus virtudes, y su probidad que tanto recomiendan la religion que profesa? ¿Las hallareis reunidas en otro, aunque sea de vuestra misma religion? No vecino, no: os le digo á pesar mio. La caridad, el amor desinteresado á sus semejantes, la paz y la tranquilidad de una conciencia pura habitan en su corazon. Es el egeemplo de cuantos le ven por sus virtudes, y el maestro de cuantos le oyen en el tribunal

por sus discursos. Pero en fin, sino le quereis lo sienta, es preciso escoger uno... ¿Tomarais á M. Kittlepunt?

-- Ese es un ariminiese.

-- ¿Y á M. Woodsetter?

-- Yo le creo Cocceyano.

-- ¿Y al viejo Willaw?

-- Ese es todo lo que se quiera.

-- ¿Y al jóven Nocimmo?

-- Ese no es nada

Amigo, sois bien difícil en escoger: le contestó incomodado M. Saddletree; yo no sé á quien proponeros: será menester que le busqueis vos mismo... pero no me acordaba.... ¿Por qué no tomais al jóven Mackensie? Es tan sabio como su tio, el famoso Mackensie; pero mucho mas elocuente.

-- ¿Y es á mi, á quien habláis? exclamó el fogoso presbiteriano levantándose con violencia de su asiento. ¿Os atreveis á pronunciar delante de mi al nombre de ese bárbaro, cuyas manos estan aun teñidas con la sangre de los santos? Su tio ¿no era conocido bajo el nombre del sanguinario Mackensie? ¿No era individuo de esos tribunales, que enviaron á los mártires al tormento, y luego á la horea? Si la vida

de esa desgraciada, que causa hoy todos nuestros males; si la de Jeanie, si la mía misma dependiese de una sola palabra que debiese ser pronunciada por la boca impura de un Man-kensie, de un esclavo de Satanás, yo mismo le cerraría la boca! ¡Yo preferiría que pereciesemos todos, mas bien que deberle nuestra salud!

La exaltación con que pronunció estas palabras, fue lo que interrumpió la conversación de Butler con Jeanie. Estos entraron en la habitación en la que habían dejado á los dos campeones, y hallaron á Deans en una especie de transporte de frenesí, causado en parte por sus sentimientos, y en parte por la santa cólera (segun creia) de que se hallaba inflamado. Tenia los puños cerrados, las mejillas encendidas, los labios trémulos, y parecia no poder encontrar ya términos con que expresar su dolor y su indignación.

Butler, temiendo las consecuencias de una agitación tan violenta con respecto á un anciano, aun mas abatido por la aflicción que por la edad, se atrevió á recomendarle la paciencia. -- ¡Paciencia...! le contestó Deans lleno de mal humor. Yo no carezco de ella: tengo tan-

ta como puede tener un hombre en el miserable tiempo en que vivimos, y no necesito que los hereges ó los hijos, ó nietos de los hereges vengán á enseñarme á llevar la cruz.

Era contra el abuelo de Butler á quien se dirigia este sarcasmo, pues Deans en su fanatismo religioso tenia como hereges, no solo á los que profesaban otra religion, sino á los que profesando la suya, no eran tan rigoristas, y lo diremos mejor, tan fanáticos como él. Butler no se dió por entendido, y le contestó diciéndole: en semejantes circunstancias no nos está prohibido el recurrir á medios humanos, sugetándonos siempre á la voluntad del Ser supremo. Si vos llamáis un médico, seguramente no le preguntareis cuales son sus principios religiosos.

-- ¿Vos lo creéis así?... Pues estais muy equivocado. Si no me provaba antes que marchaba por el camino recto, jamás ni una sola gota de cuantas medicinas me mandase, pasaria por el galillo del hijo de mi padre.

Es arriesgado poner un argumento de la especie que Butler acababa de emplear: muchas veces perjudica en vez de aprovechar; porque el orgullo y el amor propio irritados,

impiden á la razón el que se contenga, y Butler acabava de hacer la esperiencia; pero como un soldado valiente, cuyo tiro, ó no ha salido, ó no ha acertado, y no por eso abandona el terreno, atacó á su enemigo á la bayoneta.

-- Vos interpretáis con excesiva severidad, M. Deans, las reglas de nuestros deberes. El sol luce tanto para el justo como para el injusto, y la lluvia del cielo cae igualmente sobre los buenos y los malos. La providencia les ha colocado á unos y á otros en este mundo de manera que haya entre ellos relaciones indispensables, tal vez para que el impio se convierta por el trato y buen ejemplo del justo: tal vez para que entre las pruebas á que su sabiduría espone á este aqui bajo, encuentre la de verse obligado á frecuentar algunas veces la compañía de los malvados. Sed justo, M. Deans, llorad si quereis, sobre la maldad de los demas, detestadla... pero no detesteis á ellos.

-- Vos no entendeis una palabra de eso: dijo Deans lleno de cólera, no sabiendo que responder á las enérgicas razones de Butler: vuestros argumentos son miserables. ¿Sabeis cual es el modo de pensar de los antiguos campeones de la iglesia de Escocia? Pues ninguno de ellos

hubiera oido el sermón de un ministro, por mas gracias que hubiera recibido de lo alto, sino hubiese prestado testimonio contra la depravacion del siglo. Y así, ni un abogado hablará por mi, ni por ninguno de los míos, si antes no presta testimonio como los restos desgraciados de esta iglesia perseguida y dispersada.

Habiendo dicho estas palabras, como si se hallase agoviado por los argumentos, y por la presencia de sus huéspedes, les hizo un saludo con la cabeza y con las manos, y se retiró á la pieza en donde dormía.

-- ¡Se habrá visto fanatismo mas atroz, ni mayor obcecacion! dijo M. Saddletree á Butler cuando Deans se retiró. Esto es sacrificar la vida de su hija, y dar un escándalo sin ejemplo. ¿En dónde encontrará un abogado puritano ó de su religion con las cualidades que exige? ¿Acaso para ser buen abogado se necesita ser mártir de la religion de su cliente? Os digo M. Butler, que esto es sacrificar gratuitamente la vida de su desgraciada hija.

Durante la última cláusula del anterior discurso, entró el Laird de Dumbidikes, que habia venido á hacer su visita diaria, y habiénd-

dose sentado en su sitio acostumbrado, fijaba la vista, ya sobre Jeanie como lo hacia siempre, ya alternativamente sobre los dos oradores; pero la última frase de Saddletree le comovió en términos que levantándose inmediatamente, atravesó la habitación á paso mesurado, y llegando á él, le dijo con una voz trémula, y cuasi sin acabar de pronunciar las palabras.

-- El dinero ¿no podrá hacer algo M. Saddletree?

-- ¡El dinero!... respondió éste tomando cierto aire de gravedad. Seguramente que sí; nada se puede hacer sin dinero en un tribunal de justicia. Pero ¿en dónde encontrarle? veis que M. Deans no quiere hacer nada. Mistriss Saddletree es amiga, y algo parienta de la familia: toma el mayor interés en el asunto, pero ella no puede esponerse á ser responsable *in solidum* de las costas de este proceso. Si cada uno de los amigos quisiese soportar su parte de carga, se podría hacer alguna cosa. Bien entendido, que cada uno responderia por sí... Yo no quisiera oír condenar á esta pobre muchacha sin ser defendida. Además, que esto no seria decoroso, por mas que diga ese viejo fanático.

-- Yo.. yo.. sí, dijo el Laird reuniendo todo su valor: sí, yo respondo por veinte libras esterlinas. Y calló, sorprendido él mismo de su generosidad.

-- ¡Que el cielo os lo recompense! exclamó Jeanie en un transporte de gratitud.

-- Yo me entenderé aun hasta treinta, añadió el Laird fijando alternativamente su vista como temerosa, ya en Jeanie, ya en Saddletree.

Muy bien, dijo este frotándose las manos, y yo pondré todo mi cuidado, y emplearé toda mi esperiencia para que este dinero sea bien empleado. Tened confianza en mi; yo conozco el medio de hacer que un abogado se contente con un moderado honorario. No se trata mas, que de hacerle creer que vais á encargarle dos ó tres negocios importantes, y que es preciso que no lleve muy caro en este, para ganar el parroquiano. Debemos sin duda economizar nuestro dinero lo mas que podamos; por que al fin ellos no nos venden mas que cuatro palabras que no les cuestan nada, en lugar de que para vender yo una brida, es menester que primero compre el cuero para hacerla.

-- ¿No puedo yo ser de alguna utilidad? di-

le Butler. Yo no poseo desgraciadamente mas que el vestido que tengo puesto; pero soy joven y activo, y así decidme solamente, ¿qué es lo que yo puedo hacer?

Vos podreis ayudarnos á buscar los testigos, dijo Saddletree: bastaria solo con encontrar uno que depusiese que le ha oído la menor palabra sobre su situacion, y esto no le costaria ni un cabello de su cabeza. M. Crossmyloof me lo ha dicho, y me ha añadido quo no se puede obligar al ministerio público á producir una prueba positiva.... ¿Me ha dicho positiva, ó negativa?... No me acuerdo muy bien; pero es lo mismo. Es al defensor á quien pertenece probar los hechos que alega en su defensa, y esto no puede ser de otra manera.

-- ¿Pero el hecho, M. Saddletree, dijo Butler, el hecho, que esta pobre muchacha ha dado á luz un hijo, sin duda habrá que probarle?

Saddletree titubeó un momento, durante el cual Dumbidikes, tomando cierto aire de serenidad al oír esta pregunta, se puso á mirar con la mayor atencion á Saddletree esperando su respuesta.

-- Pero.... respondió éste al fin... si.... yo

pienso que.... que sí, que será menester probarlo; aunque esto en mi concepto será el objeto de un juicio interlocutorio. Además de que la prueba del hecho está ya establecida; pues que ella misma lo ha confesado.

-- ¡Ha confesado el infanticidio! exclamó Jeanie mudando de color y temblando todo su cuerpo.

-- Yo no digo eso, contestó Bartolomé: yo digo, que ha confesado que ha dado á luz un hijo.

-- ¿Y qué se ha hecho? ¿En dónde está? replicó Jeanie: yo no he podido sacar de ella mas que suspiros y lágrimas.

-- Ella dice que le ha sido arrebatada por la muger de la casa en que nació, y que la asistia en aquel momento.

-- ¿Y quién era esa muger? preguntó Butler. Por ella misma se podrá conocer la verdad? En dónde vive? Voy á buscarla ahora mismo.

-- Yo quisiera, dijo el Laird, ser tan joven y tan listo como vos, y tener como vos el don de la palabra.

-- Pero bien, replicó Butler con impaciencia ¿quién es esa muger, y en donde vive?

-- Effie solo podrá deciroslo, y en su interro-

gatorio se ha negado absolutamente á contestar á esas preguntas.

-- Pues voy á verla al instante á ella misma, contestó Butler; y acercándose á Jeanie, á Dios Jeanie, le dijo en voz baja; no deis ningun paso imprudente hasta que nos veamos: á Dios, y partió inmediatamente.

-- Yo iria tambien de buena gana, dijo el Laird con un poco de mal humor y de envidia; pero aunque se tratase de mi vida, mi caballo no me conduciria á otra parte mas que de aqui á mi casa, y de mi casa aqui.

-- Lo que mejor podeis hacer, le dijo Saddletre saliendo ambos de la casa, es enviarme desde luego las treinta libras esterlinas, para...

-- ¡Treinta libras esterlinas! exclamó el Laird interrumpiéndole, no acordándose ya del todo de su oferta, por no tener á la vista las facciones de Jeanie, que habian puesto en movimiento su generosidad. Yo creia, añadió, no haber dicho mas que veinte.

-- Digisteis últimamente que treinta, le contestó Saddletre.

-- No lo creia: pero si yo lo he dicho, yo lo cumpliré. Poniéndose entonces á caballo con alguna dificultad, ¿habéis observado, añadió

como brillaban los ojos de Jeanie cuando lloraba?

-- Yo no me ocupo de los ojos de las mugeres la contestó Saddletre; su lengua nos da á veces bastante que hacer. No es porque yo tenga que quejarme de la sumision de la mia. ¡Oh! yo no sufro en mi casa ninguna especie de rebellion contra la autoridad legitima.

No se puede asegurar si el Laird de Dumbidikes hubiera encontrado algo que responder á esta observacion; pues dividiéndose en aquel punto el camino, su caballo le condujo ácia su casa, y Saddletree dirigió sus pasos ácia Edimburgo.



CAPITULO IX.

Butler no sentía ni fatiga ni apetito, aunque la manera con que había pasado la noche anterior, debió haberle causado uno y otro; pero los olvidó por los deseos que tenía de hacer alguna cosa por la hermana de Jeanie.

Se dirigía ácia Edimburgo á pasos tan precipitados, que tenían visos de carrera; pero habiendo querido tomar una senda para adelantarse terreno, estaba de tal modo embebido en sus reflexiones que volvió á la derecha en vez de volver á la izquierda, y así cuanto mas prisa se daba, mas se alejaba de Edimburgo.

Le sacó de su distracción la voz de un hombre que venía á caballo detras de él, y le llamaba por su propio nombre. Se volvió, y descubrió al Laird de Dumbidikes, que picaba á su caballo para alcanzarle, conociendo al mismo tiempo que se había equivoocado en el camino.

¡Oh! ¡oh! gritaba el Laird al acercarse á él pudiendo apenas detener á su caballo, que oía

ya la caballeriza; jamas he visto un animal tan voluntarioso.

Butler, incomodado por aquel encuentro que iba á retardarle la marcha, hubiera de buena gana vuelto atrás, para recobrar el camino de Edimburgo, sabiendo muy bien que todos los esfuerzos de Dumbidikes no hubieran sido bastantes para determinar á su caballo á mudar de camino. Sin embargo, se paró, y el Laird, despues de haber tomado aliento como cosa de dos á tres minutos, le dijo: ¡qué buen día para la cosecha; M. Butler!

-- Muy hermoso; contestó Butler dando un paso como para alejarse.

-- Un instante, un instante, exclamó el Laird: no era esto lo que yo tenía que deciros.

-- Pues despachaos pronto; le contestó Butler; sabéis que estoy de prisa, y *tempus nemini*. Vos sabéis el refran.

Dumbidikes, ni conocía el refran, ni tenía visos de conocerle, ni trató, como lo hubieran hecho otros muchos en su lugar, de aparentar á lo menos que le conocía, antes por el contrario, viendo que no podía ni tenía fondeo para contestar, recogió todas sus entendaderas para el gran negocio que le ocupaba.

-- M. Butler, ¿sabéis si M. Saddletree es un gran jurisconsulto?

-- Yo no tengo mas que su palabra para creerlo, le contestó Butler con frialdad; pero sin duda él se conocerá á si mismo.

-- ¡Si! le respondió el Laird con un tono significativo: ya os comprendo M. Butler; pues en ese caso yo encargaré á mi abogado M. Novit la defensa de Effie.

Habiendo manifestado con esta contestacion mas sagacidad que la que Butler esperaba de él, saludó á este quitándose el sombrero é intimó con el talon á su caballo la orden de seguir su camino, á la que obedeció con aquella prontitud que manifiestan siempre los hombres y los animales, cuando se les manda hacer alguna cosa que está conforme con su inclinacion.

Butler se puso en camino y no tardó en llegar delante de la puerta de la prision, ó para hablar mas correctamente, delante del parage en donde estuvo la puerta. Su entrevista con el desconocido, misterioso, el mensaje de que le habia encargado para Jeanie, y la conversacion que habia tenido con ella sobre este objeto, todo esto ocupaba de tal modo su imaginacion,

que no pensaba ya en el trágico suceso de que habia sido testigo involuntario la noche precedente. Tampoco hizo atencion á los grupos de gentes que encontró por las calles hablando en voz baja, y que callaban cuando veian acercarse algun desconocido, ni á las patrullas de tropa que recorrian la ciudad, ni al aire inquieto de aquel pueblo bajo, en el que todo el mundo conocia que culpado ó no podia ser sospechado de haber tomado parte en los acontecimientos que habian ocurrido.

Nada de esto llamó la atencion de M. Butler: todos sus pensamientos estaban ocupados en un objeto bien diferente, y mucho mas interesante para su corazon. Pero cuando se halló delante de la entrada de la cárcel, cuando vió las paredes ennegrecidas por el fuego que habia consumido la puerta, y una doble fila de granaderos que reemplazaba los cerrojos, entonces todos los horrores de la noche precedente se renovaron en su memoria. Sin embargo, no por eso se detuvo: antes por el contrario, penetró por entre los granaderos y preguntó si podria hablar á Effie Deans.

-- Yo creo, dijo el carcelero sin contestar directamente á su pregunta, que vos vinis-

teis ayer al anochecer á preguntar por ella.

-- Yo mismo, contestó Butler.

-- Si, si, replicó el carcelero: vos me visteis cerrar la puerta, y me preguntasteis si era á causa del incidente del capitán Portews, que yo cerraba la puerta antes de la hora ordinaria

-- Es posible, pero lo que yo os pido en este momento es ¿ si puedo ver á Effie Deans?

-- Entrad, entrad: subid esa escalera á la derecha, y entrad en la primera habitacion que encontréis á mano izquierda.

El carcelero seguia á Butler con su rastro de llaves en la mano, sin olvidar la enorme de la puerta principal, que apesar de que era inútil en aquel momento, se hallaba con las otras en el rastro y la llevaba por costumbre; pero apenas hubo entrado Butler en la habitacion que le habian indicado, cuando oyó que cerraban la puerta con todos sus cerrojos.

Butler no concibió ninguna sospecha, pues no habiendo entrado nunca en ninguna carcel se imaginó que era estilo encerrar á los que iban á visitar á un preso hasta que se llamase á éste; pero habiendo pasado algun tiempo sin que comparciese Effie Deans ni persona alguna, llamó al carcelero, quien se dejó ver al traves

le una pequeña reja de seis pulgadas abierta en la misma puerta. -- Amigo mio, le dijo Butler, el asunto por el que quiero hablar á Effie Deans es muy urgente: no me hagais esperar mucho tiempo.

-- Bueno, bueno, le contestó el carcelero.

Butler poco satisfecho de esta respuesta y del aire con que fue hecha, añadió: -- Si fuese contra las reglas de la cárcel el que yo hable ahora á vuestra presa, preferiria volver mas tarde, porque tengo hoy muchas cosas que hacer, y vos sabeis que *fugit irrevocabite tempus*.

-- Si teniais muchas cosas que hacer, le contestó el hombre de las llaves, creo que hubierais hecho bien en despacharlas antes de venir aqui; porque vereis por esperiencia, que es mas facil entrar en esta casa, que salir de ella, y podreis aplicar, ya que conoceis el latin, aquella hermosa espresion que no dudo os vendrá á la mano: *facilis descensus averni; sed retroire gradum, superasque evadere adu-ras, hoc opus, hic labor est*. Pero en fin, ya estais aqui, y no creo que otro tropel de amotinados venga á sacaros: las leyes han recobrado su vigor como lo sabreis á vuestra costa; con que á Dios vecino.

-- ¿Qué quereis decir, señor? Vos me tomáis seguramente por otro. Yo me llamo Ruben Butler, predicador del evangelio.

-- Yo lo se, yo lo se muy bien.

-- Pues si lo sabeis bien, creo poder preguntaros ¿con qué derecho pretendéis detenerme aqui? ¿Ignorais acaso que no se puede prender á ningun vasallo de S. M. Británica sin un mandato espreso del juez?

-- ¡Mandato!.. El mandato está ahora en Libberton con dos oficiales del Scherif encargados de ponerle en egecucion. Si hubierais estado en vuestra casa como un hombre honrado y tranquilo, hubierais tenido el gusto de verlo. Pero vos mismo habeis venido á meteros en la ratonera: ¿podia yo acaso impedirlo?

-- ¡Con que yo no podré ni ver á Effie, ni salir de aqui!

-- No, amigo mio, no; dejad á la pobre muchacha que se ocupe de sus negocios, que vos bastante que hacer tendreis con los vuestros, y en cuanto á vuestra salida es el magistrado quien debe decidir. Pero á Dios, que espero al carpintero, que debe venir á poner una puerta nueva en lugar de la que quemaron la noche última vuestros buenos amigos, M. Butler.

Todo esto tenia sorprendido y asustado al pobre Butler. No es en manera alguna agradable el verse preso aunque sea por una falsa acusacion, y hombres dotados de mas esfuerzo y de una constitucion mas robusta que Butler se hubieran encontrado abatidos. Este no carecia sin embargo de la resolucion que da la persuasion de la inocencia; pero una idea confusa de los peligros á que podia estar espuesto se presentaba á su imaginacion y le afligia. Trató de recordar todos los acontecimientos de la noche anterior, con la esperanza de encontrar algun medio de esplicar y de justificar su conducta; pues no dudaba ya, que estuviese detenido porque le habian visto á la cabeza de los reboltosos, y se afligia sobre manera cuando reflexionaba que no conocia á nadie á quien poder citar de los que habian sido testigos de los esfuerzos que hizo repetidas veces, aunque siempre inútiles, primero para que no le detuviesen, y luego para salvar la vida del desgraciado Portews. El deplorable estado de la familia de Deans, la peligrosa situacion de Effie, la cita sospechosa á que Jeanie habia prometido acudir, y que él no podia en manera alguna

impedir, entraban por una gran parte en sus reflexiones, y en su aflicion.

Por impaciente que estuviese de obtener algunos datos seguros sobre la causa de su arresto y de recobrar su libertad, si era posible, se halló sobrecogido por un temblor involuntario que le pareció de mal agüero, cuando al cabo de una hora de haber estado en aquella habitacion, recibió la orden de comparecer delante del magistrado. Se le hizo salir de la cárcel escoltado por un fuerte destacamento de tropa, y con aquel aparato de precauciones que tan ridiculamente se toman siempre despues de un acontecimiento desagradable, que seguramente se hubiera evitado si se hubiesen tomado antes.

Se le introdujo en la sala del consejo, nombre que se da á la pieza en donde los magistrados tienen sus sesiones; y que estaba á corta distancia de la cárcel. En ella se encontraban dos ó tres senadores de la ciudad, que parecian ocupados en examinar á un hombre que estaba en pie delante de un mesa redonda cubierta con un paño verde, al extremo de la cual estaban sentados los senadores.

-- ¿Es el predicador? preguntó uno de los

magistrados al dependiente de policia, que condujo á Butler. Habiendo éste respondido afirmativamente, bueno, añadió el mismo magistrado: que espere un poco, que nosotros nos ocuparemos de su asunto en el instante que despachemos el de este pobre hombre. No tardaremos mucho.

-- ¿Haremos salir á M. Butler? preguntó el dependiente de policia.

-- No, dijo el magistrado; no es menester, dejadle en donde está y que tome asiento.

En vista de esta disposicion del magistrado se hizo sentar á Butler en el fondo de la sala entre dos granaderos.

La sala era vasta y de poca luz; pues no tenia mas que una ventana, y ésta algo elevada; pero sea casualidad ó sea efecto de un cálculo premeditado de arquitectura, que habia previsto las ventajas que se podian sacar de aquella disposicion, la luz daba precisamente en el parage en que se colocaban los reos que se presentaban á ser interrogados, mientras que el lado de la sala en donde estaban sentados los magistrados se entraba absolutamente á la sombra.

Butler examinó con atencion al preso que

interrogaban con la idea de encontrar tal vez en él uno de los principales conspiradores que habia visto la noche precedente; pero aunque las facciones de su cara fuesen decididas, no pudo acordarse de haberle visto jamas.

Este era un hombre de unos cincuenta años, con el pelo negro mezclado de algunas canas, y cortado cuasi en ras de la cabeza. Su fisonomia anunciaba mas bien un bribon que un malvado, y manifestaba mas astucia que ferocidad. Sus ojos negros y vivos, su modo de mirar atrevido, y su risa sardónica le daban un aire, que vulgarmente podremos llamar de *pilto*; pero no de un hombre endurecido en el mal. En una feria ó en un mercado se le hubiera tomado por un chalan consumado en todas las reglas del arte de la truaneria; y en un sitio solitario no se hubiera tenido de él ninguna violencia. Llevaba un lebita ó sortu pardo abrochado de arriba abajo con gruesos botones de metal, y unos botines azules, en términos que poniendole un látigo en la mano se hubiera completado el verdadero retrato de un chalan.

-- ¿Vos os llamais James Rateliffe? le preguntó uno de los magistrados.

-- Yo, contestó el preso, salvo el buen parecer de V. S. me llamo asi.

-- Es decir, contestó el magistrado, que encontrarais otro nombre, si este no fuese de mi aprobacion.

-- Veinte encontraria yo á escoger, con el permiso de V. S.

-- En fin, James Rateliffe es el nombre que teneis hoy. Pues bien, ¿y qué oficio teneis?

-- Yo no se muy bien, si yo tengo lo que V. S. llama un oficio.

-- Pero ¿cuáles son vuestros medios de existencia? ¿cuáles vuestras ocupaciones?

-- ¡Bah! V. S. sabe esto tan bien como yo.

-- No importa; es preciso que vos me lo digais.

-- ¡Bah! ¡Usia! ¿Yo he de decir eso? ¿y se lo tengo de decir á V. S.? Vaya, con el permiso de V. S. V. S. no conoce aun á James Rateliffe.

-- Dejemonos de evasiones, yo insisto en que vos me lo digais.

-- Pues bien; pues que V. S. lo exige, es preciso descargar mi conciencia. Pero V. S., yo estoy aqui con el permiso de V. S., para pedirle un favor. V. S. me pregunta ¿cuales son

mis ocupaciones? Pero... esto... no es una cosa que se pueda decir en un lugar como este.. Pero ¿qué dice el octavo mandamiento?

El magistrado tuvo la bondad de contestarle: *no hurtarás.*

-- ¿Está V. S. bien seguro? Pues entonces V. S. mis ocupaciones y este mandamiento no estan de acuerdo; pero no es por falta mia, pues siempre me lo han hecho leer: *tú hurtarás;* y aunque la diferencia no está mas que en las dos primeras letras, hay gentes que hallan que el resultado no es el mismo.

-- En una palabra, es decir, que vuestras ocupaciones eran el robo.

-- Señor, respondió Rateliffe con la mayor desfachatez, yo creo que hasta los niños lo saben en toda Escocia, tanto en las montañas como en las tierras bajas, sin hablar de Inglaterra y de la Holanda. Yo pensaba que V. S. me preguntaria alguna cosa que nadie supiese.

-- Sea enhorabuena. Pero ¿qué fin presumis que tendrán vuestras ocupaciones?

-- Si V. S. me lo hubiera preguntado ayer, me parece que podría haber contestado sin detenerme y con bastante precision; pero.. hoy.. no se... no se aun muy bien que responderé

-- ¿Y qué me hubierais respondido ayer?

-- La horca, contestó Rateliffe sin detenerse, y con la mayor tranquilidad.

-- Vous sois un tunante muy particular. ¿Y qué puede hacerlos creer que vuestra suerte se ha mudado hoy?

-- Es que hay mucha diferencia entre estar uno preso con una sentencia de muerte, ó quedarse en la cárcel de buena voluntad, cuando uno puede salir de ella. ¿Quién me hubiera impedido ayer el irme con los que fueron á buscar á Portews? ¿V. S. cree que yo me he quedado allí por el placer de hacerme ahorcar?

-- No se cuales son los motivos que pueden haberos determinado á permanecer en la cárcel; pero si se que la ley os ha condeuado á ser ahorcado, y que lo sereis del miércoles en ocho dias.

-- No, no señor, eso no; dijo Rateliffe riéndose y meneando la cabeza; V. S. quiere divertirse. Yo no lo creeré hasta que lo vea. Yo conozco la ley hace mucho tiempo: no es esta la primera vez que yo tengo negocios con ella, y he visto siempre que hace mas ruido que mal, y que muchas veces ladra, pero no muerde.

-- Pero si no no esperais ser conducido á la horca, á la que estais condenado, ¿me hareis el favor de decirme cuáles son vuestras esperanzas para no haber tomado vuestro buelo con las demas aves nocturnas que teniais por compañeros? Yo confieso que no esperaba de vos semejante conducta.

-- Es verdad que yo no me hubiera quedado ni un minuto en esa hedionda casa, si no me hubiera dado la ventolera por un puesto que quiero ocupar en ella.

-- ¡Un puesto!... un puesto contra un pilar para ser allí bien azotado, si obteneis una comutacion de pena.

-- ¡Azotado! V. S.: no, no, no señor; esto no me ha pasado nunca por la cabeza. Despues de haber sido condenado cuatro veces á ser ahorcado por el pescuezo *hasta que muerto sea*: yo no soy un hombre ya á quien se azota.

-- Pero, ¿qué esperais pues?

-- El puesto de segundo llavero, salvo el buen parecer de V. S., pues se que está vacante. El de verdugo lo está igualmente, pero no me conviene; porque, si yo no he hecho mal en toda mi vida ni á una mosca ¿como podría hacer morir á un cristiano?

-- Confieso, dijo el magistrado, que encuentro en vuestra determinacion de quedaros en la cárcel, cuando pudiste escaparos, cierta cosa que depone en vuestro favor. Pero aun cuando se os perdonase la vida, ¿cómo podeis imaginarnos que se os confiera un puesto en una cárcel, á vos que habeis sabido escaparos de mas de la mitad de las de Escocia?

-- Con el permiso de V. S., esta es una razon demas para dármela; porque si yo conozco tan bien los medios para salir, es probable que conoceré tambien el modo de impedir que los demas se aprovechen de ellos. Seria menester ser bien listo para retenerme en la cárcel contra mi gusto; pero seria menester serlo mucho mas aun, para salir de ella á pesar mio.

Esta observacion pareció hacerle fuerza al magistrado; pero no respondió nada, y dió la orden para que le recondujesen á la cárcel.

Quando este astuto tunante salió de la sala del consejo, el magistrado preguntó á su escribiente que pensaba de la resolucion de aquel chulo.

-- Señor, respondió éste: no me pertenece hablar sobre la materia; pero si vos me lo permitis os diré, que si James Rateliffe qui-

siese inclinarse al bien, así como hasta ahora lo ha estado al mal, jamás ha entrado por las puertas de Edimburgo un hombre más á propósito, ni que pueda ser más útil á la ciudad para rastrear á los ladrones y cogerles sus vueltas: yo creo que convendría hablar de ello á M. Sharpilan.

Después de la salida de Rateliffe, se hizo adelantar á M. Butler para interrogarle. El magistrado condujo su pesquisa con urbanidad, pero de modo que dejaba ver que tenía violentas sospechas contra él. Butler, con la franqueza natural de su carácter, y tan conforme con su estado, confesó francamente que había sido testigo involuntario del asesinato de Portews; y á consecuencia de la pregunta del magistrado contó las circunstancias de aquella catástrofe, que nuestros lectores conocen ya, y de las que el amanuense estendia el correspondiente testimonio.

Quando acabó su relación, empezó él el interrogatorio. Es siempre penoso y difícil el contestar á él, aun para el hombre más inocente; pues por más que procure usar en sus respuestas de la mayor claridad y precisión, un error, un olvido, una palabra ó una frase am-

bigua pueden algunas veces prestar á la verdad los colores de la mentira.

El magistrado observó desde luego que Butler había declarado que volvía á Libberton quando fue detenido por el tropel de los rebolotosos á la parte afuera de la puerta del Oest, y le preguntó con un tono algo irónico si tomaba siempre aquel camino para ir de Edimburgo á Libberton.

-- No, ciertamente, le contestó Butler; yo pasé ayer por esa puerta porque era la más inmediata al sitio en que me encontraba, y estaba ya cerca la hora de cerrarlas.

-- Es una triste casualidad, contestó el magistrado: pero pues que vos pretendéis no haber seguido el tropel sino á pesar vuestro, y haberos visto obligado á ser espectador de una escena que repugna á la humanidad, y sobre todo á vuestro estado, y al vestido que lleváis; ¿por qué no hicisteis alguna tentativa para resistir ó para escaparos?

-- No pude resistir á una muchedumbre furiosa, y observaban con demasiado cuidado para poder escaparime.

-- Aun esto también es sensible.

El magistrado continuó su interrogatorio con decencia y urbanidad; pero con una rigidez mezclada de ironía, sobre todos los acontecimientos que habian ocurrido, y sobre la cara y vestido de los gefes del tropel; y cuando vió que era conveniente adormecer la prudencia de Butler, si éste trataba de engañarle, volvió con destreza sobre las preguntas que ya le habia hecho, le pidió nuevas esplicaciones sobre los pormenores mas minuciosos; pero no descubrió ninguna contradiccion que pudiese darle la menor sospecha.

En fin, llegaron á hablar del gefe misterioso Wildfire, y cuando el magistrado pronunció su nombre por la primera vez, éste y su amanuense se dieron una mirada significativa. Si la suerte de la ciudad de Edimburgo hubiese pendido del conocimiento que este digno magistrado pudiese adquirir de sus facciones y de su vestido, no hubiera ni mas, ni mas repetidas preguntas; pero Butler no podia satisfacerle, porque la cara de dicho personage se hallaba emborronada de encarnado y negro, como la de un salvaje que va á la guerra, y su cabeza estaba cubierta con un gorro de mu-

ger. Declaró ademas que no podría conocerle si le viese, á no ser por la voz, aunque no tenia mucha seguridad.

-- ¿Por qué puerta salisteis luego de la ciudad? le preguntó el magistrado.

-- Por la del Oúest.

-- ¡Aun! Sin duda teniais ayer una inclinacion decidida por esa puerta. ¿La de Cowgate, no os hubiera conducido mas directamente á Libberton, y no está mas cerca de Grasmasket?

-- Es verdad; pero yo no iba á Libberton. al contrario; yo me proponia ir á ver uno de mis amigos en San Leonardo.

-- ¿Sin duda para contarle las escenas de que habiais sido testigo?

-- No le he dicho ni una sola palabra.

-- ¿Teniais algun motivo para guardar silencio con respecto á esto?

-- Tenia que hablarle de asuntos personales que le interesaban mas.

-- ¿Por qué camino fuisteis á San Leonardo?

-- Por las rocas de Sallsbury.

-- En verdad, parece que preferis siempre los caminos mas largos. ¿Y encontrasteis alguna gente cuando salisteis de la ciudad?

-- Butler le contó entonces los grupos de gen-

tes que habia visto, como hemos dicho ya, y le habló del hombre misterioso que encontró en el valle de Salisbury. Butler deseaba no entenderse mucho sobre este particular, pero inmediatamente que el magistrado le oyó hablar de este incidente, resolvió conocer todas las particularidades de aquella entrevista.

-- Escuchadme, M. Butler, le dijo el magistrado. Vos sois un jóven que gozais de una excelente reputacion; yo mismo depondré en vuestro favor. Pero desgraciadamente desde la reunion de ambos reinos, se encuentran hombres de vuestra religion y de vuestro estado irreprehensibles, si se quiere en su conducta; pero poco adictos al gobierno, y que no se hacen escrupulo en proteger las infracciones de las leyes. Yo quiero hablaros francamente.... yo no estoy muy contento con vuestras respuestas. Vos salis dos veces de Edimburgo por la misma puerta para ir á dos sitios diferentes, y siempre tomais el camino mas largo: ninguno de cuantos he examinado sobre este funesto acontecimiento ha visto en vuestra conducta la menor cosa que pueda hacerle creer que os retenian por fuerza. Los guardas de la puerta de Ouest os vieron entrar á la cabeza del

tropel, detrás del tambor, y han declarado ademas que vos fuisteis el primero que les dió la orden de abrir la puerta cuando salisteis la segunda vez con un tono de autoridad como si estuvieseis aun á la cabeza de una tropa de facciosos.

-- Dios se lo perdone, exclamó Butler; se han engañado torpemente, si no han tenido la intencion de calumniarme.

Yo me hallo dispuesto, M. Butler, á interpretar favorablemente vuestros motivos, y vuestra conducta; aun mas, deseo poderlo hacer; pero es menester que seais franco conmigo. Me habeis hablado muy por encima del individuo que encontrasteis en el valle de Salisbury; es indispensable que yo sepa todo lo que ocurrió en aquella entrevista.

Butler, instado de un modo tan positivo, y no teniendo otra razon para hacer un misterio que la de hallarse interesada en aquella ocurrencia Jeanie Deans; creyó que lo mejor de todo seria decir la verdad sin restriccion alguna.

-- ¿Y creéis, le preguntó el magistrado, que esta jóven acepte una cita tan misteriosa?

-- Yo lo temo; respondió Butler.

-- ¿Por qué decís que lo teméis?

-- Por que yo creo que no es prudente el ir á encontrarse sola á tal hora y en tal sitio con un hombre, cuyo tono y maneras, y el misterio con que se cubre no inspiran confianza.

Ya se tendrá cuidado de ella, dijo el magistrado. Yo siento, M. Butler, no poder mandar en el momento que seais puesto en libertad; pero no estareis detenido mucho tiempo. -- Que conduzcan á M. Butler á la cárcel; pero que se le coloque en una habitacion decente, y que se tengan por él todas las consideraciones que le son debidas.



CAPITULO X.

Dejemos á Butler entregado á las tristes reflexiones que le inspiraba su situacion, y que giraban principalmente sobre la imposibilidad á que le reducía su prision de ser útil á la familia de San Leonardo, y vamos á encontrar á Jeanie, que quedó desconsolada al verle partir sin haber tenido con él una mas larga explicacion.

El corazon, aun el mas firme (y que Jeanie bajo su corsé de lana tenia uno que podia hacer honor á la hija de Caton) no puede ser siempre dueño de sus consentimientos. Jeanie lloró amargamente algunos minutos, sin tratar de contener sus lágrimas. Pero cuando pasado este corto tiempo, la reflexion recobró su imperio, se avergonzó de haber llorado por sus propios males, hallándose su padre sumergido en la mas profunda afliccion, y su hermana espuesta al peligro de perder la vida.

Sacó del bolsillo una carta que habia sido

-- Por que yo creo que no es prudente el ir á encontrarse sola á tal hora y en tal sitio con un hombre, cuyo tono y maneras, y el misterio con que se cubre no inspiran confianza.

Ya se tendrá cuidado de ella, dijo el magistrado. Yo siento, M. Butler, no poder mandar en el momento que seais puesto en libertad; pero no estareis detenido mucho tiempo. -- Que conduzcan á M. Butler á la cárcel; pero que se le coloque en una habitacion decente, y que se tengan por él todas las consideraciones que le son debidas.



CAPITULO X.

Dejemos á Butler entregado á las tristes reflexiones que le inspiraba su situacion, y que giraban principalmente sobre la imposibilidad á que le reducía su prision de ser útil á la familia de San Leonardo, y vamos á encontrar á Jeanie, que quedó desconsolada al verle partir sin haber tenido con él una mas larga explicacion.

El corazon, aun el mas firme (y que Jeanie bajo su corsé de lana tenia uno que podia hacer honor á la hija de Caton) no puede ser siempre dueño de sus consentimientos. Jeanie lloró amargamente algunos minutos, sin tratar de contener sus lágrimas. Pero cuando pasado este corto tiempo, la reflexion recobró su imperio, se avergonzó de haber llorado por sus propios males, hallándose su padre sumergido en la mas profunda afliccion, y su hermana espuesta al peligro de perder la vida.

Sacó del bolsillo una carta que habia sido

arrojada en su habitacion al amanecer por una ventana que habia quedado entre abierta, y cuyo contenido era tan singular como enérgico su estilo.

En ella se le prevenia, que si queria poner la vida de su hermana á cubierto de los tiros de una ley injusta y sanguinaria, era preciso, que inmediatamente fuese á estar con el que la escribia; que ella sola podia salvar á su hermana, y el solo indicarle los medios: que no debia decir nada á su padre, ni llevar á nadie en su compania, sin lo que la entrevista no podria verificarse, y la sangre de su hermana caeria sobre ella. La carta concluia por las protestas mas solemnes de seguridad y de respeto; pero lo que prueba el trastorno y agitacion de ánimo con que habia sido escrita, es que se olvidó indicar la hora y el parage.

El encargo que el desconocido habia dado á Butler, convenia perfectamente con la carta, y contenia precisamente lo que á esta le faltaba que era la indicacion de la hora y del sitio, y probablemente el que la escribió se vió obligado á hacer entrar á Butler en una parte de su confianza, bien fué por haber advertido el olvido antedicho, ó porque hubiese querido

mudar alguna cosa con respecto al sitio ú hora que creyó haber indicado.

Mas de una vez estuvo tentada de enseñarle la carta que habia recibido, para disipar las sospechas en que le veia; pero la inocencia teme muchas veces degradarse buscando medios de justificarse, y la intimacion que se le hacia en la misma de guardar secreto para con su padre, era otra razon que la obligó tambien á no hablarle de ella. Con todo, puede ser que si Butler se hubiese detenido mas tiempo, Jeanie le hubiera hecho una entera manifestacion de su contenido, y se hubiese dejado guiar por sus consejos. Habiendo perdido por la interrupcion de su entrevista la ocasion de darle esta prueba de confianza, se miraba como culpable con respecto á un amigo, sobre cuyo cariño é interés podia contar, y se echaba en cara el haberse privado tan mal á propósito de los solos consejos que le era posible pedir.

No hubiera sido conveniente consultar á su padre en aquella ocasion. Jeanie sabia que este no juzgaba nunca las cosas sino por sus principios religiosos, cuya exageracion escesia conocia, y bajo de este aspecto no podia mirar sus consejos, como regla de su conducta en un

asunto tan delicado. Jeanie hubiera querido que una persona de su sexo le acompañase á una entrevista, que le inspiraba un terror involuntario; pero en la carta se le decía espresamente que si llevaba alguno á aquella entrevista de la que se hacia depender la vida de su hermana, aquella no podria tener lugar, y esta amenaza sola bastaba para hacer desvanecer toda idea de compañía. Aun en este caso no hubiera sabido á quien dirigirse para pedir semejante servicio; no tenia con sus vecinas mas que las cortas relaciones que les daba la inmediatecion de sus casas, y sabia que no hubiera podido contar con la discrecion de ninguna de ellas.

Abandonada á ella sola, y no pudiendo pedir consejos á nadie sobre la tierra, se dirigió á aquel cuyos oídos estan siempre abiertos para oír las súplicas del pobre y del afligido. Puesta de rodillas manifestó á Dios su desconsuelo y la pureza de su intencion, y le pidió con fervor que la guiase y la protegiese. Despues de haber llenado este deber tan santo, se encontró mas firme y mas animosa, y esperando la hora de la cita fue á encontrar á su padre.

El viejo, firme en sus principios religiosos,

ocultaba sus sentimientos interiores bajo la apariencia de la calma y de la tranquilidad, y aun reprendió cariñosamente á su hija por haber olvidado algunas vagatelas en sus quehaceres domésticos.

Jeanie no sintió el ver que los pensamientos de su padre no estuviesen de tal modo concentrados en su afliccion, que no le permitieron distraerse á otras ideas; con esto se dedicó con mas gusto á las ocupaciones que la quedaban, mientras que Deans, incapaz de permanecer mucho tiempo en un mismo sitio, corría de un parage á otro de la casa bajo diferentes pretextos; pero en la realidad para distraer ó á lo menos disimular su agitacion.

Llegada la hora de la cena, el buen viejo se puso á la mesa con su hija, y pidió la bendición del cielo sobre el alimento que se habia servido. Instó á su hija á que comiese, y él mismo, queriendo unir el ejemplo al precepto, se sirvió en un plato; pero la naturaleza no le permitió completar el esfuerzo que queria hacer sobre sí mismo: sus lágrimas corrieron apesar suyo de sus ojos, y avergonzado de su debilidad, se levantó precipitadamente para ocultarlas.

El sol acababa de ponerse. Está era la hora en que toda la familia se reunía para decir en común las últimas oraciones del día, según la costumbre de Escocia, y en la que amos y criados todos juntos se humillan ante el Ser Supremo, á cuya vista todas las distinciones humanas se desvanecen. La casualidad quiso que hallase una silla vacía precisamente en el sitio que solía ocupar Effie cuando estaba en su casa. Deans, que iba á empezar su oración, vió que los ojos de Jeanie dirigiéndose ácia aquel lado se llenaban de lágrimas, y quitó la silla con un aire de impaciencia, como para alejar con ella todo motivo de recuerdo terrestre en el momento en que iban á dirigirse á la Divinidad. Entonces leyó algunos versos de la Santas Escrituras, dijo la oración de costumbre y canto el himno; pero se observó que al llenar este deber tan santo tuvo la presencia de ánimo de evitar todos los pasages, todas las expresiones que en tan grande número se hallan en la escritura, que pudieran tener relacion con sus desgracias domésticas. Obrando así, su intención era tal vez la de no promover la aflicción de su hija; ó de no arriesgarse á perder él mismo el exterior de aquella paciencia es-

tóica que hace soportar todos los males que la tierra puede producir, y que no ve mas que la nada en todos los acontecimientos de la vida humana.

Concluida la oración, Deans se acercó á su hija, y abrazándola tiernamente le dijo: ¡Que el Dios de Israel vele sobre vos, mi querida hija, y os conceda la gracia de sus promesas!

David Deans era buen padre; pero no entraba ni en sus costumbres ni en su carácter el parecerlo: raras veces dejaba ver aquella plenitud de corazón que se difunde en alagos ó expresiones cariñosas sobre los objetos de su cariño: tenía estas efusiones del alma como pruebas de debilidad, y muchas veces se las había reprochado á la pobre viuda Butler. De esta rareza de emociones, que se observaba en este hombre siempre prevenido contra sus sensaciones, resultaba que sus hijos daban una importancia y un precio infinito á las señales de afecto que descubrían en él algunas veces, porque las consideraban como pruebas de una impresión ó sensación, que se manifestaba cuando el corazón estaba ya demasiado lleno para poderlas contener.

Después de aquella demostración poco or-

dinaria de la ternura, Deans se retiró á su cuarto. Uniforme y siempre constante en sus costumbres, una vez que entraba en él ya no salía nunca hasta el amanecer del día siguiente. Era pues fácil á Jeanie el salir de casa sin que nadie la viese, en el instante que el disco plateado de la luna, dejándose ver por la espalda del monte de san Antonio, le indicase la hora convenida. Pero aunque no tuviese que temer los ojos de su padre, los suyos no estaban cerrados á los inconvenientes y á los peligros á que la esponía el paso que iba á dar. Jeanie había pasado toda su vida en un retiro apacible, ocupada únicamente de los quehaceres domésticos; y la noche, que se mira en las ciudades como época de las escenas de placer y de alegría, no le ofrecía mas que un espectáculo imponente y quasi triste. La resolución que había tomado le pareció tan extraordinaria y tan arriesgada, que cuando vió llegar el momento de ejecutarla, parecia que la desamparaban todas sus fuerzas, y tuvo el mayor trabajo en resolverse á ella. Su mano temblaba á atar la cinta que contenian sus hermosos cabellos, único aderezo con que adornaban su cabeza las jóvenes escocesas antes de casarse, y sus hombros ape-

nas podian sostener el ligero peso del *plaid* ó manto escoces; igual al gran velo negro con aun hoy se cubren las mugeres en los Países-Bajos: cuando dejó por fin el techo paterno para acudir á una entrevista tan extraordinaria, á una hora tan intempestiva, en un lugar desierto, sin saberlo su padre, y sin nadie que la acompañase ó protegiese, la pareció que corría voluntariamente y sin remedio á su ruina; pero la suerte de su hermana dependia de aquel paso, y esta sola idea la sostuvo y la dió fuerzas para ejecutar su proyecto.

Quando se vió en el campo, nuevos motivos de temores vinieron á agitar su afligido corazón. Los rayos pálidos de la luna, penetrando por entre las rocas esparcidas en el sitio á que se dirigia, le manifestaban la soledad y tristeza de aquel parage, y le recordaban mil funestas historias que había oido contar de sucesos extraordinarios ocurridos en el mismo. El valle de Salisbury, al que se dirigia Jeanie, había sido en otro tiempo el abrigo ó madiguera de todos los ladrones y asesinos de los contornos, de los que la tradicion conservaba aun la memoria. Se nombraba aun al mas famoso de aquellos bandidos, cuya mayor parte habían

espiado en el cadalso sus multiplicados crímenes, y entonces aquel lugar retirado servía, como lo hemos dicho, de teatro de diferentes dramas, y muchas personas habían perdido la vida en esta especie de encuentros despues que Deans vivía en San Leonardo. Su imaginación estaba llena de ideas de sangre y de terror al acercarse á aquel sitio formidable, no teniendo esperanza de poder encontrar ningún socorro en caso de accidente. Otros motivos de terror la agitaban aun; pero estos eran una consecuencia de las preocupaciones de su siglo, de las de su padre y de las de su estado: es preciso trazar brevemente su origen.

La creencia en las brujas y los duendes era en aquella época cuasi general en Escocia, y sobre todo entre los presbiterianos, para quienes era como un punto de sus dogmas religiosos, en términos que mientras que estuvieron investidos de la suprema autoridad, su gobierno se había manchado con mil actos de crueldad contra estos crimines imaginarios. Los montes de Salisbury y las lagunas de Hunter tenían muy mala reputacion con respecto á este punto. Allí era en donde se celebraron en otra ocasión aquellas asambleas nocturnas y clandestinas

conocidas bajo el nombre de *Sabbat*: los visionarios entusiastas, que por huir de la persecucion se había retirado á las numerosas y profundas cabernas que ofrecen aquellas rocas, habían tenido en ellas mil apariciones de fantasmas, y aun habían luchado á brazo partido con las mismas brujas y los duendes. Nadie se hubiera atrevido á acercarse á aquellos sitios formidables durante la noche, sin ir bien acompañado; y David Deans, que sabía de memoria todas aquellas aventuras, había tenido gran cuidado de comunicárselas á sus hijos.

No es pues de estrañar que Jeanie educada con esta creencia empezase á sentir una inquietud vaga, que tomaba su origen de sus principios religiosos.

No solamente temía alguna de aquellas apariciones, que segun la tradicion, habían ocurrido con tanta frecuencia en dichos sitios, sino que aun concebía algunas dudas sobre la naturaleza del ser misterioso que había escogido una hora y un parage tan estraordinario para su entrevista. Era menester una resolucion, que solo pueden apreciar los que han sacudido el yugo de tales preocupaciones, para llevar adelante su proyecto; pero el deseo de salvar

á su hermana obraba sobre su corazón mas que el temor de los peligros de que se creía rodeada, y así continuó su camino invocando la protestacion del Ser Supremo, creyendo que él solo podia salvarla.

El sitio señalado para aquella entrevista misteriosa estaba en el fondo del valle que corre entre las rocas de Salisbury y la montaña llamada Arthur's seat. A poca distancia de ésta se descubren aun las ruinas de una antigua capilla dedicada en otro tiempo á San Antonio. Un poco mas lejos estaba el parage que se llamaba el terrero de Muschat. Se llamaba así este sitio, porque fue en él en donde un malvado, llamado Mus hat, asesinó á su mujer en circunstancias de una horrorosa barbaridad. Se contaba que la indignacion pública le habia hecho apedrear en el mismo parage en que cometió el crimen, y que aquella altura ó terrero se habia formado por la inmensa cantidad de piedras amontonadas sobre su cuerpo.

El corazón de Jeanie latia con fuerza al acercarse sola á aquel lugar de tan mal nombre, y de tan mal agüero. La claridad de la luna le descubrió desde luego la capilla de San Antonio, y poco despues la altura ó terro de Mus-

chat; pero no vió á su alrededor ninguna criatura viviente. Mil ideas diferentes asaltarón al mismo tiempo su imaginacion. El que le habia escrito, ¿habria querido engañarla, ó no habria llegado aun al sitio indicado? ¿qué circunstancia imprevista le habia impedido encontrarse allí? Si era un ser sobre natural lo que formaba el principal objeto de sus apreensiones ¿querria acaso no dejarse ver hasta el último instante, y asustarla con una aparicion repentina y espantosa?

Estas reflexiones no le impedia seguir su camino, y no se hallaba ya mas que á algunos pasos del sitio á que temia y deseaba llegar, cuando de repente vió salir un hombre que hasta entonces habia estado escondido detras de la altura, y llegándose á ella, le preguntó con una voz trémula y agitada;

-- ¿Sois vos la hermana de la desgraciada jóven?

-- La misma. Soy la hermana de Effie Deans, le contestó Jeanie, Dios os bendicirá si me indicais los medios de salvarla.

-- Dios no me bendicirá, porque ni lo merezco, ni lo espero.

Jeanie quedó sobrecogida de terror al oír

un lenguaje tan contrario á sus ideas religiosas. ¿Era bien un hombre el que se esplicaba así, ó tenía á la vista el principe de las tinieblas disfrazado bajo la forma de un hombre?

El desconocido continuó sin parecer advertir su turbacion. -- Teneis á vuestra vista á un ser condenado á la desgracia antes de su nacimiento y despues de su muerte.

-- Por el Dios del Cielo, que nos ve y que nos oye, exclamó Jeanie, os supli o que no habeis de esta manera. El evangelio promete misericordia aun á los mas grandes pecadores,

-- Yo debo pues tener derecho á ella, si miras como el mas grande los pecadores al ser que ha causado la destruccion de la madre que le parió, del amigo que le socorrió, de la muger que le concedió toda su confianza, y del hijo á quien ella dió la vida.

-- ¿Con que sois vos la causa de la ruina de mi pobre hermana? le dijo Jeanie con un tono de indignacion que no pudo reprimir.

Maldecidme si quereis; yo no me quejaré, pues que lo he merecido.

-- No, le contestó Jeanie: al contrario, yo rogaré á Dios pidiéndole que os perdone.

-- Maldacid, rogad, haced lo que querais, la

dijo el desconocido con violencia; pero jurad que seguireis mis consejos, y que salvareis la vida de vuestra hermana.

-- Es menester que yo conozea antes cuales son los medios que debo emplear para ello.

-- No, es preciso ante todas cosas que vos presteis juramento, un juramento solemne de emplearlos, cuando yo os los haga conocer.

No es necesario el juramento para que yo haga por mi hermana todo lo que es permitido á un cristiano el hacer.

-- ¡Permitido!.. ¡Cristiano! dijo el desconocido con una voz terrible. No, yo no quiero reservas; es preciso que jureis hacer lo que yo quiera, lo que yo os diga... ó si no... Vos no sabeis aun á la cólera de quien os esponéis.

-- Yo reflexionaré lo que me decis, le contestó Jeanie, y mañana os diré la respuesta.

-- ¡Mañana! dijo el desconocido con cierta risa de desprecio; ¿En donde estaré yo mañana?... ¿y en donde estareis vos misma esta noche, si no jurais dejaros guiar por mis consejos?... Este lugar ha visto ya cometer un crimen atroz; él va á ser testigo de otro, si os negais á prestar el juramento que os pido. Diciendo esto la amenazó con una pistola que tenía

en la mano. La huida era imposible, las voces hubieran sido inútiles. En tan crítica situación la desconsolada Jeanie se arrojó á sus pies suplicándole no le quitase la vida.

-- ¿Es esto todo lo que teneis que decirme? le contestó lleno de cólera el desconocido.

-- Por Dios, le replicó Jeanie siempre de rodillas, no mancheis vuestras manos con la sangre de una criatura inocente y sin defensa, y que se ha fiado á vuestra humanidad.

-- ¿Es esto todo lo que podeis decirme para salvar vuestra vida?... ¿quereis la muerte de vuestra hermana?... ¿ó quereis obligarme á que aun derrame nueva sangre?

-- Yo no puedo prometer mas que lo que la religion me permite.

Un nuevo furor se apoderó del desconocido, y dirigiéndose precipitadamente contra Jeanie, parecia ir á completar su sacrificio: ésta, llena de terror y de espanto, exclamó: ¡que el cielo os perdone! y cayó sin sentido.

¡Qué desgraciado soy! exclamó tambien é igualmente asustado el desconocido. Escuchad Jeanie: tranquilizaos; no temais... yo soy un malvado sumergido si quereis en un abismo de crímenes; pero no tanto, que quiera asesina-

ros... solo quise hacer miedo... Jeanie... pero ¡oh Dios!... ¡Ella no me oyó!... ¡Ella ha fallecido!... ¿Aun un nuevo crimen? ¡oh gran Dios! ¡Dios de bondad y misericordia!... ¡Hasta cuando llevaré yo esta vida llena de males y desgracias! y cubriendo su rostro con ambas manos, se puso á llorar amargamente.

Jeanie habia recobrado sus sentidos mientras él hablaba, y se tranquilizó algun tanto conociendo que no atentaba á su vida.

-- ¡Ah! Jeanie, continuó éste viéndola restablecida de su desmayo; no, tranquilizaos: yo no quiero tener que reprocharme vuestra muerte, como la de vuestra hermana y la de su hijo. Por mas furioso, por mas desesperado que me veais; aunque acrastrado por mi mala suerte, y aunque perdido para siempre, yo no os haré el menor mal, aunque fuese, ó para salvar mi propia vida, ó para procurarame el imperio de la tierra... Pero ¡oh Dios! ¡vuestra hermana... espuesta á perecer en un cadalso!... ¡El objeto de todo mi amor, y el modelo de la inocencia que yo he seducido!... ¡Ah Jeanie! juradme por su amor que seguireis mis consejos... Tomad esa pistola, atrancadme la vida que detesto; vengad las injurias que he he-

cho á vuestra hermana; pero seguid el único camino que puede salvarla.

¡Pobre de mí! exclamó la desventurada Jeanie... pero mi hermana, le preguntó al desconocido, ¿es inocente ó culpable?

-- Inocente: repuso éste con precipitación. Nada tiene que reprocharse; nada, si no el haber tenido demasiada confianza en un miserable... Sin embargo, sin otros que son mas malvados que yo... sí, mas malvados que yo, aunque yo lo sea tanto... esta desgracia no hubiera ocurrido.

-- ¿Y su hijo?

-- ¡Asesinado! ¡bárbaramente asesinado...! pero sin que ella hubiese tenido parte; sin que ella lo supiese; yo mismo...

-- ¿Y porqué no se castiga al culpable en vez de dejar perecer al inocente?

No me atormentes con preguntas inútiles; los que han cometido este crimen, no temen nada: estan al abrigo de toda pesquisa... Vos sola podeis salvar á Effie.

-- ¡Yo! exclamó Jeanie llena de gozo. Esto sería una dicha demasiado grande para mí. Pero ¿de qué modo?

-- Escuchadme; vos teneis talento, y me com-

prenderais facilmente. Vuestra hermana es inocente del crimen de que se la acusa. Una persona que estaba presente, asesinó al niño apenas nacido, sin que le viese ni lo supiese su madre; de modo que Effie está inocente, y con todo la ley la condena al patibulo si vos no la salvais.

Pero decidme los medios de que debo valerme, le replicó Jeanie.

Todos dependen de vos. La ley es precisa: no se puede parár el golpe que va á descargar; pero es posible eludirlo. Escuchadme. La ley declara á vuestra hermana culpable de infanticidio, porque ha ocultado su embarazo: ella no exige mas prueba. Pero si uno solo declara que ella le ha hecho confianza de su situación, la cosa muda de aspecto: entonces es menester que se pruebe el crimen de que se le acusa, y esto es imposible, porque está inocente. Ahora debeis comprenderme. Vos habeis visto mas de una vez á vuestra hermana durante la época que ha precedido al nacimiento de su hijo. Era muy natural que os confiase su situación... Yo estoy seguro que ella lo ha hecho... ¿No es verdad? Reflexionad un poco.

-- ¡Cómo! le contestó Jeanie: si jamas me

na dicho una palabra. Cuando yo le preguntaba la causa de la decadencia de su salud y de su tristeza, solo me respondía con lágrimas.

Os digo, que es menester que os acordeis que le habeis hecho varias preguntas sobre este objeto, y que siempre os ha respondido que habia sido engañada por un miserable, por un malvado... llamadme como queráis; que ella llevaba en su seno el fruto de su condescendencia, y que su seductor le habia prometido cuidar de ella y de su hijo. ¿Os acordareis? He aquí todo lo que se trata que digáis.

— ¿Y cómo quereis que yo me acuerde, le contestó Jeanie con la mayor sencillez, si jamás me ha dicho una palabra?

— ¿Sois tan limitada! le replicó el desconocido, y asiéndola con fuerza por el brazo, continuaba diciéndole: ¡teneis la cabeza tan dura! Yo os repito que es menester que os acordeis que ella os ha dicho todo eso, aun cuando jamás hubiera pronunciado una sola sílaba. Es preciso que repitais toda esta historia, en la que no hay una sola palabra que no sea cierta, delante de esos jueces sedientos de sangre, para evitar que ellos sean unos asesinos y vuestra hermana la víctima. No titubeis. Yo os

aseguro que hablado así no direis mas que la verdad.

— Pero le observó Jeanie, cuyo buen juicio descubrió inmediatamente el sofisma de aquel raciocinio que harán prestar juramento de que todo lo que yo digo sea verdad? Todo lo que acabais de referir puede ser cierto; pero no lo es que mi hermana me lo haya dicho; y yo no puedo hacer un juramento falso.

— Yo veo, dijo el desconocido con despecho, que os habia juzgado bien desde el principio: ¿Dejareis perecer en un cadalso á vuestra desgraciada hermana, á pesar de su inocencia, por no pronunciar una sola palabra que podría salvarla?

— Yo daria toda mi sangre para salvar su vida, le respondió Jeanie desecha en lágrimas; pero yo no puedo hacer que la mentira sea verdad.

— ¡Muger extravagante! ¡hermana desnaturalizada! Los jueces mismos, aunque tan solícitos siempre de encontrar culpables, se alegrarán de ver á una jóven y hermosa criatura libre del rigor de las leyes. Ellos os creerán cuanto dignis, y sin dudar de vuestra veracidad, os perdonarán, y aun os creerán digna

de elogio; porque conocerán la pureza de vuestras intenciones.

-- No son los hombres á quienes yo temo, dijo Jeanie levantando los ojos al cielo; es á Dios cuyo nombre deberé tomar por testigo de la verdad de lo que yo diria, sabiendo que profero una mentira.

-- ¿No conocerá él mismo vuestros motivos? ¿No sabrá que hablais así para salvar á una inocente, y para impedir un crimen legal, mas atroz aun que el que se intenta castigar?

El nos ha dado una ley, le respondió Jeanie, que debe servirnos de antorcha para guiarnos por el camino recto. Si nos apartamos de él pecamos contra nuestra conciencia. Nosotros no debemos obrar mal, aunque sea con el fin de obtener un bien. Pero vos, que le habeis prometido á lo que decís todo vuestro cuidado y proteccion, que conoceis por vos mismo la verdad de cuanto acabais de decirme, ¿por qué no vais á dar un testimonio público de su inocencia? Vos podeis hacerlo con toda seguridad de conciencia.

-- ¿A quién hablais de conciencia? exclamó el descononido. ¡A mí! que no la conozco despues de tantos años.... ¡Dar testimonio de su inocen-

cia! como si mi testimonio pudiese ser de algun peso en la balanza de la justicia. ¿Creeis que es sin motivo, que yo os he llamado en esta hora á semejante sitio?... Pero escuchad.

En aquel momento se oyó á lo léjos una voz, que cantaba con el estilo monotonico con que estaban compuestas la mayor parte de las balladas de Escocia. El desconocido parecia todo atencion, y tenia por el brazo á Jeanie mas muerta que viva, como para impedir que hiciera el menor ruido, bien fuese hablando, ó por algun movimiento involuntario de temor. La voz cesaba por interválos, y luego seguia pareciendo acercarse mas cada vez; en fin, se oyó distintamente que cantaba sobre poco mas ó menos las palabras siguientes:

Pajaritos retiraos,

Que el Alcon estiende sus alas:

Retiraos á vuestras guaridas

Que el cazador está en campaña.

Era una voz de muger, y sumamente desentonada la que cantaba, y despues de un corto intervalo añadió: « El enemigo hace su batida » Sir James, ¡qué! ¿dormis? Despertad;

«Tomad la huida» Al concluir esta tirada, se oyó distintamente aunque algo lejos un ruido sordo, como de gentes que marchaban con precaucion.

No puedo estar mas aquí, le dijo el desconocido á Jeanie. Volveos á vuestra casa, ó escondeos mas bien hasta que estas gentes pasen... No temais nada... No digais que me habeis visto. Acordaos de lo que os he dicho; y reflexionad que la suerte de vuestra hermana depende de vos.

Concluidas estas palabras, se alejó por la parte opuesta al parage por donde se oía el ruido.

Jeanie se quedó algunos instantes inmóvil sin saber qué partido tomar; pero cuando empezó á reflexionar, vió dos hombres ya tan cerca de ella, que el huir hubiera sido inútil y sospechoso.



Las obras siguientes son propiedad de don Federico Moreno, impresor y del comercio de libros de esta corte, y se hallarán en su imprenta, plazuela de Adigidos, número 1, cuarto bajo, y en su libreria, calle del Abada.

Cartas sobre la Italia, con respecto á la religión, impresion de 1828; tres tomos en 8.º marquilla, 30 rs. en rústica.

Refranes castellanos, 1828; un tomo en 8.º, 6 reales en rústica.

Lecciones elementales de Lógica, 1828, un cuaderno en 8.º, 4 rs en rústica.

Guzman de Alfarache, nueva edicion, 1829; un tomo en 8.º voluminoso con 7 láminas finas; 17 reales en rústica.

Matilde de Rokeby, 1829; un tomo en 8.º, 12 reales en rústica.

Manual de curiosidades, 1830; un tomo en 16 marquilla, 8 reales en rústica.

El Melonero infalible, 1830; un cuaderno en 8.º, 4 reales en rústica.

Lecciones útiles y agradables para instruccion de los niños; un tomo en 8.º, 8 reales en rústica.

Siempre abierta la suscripción á la historia de las Cruzadas á 16 rs. en rústica, y á las novelas de Walter Scott á 6 reales en rústica y 3 en pasta, y un real mas en las provincias por razon de porto, en las librerías siguientes:

- En *Madrid* en las librerías de las vandas de Paz y Cruz, frente á las gradas de San Felipe; de Rodriguez, calle de las Carretas de Orea Red de San Luis, y de Miyar calle del Principe, y de novillo calle de la Concepcion Gerónima.
- En *Avila* en la de Fausto Aguado.
- En *Barcelona* en la de Piferrer.
- En *Burgos* en la de Villanueva.
- En *Bilbao* en la de Jauregui.
- En *Badajoz* en la de Carrillo.
- En *Cádiz* en la de Hortal y compañía.
- En *Corana* en la de don Ramon Galvete.
- En *Cuenca* en la de Feijoo.
- En *Granada* en la de Gabaldon.
- En *Jaen* en la de Cerezeda.
- En *Jerez de la Frontera* en la de Bueno.
- En *Leon* en la de Delgado.
- En *Lugo* en la de Pujol y Bassier.
- En *Logroño* en la de Arias.
- En *Málaga* en la de Quincoces.
- En *Murcia* en la de Benedicto.
- En *Oviedo* en la de Don Francisco Garcia Mon-
- goria.
- En *Orense* en la de Parzo.
- En *Palencia* en la de Mediavilla.
- En *Palma de Mallorca* en la de Don Felipe Guasp.
- En *Pamplona* en la de Erasun y Rada.
- En *Plasencia* en la de Don Isidro Pis.
- En *el Puerto de Santa Maria* en la de Nuñez e hijo.
- En *Reus* en la de Don Francisco Roca.
- En *Salamanca* en la de Blanco.
- En *Santander* en la de Asensio Martinez.
- En *Santiago* en la de Rey Romero.
- En *Sevilla* en la de Hidalgo y compañía.
- En *Soria* en la de Perez Rioja.
- En *Toledo* en la de Doña Maria Hernandez.
- En *Tarragona* en la de Antonio Berdeguer.
- En *Tortosa* en la de Ferreres.
- En *Valencia* en la de Don Luis Ferris.
- En *Vitoria* en la de Flores.
- En *Valladolid* en la de Rodriguez.
- En *Zaragoza* en la de Yagües.

NUEVA COLECCION

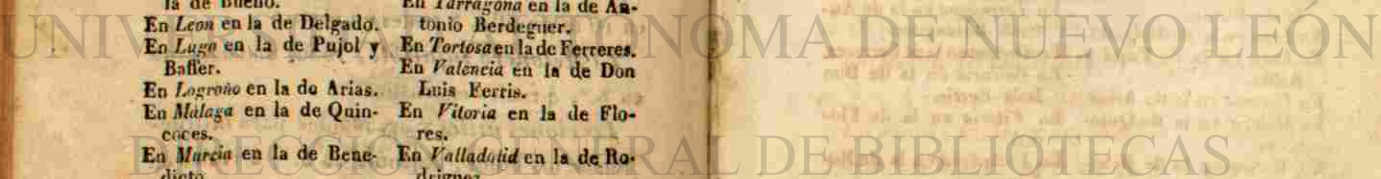
DE NOVELAS

DE SIR WALTER SCOTT,

TRADUCIDAS

POR UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.

TOMO DECIMO.

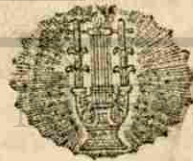


LAS CARCELES
DE EDIMBURGO.

POR

Sir Walter Scott

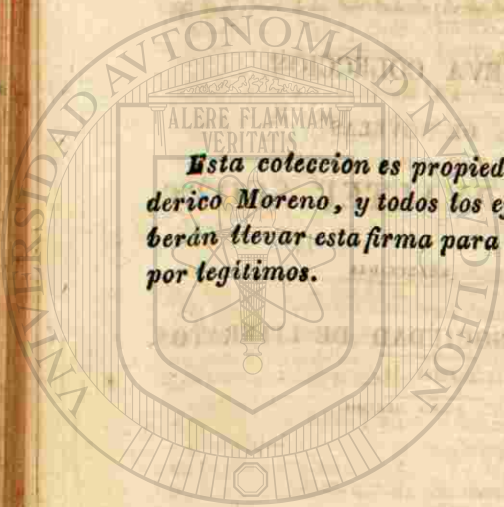
TOMO II.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID, febrero 1851

Oficina de Monzón, plazuela de Asligidos, número 1.



Esta colección es propiedad de don Federico Moreno, y todos los ejemplares deberán llevar esta firma para ser conocidos por legítimos.

se del magistrado, que si este tunante de Ratcliffe tuviese seguridad de conservar intacto su pescuezo, haria mas él solo que diez de nuestros oficiales de Policia y de nuestros constables, para descubrirnos alguna cosa en el asunto de Portews. El conoce todos los contrabandistas, los trumposos y los ladrones de Edimburgo. Se le podria llamar el patriarca de los bandidos de Escocia, pues ha pasado veinte años entre ellos bajo el nombre de Daddy-Rat.

-- Valiente bribon, dijo el magistrado, para creer que vayan á darle el destino de llavero.

-- Yo os pido perdon, señor, dijo el procurador fiscal de la ciudad, que acababa de llegar en aquel momento, y que desempeñaba por entonces interinamente la superintendencia de policia. M. Bollemain tiene razon: es un hombre como este el que conviene á la ciudad y á mi destino; y si es verdad que se halla dispuesto á ser útil, nadie podrá serlo mas que él. No son los santos los que nos descubren á los foragidos y ladrones: los hombres debien no valen nada para este oficio. Todo el mundo desconfia de ellos. Por otra parte, tienen escrúpulos; no saben mentir ni aun por el servicio público; no gustan de frecuentar los parages sospechosos, y

en las noches frias y oscuras, prefieren quedarse en sus casas arrimaditos al fuego, mas bien que ir á la descubierta. ¿Qué han hecho nuestros oficiales de policia y nuestros constables en el negocio de Portews? Nada. No tenemos aun en la cárcel mas que á un pobre ministro, que probablemente nos veremos precisados á poner muy pronto en libertad. ¿Porqué no descubren á los culpables? Porque se hallan contenidos los unos por el temor de su conciencia arrugada, y los otros por el miedo de constiparse ó de que les den una paliza. Portews solo valia tanto como veinte de toda esta familia; jamas ni dudas, ni temores, ni escrúpulos lo impedian hacer lo que se le mandaba.

Era un buen empleado de la ciudad, dijo el baylio; y si vos creéis que ese tunante de Ratcliffe pueda descubrirnos sus asesinos, yo quisiera que se le asegurase la vida, y que se le diese el destino que apetece.

Este negocio de Portews, Mr. Sharpitlaw, es bien triste para la ciudad, y hará mucho ruido en Lóndres. La reina Carolina es una muger... yo debo creerlo á lo menos, y no es faltarle al respeto el hablar así: y aunque seáis

soltero, podeis saber tan bien como yo, pues que teneis una ama de gobierno, que las mugeres son absolutas y no quieren ser contrariadas; y yo sé que sonará mal á sus oídos, cuando sepa esta ocurrencia, y que no se ha aprehendido aun á ninguno de los culpables.

— Si pensais así, será cosa muy fácil, contestó el procurador fiscal, el hacer prender una docena de vagabundos, como sospechosos de haber tomado parte en el motin, pues no estarán mal si pasan unos quince dias en la cárcel.

— Voy á hablar de Ratcliffe al lord Prevoste, dijo el magistrado, y yo quisiera que vinierais conmigo, M. Sharpitlaw, para recibir vuestras instrucciones. Tambien se puede sacar algun partido de la historia de Butler con su desconocido. ¿Qué hacia este hombre en aquel sitio tan estraviado? ¿Por qué dijo que era el diablo con espanto de los hombres de bien, que no se cuidan de oírle mentar ma, que el domingo en el púlpito? En cuanto al ministro, yo no puedo creer que verdaderamente fuese uno de los gefes de la insurreccion. ¿Pero qué sabemos? En cuanto á Ratcliffe, si. Si el prevoste quiere autorizarme, yo mismo iré á sondearlo

porque yo sé como se debe hablar á esas gentes para sacarles algo del cuerpo.

M. Sharpitlaw, en razon de su carácter, recibió del lord prevoste todos los poderes necesarios para hacer con Ratcliffe lo que juzgase conveniente á la utilidad pública; y en su consecuencia despues de comer se dirigió á la cárcel.

Las relaciones de un agente de policia con un ladron de profesion, varian segun las circunstancias. La comparacion vulgar de un Alcon que se precipita sobre su presa, es muchas veces la menos exacta. El defensor de las leyes tiene mas comunmente el aire de un gato que azecha á un raton, y no se apresura á caer sobre él, sino que observa todos sus movimientos de modo que no esté nunca fuera de su alcance. Algunas veces hace un papel aun mas pasivo; es la serpiente, cuya vista entorpece al pájaro que intenta devorar, y sabe que con una poca paciencia su victima vendrá ella misma á caer en su boca medio abierta. La entrevista de M. Sharpitlaw con Ratcliffe, tuvo un carácter absolutamente diferente. Estuvieron sentados durante algunos minutos con el mayor silencio, uno delante de otro junto á una

pequeña mesa, pero mirándose mutuamente con un aire de desconfianza mezclado con una sonrisa sardónica, como dos perros, entre los cuales se halla un hueso, se detienen á dos pasos uno de otro, se miran, y espera cada uno que el otro se ampare de él para echársele encima.

-- Y bien, M. Ratcliffe, dijo al fin el procurador fiscal, creyendo que era de su dignidad el hablar el primero; me han dicho que queréis abandonar el oficio.

-- Es verdad, M. Sharpitlaw, dijo Ratcliffe, dándose cierto aire de importancia; no quiero continuarle mas: y creo que esto ahorrará algunos embarazos á vuestras gentes.

-- Jayme Daigleish sabria bien ahorrársela. (Este era el nombre del verdugo).

-- Sí; si yo quisiera esperar en la cárcel que viniera á ajustarme el corbatin. Pero esto son palabras inútiles, M. Sharpitlaw.

-- Yo presumo que no habeis olvidado que estais condenado á muerte.

-- Esta es la suerte comun de todos los hombres, segun lo decia en la iglesia de la cárcel un digno ministro el dia que Robertson se escapó; pero nadie sabe cuando será ejecutada.

¿Conoceis á ese Robertson? le preguntó M. Sharpitlaw, bajando algo la voz y con un tono quasi confidencial: es decir; ¿podriais informarnos en donde podriamos tener noticias de él?

-- Yo seré franco con vos, M. Sharpitlaw. Ese Robertson es un calavera, mucho mas que yo: es muy fino, y ha dado algunos buenos golpes; pero escepto el negocio del colector, en el que no se metió sino por complacer á su compañero Wilson, y algunas pequeñas disputas con los guardas de las aduanas, no hacia nada en nuestro tráfico.

-- Es bien singular, teniendo tales compañeros.

-- Sin embargo, esta es la verdad bajo mi palabra de honor, dijo gravemente Ratcliffe; nunca se mezcló en nuestros negocios, yo no diré otro tanto de Wilson. ¡Yo he hecho mas de uno con él! Pero Robertson vendrá aquí, no lo dudeis. Con la vida que lleva, tarde ó temprano es preciso que venga á parar aquí.

-- Pero ¿quién es ese Robertson? ¿Vos lo sabeis?

-- No muy bien; yo sospecho que él es de mejor condicion que lo que quiere parecer. El ha sido soldado... él ha sido cómico... que se

yo que no ha sido, pues él empezó la vida siendo aun niño.

-- Ha debido dar algunos golpes muy bonitos ¿no es verdad Ratcliffe?

-- Bien podeis asegurarlo, y..... vaya es el mismo demonio para las mugeres.

-- Yo lo creo muy bien. Pero Ratcliffe, no perdamos el tiempo. Vos sabeis de qué manera podremos obtener vuestro perdon: es preciso hacerlos útil.

-- Esto es muy justo, señor, respondió el exbrigante; nada por nada: yo conozco bien la regla.

-- Pues bien, lo que nos ocupa mas en este momento es el asunto de Portews.... y si podeis ayudarnos á desenredarle, el destino de llavero... y con el tiempo tal vez el de carcelero.... ya me entendéis.

-- Muy bien, Señor, al buen caballo no es menester hacerle sentir la brida. ¡Pero este negocio de Portewsl.... Vos sabeis muy bien que yo estaba en la cárcel durante todo aquel tiempo. Yo podia apenas contener la risa cuando le oia pedir misericordia á los muchachos que le llevaban. ¡Ah! ¡Ah! vecino, decia yo, tú me has hecho tomar caldo de gallina algunas ve-

ces: ahora vas á ver lo que es ser ahorcado.

-- Vamos, vamos, Ratcliffe, estas digresiones no pegan conmigo: es preciso que lleguemos al punto, si quereis que seamos amigos.

-- ¿Pero cómo podré yo llegar al punto, como decís, respondió Ratcliffe con sencillez, pues que yo estaba en la cárcel antes y despues del alboroto?

--¿Y cómo se podrá obtener vuestro perdon y daros un puesto importante, sino haceis nada para mereerle?

-- Pero aun cuando yo os digese que he reconocido á Geordy Robertson entre los que vinieron aqui á buscar á Portews, ¿de qué utilidad os serviria esta noticia?

-- Hé aqui lo que se llama llegar al punto. Ahora ¿en dónde creéis que podamos encontrarle?

-- ¡Qué se yo dónde diantres estará ahora! Tal vez habrá dejado el país, pues apesar de la vida que lleva, de una manera ó de otra tiene amigos, y parece haber recibido una buena educacion.

-- No por eso hará menos linda figura en la horca. ¡Miserable! ¡Asesinar á un empleado de la ciudad por haber hecho su deber!

¿Quién sabe lo que podría haber hecho en seguida?... ¿Pero estais bien seguro de haberla visto?

-- Tan seguro como de mi existencia.

-- ¿Cómo estaba vestido?

-- No sabré decirlo. El tenía sobre la cabeza una cosa como un gorro, ó sombrero de muger: no puede uno tener la vista en todo.

-- ¿No habló á alguno?

-- Ellos se hablaban los unos á los otros, contestó Ratcliffe, que parecia no responder con gusto á este interrogatorio.

-- Es menester hablar claro, Ratcliffe, dijo el procurador fiscal dando una fuerte palmada sobre la mesa.

-- Me parece que hablo bastante claro, M. Sharpitlaw; y sin este maldito destino de llavero.

-- Y un dia el de carcelero en caso de buena conducta....

-- Si; en caso de buena conducta: este es el demonio. Y despues es menester aun esperar los zapatos viejos de otro.

Pero la cabeza de Robertson tiene su precio, y si vos le lograis por su arresto y obteneis luego el empleo de llavero, podreis pasarle muy bien.

Yo no sé si lo pasaré mejor en mi segundo oficio, que en el primero, M. Sharpitlaw: ni yo me cuido de eso. Solo podré deciros que vi á Robertson hablarle á Effie Deans, esa muchacha que está aqui por infanticidio.

-- ¡Ola Ratcliffe! Poco á poco..... Vos me vais dando ideas. Ese hombre que ha hablado á Butler.. esa cita por la noche con Jeanie Deans, reuniendo todo esto.... yo apostaria que este es el padre del niño.

-- Podria haber sospechas mas mal fundadas: dijo Ratcliffe. Yo oí decir que tenía una querida, y que Wilson le impidió que se casara.

Un oficial de policia que entró en aquel momento dijo á M. Sharpitlaw que allí estaba la muger que le habia mandado prender.

-- Paco importa ya, dijo el procurador fiscal, pues el negocio toma ya otro aspecto. Con todo, hacedla entrar.

El oficial se retiró un momento, y condujo una muger de unos veinte y dos años, de una gran talla, y vestida de un modo singular: tenía una especie de redingote azul guarnecido de galones muy viejos, sus cabellos atados atras como los de un hombre, cubiertos con un gorro montañés adornado

con algunas malas plumas, y un zagalejo de camelote encarnado, en cuya falda se descubrian aun algunos restos de bordados, y jugaba con una varita que tenia en la mano. Tenia las facciones varoniles y decididas, grandes ojos negros, y un perfil bien acabado, que de lejos le daba una apariencia de hermosura.

Al entrar hizo una reverencia estrafalaria, y empezó la conversacion sin esperar que nadie la hablase.

-- Buens dias, M. Sharpitlaw; buenos dias Daddy Rat: me habian dicho que os habian ahorcado, buen hombre. ¿Con que al fin os habeis librado de las manos de Jaime Dalglish, como Maggie Dikson?

-- Callad, habladora, le dijo Ratcliffe, y escuchad lo que os digan.

-- Con mucho gusto, Rat: yo estoy tan contenta de que me hayan enviado á buscar por un hombre con vestido bordado, que me ha acompañado en la mitad del dia, y á la vista de todo el pueblo para hablar con los señores prevostes, baylios, procuradores... ¡Oh! este es un honor para mí. ¿No es verdad?

-- Asi, Magde, os habeis puesto vuestros ma-

jores vestidos, dijo M. Sharpitlaw, con un aire un poco burlon, pues estos no son vuestros adornos de todos los dias.

-- Toma, dijo Magde viendo entrar á Butler, que el procurador habia enviado á buscar. ¿Un ministro en la cárcel? Sin duda estará aqui, por lo que ellos llaman la buena causa. Pero aqui no hay mas buena causa que la mia.

-- ¿Habeis visto alguna vez á esta loca? preguntó M. Sharpitlaw á Butler.

-- No lo creo, señor.

-- Yo lo pienso así tambien, contestó el fiscal, dirigiendo una mirada espresiva á Ratcliffe, que éste comprendió; y mirando á Butler le dijo: pues sin embargo se llama Wildfire.

Sin duda; éste es mi nombre: si, este es mi nombre desde que yo... Un aire de tristeza se dejó ver sobre todas sus facciones. Pero ya hace mucho tiempo, y yo no me acuerdo. Mejor será que os cante alguna cosa.

-- Dejad vuestras canciones para luego, que ahora necesito me respondais á ciertas preguntas. Pero entre tanto, M. Butler, examinadla otra vez.

-- Si, ministro, examinadme; mi cara vale bien todos vuestros libros: yo podria hablaros

tambien de gracia, de justificacion... pero todo se olvida: y diciendo esto dió un profundo suspiro.

-- ¿Qué pensais ahora, M. Butler? le dijo el fiscal.

-- Lo que os he dicho ya. Jamas he visto á esta pobre demente.

-- ¿Estais bien seguro que no era á ella á quien daban el nombre de Wilfire la noche última?

-- Perfectamente seguro. Era la misma talla; pero por lo demas no hay ni sombra de semejanza.

-- ¿Y el vestido?

-- Del todo diferente.

-- Magde, le preguntó el fiscal, ¿qué habeis hecho de los vestidos que os poniais todos los dias?

-- Yo no se nada.

-- ¿En donde estabais ayer noche?

-- ¿Ayer? yo no me acuerdo. ¿Es que una se acuerda de ayer? Un dia es bastante largo y algunas veces demasiado.

-- ¿Y si yo os diese este medio peso, os acordarias? le dijo el procurador enseñándole una moneda.

-- Esto me haria reir, pero no me volveria la memoria.

-- ¿Y si yo os enviase á la Work-House, y encargase á Jaime Dalglish que os tocase las espaldas con su manopla?

-- Esto me haria llorar, pero no me volveria la memoria.

-- Señor, le dijo Ratcliffe, esta infeliz no tiene bastante juicio para que el dinero ó los azotes la obliguen á decir lo que no quiere; si me lo permitis, yo sabré hacerla hablar.

Pues bien, encargaros de ello, que ya estoy harto de sus habladurias.

-- Magde, le dijo Ratcliffe, decidme hermosa mia, ¿teneis ahora algun amante?

-- ¿Os lo han preguntado? Pues decid que no sabeis nada... ¡Miren ahora el viejo Daddy Rat que viene á preguntarme si yo tengo amantes!

-- Amiga mia, bien se ve que no teneis ninguno.

-- ¡Ninguno! contestó Magde moviendo la cabeza con el aire de una beldad que se ve ultrajada. ¡Vaya! ¡con que no tengo ninguno! ¡y que son Rob Ranter, Will Fletcher y Geordy Robertson? ¡ah! ¡ah! ¿Y qué decis de este del gentil y gracioso Geordy?

Ratcliffe se sonrió, echó una mirada al procurador y continuó su interrogatorio. Si, ya le conozco; pero tiene mucha vanidad, y solo os quiere cuando estais bien puesta. ¿Apuesto que no querría tocaros, ni aun con unas tenazas, cuando llevais el vestido de todos los días?

-- ¿Si? pues mirad como os engañais. El mismo se los ha puesto ayer y los ha paseado por toda la ciudad, y le hacian una carita como á una reina.

-- Hermosa reina, á fe mia, dijo Ratcliffe, con un sombrero viejo todo roto, y un vestido azul celeste todo descolorido.

-- No hay nada de esto; contestó con precipitación Magde, que apesar de su falta de memoria dejaba escapar todo lo que hubiera querido encubrir. Tenia mi sombrero verde, que aunque viejo, no está roto: mi vestido oscuro, y mi zagalejo encarnado; me dió un duro para que se los prestase, y por encima un abrazo, que vale mas que el duro.

-- ¿Y os ha vuelto los vestidos? la preguntó M. Sharpitlaw. ¿Sabeis en donde está ahora?

-- El procurador lo ha echado todo á perder, pensó Ratcliffe, y no se equivocó, pues

estas preguntas recordaron á Magde que debia guardar silencio sobre los objetos de que la habia hecho hablar Ratcliffe contrariándola.

-- ¡Ola! le dijo á M. Sharpitlaw, con un aire que manifestaba que era tan astuta como loca; ¿con qué vos nos escuchabais?

-- Sin duda: decidme pues á qué hora y en qué lugar os ha vuelto Robertson vuestros vestidos.

-- ¡Robertson! ¡Dios mio! ¿Y qué es eso de Robertson?

-- Ese de quien hablabais, y que llamabais el gentil Robertson, ó el gentil Geordy.

-- ¿Geordy gentil? Yo no conozco á nadie que se llame Geordy Gentil.

-- No creais poderos escapar asi; dijo M. Sharpitlaw. Es preciso que respondais á mi pregunta.

-- Magde en vez de contestar se puso á cantar. El procurador estaba furioso y exclamó: yo sabré hacer de modo que encuentre su lengua esta diablesa escapada de Bedlam (1).

-- Yo creo, dijo Ratcliffe, que lo mejor seria

(1) Casa de locos.

dejar que se tranquilice, pues que ya hemos sacado de ella alguna cosa.

-- Teneis razon, dijo M. Sharpitlaw. Un viejo sombrero verde, un vestido oscuro y un zagalajo encarnado, M. Butler, ¿este vestido no conviene con el de vuestro Wilfire de ayer noche?

-- Absolutamente; contestó éste.

-- Y yo puedo añadir, dijo Ratcliffe, que fue bajo ese mismo vestido que conocí ayer noche en esta misma cárcel á Geordy Robertson.

-- ¡Testimonio directo! exclamó M. Sharpitlaw. Ratcliffe, voy á dar al Lord Prevoste un informe favorable con respecto á vos; y esta noche yo tendré ocasion de ocuparos en algo. Entre tanto quedaos con Magde; tratad de hacedla cantar mejor; y vos, M. Butler, podreis retiraros.



CAPITULO II.

Quando el procurador fiscal volvió á la cárcel, continuó su conferencia con Ratcliffe, sobre cuya ayuda y experiencia creia poder contar.

-- Ratcliffe, le dijo, es menester que hableis á Effie Deans; estoy seguro que ella conoce todos los parages en donde se oculta Robertson; es menester que le saqueis el secreto.

-- No, no, eso no se puede; dijo el presumido llavero.

-- ¿Y por qué? ¿quién puede deteneros? Yo creia que todo estaba ya arreglado y convenido entre nosotros.

-- Sin duda; pero yo no puedo hacer imposibles. Effie no es de mi trinca, ni ella entenderia mi geringonza ni yo la suya. Ademas ella no hace mas que llorar... ¿Y qué partido quereis que yo saque?

-- Pues bien, entonces yo mismo la hablaré. En seguida se dirigió al encierro de Effie. Esta se hallaba sentada sobre la cama, sumergida en una tristeza profunda, su comida esta-

dejar que se tranquilice, pues que ya hemos sacado de ella alguna cosa.

-- Teneis razon, dijo M. Sharpitlaw. Un viejo sombrero verde, un vestido oscuro y un zagalajo encarnado, M. Butler, ¿este vestido no conviene con el de vuestro Wilfire de ayer noche?

-- Absolutamente; contestó éste.

-- Y yo puedo añadir, dijo Ratcliffe, que fue bajo ese mismo vestido que conocí ayer noche en esta misma cárcel á Geordy Robertson.

-- ¡Testimonio directo! exclamó M. Sharpitlaw. Ratcliffe, voy á dar al Lord Prevoste un informe favorable con respecto á vos; y esta noche yo tendré ocasion de ocuparos en algo. Entre tanto quedaos con Magde; tratad de hacedla cantar mejor; y vos, M. Butler, podreis retiraros.



CAPITULO II.

Quando el procurador fiscal volvió á la cárcel, continuó su conferencia con Ratcliffe, sobre cuya ayuda y experiencia creia poder contar.

-- Ratcliffe, le dijo, es menester que hableis á Effie Deans; estoy seguro que ella conoce todos los parages en donde se oculta Robertson; es menester que le saqueis el secreto.

-- No, no, eso no se puede; dijo el presumido llavero.

-- ¿Y por qué? ¿quién puede deteneros? Yo creia que todo estaba ya arreglado y convenido entre nosotros.

-- Sin duda; pero yo no puedo hacer imposibles. Effie no es de mi trinca, ni ella entenderia mi geringonza ni yo la suya. Ademas ella no hace mas que llorar... ¿Y qué partido quereis que yo saque?

-- Pues bien, entonces yo mismo la hablaré. En seguida se dirigió al encierro de Effie. Esta se hallaba sentada sobre la cama, sumergida en una tristeza profunda, su comida esta-

ba aun sobre la mesa sin que la hubiese tocado, y el llavero aseguró que pasaba muchas veces veinte y cuatro horas sin otro alimento que un vaso de agua.

M. Sharpitlaw tomó una silla y abrió la conversacion esforzándose en dar á su tono y á su fisonomía una apariencia de comiseracion y de bondad; y la cosa no era fácil, pues tenia una voz dura y áspera, y sus facciones anunciaban la astucia y el egoísmo.

-- ¿Como estais Effie? ¿como se halla vuestra salud?

Un suspiro fue toda su respuesta.

-- ¿Se conducen bien con vos, Effie? Este es mi deber, informarme de ello.

-- Muy bien, señor, contestó Effie, haciendo un esfuerzo para hablar, y sabiendo apenas lo que decia.

-- Vuestra salud parece bien débil. ¿Quereis alguna cosa? ¿Estais contenta con el alimento que os dan?

-- Muy contenta, señor, dijo la pobre prisionera con un tono en el que no se advertia ni el menor vestigio de la viveza y alegria de la azucena de San Leonardo; ella es demasiado buena para mí.

-- Es menester que él que ha causado todas vuestras desgracias sea un gran malvado, Effie, le dijo M. Sharpitlaw. Yo quisiera verle aqui en vuestro lugar.

-- Sin embargo, yo soy mas digna de reproche que él; contestó Effie: yo he sido educada bajo buenos principios; pero el pobre miserable....

-- Ha sido toda su vida un bribon. Era el compañero de ese malvado Wilson, yo creo; ¿no es verdad Effie?

-- ¡Ah! ¡mas le hubiera valido no haberle conocido jamas!

-- Es verdad, Effie: las malas compañías le han perdido. ¿Y sabeis que se ha hecho de él?

Simple y sencilla, Effie habia seguido sin echarlo de ver el impulso que le habia dado el procurador fiscal, porque habia tenido el arte de hacer coincidir sus discursos con las reflexiones de que creia ocupada á la prisionera, de modo que ésta respondiendole, no hacia mas, por decirlo así, que pensar en alta voz: resultado que se obtiene facilmente con diestras sugerencias de los que estan naturalmente distraidos ó absortos por una gran desgracia. Pero la última observacion se asemejaba dema-

siado á un interrogatorio directo, y Effie conoció toda la malicia.

-- ¡Qué decía yo! exclamó levantándose de la cama, y apartando de su hermosa frente los cabellos que cubrían sus delicadas facciones y marchitas, pero al traves de las cuales se descubría su beldad antigua: y dirigiendo su vista á M. Sharpitlaw, le añadió: -- Os creo honrado y bastante humano para no aprovecharos de la distracción de una pobre jóven, que no sabe ni en donde está, ni lo que se dice.

-- Yo quisiera aprovecharme de ello, Effie, para vuestro bien; y creo que nada os sería mas ventajoso como el que contribuyais á la prision de ese malvado de Robertson.

-- ¡Señor! ¿y por qué injuriar á un hombre que nunca os ha hecho mal? ¡Roberson decid! Yo no tengo nada que decir, ni diré nunca nada contra nadie que se llame así.

-- Pero si vos le perdonais vuestras propias desgracias, Effie; pensad en la desesperacion en que ha sumergido á toda vuestra familia.

-- ¡Que el cielo se compadezca de mí! exclamó la pobre Effie. ¡Este golpe es para mí tan terrible que apenas puedo suportarlo!... ¡mi pobre padre! ¡mi querida hermana! ¡Ah! se-

ñor! si teneis alguna compasion.... porque todos los que yo veo aqui tienen el corazon tan duro como el mármol..... permitid que mi hermana entre hasta mi habitacion la primera vez que venga á verme.

Effie suspiraba diciendo esto, y miraba con un aire tan afligido á M. Sharpitlaw, que éste se enterneció sin poderlo remediar.

-- Vos vereis á vuestra hermana, le dijo, si quereis decirme.... No, no, añadió, que habéis, que calleis, vos la vereis, yo os lo prometo; y levantándose precipitadamente, se retiró.

En el instante que vió á Ratcliffe le dijo: Vos teneis razon; esa pobre muchacha no hace mas que llorar ... suspirar.... y en fin, no se le puede sacar una palabra.

Con todo, yo he adivinado una cosa, y es que ese Robertson es el padre del niño, y yo apostaría una buena guinea que es él quien debe esperar esta noche á Jeanie en el terreno de Muschat. Pero ó yo no me llamaré Gedeon Sharpitlaw, ó allí le cogemos.

-- Pero me parece, dijo Ratcliffe, quien á causa tal vez de sus antiguas relaciones, no tomaba mucho interés en cooperar al descubrimien-

to y prision de Robertson, me parece que si esto fuese, Butler, cuando le habló en las rocas de Salisbury, hubiera conocido que era él, quien bajo el nombre de Wildfire estaba á la cabeza de los sediciosos.

-- Nada de eso, replicó M. Sharpitlaw. La agitacion y susto de Butler, la diferencia de traje de ese tunante, su cara pintada de diferentes colores, y la diversidad de la luz de la noche á la del dia, todo pudo haber contribuido á enganarle. Pues vos mismo, Ratcliffe, ¿no os he visto yo mismo á veces tan desfigurado, que vuestro padre no se hubiera atrevido á jurar que fueseis vos?

-- Y es verdad, dijo Ratcliffe con cierta satisfaccion.

-- Y por otra parte, sois bien tonto: el ministro mismo me dijo que sus facciones no le eran desconocidas, aunque no podia afirmar cuando ni en donde le habia visto.

— Es posible que V. S. tenga razon.

— Esta noche iremos los dos á tender las redes, y espero que no se nos escapará.

— Yo no veo de qué utilidad pueda yo ser en esa expedicion.

— ¿De qué utilidad? Vos me servireis de

guía... Vos conoceis el terreno, viejo pescador, y no me dejareis hasta que el pez esté en la nasa.

— Esto será como V. S. quiera, contestó Ratcliffe poco satisfecho; pero es menester pensar que Robetson es un hombre determinado.

— Nosotros tendremos con qué reducirle á la razon si es menester.

— Pero sin embargo, replicó Ratcliffe como por via de reflexion, yo no sé bien si yo podré conducirlos al terreno de Muschat por la noche. Hay tantos terreros, tantas alturitas en ese demontre de valle, que todas se asemejan como el diablo á un carbonero. Esto es querer coger la luna con los dientes.

— ¿Qué quiere decir eso, Ratcliffe? le dijo M. Sharpitlaw echándole una mirada feroz: ¿Os olvidais que aun estais condenado á muerte?

— ¡Oh! no, eso no: respondió Ratcliffe, esta es una cosa que no se olvida con tanta facilidad. Si juzgais mi presencia necesaria, os seguiré; pero lo que yo decia era por el bien de la cosa, porque hay uno que podria guiaros mejor que yo: y es Magde-Wildfire.

— ¡Qué Diantre! Era menester que yo estubiese tocado de un ramo de locura peor que la

suya, para fiarme de ella en una ocasion tan delicada.

— Es porque vos no sabeis que ella pasa todas las noches al raso; que ella conoce todas las trochas y senderos de esas montañas, y que no hay en ellas ni terrero ni foso que no pueda encontrar en la noche mas obscura, tan bien como á medio dia; y si vos me permitis hablarla y tenerla de buen humor, yo os prometo que nos llevará por buen camino.

-- Sea en hora buena Ratcliffe; yo convengo en ello; pero cuidado con lo que haceis esta noche, pues vuestra vida depende de la conducta que observeis.

Los últimos rayos del sol les vieron salir de Edimburgo por la puerta de Canongate con direccion á la abadia de Holyrood; alli treparon por la montaña que cierra el valle por el lado del Sud. No eran mas que cuatro: M. Sharpitlaw y un oficial de policia, armados con sables y pistolas: Ratcliffe, á quien no habian creido conveniente confiar armas, de miedo que hiciese un mal uso de ellas, y Magde que habia consentido en servirles de guia. Pero al bajar la montaña, encontraron otros cuatro dependientes de policia armados hasta los dien-

tes, á quien M. Sharpitlaw habia mandado se dirigiesen con anticipacion á aquel parage y le esperasen, á fin de tener una fuerza suficiente para hacer inútil toda resistencia.

Ratcliffe no vió con gusto aquel aumento de fuerzas. El habia pensado que Robertson, jóven, listo, vigoroso y lleno de valor, podría desembarazarse facilmente de M. Sharpitlaw y de su acólito, y como no le habian dado armas, no se podia esperar ninguna cooperacion activa por su parte; pero cuando vió el refuerzo de cuatro hombres robustos y bien armados, comprendió que no le quedaba á Robertson otro medio de salvarse (segun lo deseaba Ratcliffe, con tal que pudiera hacerlo sin comprometerse) que el que le habia ocurrido de empeñar á M. Sharpitlaw á que tomase á Magde por guia. El sabia que nada en este mundo, ni ruegos, ni amenazas, ni promesas, podia obligarla á callar, y esperaba que el timbre de su voz y las canciones que cantaba á cada instante, llegarían á los oidos de Robertson, y seria un motivo suficiente para determinarle á retirarse con tiempo.

Al principio se halló bien contrariado viendo que Magde guardaba un profundo silencio;

pero parece que el aire de las montañas le volvió su locuacidad acostumbrada, pues desde que llegó á la cumbre encontró el habla y antes que llegasen al valle hablaba tanto, y daba tales voces, que M. Sharpitlaw, despues de haber agotado inútilmente todos los medios para hacerla callar, se desesperaba de haber tomado por guia en una expedicion que pedia tanto secreto, una muger que parecia á propósito para hacerla abortar.

-- ¡Cómo! dijo á sus dependientes; ¿ninguno de vosotros se halla en estado de conducirme á ese infernal terrero de Muschat? ¿No hay mas que esta condenada chillona que conozca el camino?

-- ¡El diablo lleve tu algaravia! le dijo M. Sharpitlaw. ¿No dejareis á lo menos que me respondan?

Ratcliffe distrajo por un momento la atención de Magde, y entretanto los dependientes de policia declararon á su gefe, que todos conocian el terreno perfectamente de Muschat, pero que por la noche les seria imposible distinguirlo de las demas alturitas que llenaban todo aquel valle.

-- ¿Y qué haremos ahora, Ratcliffe? dijo M. Sharpitlaw. Si nos oye antes que estemos cer-

ca de él (y no dudo que nos oiga) tomará la huida, y se nos escapará facilmente. Yo daria de buena gana cien libras esterlinas por cogerle, por el honor de la policia, y porque el pre-
voste desea hacer ahorcar á alguno por este asunto de Portews, para calmar la cólera de la córte.

-- No hay peligro, Señor, dijo Ratcliffe. Él sabe mejor que nadie, que Magde corre los campos todas las noches cantando antiguas coplas y romances; y si la oye, no tendrá ningun cuidado, ni se imaginará que esté tan bien acompañada.

-- Es probable; y si cree que está sola, es aun posible que venga á buscarla en vez de huir. Vamos, señores, adelante, no perdamos tiempo; y sobre todo gran silencio, y que hable solo esta loca, pues que no se la puede hacer callar. Ratcliffe, tened cuidado que no nos extravie.

-- Y ¡cómo! ¿Muschat y su muger viven ahora juntos? pregunto Ratcliffe á Magde para escitarla á hablar. Vos debeis saberlo, pues que les hablais.

-- ¡Oh! contestó Magde con el tono de una comadre que cuenta una historia de sus veci-

nos: ellos no piensan ya en lo sucedido: yo les he dicho, que lo hecho ya está hecho; la mujer ha cosido su garganta, y se tapa con la sábana para que no se la vea la herida; pero él está aun manchado de sangre, y por mas que se lava, no se la puede limpiar.

Entretenida con estos discursos y otros semejantes inspirados por la locura, caminaba con rapidez teniendo por el brazo, ó mas bien arrastrando á Ratcliffe, que en la apariencia instaba á que hablase mas bajo.

De repente se detuvo sobre una pequeña altura, y fijando los ojos en el Cielo se quedó inmóvil durante dos ó tres minutos.

-- ¿En qué diablos se entretiene ahora? dijo Sharpitlaw á Ratcliffe. ¿No podeis hacerla andar?

-- Un momento de paciencia, señor; ella no dará un paso mas aprisa, que lo que se le ha metido en la cabeza.

Yo le prometo que bien pronto hará una visita á Bedlans, ó á Bridewel (1), y creo que estará en el lugar que merece, en cualquiera de las dos partes.

(1) Casa de correccion.

Cuando Magde se detuvo, tenia el ceño triste, y estaba como pensativa, pero de repente dió una gran carcajada, y dirigiéndose ácia la luna, cantó lo siguiente:

Luna, luna, buenas noches:
No te vayas, yo te lo pido,
Que á tu luz yo pueda ver
Al amante por quien suspiro.

-- ¿No hubiera yo podido decir; por quien yo suspiraba? Pero, qué importa; nadie dirá que yo he hablado de él: ¡un niño!.. pero que..

-- Esta condenada nos hará estar aqui toda la noche. Hacedla andar Ratcliffe.

Es muy fácil, señor; pero ¿ácia qué lado? Si no la dejo escoger su camino, arriesgamos que nos descarríe. Vamos Magde, le dijo Ratcliffe, si no nos damos prisa, llegaremos muy tarde, y no podremos ver á Muschat y á su mujer, pues estarán ya dormidos.

-- Si, si, es verdad, Ratcliffe, vamos, vamos; y se puso á andar tan aprisa que Sharpitlaw y sus dependientes tenian trabajo en seguirla, pero ni hablaba ni cantaba.

-- ¡Vamos! pensó Ratcliffe, despues de haber

hablado y gritado toda la noche, esta miserable lo cacallará cuando yo quisiera que hiciese un ruido infernal. Pero hé aquí como son las mugeres: si mueven la lengua, es para hacer mal, si callan, es para hacer mas aun. Yo quisiera..

En esto Magde se puso de repente á cantar.

Pajaritos retiraos,
Que el Alcon estiende sus alas:
Acogeos á vuestras guaridas,
Cervatillos: que el cazador está en campaña.

Haced callar á esa maldita loca, Ratcliffe, aunque sea preciso ahogarla, dijo M. Sharpitlaw. Yo veo gente allá bajo. Poinder, quedaos con Ratcliffe y con esa maldita loca. George, rodead el terrero por la izquierda, y vosotros seguidme.

Ratcliffe les vió adelantarse tomando todas las precauciones de un gefe de salvages que conduce su tropa durante la noche para sorprender una partida enemiga que no le espera, haciendo aun un rodeo para evitar la luz de la luna, y ocultarse el mas tiempo posible á la sombra de una altura inmediata.

-- Geordy está perdido; pensó Ratcliffe. Qué

djablos tendrá ahora que hacer con esa Jeanie Deans, ó con todas las mugeres del universo? ¡Estos jóvenes son tan imprudentes! Y despues ¡esta maldita loca no quiere cantar! Si yo pudiera á lo menos hacerle recobrar su algaravia sin que este maldito perro de Poinder lo advirtiese.... y se puso á repetir en voz baja los últimos versos que Magde habia cantado.

Esta estratagema le salió bien, pues Magde cantó inmediatamente.

El enemigo hace su batida:
Sir James, ¡qué! ¿dormis?
Despertad, tomad la huida.

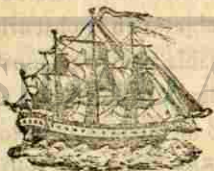
Aunque Ratcliffe se encontraba á una larga distancia del terrero de Muschat, estando sus ojos acostumbrados como los de un gato, á descubrir los objetos en la obscuridad, vió que Robertson se habia puesto en movimiento, pero sus compañeros tardaron mas en advertirlo. En fin, al cabo de algunos minutos, se oyó la voz áspera de Sharpitlaw que gritaba con todas sus fuerzas ¡se ha escapado! Yo le he visto sobre las rocas de Salisbury. A seguirle, amigos míos: aquí, pronto aquí, Ratcliffe. Pronto á

mi lado, pero confundid antes á ese diablo encarnado.

-- Os aconsejo que recurrais á vuestras piernas Magde, le dijo Ratcliffe; pues el procurador no es nada bueno cuando está colérico.

Magde conservaba, á pesar de su locura, bastante juicio para aprovecharse de este aviso, y no fue necesario repetirse dos veces.

Entre tanto Ratcliffe corrió á unirse con Sharpitlaw, afectando toda la actividad y celo en la obediencia; éste habia hecho una prisionera y le esperaba con impaciencia para dársela á guardar.



CAPITULO III.

Hemos dejado al fin del tomo anterior á Jeanie Deans llena de terror, viendo despues de la partida de Robertson, varios hombres que se dirigian ácia ella. Uno de ellos era Sharpitlaw, quien adelantándose á los demas la preguntó: ¿Vos os llamais Jeanie Deans? y sobre su respuesta afirmativa le añadió: vos sois mi prisionera; pero si me decis por que ludo se ha escapado, os pondré inmediatamente en libertad.

-- Yo no sé nada, señor, le contestó Jeanie. Esta era la verdad; pero como regularmente es esta la respuesta que se presenta á los que quieren eludir una pregunta que les embaraza, el procurador fiscal creyó que ella queria engañarle.

-- ¿Pero á lo menos sabeis con quién hablais hace poco?

-- No señor, le contestó temblando.

-- Ya haremos de modo que lo sepais; le dijo Sharpitlaw.

Fue precisamente en este momento que des

mi lado, pero confundid antes á ese diablo encarnado.

-- Os aconsejo que recurrais á vuestras piernas Magde, le dijo Ratcliffe; pues el procurador no es nada bueno cuando está colérico.

Magde conservaba, á pesar de su locura, bastante juicio para aprovecharse de este aviso, y no fue necesario repetirse dos veces.

Entre tanto Ratcliffe corrió á unirse con Sharpitlaw, afectando toda la actividad y celo en la obediencia; éste habia hecho una prisionera y le esperaba con impaciencia para dársela á guardar.



CAPITULO III.

Hemos dejado al fin del tomo anterior á Jeanie Deans llena de terror, viendo despues de la partida de Robertson, varios hombres que se dirigian ácia ella. Uno de ellos era Sharpitlaw, quien adelantándose á los demas la preguntó: ¿Vos os llamais Jeanie Deans? y sobre su respuesta afirmativa le añadió: vos sois mi prisionera; pero si me decis por que ludo se ha escapado, os pondré inmediatamente en libertad.

-- Yo no sé nada, señor, le contestó Jeanie. Esta era la verdad; pero como regularmente es esta la respuesta que se presenta á los que quieren eludir una pregunta que les embaraza, el procurador fiscal creyó que ella queria engañarle.

-- ¿Pero á lo menos sabeis con quién hablais hace poco?

-- No señor, le contestó temblando.

-- Ya haremos de modo que lo sepais; le dijo Sharpitlaw.

Fue precisamente en este momento que des

cubrió á Robertson trepando por la montaña de Salisbury, y gritó á sus gentes que le siguiesen, y á Ratchliffe, que fuese á donde él estaba.

Cuando éste llegó, empujando barbaremente á Jeanie ácia él, le dijo: cuidado de esa muchacha: é inmediatamente partió para reunirse con sus compañeros, á fin de dirigir sus pesquisas, lisongeándose de que no serian infructuosas. Ratchliffe les vió separarse marchando por diferentes lados en busca de Robertson, mientras que Jeanie temblaba, hallándose sola con un hombre que ella no conocia; pero hubiera temblado mucho mas, si hubiera sabido quien era.

Despues de algunos minutos de silencio, Ratchliffe se acercó á ella; y poniéndola la mano sobre el hombro la dijo: Y bien, hija mia, ¡qué bella noche para pasaria al raso con un amante!

-- Jeanie dió algunos pasos atras sin responderle.

Vamos, vamos, le añadió Ratchliffe con tono burlon, tan familiar al hombre depravado; ¿creeis acaso que yo me imagino que una linda muchacha como vos, viene aqui con un jóven á media noche á cascar nueces?

-- Si conoceis la humanidad, señor, tened compasion de una jóven desgraciada.

-- Yo tengo ojos, mi pichoncita, y veo que sois hermosa. Yo habia formado el proyecto de ser hombre honrado, pero no parece sino que el diablo me presenta hoy á la vista, primero un procurador físcal, y luego una hermosa muchacha.... ¿Cómo es posible resistir á estas tentaciones? Escuchad Jeanie, yo conozco un rincón, en el que todos los procuradores de Escocia no serian capaces de encontrarnos. Yo os conduciré alli; avisaré á Robertson que venga á encontrarnos; de alli pasaremos al condado de Yorkshire, en donde conozco una tropa de gente honrada, que no nos dejará carecer de nada, y dejaremos á M. Sharpitlaw mordirse los dedos.

Fue una fortuna para Jeanie el haber conservado bastante presencia de ánimo en el momento que se hallaba al arbitrio de un brigante de profesion, para aprovecharse de una circunstancia que observó.... un hombre que vió dirigirse ácia la capilla de San Antonio.

-- No habéis tan alto, le dijo á Ratchliffe, enseñándole la capilla: alli bajo hay un hombre.

-- ¿Quién es?

-- Yo no sé.

-- ¿Robertson?

-- Puede ser.

-- ¡Pardiez! Es menester que yo lo vea.

Y sin pensar mas en Jeanie echó á correr ácia la capilla. En el instante que ésta le vió partir, tomó el camino de San Leonardo, y le atravesó con tal ligereza, que ninguno de los dependientes de policia, que estaban por allí en aquel momento, hubiera podido alcanzarla. Cuando llegó á su casa, levantar el picaporte, entrar, cerrar la puerta con el cerrojo, todo fue un instante, y lo hizo con precaucion y sin ruido. En seguida se dirigió poco á poco á la puerta de la habitacion de su padre, y advirtió que estaba durmiendo. Entonces se retiró á su cuarto contando mas que nunca con la proteccion del Cielo, pues una voz interior parecia decirle, que estaba destinada á salvar la vida de su hermana, ahora que sabia que ésta se hallaba inocente del crimen de infanticidio de que se le acusaba, y advirtió una tranquilidad interior, de que su corazon no habia disfrutado desde la prision de Effie.

Pero volvamos á Ratcliffe, que habia partido como un lebrél escitado por el cazador, cuando Jeanie le indicó que habia un hombre entre las ruinas de la capilla. ¿El motivo de su carrera era el de ayudar á los que buscaban á Robertson, y prenderle, ó facilitar su evasion? Esto es lo que ignaramos, y tal vez él mismo no lo sabia, reservándose el obrar segun las circunstancias. Ademas, no tuvo ocasion de hacer ni uno ni otro, pues en el instante que llegó á las ruinas se echó sobre él un hombre con una pistola en la mano quien con una voz aguda y áspera le gritó que se rindiese.

-- ¡Como! ¿sois vos M. Sharpitlaw? le dijo Ratcliffe sorprendido.

-- ¿Y estais vos solo? le dijo el procurador aun mas descontento. ¿Y por qué habeis dejado á Jeanie?

-- Ella me dijo que veia á Robertson junto á la capilla, y yo me dirigí á todo correr á prenderle.

-- Hemos errado el golpe; ya no le veremos en toda la noche, pero si se queda en Escocia será menester que se meta en la madriguera de algun conejo para que yo no le encuentre. Llamad á la gente, Ratcliffe.

Ratcliffe les llamó á grandes voces y todos se apresuraron á obedecer esta señal, porque ninguno de ellos deseaba encontrarse con el que buscaban, y verse obligado á medirse cuerpo á cuerpo con un gallardo vigoroso determinado.

-- ¿Y qué se han hecho las dos mugeres? preguntó M. Sharpitlaw.

-- Han tomado las piernas acuestas, respondió Ratcliffe, mientras yo corria ácia vos, creyendo que era's Robertson.

-- Basta una muger para hacer abortar un proyecto aun el mas bien concebido, dijo M. Sharpitlaw. ¿Como podía yo salir bien con el mio teniendo dos sobre mis costillas? Pero á bien seguro que yo se en donde encontrarlas, si las necesito.

M. Sharpitlaw, como un general batido, reunió sus tropas desechas, las condujo á la capital y las licenció, mandando á Ratcliffe volviése á la cárcel y se encargase de las funciones de segundo llavero.

Al dia siguiente por la mañana informó á los magistrados del funesto resultado de su expedicion. El presidente era el mismo que habia examinado á Butler. Este, aunque no habia re-

cibido una educacion muy brillante, sin embargo tenia una gran penetracion; era celoso por la justicia, se complacia en descubrir un culpado, pero mucho mas en hallar un inocente. Era un hombre respetable y respetado; habia adquirido por su honrada industria una fortuna, que le hacia independiente, y ocupaba en la opinion pública el primer lugar entre sus compañeros.

M. Hiddlebourg, despues de haber oido el informe del procurador fiscal, se ocupó de algunos asuntos de poco interés, é iba ya á levantar la sesion cuando le entregaron una carta dirigida al mismo, y bajo cuyo sobre se leian estas palabras. Se entregará al momento. Ella contenia lo que sigue:

« Señor. Yo se que vos sois un magistrado sábio y prudente, y un hombre que no dejarais de adorar á Dios aunque os lo mandasen todos los reyes de la tierra. Yo espero que apesar de la firma de esta carta, que reconoce la parte que he tomado en una accion, que yo no dudaré en confesar á su tiempo y que puedo justificar, no desechareis el testimonio que os ofrezco en este momento.

« El ministro Butler está inocente de lo que

se le acusa. Este se vió obligado á presenciarse un acto de justicia, que no tenia bastante energia para aprobar, y del que trató de disuadirnos con bellas palabras. Pero no es de este, de quien tengo principalmente que hablaros.

* Existe en vuestra cárcel una muger bajo el peso de una ley tan cruel, que ha quedado sin efecto durante veinte años, como una vieja armadura tomada por el moho, y suspendida á la pared en el rincon de un desvan, y hoy se la hace revivir y se afila su corte para derramar la sangre de la mas hermosa, como de la mas inocente de cuantas mugeres haya encerrado jamas esa prision. Su hermana conoce su inocencia: pero esta hermana, esta Jeanie Deans ha sido educada en los principios fanáticos de los puritanos. Yo suplico encarecidamente á vuestra señoria (pues que esta es la expresion de estilo) le haga comprender que la vida de su hermana depende de su declaracion. Pero, aunque esta fanática calle, no creais por tanto que Effie sea culpable, ni permitais que se la castigue con la pérdida de la vida. Pensad que la de Wilson ha sido vengada; que yo estoy furioso, y que aun quedan algunos que os harán beber las heces de vuestra copa envenenada. Yo no os diré

mas que una palabra; acordaos de Portews, y decid que habeis recibido un buen consejo de uno de los que te ahorcaron.

El magistrado leyó dos ó tres veces esta carta extraordinaria... Al principio estuvo tentado de mirarla como la obra de un insensato; pero á la segunda lectura creyó encontrar en ella cierto aire de verdad al través de su incoherencia y de las amenazas, que parecian dictadas por la pasion del que la habia escrito.

Es una ley verdaderamente cruel, le dijo á su amanuense; yo quisiera que se pudiera poner en juicio esa pobre jóven bajo otro objeto de acusacion. Su hijo pudierou habérselo arrebatado durante sus dolores, mientras estaba insensible: ella puede ignorar quien se lo ha arrebatado, que se ha hecho: en una palabra, su crimen no está probado; y sin embargo, si ella no ha confiado á nadie su situacion debe morir.

-- Pero si se la ha descubierto á su hermana, dijo el amanuense, no debe ser ya juzgada por esta ley. Su crimen ya no es presunido; es preciso probarlo.

-- Es verdad. Yo iré uno de estos dias á San Leonardo, y examinaré á esa Jeanie. Yo co-

nozco un poco al viejo Deans; pero éste es un cameroniano, que veria morir á toda su familia mas bien que renunciar á ninguno de sus principios; y tal vez le prohibirá á su hija el que preste juramento delante de un magistrado civil. En fin, yo iré á verles; y yo creo que esto valdrá mas que hacerles comparecer de repente delante de un tribunal de justicia.

-- ¿Y Butler quedará entre tanto en la cárcel?

-- Por ahora sí; pero creo poderle dar muy pronto la libertad, aun sin caucion.

-- ¿Creeis el testimonio que da en su favor la carta que acabais de recibir?

-- No del todo. Sin embargo, yo encuentro en ella una cosa que me llama la atencion. Parece escrita por un hombre, que está fuera de la ley, pero que se halla agitado ó por una passion violenta, ó por grandes remordimientos. Pero volviendo á Butler, éste gozaba de una excelente reputacion. Yo he tomado informes sobre él esta mañana, y he sabido que no llegó á Edimburgo sino la vispera de la insurreccion, por consiguiente no ha podido tener parte en el complot de los sediciosos, y no es probable que se haya unido á ellos de repente.

-- Esto no es muy seguro. Los ministros presbiterianos son como las mechas de los polvoristas, que la menor chispa les prende fuego. Yo los he visto que parecian muy pacíficos y tranquilos como un cohete pegado á la caña; pero ¿habladles de un punto de controversia? inmediatamente los vereis en medio de los aires, lanzando fuego por todas partes.

-- Yo no creo que el celo del jóven Butler sea tan inflamable. Con todo, yo tomaré nuevos informes y veremos. ¿Tenemos algo mas que despachar?

Al decir estas palabras, una vieja de la última clase del pueblo entró en la sala del consejo.

-- ¿Quién sois, buena muger? le preguntó el magistrado. ¿Qué quereis?

-- Yo quiero á mi hija.

-- ¿Pero quién sois vos, y quién es vuestra hija?

-- Yo soy Meg Murdockson, y mi hija Magdo Murdockson.

-- Pero ¿quién es esta muger, y quién es su hija? preguntó el magistrado á los oficiales de policia que habian venido á tomar sus órdenes. Haced de modo que se explique ó que se retire.

-- Señor, dijo uno de los oficiales, su hija había sido presa como sospechosa de haber tomado parte en el negocio de Portews. Esta noche se la ha encontrado en las calles de Edimburgo á una hora intempestiva, cantando canciones, y alterando la tranquilidad pública; y como se ignoraba que hubiese sido puesta en libertad, y era demasiado tarde para incomodar al procurador fiscal, se la condujo á la cárcel. Es la jóven demente que se llama Wilfire.

-- ¡Wilfire! exclamó la madre. ¿Y quién sois vos para poner apodos á la hija de una muger honrada?

-- ¡De una muger honrada! replicó el oficial de policia apoyando sobre el epíteto *honrada* con cierto tono de ironía.

-- Si yo no lo soy, lo he sido; y esto es mas que lo que vos podeis decir. Mi hija es mi hija; y si no tiene tanto talento como las demas, es porque las demas no han sufrido tanto como ella: pero esta no es una razon para que se la tenga encerrada entre las cuatro paredes de una cárcel. Yo puedo probar con cincuenta testigos y cincuenta otros, si es menester, que mi hija no ha visto jamas á Jaime Portews muerto ó vivo, desde el día que le dió un garrotazo por haberle tira-

do un gato muerto á la peluca del lord Prevoste, el día del nacimiento del elector de Hannover.

Apesar del aire mirenable y tono grosero de aquella muger, el magistrado conoció que su peticion era justa, y que podia amar á su hija tanto como la madre mas rica pudiese amar la suya; y en su vista se hizo representar todos los documentos que obraban en el tribunal sobre la causa de Portews, y viendo que nada resultaba contra Magde Murdockson ó Wildfire, mandó que se la pudiese inmediatamente en libertad.

Se pasaron algunos dias antes que el magistrado pudiese ejecutar su proyecto de ir á San Leonardo, durante los cuales ocurrieron dos acontecimientos esenciales á nuestra historia.

Butler, despues de un nuevo examen de su conducta, fue declarado inocente y puesto en libertad; pero como habia presenciado todo lo que habia ocurrido la noche de la muerte de Portews, se exigió de él una obligación de no ausentarse de Libberton y de presentarse como testigo siempre que se le llamase. El segundo incidente fue el haber desaparecido Meg y Magde Murdockson, de modo

que necesitado M. Sharpitlaw hacerles un segundo interrogatorio fue imposible descubrir su paradero.

Entre tanto los deseos de asegurar el castigo de los autores de la muerte de Portews, dictaron al consejo de regencia ciertas medidas en las que se atendió mas á la venganza, que al carácter del pueblo, y sobre todo al de los ministros de la religion dominante en el pais. Por un acto del parlamento se ofreció una recompensa de doscientas libras esterlinas á cualquiera que descubriese uno de los autores ó cómplices de la muerte de Portews, y se impuso pena de muerte á todo el que ocultase á un culpado; disposición severa y extraordinaria. Pero lo que irritó todos los ánimos, fue una cláusula por la que se mandaba, que este acto seria leído por el ministro en todas las iglesias el primer domingo de cada mes antes del sermón, hasta que los criminales fuesen entregados á la justicia; y se declaró á los ministros, que se negasen á obedecer esta orden, incapaces de obtener ningun lugar en su gerarquía eclesiástica respectiva.

La iglesia escocesa no reconocia ningun derecho en la autoridad civil con respecto á las

operaciones del clero, aun aquellas que tenían solo relacion con los negocios temporales, y que eran del resorte del gobierno, llevando su celo hasta el extremo de mirar como un sacrilegio solo el pronunciar en una iglesia el nombre del lord temporal. Los mas celosos presbiterianos miraban cualquier acto de diferenciencia ó de obediencia por parte del clero á las órdenes ó disposiciones civiles emanadas del gobierno, como un atentado contra los derechos de su cuerpo, que no reconocia bajo ningun respecto otro superior mas que la asamblea general, que representaba en su opinion el gefe invisible de su iglesia.

Otras disposiciones, tomadas por el gobierno privando á la ciudad de Edimburgo de ciertos privilegios, como para castigarla de una conmocion popular, que habia sido demasiado repentina y violenta para poder ser reprimida, fueron miradas por las gentes sensatas como un pretexto de que se habia valido la corte para humillar á la antigua metrópoli de Escocia. En una palabra, el descontento era general.

En medio de estas agitaciones se señaló el dia que debia reunirse el tribunal para juzgar á Effie Deans que estaba en la cárcel hacia ya al-

gunas semanas. Pocos dias antes M. Middlebourg se dirigió á San Leonardo. En aquel tiempo la escursion parecia larga para un rico y digno habitante de la ciudad, aunque hoy la mayor parte de ellos tengan sus hermosas casas de campo á mas larga distancia, y no se cansen en ir y volver en el mismo dia ó en la misma mañana. Sin embargo, un paseo de media hora, hecho con el paso mesurado que convenia á la gravidad de un magistrado, bastó para conducir al benéfico y honrado Bailio á la humilde morada de David Deans.

El viejo estaba á la puerta de su casa sentado sobre un banco de cesped, componiendo los arneses de su caballo, pues en aquella época todas las obras que exigian un cierto cuidado y habilidad mas que lo ordinario, eran propias del jefe de la familia, aunque por otra parte disfrutase de una decente fortuna. Deans levantó la cabeza viendo que un extranjero se dirigia á él, pero no interrumpió su trabajo, de modo que M. Middlebourg se vió obligado á hablar el primero, y á anunciarse él mismo.

-- Yo me llamo Jaime Middlebourg, uno de los magistrados actuales de la ciudad de Edimburgo.

-- Es posible, le contestó Deans laconicamente sin dejar su trabajo.

-- Vos debeis saber que las obligaciones de un magistrado no son siempre muy agradables de llenar.

-- Es posible, replicó David Deans, pero sin levantar los ojos de su trabajo: nada tengo que añadir en contra.

Vos sabeis tambien que nuestras funciones nos obligan á veces á hacer preguntas, tan sensibles para los que las hacen, como para los que se ven obligados á responder á ellas.

-- Es posible, dijo aun Deans. Pero yo me acuerdo tambien, añadió, que hubo un tiempo en que la magistratura de Edimburgo estaba compuesta enteramente de hombres justos, temerosos de Dios, que no adoraron nunca los idolos de los amalecitas, y que sostuvieron el arca santa con una mano firme y segura. No se veian entonces ni ariminienses, ni socinianos, ni esas sabandijas de Egipto, que ha vomitado sobre nuestros campos la Inglaterra, salidas de los poros de iniquidad para desgracia de esta generacion indiferente, insidiosa y perversa.

-- Es posible, como lo deciais hace poco M.

Deans, le contestó el magistrado. Pero es menester que yo os informe del objeto de mi visita. ¿Vos teneis dos hijas, á lo que creo?

El anciano Deans pareció sufrir los dolores de un hombre á quien se sondea una herida: pero reunió todas sus fuerzas, y respondió con un aire tranquilo, aunque sombrío. Yo no tengo mas que una, señor, una sola.

-- Yo os comprendo. Vos no teneis mas que una hija en vuestra compañía.... Pero ¿esa infortunada que está en la carcel.... no es tambien vuestra hija?

-- ¿Mi hija?... Si, lo es segun la carne, segun el mundo; pero cuando vino á ser la de Belial, cuando se separó de los caminos de la gracia para entrar en los de la perdicion, entonces cesó de ser mi hija.

-- ¡Ah! señor Deans; le dijo el magistrado sentándose á su lado y queriendo cogerle la mano, que el viejo retiró con altivez; nosotros somos todos pecadores, y las faltas de nuestros hijos no deben ser un motivo para que los desterremos de nuestro corazon, pues que son una consecuencia de la debilidad de nuestra naturaleza.

-- Señor, esclamó Deans con impaciencia: yo

se tambien como... yo quiero decir, como... y calmado su cólera, añadió, como lo que vos decis puede ser justo y razonable, pero no me es permitido hablar de mis asuntos particulares con los estrangeros. Y por otra parte, en el momento en que nos hallamos, cuando ese negocio de Portews ocasiona nuevas heridas á la iglesia, que sufre y se halla perseguida....

-- Pero, mi buen amigo, le dijo el magistrado, es preciso que penseis antes en vuestros propios cuidados.

-- Yo os digo, Bailio Middlebourg, pues que vos sois Bailio (lo que no es un grande honor en estos tiempos deplorables), que los negocios carnales no son nada en comparacion de los de la vida eterna. ¡Si vos hubieseis oido como yo al digno Saunders Peden hablar de la nada, de las cosas temporales y de los afectos de la sangre....

-- ¡Pero vuestra hija, M. Deans! ¡vuestra hija! ¡si fuese posible salvarla la vida!

-- ¿Salvarle la vida?... Yo no daria ni un cabello de mi cabeza para salvársela, si es criminal... pero me equivoco: yo los daria todos, yo daria mi vida porque ella tuviese tiempo de

arrepentirse, y de hacer penitencia; no la veré mas, estoy decidido; no la veré mas.

-- Señor Deans, le dijo el magistrado, yo os hablo como un hombre de juicio, y os digo que si quereis salvar la vida de vuestra hija, es menester recurrir a los medios humanos; esto no está en oposicion con las leyes divinas.

-- Yo entiendo lo que quereis decir. M. Novit, que es el abogado del Laird de Dumbidikes hará lo que permite la prudencia humana en iguales casos. En cuanto á mi: yo no puedo mezclarne en semejante asunto: yo no tengo nada que ver con vuestros jueces, ni con vuestros tribunales. Yo tengo mi conciencia, M. Middlebourg.

-- Es decir, que vos sois cameroiano, y no reconocéis la autoridad de nuestros tribunales de justicia bajo el gobierno actual.

-- Yo no se, señor, si yo merezco apellidarme de ese modo: yo no tomo mi nombre de ninguna secta; yo soy lo que todos saben; yo tengo mis principios y debo seguirlos.

¿Y estos principios, os proibien prestar juramento delante de los tribunales de justicia como se hallan establecidos hoy? Además, yo no he venido aqui para oír una disertacion teo-

lógica: yo he mandado citar á vuestra hija Jeanie ante el tribunal supremo de justicia el dia que se vea la causa de Effie. La vida de ésta depende de la declaracion que haga su hermana. Si vos le inspirais escrúpulos sobre la legitimidad de su comparecencia, si le impedís por ellos el que desempene los deberes de una buena hermana, yo debo deciros, por dura que os parezca esta verdad, que vos mismo, vos solo, seriais la causa de la muerte aciaga y prematura de vuestra hija.

Diciendo esto, M. Middlebourg se levantó para irse.

-- ¡Un momento, un momento, M. Middlebourg! exclamó Deans como embarazado y perplejo: pero el magistrado preveyendo que una discusion mas larga debilitaria tal vez la impresion que habia hecho su argumento, le contestó que no podia detenerse mas, y tomó el camino de Edimburgo.

Deans cayó sobre su banco, como aturrido por el golpe que acababa de recibir. Era una gran materia de controversia en la iglesia presbiteriana, el saber hasta qué punto se podia, sin pecado, reconocer el gobierno establecido despues de la reunion de la Escocia á la

Inglaterra, de la que resultó dividirse en un sin número de sectas que no estaban de acuerdo mas que sobre ciertos puntos, y que se tenían mutuamente como heréticas en órden á las demas. La secta á que pertenecía Deans, hubiera mirado como una apostasia el acto de comparecer ante un tribunal de justicia, compuesto de jueces que no fuesen presbiterianos, para hacer una declaracion bajo la fe del juramento. Sin embargo, el amor paterno no se habia extinguido enteramente en su corazon por los esfuerzos del fanatismo, y su imaginacion fértil en resolver dificultades polémicas, buseaba medios para desembarazarse de un dilema espantoso, que le ofrecia por un lado la renuncia á sus principios, y por el otro una perspectiva, que los ojos de un padre nunca pueden mirar sin horror.

-- Yo he prestado testimonio con constancia, se decia Deans, sin titubear jamas. Pero ¿quién podrá reprocharme que yo juzgue con demasiada severidad á mi vecino por que él marcha por una senda menos derecha que la mia? Mi hija puede ver el objeto de que se trata bajo un punto de vista diferente que yo. Si su conciencia le permite comparecer ante el tribunal

de justicia, porqué le diré yo.... ; detente!..... ¿Pero si ella se lo prohíbe?... Aquí se detuvo un momento, y una agonía terrible, que le oprimia el corazon, le quitó hasta la facultad de reflexionar. Pero la firmeza de su carácter le decidió en fin. Si su conciencia no se lo permite, no le diré que lo haga. Yo no trateré jamas de destruir los escrúpulos religiosos de una de mis hijas, aunque sea para salvar la vida de la otra.



CAPITULO IV.

Deans dejó su trabajo, se entró en su jardín en el que se paseó por algun tiempo, y el resultado de todas sus reflexiones le confirmó en su determinacion, de dejar á la conciencia de su hija el cuidado de guiarla en la posicion delicada en que á su parecer la veia. Conviene observar, que jamas le ocurrió al viejo Deans que Jeanie para salvar á su hermana, tuviese que recurrir al perjurio ó á la mentira: toda su cuestion se limitaba á saber si un miembro de la iglesia presbiteriana podria, sin pecado, prestar juramento ante un tribunal de justicia, cuyos poderes emanaban de un gobierno que no profesaba los mismos principios religiosos.

Habiéndose armado de toda la firmeza de carácter de que se halló capaz en aquel momento, se fue á buscar á su hija no sabiendo aun como tocaria un objeto tan importante como delicado. Una casualidad feliz le sacó de este embarazo. Jeanie estaba leyendo una órden

que acababa de recibjr para compareeer como testigo en la causa de su hermana. El digno magistrado, M. Middlebourg, determinado á dejar abiertas en favor de Effie todas las puertas que la ley no habia cerrado, y á no dejar á su hermana ningun pretesto que podia impedirle dar testimonio en su favor, si su conciencia se lo permitia, habia antes de salir de Edimburgo hecho preparar esta cita, y mandó que se la llevasen á Jeanie media hora despues de su salida, y ésta la recibió mientras su padre estaba en el jardín.

-- Yo veo, le dijo el viejo con una voz trémula, que estais instruida de lo que ocurre.

-- Si, padre mio. ¿Cómo nos encontramos cruelmente colocados entre las leyes de Dios, y las inclinaciones de la naturaleza?

-- ¿Qué haré? ¡Dios mio! ¿Qué haré?

Jeanie no tenia ningun escrúpulo en comparecer ante un tribunal de justicia y prestar juramento. Ella habria oido sin duda á su padre discutir este punto mas de una vez, pero ponía muy poca atencion á estas discusiones teológicas, tan minuciosas como poco importantes á la práctica de las virtudes; y esplicándose en los términos que hemos referido, no

pensaba mas que en la conversacion que habia tenido con el desconocido en el terrero de Muschat. En una palabra, ella preveia, que iba á encontrarse en la cruel alternativa, ó de sacrificar á su hermana diciendo la verdad, ó de cometer un perjurio si queria salvarla. Deans al contrario, creyó que Jeanie solo temia que no la fuese permitido prestar juramento delante de un tribunal de justicia no presbiteriano.

-- Hija mia, la dijo, yo he pensado siempre que en materia de duda y controversia un cristiano, no debe tomar por guia mas que su conciencia fundada y segura; consultad la vuestra, y haced lo que ella os inspire.

-- Pero mi querido padre, ¿puede haber en esto la menor duda? Acordaos de los principios del Evangelio.

Deans se quedó un momento sin responder; sin embargo, persistiendo en su determinacion de no influir en la resolucion de su hija, la añadió: -- Yo no digo, hija mia, que vuestra senda se halle sin espinas, rogad al Señor que las separe y que os haga conocer su voluntad. Si vos creéis poder en conciencia comparecer ante el tribunal en favor de vuestra hermana..... Aquí le faltó la voz por un instante.... Sí, ella

es vuestra hermana segun la carne, Jeanie; y por mas indigna que os parezca, es hija de un a madre que á mi parecer está hoy en el Cielo, y que os ha servido como tal mientras ha vivido en este mundo despues que perdisteis la vuestra. Pero si vuestra conciencia no os permite dar este paso, no le deis, mi querida hija, y dejad que la voluntad del Cielo se cumpla.

El sentimiento de Deans, hubiera sido mayor si hubiese llegado á comprender que su hija interpretaba sus palabras, no como refiriéndose á un punto de controversia sobre el cual los mismos presbiterianos no estaban acordes, sino como animándola á contravenir al precepto divino: *no mentirás*: que los cristianos verdaderos y de todas las sectas miran como sagrado.

-- ¿Es posible que sea mi padre el que me hable de este modo? pensó Jeanie cuando Deans se retiró. ¿O es el enemigo del género humano, que ha tomado sus facciones y su voz para conducirme á una perdicion eterna? ¡Una hermana pronta á perecer en un cadalso, y un padre que me enseña el medio de salvarla!... ¡Oh Dios mio!... ¡Libradme de tan terrible tentacion!

La pobre Jeanie estaba tanto mas afligida cuanto que veia que ella podia salvar á su hermana, pero que la religion y su conciencia se lo prohibian. En este cahos de afliccion y de sentimiento, su corazón se hallaba como un navio batido en la rada por una violenta tempestad, á quien no queda mas que un cable y una áncora. Jeanie no tenia mas que su confianza en la providencia, y la firme resolucion de hacer su deber.

El cariño de Butler y sus sentimientos religiosos hubieran sido su consuelo y su apoyo en la situacion en que se encontraba; pero despues que recobró su libertad, no venia ya á San Leonardo en razon de la obligacion que habia hecho de no ausentarse de la parroquia de Libberton; por consiguiente se vió reducida á no buscar otra guia mas que su propia conciencia.

Jeanie creia que su hermana estaba inocente, porque no habia podido obtener esta confesion de su propia boca, y este no era el menor de sus sentimientos. Saddletree y otras personas que tomaban interés por la familia de Dans, habian solicitado muchas veces de los magistrados la autorizacion de que las dos hermanas pudiesen verse; pero se habian negado

á ello hasta entonces, porque esperaban que teniéndolas separadas, podrian obtener de las mismas algunas noticias sobre Robertson, cuya prision era el principal objeto de todos sus deseos. Jeanie fue examinada con respecto á esto por M. Middlebourg. Pero ¿qué podia ésta decirle? Ella le declaró que no le conocia, que era posible que hubiese sido con él la conversacion que tuvo en una cita cerca del terrero de Muschat; que él le habia pedido esta entrevista para darle algunos consejos con respecto á su hermana, lo que añadió, no tenia relacion mas que con Dios y con su conciencia; que en fin, ella no sabia ni lo que habia sido, ni lo que era, ni en donde estaba.

Effie guardó el mismo silencio aunque por una causa diferente. Se la ofreció inútilmente una comutacion de pena y aun su perdon, si queria indicar los medios de descubrirle; pero no contestaba mas que con sus lágrimas, y cuando á fuerza de persecuciones se la obligaba á hablar, no se obtenian de ella sino respuestas poco decorosas.

Se difirió por muchas semanas la vista de la causa de Effie, con la esperanza de que se la podria determinar á hablar sobre un asunto

que interesaba mucho mas á los magistrados, que su delito ó su inocencia; pero viendo que era imposible obtener de ella la menor noticia, los magistrados perdieron la paciencia, y fijaron el día en que debía comparecer en el tribunal para ser juzgada.

Entonces fue cuando M. Starpitlaw, acordándose en fin, de la promesa que la habia hecho á Effie, y causado tal vez de las instancias continuas de M. Saddletree su vecino, se decidió á dar al carcelero la orden de permitir que entrase en la cárcel Jeanie Deans.

En fin, fue la vispera del día tremendo en que la suerte de Effie iba á decidirse, cuando su hermana obtuvo el permiso de verla. Penosa entrevista, y que tuvo lugar en un momento que la hizo aun mas aflictiva. Esta hacia parte de la copa amarga, reservada á Jeanie para espiar faltas, que ella no habia cometido. El medio día fue la hora indicada en el permiso para entrar en la cárcel, y á ella se dirigió Jeanie á aquella morada del crimen y de la desesperacion para ver á su hermana por la primera vez despues de muchos meses.

Ratcliffe, que era uno de los llaveros de la cárcel, como hemos dicho, le abrió la puerta.

Este, que no conocia ni pudor ni vergüenza, despues de haber cerrado la triple cerradura, le dirigió una mirada que la hizo temblar, y le preguntó si le conocia.

--No; respondió Jeanie con una voz mal segura.

-- ¡Cómo! ¿No os acordais del claro de luna del terrero de Muschat, de Robertson y de Ratcliffe? Vuestra memoria tiene necesidad de quien la ayude.

Si alguna cosa hubiese podido aumentar la afliccion de Jeanie, hubiera sido el encontrar á su hermana bajo la custodia de semejante hombre. Sin embargo, Ratcliffe no carecia de buenas calidades. En la carrera del vicio que habia seguido, jamas sus manos se habian manchado con sangre, jamas se habia manifestado cruel; y en las funciones que egercia no era insensible á la humanidad. Pero Jeanie no conocia este lado apreciable: solo se acordaba de la escena que habia pasado entre los dos en el terrero de Muschat, y así apenas encontró valor para decirle que tenia permiso para ver á su hermana.

-- Ya lo sé, ya lo sé, pobrecita; por señas, que me han dado la orden de no perderos de vista durante todo el tiempo que esteis con ella.

-- ¿Es posible? exclamó Jeanie.

-- Y muy posible. ¿Y qué inconveniente hay en que Jayme Ratcliffe oiga lo que teneis que decirle? El diablo sea, si decis una palabra que le haga conocer las malicias de vuestro sexo mejor que él las conoce. Y con tal que no forméis un complot para violentar la cárcel, el diablo me lleve si yo repito una sola palabra en bien ó en mal de cuanto podeis decir.

Hablando así, llegaron á la puerta del cuarto en que Effie estaba encerrada.

La pobre prisionera habia sido prevenida para esta visita, y durante toda la mañana la vergüenza, el temor y la pena se habian disputado la posesion de su corazon. Todos estos sentimientos se confundieron con cierta especie de alegría, cuando vió á su hermana, y precipitándose en sus brazos, exclamó: -- ¡Jeanie! ¡Mi querida Jeanie! ¡Cuanto tiempo hace que no te veia! Jeanie la abrazó con una ternura que no dejaba de tener su placer: pero fue como un rayo del Sol, que penetra por un momento por entre espesas nubes y desaparece al instante. Las dos se sentaron sobre la cama teniéndose cogida la mano, pero sin hablar palabra durante algunos minutos. Su fisonomía

que al principio habia manifestado cierto vislumbre de alegría, se fue oscureciendo poco á poco, y tomó al fin el ceño de la melancolia y de la desesperacion: por último, abrazándose las dos derramaron un torrente de lágrimas.

Ratcliffe mismo, apesar de que su corazon se hallaba endurecido por la vida que habia llevado durante cuarenta años, no pudo ver esta escena sin enternecerse. Dió una prueba de esto por una accion, que aunque en el fondo sea una bagatela, anuncia mas delicadeza que la que se podia esperar de su carácter, y del lugar que ocupaba. La ventana de la habitacion en que se hallaba Effie estaba abierta, y los rayos del sol que penetraban por ella, daban de lleno sobre la cama en que estaban sentadas las dos hermanas. Ratcliffe juntó las contraportas, y pareció así correr un velo sobre la escena de afliccion y de lágrimas de que iba á ser testigo involuntario.

-- Estais mala, Effie, muy mala. Tales fueron las palabras que Jeanie pudo pronunciar.

-- Yo quisiera estarlo cien veces mas, Jeanie, le contestó su hermana. ¿Qué no daría yo por estar muerta mañana antes de las diez de la mañana?... ¿Y nuestro padre?... Pero no.... yo

ya no soy su hija; yo no tengo ningún amigo en este mundo. ¡Ah! ¿Por qué no estaré yo ya al lado de mi madre?

-- Vamos, vamos, mi querida, la dijo Ratcliffe, es menester no desanimarse. No se matan todas las zorras que se cogen. M. Novit es un abogado famoso; él ha sacado á mas de cuatro de negocios tan delicados como el vuestro; y despues ahorcado ó no, al menos tiene una la satisfaccion de haber sido bien defendido. Ademas, vos sois hermosa, es menester que levanteis ese pelo que os cae sobre los ojos: una linda cara halla siempre algun favor entre los jueces y losjurados, que á un viejo malvado como yo, le condenarian á presidio, solo por haber robado la quinta parte de la uña de una pulga.

Ninguna de las dos hermanas contestó á esta especie de consuelo, que las daba Ratcliffe; pues estaban tan poseidas de su dolor, que ni aun hacian atencion á su presencia.

-- ¡Oh hermana mia! dijo Jeanie ¿Por qué me habeis ocultado vuestra situacion? ¿Habia yo merecido esta falta de confianza?

¿Y qué resultados pudiera haber tenido el comunicaros mi vengüenza y mis penas, sino el haceros participar de ellas?

-- ¿Que bien? Que si me hubierais dicho una sola palabra, yo podia prestar juramento de que me habiais instruido de vuestra situacion, y vuestra vida no corria ningun riesgo.

-- ¡No corria ningun riesgo! repitió Effie con agitacion: tan natural es el amor de la vida, aun para los que la miran como una carga. ¿Y quién os ha dicho eso?

-- Uno que sabe probablemente muy bien lo que se dice: respondió Jeanie, no pudiendo resolverse á pronunciar el nombre del seductor de su hermana.

-- Dime su nombre, Jeanie, exclamó Effie yo te lo suplico, dimelo. ¿Quién ha podido tomar interés por una desgraciado como yo?.. ¿Era.. era él?

-- Vamos, dijo Ratcliffe... ¿Por qué dejais á esta pobre criatura en la duda? Yo responderé bien que fue Robertsoo, quien os la ha dicho cuando le visteis en el terrero de Muschat.

-- ¿Era él Jemie? exclamó Effie; ¿era bien él? ¡Oh! yo veo bien que era él. ¡Pobre Geordi! ¡Cuando yo le acusaba de haberme olvidado en un momento en que corria tanto riesgo!

-- ¿Como podeis hablar asi de semejante hombre, hermana mia? le dijo Jeanie poco satisfe-

cha de aquel impulso de ternura por un hombre, que habia causado todos sus males.

-- Vos sabeis que debemos perdonar á los que nos han ofendido, le contestó Effie, bajando los ojos con un aire tímido, pues su conciencia le decia, que el afecto que experimentaba aun por el que la habia seducido, no tenia nada de comun con la caridad cristiana, con que trataba de escudarse.

-- ¿Y despues de haber sufrido tanto por él ¿es posible que le ameis aun?

-- ¡Amarle! Si yo no le hubiese amado, como una muger ama raras veces, no me hallaria entre las paredes de esta cárcel. ¿Y creis que un amor como el mio pueda olvidarse con facilidad? No, no, Jeanie, vos podreis cortar el árbol, pero no podreis mudar la forma de su tronco. Yo os lo suplico, Jeanie, si quereis tranquilizar mi espiritu, contadme todo lo que os ha dicho, no olvideis ni una sola palabra.

-- ¿Y qué necesidad tengo yo de hablaros de él? Por otra parte nuestra conversacion no fue larga, pues tenia bastante que hacer con sus negocios, sin necesidad de pensar en los de los otros.

-- Esto no es posible, Jeanie; aunque me lo

diga una santa, contestó Effie con alguna aspereza. ¡Pero vos no sabeis hasta qué punto ha espuesto su vida por salvar la mia! Ella miró á Ratcliffe, y dió á entender que no se atrevia á esplicarse mas.

-- Yo creo, dijo Ratcliffe como burlándose, que esta jóven piensa que es ella sola la que tiene ojos. ¿No ve visto yo que Jaime Portevs no era sola la persona que él queria hacer salir de la cárcel? Pero vos habeis pensado como yo, que vale mas esperar aqui la suerte, que correr á la aventura. Vos no teneis necesidad de mirarme con esos grandes ojos asi abiertos. Yo se aun, tal vez, muchas mas cosas que las que pensais.

-- ¡Oh Dios mio, Dios mio! exclamó Effie precipitándose á sus pies, y cogiéndole por el capote: ¿sabeis que se ha hecho de mi hijo? la causa inocente de mi vergüenza y de todas mis penas. ¿Quién me lo ha quitado? ¿qué han hecho de él? ¿En donde está? ¡Ah! si deseais una parte de la herencia de los cristianos en el cielo, ó las bendiciones de una madre afligida sobre la tierra, decidme que se ha hecho.

-- Dejadme estar, le contestó Ratcliffe, tratando de desasirla del capote, que le tenia aun

cogido: esto es pillarle por mis palabras.. ¡y delante de un festigo! ¡su hijo! ¿y como sabré yo que se ha hecho? Eso preguntárselo á la vieja Meg Murdockson, si vos no lo sabeis.

La pobre Effie viendo por esta respuesta disipadas las esperanzas que habia empezado á concebir, cayó en el suelo agitada por violentas convulsiones.

Jeanie Deans tenia tanta presencia de ánimo como reflexion. Sin dejarse abatir por el sentimiento que la afligia viendo á su hermana en aquel estado, se ocupó solo en prodigarle los socorros que era posible obtener en el triste lugar en que se encontraba. Es menester aun decir en honor de la humanidad de Ratcliffe, que inmediatamente fue á buscar agua fresca, y que cuando Effie recobró su conocimiento, tuvo la delicadeza de retirarse á un rincón del cuarto, de modo que su presencia les incomodase lo menos posible en lo que tenían que decirse.

Effie instó entonces á su hermana en los términos mas expresivos le manifestase todos los pormenores de la conversacion que habia tenido con Robertson; y ésta conoció que era imposible negarle aquella satisfaccion.

-- ¿Os acordais, le dijo Jeanie, que un dia que teniais calentura, antes que saliesemos de Woodenel, vuestra madre me riñó por haberos dado agua y leche porque llorabais para que os la diese? Entonces erais una niña: ahora sois una muger, y no debeis pedirme que os diga cosas, que mas valdria que ignoraseis.

Effie se arrojó entre los brazos de su hermana, la abrazó, lloró: -- ¡Si vos supieseis, le dijo, cuan largo tiempo ha que no he oido hablar de él! ¡por cuan dichosa me teudria de saber alguna cosa de un hombre que es todo ternura, todo bondad! no os sorprenderian mis preguntas.

-- Jeanie suspiró. -- En fin, le dijo, que yo haga bien ó mal, no puedo ya negaros lo que me pedis. Entonces le contó todo lo que le habia pasado con Robertson. Effie la escuchaba cuasi sin atreverse á respirar: tenia una de las manos de su hermana entre las suyas, parecia devorarla con los ojos, y no la interrumpia sino para exclamar de tiempo en tiempo: ¡pobre muchacho! ¡pobre Geordi!

-- ¿Y ese fue el consejo que os dió? dijo, cuando Jeanie cesó de hablar.

-- Como acabo de deciroslo.

-- ¿Y él queria que hablaseis á los jueces para salvarme la vida?

-- Si, cometiendo un perjurio.

-- ¿Y vos decís que no os interpondreis entre mi vida y la muerte, que me amenaza á la edad de diez y ocho años?

-- Yo le dije, replicó Jeanie temblando en vista del aspecto que parecían tomar en aquel momento las reflexiones de su hermana, que yo no podía resolverme á decir una mentira despues de haber jurado decir la verdad.

-- ¿Qué llamais decir una mentira? exclamó Effie con aspereza. ¿Os atreveréis á creer que una madre haya podido, haya querido, hacer perecer á su hijo? Yo hubiera dado mi vida solamente por abrazarle un instante.

-- Yo estoy bien convencida que vos sois tan incapaz y estais tan inocente de este crimen como el mismo niño.

-- Estoy sumamente satisfecha, le contestó Effie bajo el mismo tono, que me hagais esta justicia. Las personas que como vos, no tienen nada que reprocharse, se inclinan algunas veces á sospechar á las demas en lo que no les ocurrió nunca la idea de ser culpables.

-- Yo no merezco que me habléis así, Effie;

le dijo Jeanie llorando, sumamente afligida por la injusticia de aquel reproche, que perdonaba al estado en que se hallaba su hermana.

-- Es posible mi querida hermana; pero vos llevais á mal que yo ame á Robertson. ¿Y cómo no amaré yo á un hombre, que me ama mas que á su cuerpo y á su alma todo junto? ¿No ha arriesgado su vida para violentar la cárcel, y hacerme salir? Y yo estoy convencida que si dependiese de él como de vos... aqui se detuvo un poco.

-- ¡Ah! ¡si no se tratase mas que de arriesgar mi vida para salvar la vuestra! exclamó Jeanie.

-- Esto es muy fácil de decir, hermana, y no tan fácil de creer, pues que no teneis mas que decir una palabra para salvarme; y si esto era una falta, teniais aun tiempo para arrepentiros.

-- Pero esta palabra, los mandamientos de Dios prohiben el pronunciarla; y el pecado es mucho mas grande cuando se comete deliberadamente.

Muy bien, muy bien Jeanie, no hablemos mas.

-- Es bien duro, mi querida, le dijo Ratcliffe, que cuando con solo tres palabras podiais libertar á esa pobre muchacha nada menos que

de subir á la horca para que allí le aprieten, pescuezo, hagáis tanto escrúpulo por un juramento; que el diablo me lleve, si yo no hiciese mil para salvarla, si los quisiesen recibir. ¡Pardiez! ¡he hecho yo mas de cincuenta solo por salvar una barrica de aguardiente de manos de los duaneros! Pero hija mia, si tal es vuestra conciencia, allá vuestra alma con vuestra palma: Dios que os lo admita en descargo de vuestros pecados.

-- Basta, no hablemos mas, dijo Effie, mejor seria que yo... pero á Dios hermana; no detengamos por mas tiempo á M. Ratcliffe. Yo espero que nos veremos antes que... Effie no pudo acabar, y su rostro se cubrió con una palidez mortal.

-- ¡Como! Effie: ¿asi nos separamos? exclamó Jeanie. Dime, Effie, dime que es lo que quieres que yo haga, que yo encontraré bastante firmeza en mi corazon....

-- No mi querida Jeanie, la interrumpió su hermana; no, no quiero que por salvar la vida de una desgraciada, mancheis vuestra inocencia. Dios sabe que cuando yo tengo toda mi presencia de espíritu, no quisiera que nadie me salvase la vida á espensas de su con-

ciencia. Yo hubiera podido huir de esta cárcel el día que se forzaron sus puertas; yo hubiera encontrado entonces un protector: pero yo me digo: ¿de qué me sirve conservar la vida, cuando he perdido mi honor? Mas esta larga prision ha agotado las fuerzas de mi espíritu como las de mi cuerpo.

Jeanie Deans estuvo aun dos horas con su hermana, durante las cuales trató de sacar á esta alguna confesion que sirviese á su justificacion, pero solo dijo lo que habia declarado en su primer interrogatorio que nuestros lectores conocerán á su tiempo. Ellos no han querido creerme, añadió, yo no tengo mas que decirles.

En fin, Ratcliffe, aunque apesar suyo, se vió obligado á decirles que ya era tiempo de que se separasen, y las dos hermanas se despidieron abrazándose mutuamente y derramando torrentes de lágrimas, Jeanie al salir se estremeó oyendo correr los gruesos cerrojos de la puerta bajo la cual quedó encerrada y sola su desgraciada hermana. Habiéndose familiarizado un poco con su conductor le ofreció una pieza de plata, suplicándole hiciese lo que dependiese de su cuidado en favor de su herma-

na; pero con gran sorpresa suya, éste no quiso admitirla.

Quando yo trabajaba en los caminos públicos (y escusados) jamas derramé la sangre de nadie; ahora que trabajo en una cárcel, haré lo que pueda para enjugar ó impedir las lágrimas que derramen los que esten bajo de mis llaves, sin necesidad de tomar dinero para ello. Guardad el vuestro; vuestra hermana no carecerá de nada de cuanto dependa de mi mano; yo cuidaré que le sirvan la comida caliente, y veré si puedo empeñarla á dormir una buena siesta, pues no cierra el ojo en toda la noche. Yo tengo ya una esperiencia en esto: la primera noche es la peor de todas. Yo no he conocido jamas á nadie que haya dormido la noche antes de ser juzgado; pero la noche despues, y aun la que precede al dia de la egecucion, se puede dormir un buen sueño. Esto es muy sencillo; el peor de todos los males es la incertidumbre.

CAPITULO V.

Despues de haber empleado en la oracion mucho mas tiempo que el acostumbrado, David Deans se dirigió el dia siguiente, á la entrevista de las dos hermanas, á la sala en donde estaba preparado el almuerzo, con los ojos bajos, no atreviéndose á mirar á Jeanie, porque no sabia aun si su conciencia le permitia comparecer ante el tribunal de justicia para prestar en él su juramento, y si tendria alguna declaracion que hacer en favor de su hermana. En fin, miró sus vestidos para ver si éstos le anunciaban la intencion de ir á la ciudad. Jeanie no tenia el traje que usaba para sus trabajos domésticos, pero tampoco llevaba el que se ponía los domingos para ir á la iglesia. Su discrecion le hizo conocer que si hubiera sido poco respetuoso el comparecer ante un tribunal con un exterior ordinario, no seria menos contrario á su propio decoro el ponerse grandes adornos en una ocasion en que se trataba nada menos que de la vida de su hermana; de

na; pero con gran sorpresa suya, éste no quiso admitirla.

Quando yo trabajaba en los caminos públicos (y escusados) jamas derramé la sangre de nadie; ahora que trabajo en una cárcel, haré lo que pueda para enjugar ó impedir las lágrimas que derramen los que esten bajo de mis llaves, sin necesidad de tomar dinero para ello. Guardad el vuestro; vuestra hermana no carecerá de nada de cuanto dependa de mi mano; yo cuidaré que le sirvan la comida caliente, y veré si puedo empeñarla á dormir una buena siesta, pues no cierra el ojo en toda la noche. Yo tengo ya una esperiencia en esto: la primera noche es la peor de todas. Yo no he conocido jamas á nadie que haya dormido la noche antes de ser juzgado; pero la noche despues, y aun la que precede al dia de la egecucion, se puede dormir un buen sueño. Esto es muy sencillo; el peor de todos los males es la incertidumbre.

CAPITULO V.

Despues de haber empleado en la oracion mucho mas tiempo que el acostumbrado, David Deans se dirigió el dia siguiente, á la entrevista de las dos hermanas, á la sala en donde estaba preparado el almuerzo, con los ojos bajos, no atreviéndose á mirar á Jeanie, porque no sabia aun si su conciencia le permitia comparecer ante el tribunal de justicia para prestar en él su juramento, y si tendria alguna declaracion que hacer en favor de su hermana. En fin, miró sus vestidos para ver si éstos le anunciaban la intencion de ir á la ciudad. Jeanie no tenia el traje que usaba para sus trabajos domésticos, pero tampoco llevaba el que se ponía los domingos para ir á la iglesia. Su discrecion le hizo conocer que si hubiera sido poco respetuoso el comparecer ante un tribunal con un exterior ordinario, no seria menos contrario á su propio decoro el ponerse grandes adornos en una ocasion en que se trataba nada menos que de la vida de su hermana; de

modo que su padre no encontró nada en su vestido que le hiciese juzgar de sus intenciones con bastante certeza.

Los preparativos para el almuerzo fueron hechos aquel día en pura pérdida. El padre y la hija se pusieron á la mesa; cada uno de los dos hacia como que comía, cuando los ojos del uno se dirigian sobre el otro, pero la mano que se dirigia ácia la boca volvía á caer sobre la mesa cuando el esfuerzo que la movía, ocasionado por el cariño, dejaba de ser necesario.

Este estado de violencia no fue de larga duracion, pues el relox de san Gil les hizo oír bien pronto la hora que precedía á la indicada para la reunion del tribunal. Jeanie se levantó entonces con una tranquilidad de que estaba sorprendida ella misma; tomó su manto, y se dispuso á partir. Su firmeza presentaba un contraste particular con la incertidumbre que anunciaban todos los gestos de su padre. Cualquiera que no les hubiese conocido antes, hubiera tenido dificultad en creer que la una fuese una hija dócil, amable, tranquila y aun tímida, y que el otro fuese un hombre de un carácter firme, stoico, incapaz de ceder, religioso hasta el fanatismo, y que en su juventud habia corri-

do muchos peligros, y habia sufrido grandes contradicciones sin desviarse jamas de sus principios. La causa de esta diferencia era, que Jeanie estaba ya decidida sobre la marcha que debía seguir, y resignada á todas las consecuencias que pudiesen resultar de ella, mientras que su padre, no habiéndose atrevido á hacerle ninguna pregunta de miedo de ejercer la menor influencia sobre ella, agotaba su imaginacion buscando lo que podría decir en el tribunal, y reflexionando el efecto que podría producir su declaracion.

En fin, cuando la vió pronta á partir: hija mia, la dijo, yo voy á... no pudo concluir la cláusula; pero Jeanie viendo que se ponía los guantes y que tomaba su palo, adivinó que iba á acompañarla.

-- Mi querido padre, le dijo ésta, mejor será que os quedeis en casa.

-- No; le contestó el anciano, Dios me dará fuerzas: cuento sobre sus socorros, y yo os seguiré.

Entonces tomó el brazo de su hija, y salió con ella, marchando á paso tan tirado que ésta tenía dificultad en seguirle.

-- ¿Y vuestro gorro, padre mio? le dijo su hija, viéndole salir con la cabeza desnuda; cir-

cunstancia minuciosa; sin duda, pero que prueba cuan agitado tenia su espíritu. Deans volvió á su casa avergonzado de haber dejado escapar una prueba exterior del trastorno que padecia su alma, y poniéndose su gran gorro azul escoces, se reunió con su hija y tomó con ella el camino de Edimburgo.

Antes de llegar al lugar de las sesiones del anciano Deans vió ya el anuncio fatal del espectáculo de que iba á ser testigo. Desde la cárcel hasta el palacio del tribunal la guardia de la ciudad se hallaba tendida en dos filas, contentiendo con las culatas de los fusiles al pueblo, que se agolpaba para ver pasar á la desgraciada jóven, que iba á ser juzgada. No hay nadie que no haya tenido la ocasion de observar, y que no haya observado con sentimiento, la apatía é indiferencia con que el pueblo mira las escenas de esta naturaleza, y cuan raro es que manifieste otro interés, que el de una curiosidad brutal, á menos que su compasion no se halle escitada por algun motivo particular. Generalmente los espectadores en tales escenas rien, se chancean, se arrempujan unos á otros, se oprimen con tanta indiferencia é insensibilidad como si se tratase de ver pasar una tro-

pa de danzantes en un fiesta pública ó de asistir á una diversion. Con todo, en medio de esta conducta tan comun y tan natural al pueblo degradado de una gran ciudad, se encuentran á veces rasgos momentáneos de humanidad y de compasion; y esto fue lo que sucedió en la ocasion presente.

Cuanto mas se llegaban al tribunal, mayor era el tropel de gentes que obstruia las calles inmediatas; y cuando trataron de abrirse paso para llegar á la puerta del edificio, el trage y la fisonomia de Deans le atrajo varios dicitrios.

¿Llegais, le dijo el uno, del puente de Bothwell, viejo puritano?

-- ¡Al diablo el cameroniense! decia el otro: ¿con qué facultad nos empuja?

-- Lugar, lugar al anciano: gritaba otro. Este viene á ver una hermana *prestar testimonio* (1) en el aire, en la plaza de Grassmarket.

-- Silencio, señores, exclamó en alta voz un desconocido, esto es una vergüenza: y tomando un tono mas bajo añadió: son el padre y la hermana....

(1) Esta expresion hace parte del language místico de los presbiterianos y la empleaban para manifestar la firmeza en sostener los principios de su secta.

Todo el mundo se apartó al instante para hacerle lugar, y aquella muchedumbre tan estrepitosa un momento antes, guardó el mas profundo silencio, inspirado por la compasion.

El desconocido que acababa de hablar, era nada menos que nuestro antiguo amigo, el silencioso Lair de Dumbidikes, cuya boca se abrió por la urgencia del caso. Este se juntó con el padre y la hermana y les siguió al tribunal con su taciturnidad acostumbrada. Nadie les opuso el menor obstáculo, y aun se asegura que el portero reusó un schelin, que le ofreció la generosidad del Laird, que pensaba que el diaero lo facilita todo.

Al entrar en la sala de audiencia la encontraron llena de una multitud de ociosos, que asisten á la vista de un proceso, como á un espectáculo. Muchos jóvenes, que seguian la carrera del foro, hablaban, reian, y se chancaban como si estuviesen en un teatro. Algunos abogados mas graves, discutian el negocio de que iba á ocuparse el tribunal. Los jurados ocupaban ya sus asientos, los que componian el ministerio público habian llegado ya y ojeaban los documentos del proceso: no se esperaba mas que á los jueces para empezar las sesiones.

-- ¿Cual es el sitio en que se colocará mi desventurada Effie? preguntó en voz baja el desconsolado padre al Laird de Dumbidikes.

-- Este hizo una seña á su abogado M. Novit, quien llegándose á ellos, les informó de lo que deseaban saber; y enseñándoles al mismo tiempo un sitio vacante en la barra, enfrente del asiento de los jueces, les ofreció conducirle á él.

-- No; exclamó Deans; no quiero colocarme en un parage tan público; no quiero que ella me vea; yo quiero poder separar mi vista de un objeto para mi tan triste; esto será mejor para los dos,

Se puede bien pensar que Saddletree no dejaría de asistir á una sesion tan memorable. Nuestro antiguo amigo vió con placer que se le presentaba una ocasion de manifestar su importancia, y gracias á sus relaciones con los porteros de estrado, obtuvo para Deans y su hija un lugar cómodo en un rincón de la sala en donde estaban como escondidos.

-- Es bueno tener amigos en todas partes, le dijo á Deans, quien en aquel momento no se hallaba en estado ni de escuchar, ni de responder. Sin mi, no hubierais podido lograr un sitio tan cómodo como este. Los lores van á lle-

gar luego, y abrirán la sesión. ¡Pero! á propósito: vos no podeis quedaros aquí, Jeanie. ¡Hugier! ¡Hugier! Esta jóven es testigo en el negocio de que se va á tratar, y es menester que pase á la sala de los testigos. ¿No es verdad, M. Novit?

M. Novit dijo que sí, y ofreció á Jeanie conducirla á la sala de los testigos, en donde segun la costumbre escrupulosa de los tribunales de Escocia, permanecen estos hasta que se les llama á declarar, separados de todos los que pudieran tener una influencia en sus declaraciones, ó informarles de lo que ocurra en el tribunal durante la instruccion del proceso.

-- ¿Esto es absolutamente necesario? preguntó Jeanie, que sentia la mayor repugnancia en separarse del lado de su padre.

-- Indispensable: dijo Saddletree. ¿Quién ha visto jamas un testigo en la sala de las sesiones?

-- Seguramente; es indispensable, añadió M. Novit; con lo que Jeanie, aunque bien apesar suyo, se dirigió á la sala de los testigos.

-- Veis, M. Deans, le dijo Saddletree, esto es lo que se llama *secuestrar* los testigos, lo que no es lo mismo que *secuestrar* los bienes.

Pero silencio: hé aquí los jueces que llegan.

En aquel momento entraron en la sala los cinco lores que componian el tribunal de justicia, con sus togas de grana bordadas de blanco, y tomaron asiento.

Todo el mundo se levantó por respeto á su dignidad, pero apenas habia cesado el pequeño ruido que esto ocasionó, cuando se oyó otro aun mas considerable causado por la muchedumbre que se agolpó á entrar para ocupar las galerias, y el espacio vacio que quedaba en la sala; pues antes que lleguen los jueces no se deja entrar en ella mas que á los sujetos que tienen derecho para asistir á las sesiones, ó á los que por proteccion obtienen el ser admitidos; pero cuando los jueces han tomado asiento, se abren todas las puertas, y en las ocasiones, como esta de que se trata, el número de gentes, atraidas por la curiosidad, es tan considerable, que es menester en cierta manera batirse para poder entrar, y algunas veces no se logra sino á espensas de una parte del vestido. Algunos soldados formando una doble fila conserbavan con pena un paso estrecho por el que debian conducir á la prisionera. En fin, el tumulto cesó cuando estuvieron ocupados

todos los sitios, y la desgraciada Effie se halló colocada en la barra, entre dos soldados armados con sus bayonetas, para intervenir en el juicio, y oír la sentencia que debía decidir de su vida ó de su muerte.

-- Eufenia Deans: dijo el presidente con un tono de dignidad, en el que se notaba el acento de la compasion: levantaos y escuchad la acusacion criminal dirigida contra vos.

La desgraciada, que se hallaba aun como aturdida por el tumulto del pueblo, al través del cual los guardias habian tenido un trabajo en abrirle paso, dirigió su vista asustada sobre la muchedumbre que la rodeaba, y que parecia no formar mas que una masa, y obedeció como por instinto á la orden que le daba una voz, que le pareció tan formidable como el sonido de la trompeta en el último dia del juicio.

Levantad vuestro cabello, Effie, le dijo uno de los hùgieres del tribunal. Segun la costumbre de Escocia las mugeres solteras no se cubren jamas el pelo, ni con sombrero ni con gorro, sino que le atan con una cinta blanca, símbolo de la virginidad; Effie no habia querido usar de la cinta para presentarse al tribu-

nal, y sus largos cabellos negros, cayendo de sechos sobre su cara, ocultaban sus facciones; pero al obedecer esta orden dejó ver á los espectadores, que tenian los ojos fijos en ella, un rostro, que aunque pálido y flaco, era aun tan interesante en medio de su afliccion, que escitó un murmullo general de compasion. Esta espresion del interés público, la hizo salir del estado de estupor y de sorpresa en que la dejó el miedo, que en el primer momento de su llegada, la habia dominado, y despertó en su corazon el sentimiento no menos amargo de la vergüenza, ocasionada por la situacion en que se encontraba. Sus ojos, que al principio habia dirigido por todas partes con un aire de espanto, se fijaron en el suelo, y sus mejillas, poco antes cubiertas con la palidéz de la muerte, tomaron un color tan vivo, que cuando en la agonía de su vergüenza quiso cubrirse su cara, su cuello, su frente y todo lo que no cubrian sus manos parecia de grana.

Todo el mundo observó esta mutacion, y todo el mundo se enterneció. Solo el viejo Deans, inmóvil en su lugar, en donde no podia ni ver, ni ser visto sin levantarse, se quedó con los ojos fijos en el suelo, como temien-

do, si los levantaba, ser testigo ocular de la ver-
güenza de su casa. ¡Ah! se decía; ¡mi gloria se ha
eclipsado!... ¡Qué escándalo para la Iglesia!

Mientras que Deans hacia estas reflexiones,
se leyó la acusacion, y el presidente preguntó
segun costumbre á la acusada, si se declaraba
culpable, ó inocente.

-- Inocente de la muerte de mi pobre hijo,
respondió con una voz, cuyos acentos dulces
y doloridos, añadiendo un nuevo interés al
que habian inspirado ya sus facciones, hicie-
ron nacer una nueva sensacion de pena en el
corazon de los espectadores.

El tribunal debía empezar por dar una de-
claracion interlocutoria para conocer bajo qué
ley debía ser juzgada la acusada. No entrare-
mos en los pormenores de los medios de hecho
y de forma que hicieron valer sobre este obje-
to el ministerio público por una parte, y por
la otra el abogado defensor de la acusada: nos
basta decir que el tribunal, despues de ha-
ber deliberado, pronunció en último resorte,
que seria juzgada segun la ley que declara cul-
pable de infanticidio toda muger, que habien-
do ocultado su embarazo, no puede manifestar
el hijo que ha dado á luz.

CAPITULO VI.

No entraremos en un pormenor minucioso
de todos los incidentes del proceso de Effie,
pero es indispensable hacer conocer sus prin-
cipales circunstancias, particularmente aque-
llas que ilustrando á nuestros lectores sobre
algunos puntos que pueden aun parecer obscu-
ros, sean necesarias para la inteligencia de los
acontecimientos sucesivos.

Cuando los jurados acabaron de prestar su
juramento, el fiscal manifestó brevemente que
la necesidad de prevenir el infanticidio que,
con horror de la humanidad, se habia multipli-
cado escesivamente en Escocia, habia motiva-
do la ley, conforme á las disposiciones de la
eual debía ser juzgada la prisionera: que pro-
baria por las declaraciones de varios testigos,
y por la confesion misma de la prevenida (rea)
que no habia manifestado su embarazo á nadie,
reticencia que formaba la base fundamental de
la acusacion; que estableceria del mismo modo
que habia dado á luz un niño, y que todo ha-

do, si los levantaba, ser testigo ocular de la ver-
güenza de su casa. ¡Ah! se decía; ¡mi gloria se ha
eclipsado!... ¡Qué escándalo para la Iglesia!

Mientras que Deans hacia estas reflexiones,
se leyó la acusacion, y el presidente preguntó
segun costumbre á la acusada, si se declaraba
culpable, ó inocente.

-- Inocente de la muerte de mi pobre hijo,
respondió con una voz, cuyos acentos dulces
y doloridos, añadiendo un nuevo interés al
que habian inspirado ya sus facciones, hicie-
ron nacer una nueva sensacion de pena en el
corazon de los espectadores.

El tribunal debía empezar por dar una de-
claracion interlocutoria para conocer bajo qué
ley debía ser juzgada la acusada. No entrare-
mos en los pormenores de los medios de hecho
y de forma que hicieron valer sobre este obje-
to el ministerio público por una parte, y por
la otra el abogado defensor de la acusada: nos
basta decir que el tribunal, despues de ha-
ber deliberado, pronunció en último resorte,
que seria juzgada segun la ley que declara cul-
pable de infanticidio toda muger, que habien-
do ocultado su embarazo, no puede manifestar
el hijo que ha dado á luz.

CAPITULO VI.

No entraremos en un pormenor minucioso
de todos los incidentes del proceso de Effie,
pero es indispensable hacer conocer sus prin-
cipales circunstancias, particularmente aque-
llas que ilustrando á nuestros lectores sobre
algunos puntos que pueden aun parecer obscu-
ros, sean necesarias para la inteligencia de los
acontecimientos sucesivos.

Cuando los jurados acabaron de prestar su
juramento, el fiscal manifestó brevemente que
la necesidad de prevenir el infanticidio que,
con horror de la humanidad, se habia multipli-
cado escesivamente en Escocia, habia motiva-
do la ley, conforme á las disposiciones de la
eual debía ser juzgada la prisionera: que pro-
baria por las declaraciones de varios testigos,
y por la confesion misma de la prevenida (rea)
que no habia manifestado su embarazo á nadie,
reticencia que formaba la base fundamental de
la acusacion; que estableceria del mismo modo
que habia dado á luz un niño, y que todo ha-

cia creer que este habia perecido á manos de su madre, ó á lo menos con su consentimiento; que ademas no estaba obligado á probar este último hecho, pues que conforme á los términos rigurosos, pero justos de la ley, bastaba que hubiese hecho un misterio de su embarazo para ser juzgada como culpable de haber premeditado la muerte de su hijo.

Entonces hizo declarar como testigos á algunas mugeres que dijeron que habian echado de ver la situacion en que se encontraba Effie Deans; que le habian hablado muchas veces empenándola á que descubriese su falta, pero que ella les habia dado siempre una negativa formal. En fin, pidió que se leyese el interrogatorio hecho á la misma Effie, con las respuestas que ésta habia dado, cuyo documento añadió, no dejará ninguna duda á los jurados sobre la existencia de su crimen.

Para en el caso en que esta historia llegase á leerse fuera de los confines de Escocia, conviene observar, que es un uso judicial en este pais, que cuando se prende á alguno por presuncion de un crimen, se le hace sufrir un interrogatorio judicial delante de un magistrado. El preso no está obligado á responder á ningun-

na de las preguntas que se le hacen; puede guardar silencio, si juzga que sea de su interés el hacerlo; pero todas sus respuestas se ponen por escrito, las firma él mismo con el magistrado, y se producen contra él al tiempo de juzgarle, no como pruebas directas de su crimen, sino como el apoyo de las que se hayan adquirido por otra parte. Apesar de esta distincion sutil, introducida por los prácticos, para conciliar este modo de proceder con su regla general de que un hombre no puede dar testimonio contra si mismo, sucede sin embargo muchas veces, que estas declaraciones son otros tantos medios poderosos contra el acusado, que se halla, por decirlo asi, condenado por su propia confesion. Aunque el prevenido tiene facultad, como hemos dicho, para guardar silencio, raras veces usa de ella, porque conoce que el negarse á responder á las preguntas que le hace una autoridad legal, aumenta las sospechas ya concebidas contra él, y espera ó por una apariencia de franqueza, ó por respuestas especiosas, determinar al magistrado á que le ponga en libertad. Asi acontese pues, que sea confesando la verdad, sea substituyéndole la mentira, ó cavendo en contradicciones, el acusado

dá armas contra él, y coopera á su convicción.

Vamos á esponer el interrogatorio que conforme á estos principios sufrió Effie el dia de su arresto, cuya lectura fue mandada por el tribunal, y cuyo conocimiento es necesario á nuestros lectores.

P. ¿Convenís en que habeis dado á luz un hijo del sexo masculino durante los ocho dias que han trascurrido desde vuestra salida de casa de M. Saddletree hasta vuestra llegada á casa de vuestro padre en San Leonardo?

R. Convengo en ello.

P. ¿Cómo se llama el padre de ese niño?

R. No lo diré nunca.

P. ¿Qué razon teneis para ocultarlo?

R. No quiero decir nada que pueda perjudicar á un ausente.

P. ¿Habeis manifestado vuestra situacion á alguno?

R. No.

P. ¿Por qué no lo habeis hecho?

R. La vergüenza me lo ha impedido.

P. ¿Habeis hecho los preparativos necesarios á las necesidades del hijo cuyo nacimiento esperabais? R. No.

P. ¿Por qué no lo habeis hecho?

R. Porque estaba convencida que su padre no dejaria de ocurrir á sus necesidades y á las mias.

P. ¿Y lo ha hecho efectivamente?

R. No lo ha hecho personalmente: y no por falta suya, pues estoy segura que hubiera dado su vida por su hijo y por mí.

P. ¿Cuáles son las causas que se lo han impedido?

No respondo á esa pregunta.

P. ¿En dónde estuvisteis desde que salisteis de casa de M. Saddletree hasta el dia en que disteis á luz á vuestro hijo?

R. En casa de una muger conocida del padre de mi hijo, que habia sido buscada por él mismo para que me suministrase todos los socorros y cuidados que exigia mi estado.

P. ¿Cómo se llama esa muger?

No respondo.

P. ¿En dónde vive?

R. No estoy segura, porque era de noche cuando me llevaron á su casa.

P. ¿Era en la ciudad, ea los arrabales ó en el campo?

No respondo.

- P. ¿Conociais á esa muger?
- R. Yo no la habia visto jamas.
- P. ¿Vuestro hijo nació vivo?
- R. Sí.
- P. ¿Su muerte fue natural?
- R. Creo que no.
- P. ¿Qué os lo hace creer?
- R. La oposicion que encontré para que me le deixasen ver cuando me digeron que habia muerto.
- P. ¿La muger en cuya casa estabais, parecia tener los conocimientos necesarios á vuestra situacion?
- R. Sí; pero era una perversa muger.
- P. ¿Habia en su casa otras personas que ella y vos?
- R. Yo creo que habia otra muger; pero yo tenia la cabeza tan trastornada que hice poca atencion.
- P. ¿Cuándo os quitaron vuestro hijo?
- R. Mientras que yo sufría una calentera violenta que me duró muchos dias.
- P. ¿No habeis vuelto á pedir vuestro hijo?
- R. La muger que me asistia me dijo que habia muerto. Le pedi que me le dejase ver, y me contestó que no le veria mas. La acusé de

que ella le habia hecho perécer; pero me llenó de injurias, y yo me aproveché del primer momento que pude encontrar para escapar de su casa.

P. ¿Por qué no habeis contado todo esto á vuestro padre y á vuestra hermana?

R. Esta era mi intencion, pero no he tenido tiempo para hacerlo.

P. ¿Por qué ocultais el nombre y la casa de la muger?

R. *Después de un momento de reflexion.* Porque descubriéndolos no remediaría el mal que se ha hecho, y podría causar otro.

P. ¿Cual es este nuevo mal que temeis ocasionar?

No respondo.

P. ¿Habeis tenido en alguna ocasion la idea de hacer perécer á vuestro hijo?

R. Jamas. Yo hubiera dado mi vida por salvar la suya.

P. ¿Estais segura de que la muger en cuya casa os encontrabais le haya hecho perécer?

R. Los gritos que yo di cuando me dijo que mi hijo habia muerto, la hicieron temer que me oyesen los vecinos, y entre otras amenazas que me hizo, me dijo que la que habia he-

cho callar al hijo, haria callar á la madre, lo que me persuadió que ella le habia quitado la vida, y que la mia estaba en peligro.

P. ¿Qué dia os arrebataron á vuestro hijo?

R. Lo ignoro; pues el dia siguiente al de su nacimiento me vi atacada por una calentura acompañada de delirio que me duró muchos dias.

P. Esto es bien raro. ¿Y cuál fue la causa de esa calentura?

R. Una mala noticia que me dieron sin precaucion.

P. ¿Y que noticia fue esa?

No respondo.

P. ¿Por qué os negais á dar noticias que podrian contribuir á saber positivamente si vuestro hijo murió ó vive, y en este caso sacarle de entre las malas manos en que parece haber caido?

R. Si ha muerto, todo es inútil; y si vive, hay quien mirará por él.

En un segundo interrogatorio Effie declaró que lo dicho era la pura verdad, y que no contestaría á ninguna otra pregunta.

En seguida se la presentó una carta, y declaró ser la misma en virtud de la que se ha-

bia dirigido á casa de la muger mencionada en el interrogatorio. Dicha carta contenia lo que sigue.

Mi querida Effie: he encontrado el medio de procuraros los auxilios de una muger que se halla en estado de prestaros todos los socorros, y de tener por vos todos los cuidados que exige la situacion en que vais á veros. Ella no es todo lo que yo quisiera que fuese, pero no puedo hacer mas en la situacion en que me hallo, y me veo precisado á recurrir á ella en este momento por vos y por mi. Mi posicion actual es cruel; pero mi pensamiento está libre, y tengo esperanzas. Yo creo que mi compañero y yo podremos usar aun mas de un corbatin antes que el que nos destinan. Me reniréis de que os escriba así, mi pequeña azucena, pero si vivo bastante para serviros de apoyo, así como á nuestro hijo, entonces tendreis tiempo para renirme. Mucha discrecion sobre todo. Mi vida depende de esta bruja: ella es malvada y a-tuta; pero tiene motivos para no faltarme. A Dios, mi hermosa azucena: dentro de una semana nos veremos, ó no me veras mas.

P. D. Si yo debo perecer, mi mayor sen-

timiento á la hora de mi muerte será el recuerdo de los males que os he causado.

Effie se negó á declarar quien le habia escrito esta carta, pero se sabia bastante que fue Robertson, y la data convenia con la época en que éste y Wilson habian intentado escaparse de la cárcel, como se ha visto al principio de esta historia.

El abogado de Effie tomó entonces la palabra. -- La historia de mi clienta es tan corta como triste. Ella ha sido educada bajo los principios mas rigidos de la religion y del honor por un padre virtuoso, que en una época desgraciada se ha hecho conocer por el valor con que ha sufrido las persecuciones mas terribles, por obedecer á la voz de su conciencia.

David Deans, oyendo hablar de él en estos términos, se levantó involuntariamente por una especie de movimiento convulsivo, pero se sentó inmediatamente cubriéndose su rostro con ambas manos. Los Wigs que se hallaban presentes hicieron oír un ligero murmullo de aprobacion; mientras que los Torris al contrario fruncian las cejas.

Cualquiera que sea la opinion que podamos tener de los principios religiosos de su secta,

continuó el abogado, que conocia la necesidad de conciliarse el favor de ambos partidos, nadie puede negar que su moral sea pura, y que los hijos sean educados en el temor de Dios y en el amor de la virtud. Sin embargo, es á la hija de un hombre semejante á quien se acusa de haber cometido un crimen, que hace estreñecer á la naturaleza. Yo no negaré que apesar de los escelentes principios de educacion que ha recibido, esta desgraciada jóven no haya cedido, en un momento de debilidad, á los artificios de un seductor, que oculta bajo un exterior agradable una alma capaz de todos los crímenes, que le habia prometido casarse con ella, y que hubiera tal vez cumplido esta promesa, si su prision, su condenacion á muerte, su huida, y la necesidad de ocultarse no se lo hubieran impedido. En una palabra, señores, el autor de las desgracias de mi clienta, el padre del niño, cuyo desaparecimiento es un misterio, es el demasiado célebre Jorge Robertson, el cómplice de Wilson, y el principal autor de la conmocion que tuvo por objeto la muerte de Portews.

Abogado, dijo el presidente, debo recor-

daros que todos estos hechos son extranjeros á vuestra causa.

El tribunal tendrá á bien escusarme, pero yo no he dicho nada que no crea necesario á la defensa de la acusada. El nombre de Robertson y las circunstancias en que éste se encontraba, propenden á la justificación de la desgraciada que espera de vos la vida ó la muerte. Se le imputa que no hizo conocer á nadie el estado en que se hallaba. ¿Y su amante no es nadie? Este ¿no le había prometido y procurado todos los auxilios y socorros necesarios á la situación en que iba á verse? ¿Se podrá creer que intente matar su prole, el que con tanto esmero toma todas las medidas conducentes para conservar la vida? Es verdad que no lo dijo á otros; pero no lo hizo porque estaba segura que su seductor, casándose con ella, le volvería el honor que le había quitado. ¿Y era razonable que una joven tímida y ruborosa, hiciese gratuitamente pública su deshonra, confiando su descuido á la primera comadre que se lo preguntase, cuando podía esperar que esta deshonra se disiparía antes que se hiciese pública, y que por otra parte tenía asegurado todos los medios que reclama la humanidad en tales casos, y que no podría

esperar de los que solo por una vana, y tal vez criminal curiosidad, deseaban saber su estado?

Sin embargo, cuando Robertson fue condenado á muerte con Wilson; cuando no pudo ya conservar la esperanza de que el matrimonio reparase ó hiciese olvidar su falta, entonces dió su confianza toda entera á una amiga, á una parienta, á una hermana, y vosotros oireis su testimonio irreprochable.

Yo veo al señor fiscal mover la cabeza recorriendo con la vista el interrogatorio de mi clienta. Yo le comprendo perfectamente. Nos quiere decir que el hecho que yo anuncio no está conforme con su declaracion. Pero, señores, esta declaracion no forma la base del juicio que vais á pronunciar: éste debe fundarse sobre lo que se pruebe en pro ó contra la misma. Tampoco estoy obligado á explicar porque no ha hablado de esto en su declaracion. Pudo no haber conocido la importancia de que este hecho era para ella: pudo haber temido implicar á su hermana en este negocio; y pudo, en el estado de sorpresa y agitacion en que se hallaba, haberlo olvidado.

Se me preguntará tal vez como es posible conciliar la declaracion hecha por la acusada á

su hermana con el misterio del parto y el desaparecimiento del niño. Nada es mas fácil. Fue por orden del hombre que ella miraba ya como su esposo que se dirigió probablemente á una de esas guaridas del vicio y del crimen, que, con vergüenza y mengua de nuestra policia, existen aun en Edimburgo. Allí, despues de haber dado á luz un niño, mientras una calentura violenta la privava del uso de sus sentidos y de su razon, una muger malvada, el oprobio de su sexo, abusa de su estado, sin que se pueda saber el motivo, para apoderarse del recién nacido, y tal vez para asesinarle.

Aquí el abogado se halló interrumpido por un grito penetrante que dió Effie, cayendo desmayada en el suelo. Se le dieron todos los socorros necesarios, y cuando recobró sus sentidos. -- Señores, continuó el abogado, vos acabais de oír en ese grito doloroso la elocuencia del amor maternal, esa elocuencia tan superior á la mia, y que yo despojaría de toda su fuerza si tratase de comentarla. La naturaleza no se engaña en sus esfuerzos, y ella os dice que mi clienta es inocente del crimen de que se le acusa.

-- ¿Es esto hablar? dijo Saddletree al Laird

de Dumbidikes. Nuestro hombre vestiria toda una rueca con una sola hebra de lino; pero en cuanto á la declaracion que dice que Effie hizo á su hermana, M. Crossmyloof, no hace mucho aprecio de ella. Pero silencio, que van á oír á los testigos.

Las declaraciones de todos los que fueron oídos establecieron de un modo completo la regularidad de la conducta de Effie Deans anterior á su seduccion, sus virtudes y sus principios religiosos; pero nadie dió un testimonio mas brillante que Mistriss Saddletree, que fue interrumpida muchas veces por sus lágrimas, y que conmovió á todo el auditorio, escepto á su marido, quien dijo en voz baja á Dumbidikes. -- Vuestro Miguel Novit no entiende de esto una palabra. ¿De qué sirve el hacer comparecer aquí una muger, para que venga á lloriquear delante de los jueces? Era á mi á quien debia haber citado: yo hubiera hecho una declaracion, que no hubieran podido tocarle ni un pelo de la cabeza.

-- Pero ¿acaso es tarde? dijo el Laird. Yo voy á decirle una palabra á M. Novit.

-- No, no, dijo Saddletree, eso seria una declaracion espontánea, y yo se lo que resulta

de ello. Debió haberme hecho citar *debíta tempore*; y limpiándose la boca con un pañuelo de seda con cierto aire de importancia, tomó otra vez la actitud de un oyente atento é inteligente.

Habiendo llamado un hugier á Jeanie Deans, el mas profundo silencio reinó en toda la sala. Effie se volvió con viveza ácia el lado por donde su hermana debia entrar; y cuando la vió dirigirse lentamente precedida del hugier á la mesa de los jueces, sus brazos estendidos ácia ella, sus cabellos esparcidos, y sus ojos llenos de afliccion y de lágrimas parecian decirle; ¡oh Jeanie! ¡salvame! ¡salvame!

Por un sentimiento diferente, pero conforme con su carácter altivo y estóico, el viejo Deans cuando oyó llamar á su hija tuvo mas cuidado en esconderse á los ojos de todo el mundo, de modo que Jeanie habiendo dirigido su vista al entrar en la sala ácia el lado en que sabia que estaba su padre, no pudo descubrirle.

Jeanie al presentarse en la barra pasó tan cerca de su hermana, que le fue posible darla la mano. Effie la cogió, la llenó de besos, y las dos se deshicieron en lágrimas. Este espec-

táculo tan sensible, enterneció de tal modo el auditorio, que nadie pudo contener los suyos. Se pasaron algunos minutos antes que el mismo presidente pudiese calmar su conmocion, y recobrar bastante serenidad para decir al testigo que se tranquilizase, y á la prevenida que se abstudiese de aquellas demostraciones de afecto, que aunque tan naturales, no podian ser permitidas en aquel momento.

En seguida le hizo prestar el juramento solemne de decir la verdad, sobre todo lo que ella supiese, y sobre todo lo que se le preguntase; y del mismo modo que ella responderia á Dios mismo en el último dia del juicio: juramento augusto, que rara vez deja de hacer impresion aun sobre los hombres mas corrompidos, y que penetra al justo de un temor respetuoso.

Jeanie le repitió en voz baja aunque clara, siguiendo al presidente, que le dictaba las palabras: pues en los tribunales de Escocia, es este, y no un oficial inferior de justicia el que dirige al testigo en caso tan solemne, del que depende la garantia de su veracidad. Educada en el temor de Dios, Jeanie no pudo pronunciarle sin sentir una agitacion, y al mismo

tiempo una fuerza interior que la elevaba sobre todos los afectos terrestres, y que no le permitia pensar mas que en aquel, cuyo nombre acababa de tomar por testigo de la verdad de lo que iba á decir.

La importancia de que iba á ser su declaracion, obligó al presidente á dirigirle antes algunas palabras.

-- Jeanie Deans, le dijo, es mi deber el manifestaros que la verdad, cualquiera que sean sus consecuencias, la debeis á vuestro pais, al tribunal, á vos misma, y sobre todo á Dios, cuyo santo nombre acabáis de invocar. Tomad el tiempo que juzgueis necesario para responder á las preguntas que se os hagan, pero no olvideis que si os apartais de la verdad, vos responderéis ante el tribunal de los hombres, y delante del de Dios, que es aun mas temible.

En seguida se le hicieron las preguntas de estilo, á saber: si tenia odio ó mala voluntad al fiscal contra cuya asercion estaba citada á declarar, si habia sido seducida por promesas ó amenazas: en fin, si alguno le habia dictado la declaracion que iba á dar; preguntas, á las que Jeanie fue respondiendo negativamente, pero que escandalizaron al viejo Deans, quie-

levantándose de su asiento exclamó con sorpresa de todo el concurso: -- No temais nada, mi hija no es como la viuda de Tekoah. Nadie ha puesto en su boea las palabras que va á pronunciar.

Uno de los jueces, que conocia mejor las pandectas que la historia, le preguntó en voz baja al presidente, si no convendria proceder contra aquella viuda que parecia ser un testigo sobornado; pero éste, mas instruido, le dió la esplicacion de aquella frase de Deans. La dilacion que ocasionó este pequeño incidente, procuró á Jeanie los medios de recoger sus fuerzas para desempeñar el encargo terrible que oprimia su corazon.

M. Novit, que era hombre de mucha experiencia é inteligente, vió la necesidad que habia de dar aun á Jeanie algun tiempo para calmar su agitacion. Tenia algunas sospechas que venia á dar un falso testimonio para salvar á su hermana; y aunque no era hombre capaz ni de sugerirlo ni de probarlo, se decia, esta es cuenta suya, la mia es la de procurarle los medios de que se reponga de su agitacion, para que pueda responder categóricamente á las preguntas que yo me veo obligado á hacerle.

En su consecuencia empezó el interrogatorio por algunas preguntas insignificantes, que no pueden causar ni embarazo, ni agitacion.

P. ¿Sois hermana de la acusada?

R. Si señor.

P. ¿Sois mayor que vuestra hermana?

R. Si señor.

P. ¿De cuantos años?

R. De siete.

Despues de estas preguntas preliminares, y de algunas otras que no eran mas interesantes, el abogado, juzgando que ya se habia familiarizado bastante con su situacion, le preguntó, si en los últimos tiempos de la permanencia de su hermana en casa de Mistriss Saddletree, no habia notado cierta alteracion en su salud.

-- Si señor, respondió Jeanie.

-- ¿Y sin duda ella os ha dicho la causa? le preguntó el abogado con un tono sencillo y fácil, y como preparando la respuesta que debia dar.

-- Siento incomodaros M. Novit, dijo el fiscal poniéndose en pie. Pero yo pido al tribunal, declare si esta pregunta puede hacerse de ese modo.

-- Si se ha de discutir este punto, dijo el presidente, voy á mandar retirar al testigo.

Los tribunales de Escocia se hacen generalmente un escrúpulo en dirigir á un testigo ninguna pregunta que le haga presentir la respuesta que se espera de él. Esta delicadeza, aunque procede de un excelente principio, se lleva algunas veces hasta el extremo, pues un abogado que tenga presencia de ánimo puede eludir siempre la dificultad que se le oponga, y esto fue lo que sucedió en esta ocasion.

No es necesario, milord, contestó el abogado, pues que el señor fiscal ha criticado mi pregunta, yo la pondré en otros términos. Decidme miss Deans ¿vos habeis hecho algunas preguntas á vuestra hermana cuando habeis advertido su indisposicion? ¡cobrad ánimo! ¿y bien?

-- Yo le pregunté que ¿qué tenia?

-- Muy bien; tranquilizaos, tomad tiempo para responder. ¿Y qué os contestó?

-- Jeanie calló, y su cara se cubrió con la palidez de la muerte. No porque titubease sobre el partido que debia tomar, pues la idea del perjurio no habia entrado nunca en su imaginacion, sino porque era bien natural dudase ó

temiese el destruir la última esperanza de su hermana, que dependía de su respuesta á la pregunta que se le había hecho.

-- Cobrad ánimo, replicó el abogado; yo os pregunto lo que ella os respondió.

-- Nada; respondió Jeanie con una voz desfallecida, pero que se oyó en toda la sala; tan grande era el silencio que reinaba en el intervalo que medió entre la pregunta que hizo M. Novit, y la respuesta que recibió.

El abogado mudó de aspecto, pero no perdió su presencia de ánimo, que es muchas veces tan útil en un negocio litigioso, como en un campo de batalla. -- ¿Nada? repitió él. Sin duda cuando se lo preguntasteis por la primera vez; pero después ella os confió su situación.

Hizo aun esta pregunta con un tono propio á hacerle comprender toda la importancia de su respuesta, si ella no la había ya comprendido bien. Pero el hielo estaba ya roto, Jeanie titubeó menos que la primera vez, y respondió bastante pronto. ¡Ah! señor, jamás ella me ha dicho una sola palabra de su situación.

Un profundo suspiro rompió el silencio que

reinaba aun en la sala. Fue del desgraciado padre, que no pudiendo resistir, apesar de su firmeza, el golpe que destruía la esperanza que conservaba apesar suyo, cayó sin sentido en el suelo.

La desgraciada Effie le vió: ¡padre mió! exclamó, luchando con los guardas que la detenían: dejadme, dejadme, les decía; es mi padre, quiero verle: ¡Ah! ¡ha fallecido! ¡yo, yo soy la que le ha muerto!

Su aire de desesperacion, y sus acentos lastimosos conmovieron á los circunstantes y les llenaron de compasion.

En aquel momento de confusion general, Jeanie no perdió la superioridad de alma que la distinguía. Ella se dirigió inmediatamente á el anciano. Es mi padre, decía á los que querían detenerla. ¿Quién otra que yo tiene derecho para socorrerle y consolarle? y tomando agua fresca, que habían traído, se puso á mojarle las sienas.

El presidente limpiándose los ojos, mandó que transportasen á Deans á una habitacion inmediata, y que le diesen todos los socorros que reclamaba su situación. Effie siguió con los ojos á su padre conducido por dos ugieres,

y á su hermana que le acompañaba; pero cuando salieron de la sala, pareció encontrar un nuevo valor en el estado de abandono en que se hallaba, y en el exceso de su dolor.

-- Yo he bebido ya lo mas amargo de mi copa, dijo con un tono firme dirigiéndose al tribunal: si tal es vuestra voluntad, milords, yo estoy pronta á oír vuestra sentencia.

El presidente que habia participado del sentimiento de compasion comun á todo el auditorio, no pudo menos de advertir en su interior un movimiento de sorpresa, viendo que la acusada le recordaba sus funciones. Entonces preguntó á M. Novit si tenia otros testigos que examinar, y habiendo este contestado negativamente, el fiscal se levantó para hablar á los jurados.

Este se limitó á hacerles conocer que lo que debia ocuparles era examinar si estaba probado, no que la acusada fuese culpable de haber dado ó hecho dar la muerte á su hijo, si no que ella hubiese ocultado su situacion, pues que la ley no exigia mas que esté solo hecho, para la conviccion del crimen.

El abogado de la acusada tuvo pocos medios de defensa que hacer valer en su favor. Se

dedicó á hacer resaltar lo odioso de una ley que condenaba, sin que constase que hubiese cuerpo de delito; pretendiendo aún, que no se le podia aplicar la ley porque no se sabia que hubiese dado á luz un hijo, sino por su propia declaracion la que no podia bastar para su condenacion.

El presidente hizo en seguida el resumen de la causa y de las declaraciones de los testigos, despues del cual añadió; que el deber del tribunal y de los jurados, no era discutir ni examinar si una ley era ó no demasiado severa, sino de conformarse á ella. Muchos testigos han declarado que conocieron la situacion de la acusada, y que no solamente ella no la manifestó, sino que la negó formalmente cuando se lo preguntaron: su propia confesion viene al apoyo de estas declaraciones; no queda pues desgraciadamente ninguna duda de que la ley le sea aplicable.

No os hago estas observaciones, dijo á los jurados, con la mira de influir en vuestra opinion, sino de ilustraros. La escena de lástima, que tenemos á la vista, me ha afligido tanto como al que mas del auditorio: jamas he conocido tanto como hoy cuan penoso es para un juez el desempeñar su deber, pero si podeis sin que-

brantar las leyes divinas y humanas, y sin faltar á vuestra conciencia, dar una declaración favorable á la acusada, me alegraré infinito de verme descargado del resto de las funciones posibles, que en caso contrario me quedan que llenar.

Los jurados se retiraron entonces á la sala reservada de sus deliberaciones.



CAPITULO VII.

Los jurados estuvieron una hora deliberando. Al entrar en la sala la atravesaron á pasos lentos, como hombres encargados de una terrible responsabilidad, y que tenian que llenar un deber penoso. El mas profundo silencio se restableció al instante en el auditorio.

El jefe ó presidente de los jurados, que en Escocia se llama el canciller del Jury, se adelantó ácia el presidente del tribunal, y despues de haberle saludado respetuosamente, le entregó un papel cerrado que contenia la declaración del Jury. Los jurados quedaron en pie, mientras el presidente abrió el pliego y leyó en voz baja la declaración, y la entregó con un aire de gravedad solemne al secretario del tribunal, para que la uniese por cópia al proceso. Quedaba aun una fórmula que llenar; fórmula de poca importancia en ella misma, pero que hace una impresion terrible, atendida la circunstancia en que se emplea. Se colocó sobre la mesa del tribunal una bujia encendida, y cuando la declaración del Jury fue copiada, se

brantar las leyes divinas y humanas, y sin faltar á vuestra conciencia, dar una declaración favorable á la acusada, me alegraré infinito de verme descargado del resto de las funciones posibles, que en caso contrario me quedan que llenar.

Los jurados se retiraron entonces á la sala reservada de sus deliberaciones.



CAPITULO VII.

Los jurados estuvieron una hora deliberando. Al entrar en la sala la atravesaron á pasos lentos, como hombres encargados de una terrible responsabilidad, y que tenian que llenar un deber penoso. El mas profundo silencio se restableció al instante en el auditorio.

El jefe ó presidente de los jurados, que en Escocia se llama el canciller del Jury, se adelantó ácia el presidente del tribunal, y despues de haberle saludado respetuosamente, le entregó un papel cerrado que contenia la declaración del Jury. Los jurados quedaron en pie, mientras el presidente abrió el pliego y leyó en voz baja la declaración, y la entregó con un aire de gravedad solemne al secretario del tribunal, para que la uniese por cópia al proceso. Quedaba aun una fórmula que llenar; fórmula de poca importancia en ella misma, pero que hace una impresion terrible, atendida la circunstancia en que se emplea. Se colocó sobre la mesa del tribunal una bujia encendida, y cuando la declaración del Jury fue copiada, se

cerró el original bajo un pliego que selló el presidente para depositarle en el archivo segun costumbre, y se apagó la bujia. Todas las formalidades se ejecutaron con el mayor silencio. La accion de apagar la bujia, hizo presentir á los espectadores que así se extinguiria bien pronto la vida de la infeliz que iba á ser juzgada. Esta operacion causa el mismo sentimiento que en Inglaterra el ver al juez cubrirse con su fatal sombrero. Entences el presidente mandó á Eufemia Deans que oyese la lectura de la declaracion del Jury.

Esta contenia, que el Jury, habiendo elegido á John Kirk por canceller, y á Tomas Moore por secretario, habia á la pluralidad de votos encontrado á Eufemia Deans culpable del crimen de que era acusada, pero que en atencion á su corta edad, y á las demas circunstancias de la causa, suplicaba unanimente al tribunal la recomendase á la clemencia del Rey.

-- Señores, dijo el presidente á los jurados; vos habeis hecho vuestro deber: deber penoso á la verdad. Yo no dejaré de transmitir vuestra recomendacion á los pies del trono, pero debo deciros que no tengo la mas leve esperanza de que se conceda la gracia que implorais para la

acusada. Vosotros sabeis que este crimen se ha multiplicado enormemente en este pais, y no hay duda de que el gobierno quiera prevenir su repeticion por un severo castigo.

En seguida preguntó á M. Novit si tenia que hacer alguna observacion que obstase á la pronunciacion de la sentencia. Este habia examinado con gran cuidado la declaracion del Jury, pero ésta se hallaba en regla, y se vió precisado á responder que nada tenia que observar.

El presidente despues de haber conferenciado un instante con los jueces, se dirigió de nuevo á la acusada, y la dijo que escuchase la sentencia del tribunal.

Ella se levantó con un aspecto que anunciaba mas tranquilidad y resolucion que habia manifestado hasta entonces, y sobre todo al principio de la sesion. Los sufrimientos del alma, son como los del cuerpo; los primeros golpes son los mas dificiles de suportar, y ocasionan una especie de apatia que hace casi insensibles los que les signen. Mandrin lo decia sufriendo el suplicio de la rueda, y todos los que han experimentado desgracias continuas, tiene una esperiencia de ello.

-- Eufemia Deans, dijo el presidente; es un

deber penoso para mí el anunciaros, que vuestra vida se halla condenada por una ley severa hasta cierto punto, pero necesaria para hacer conocer á las que se encuentren en una situación igual á la vuestra, el peligro á que se expone ocultando por una falsa vergüenza, la falta en que hayan incurrido. Negándonos á descubrir la vuestra á vuestra hermana, y á las demas personas de vuestro sexo, que la habian advertido, y cuya compasion hubierais merecido por vuestra buena conducta anterior, habeis contravenido á la ley que os condena, y os habeis hecho culpable, á lo menos, de haber olvidado las precauciones necesarias para asegurar la vida del ser que debíais dar á luz. ¿Qué se ha hecho éste? ¿Su desaparecimiento ó su muerte, es vuestra obra, ó de cualquiera otra persona? Esto es lo que Dios y vuestra conciencia no pueden ignorar. A pesar de la recomendacion que la humanidad de los jurados ha hecho en vuestro favor, yo no puedo daros ninguna esperanza de perdón. No conteis con que vuestra vida pueda prolongarse mas allá del término fijado por la sentencia pronunciada por el tribunal. Nosotros la hemos estendido todo lo que la ley permite, para de-

jaros ese tiempo mas de reconciliaros con el cielo. Podeis llamar á vuestro lado al ministro que querais escoger: no penseis ya mas en las cosas de este mundo, y preparaos por el arrepentimiento y la penitencia á la muerte y á la eternidad. Doomster, leed la sentencia.

Doomster era el verdugo principal de Edimburgo. El que ejerce estas funciones en Escocia, está encargado de leer las sentencias que imponen pena de muerte, y parece que pasando estas por su boca, adquieren un nuevo grado de horror.

Cuando Doomster se presentó para dirigirse á la mesa de los jueces, todo el mundo se apartó como por instinto, pues se hubiera mirado como manchado para siempre al que solo hubiese tocado sus vestidos. El mismo conocia que era el objeto del horror público, y como las aves que habitan en las tinieblas parecia solícito en substraerse á la claridad del dia.

Cuando el secretario le entregó la sentencia, él leyó en alta voz que el tribunal condenaba á Eufemia Deans á ser reconducida á la cárcel de Edimburgo, en la que permaneceria seis semanas á contar desde aquel dia, y que á la espiracion de este término, seria lle-

vada á la plaza ordinaria de las ejecuciones para ser ahorcada en ella hasta que se siguiese su muerte.

Leído esto, Doomster desapareció semejante al espíritu maligno, que sale un instante de la morada de las tinieblas eternas para conducir los hombres al crimen, y se sepulta en ellas cuando su proyecto está cumplido: sin embargo, la funesta impresion que hizo su vista, duró largo tiempo despues de su partida.

La infeliz condenada, pues asi es como se debe ya llamarla, aunque mas susceptible y menos sufrida que su padre y que su hermana, manifestó en aquella circunstancia que tenia á lo menos tanta fortaleza. Permaneció en pie ó inmóvil mientras se leyó la sentencia: cuando vió comparecer á Doomster, cerró los ojos; pero cuando se retiró este ser de mal agüero, ella fue la primera á romper el silencio.

-- Dios os perdone milords, dijo: no lleveis á mal que yo os manifieste este deseo; porque, ¿quién hay entre nosotros que no tenga necesidad de perdon? En cuanto á mi, yo no puedo vituperaros: habeis obrado segun vuestras conciencias. Si yo no he causado la muerte de mi desventurado hijo, todos vosotros habeis

visto qué he causado hoy la de mi desgraciado padre. Yo recibo vuestra sentencia como un castigo de Dios y de los hombres; pero Dios es mas misericordioso para con nosotros, que lo que somos nosotros mismos los unos para con los otros.

El presidente levantó la sesion; Effie fue reconducida á la cárcel, y el pueblo salió de la sala con el mismo tropel que habia entrado, oprimiéndose ó empujándose unos á otros con los codos ó con los hombros para abrirse paso por medio de la muchedumbre. La mayor parte de los concurrentes al volver á sus ocupaciones ordinarias, olvidaron las diferentes sensaciones que habian experimentado: los curiales y demas sugetos que seguian la carrera del foro, endurecidos por la costumbre de ver escenas semejantes, no manifestaron mas sensibilidad que los cirujanos, que ven practicar una operacion de su arte, y se retiraban discutiendo friamente el principio de la ley que habia servido á la sentencia que se acababa de pronunciar, los discursos de los abogados, y aun los del mismo presidente.

Los espectadores, cuyo corazon dá siempre mas entrada á la compasion, acriminaban

la dureza del juez, que no habia dejado ninguna esperanza de perdon.

Venia muy al caso, dijo Mistriss Gowden, el decir á la pobre criatura, que se disponga para morir, cuando un hombre como M. Kirk ha intercedido por ella.

Si, vecina, dijo Miss Damahoy enderezando su talle flaco, con toda la dignidad de una vieja soltera; pero es menester verdaderamente poner un término á la mala conducta de la juventud de nuestro secso. No se ven por todas partes mas que muchachos, cuyas madres no han recibido la bendicion nupcial. Esto á la verdad es una vergüenza.

-- Vamos, vamos, vecina, le replicó Mistriss Gowden, es preciso saber vivir y dejar vivir, á los demas. Nosotras hemos sido jóvenes, y no debemos juzgar á las demas con tanta severidad.

-- ¿Nosotras hemos sido jóvenes? Mistriss Gowden, dijo Mis Damahoy: ¿Y qué quiere decir eso? ¿Intentais acaso tratarme de vieja?

-- No, vecina, pero debeis acordaros que erais ya mayor de edad, cuando se celebró el último parlamento en Escocia, y esto fue en 1707.

M. Plundamar, que daba el brazo á estas

dos señoras, vió que era peligroso el dejarlas tratar semejantes puntos de cronologia, y como deseaba conservar la paz y las relaciones de buena vecindad, se apresuró á hacer recaer la conversacion sobre el objeto de que se separaban.

-- El juez no nos ha dicho todo lo que podia, si hubiera querido, con respecto á la recomendacion á la clemencia del Rey. En esto hay ciertos rodeos propios de los jueces. Pero esto es un secreto.

-- Decidnosle, decidnosle; exclamaron al mismo tiempo las dos. La fermentacion ácida de su disputa se halló neutralizada por el poderoso alkali de la palabra *secreto*.

-- Aqui está M. Saddletree, que podrá decirlo mejor que yo, dijo M. Plundamar, pues yo lo se por él.

Saddletree se reunió con ellos en aquel momento, dando el brazo á su esposa, que parecia inconsolable.

Inmediatamente las dos señoras le dirigieron la ante-dicha pregunta, á la que no se hizo rogar para responder.

-- Ellos hablan de impedir la repeticion de

los infanticidios. ¿Creeis que los ingleses, nuestros antiguos enemigos, darian un ardite para impedir que nosotros nos matasemos unos á otros, parientes, conocidos, estrangeros, hombres, mugeres, en fin *omnas et singulas* como dice M. Crossmylooff? ¡No! ¡no! no es esta la razon que impedirá el perdon de Effie. Ved aquí el fondo del negocio. El Rey y la Reyna estan en tales términos incomodados por el asesinato de Portews, que no concederian el perdon de un solo escoces, aun cuando se tratase de ahorcar á todos los habitantes de Edimburgo, desde el primero hasta el último.

-- Dan por muy cierto, añadió miss Damahoy que el Rey Jorge arrojó su peluca al fuego, cuando supo la muerte de Portews.

-- Él ha hecho otro tanto por cosas menores, dijo M. Saddletree.

-- La Reyna ha rasgado sus guantes de rabia, añadió M. Plundamar; vos debeis haberlo oido decir; y aun refieren que el Rey ha dado de palos á Sir Roberto Walpole por no haber sabido contener al pueblo de Edimburgo. Pero yo no puedo creer que esto sea cierto.

-- Si; es cierto, replicó Saddletree, y que-

ria tambien dárselos al duque de Argyle.

-- ¡Dar de palos al duque de Argyle! esclamaron todos á la vez.

-- Si; contestó Saddletree, pero la sangre de Mac-Callummore no hubiera podido suportar esta afrenta.

-- El duque es un verdadero escoces, dijo Plundamar, un verdadero amigo de su pais.

-- Sin duda, fiel á su país y á su Rey, continuó Saddletree, y yo os lo probaré si quereis entrar en casa, porque hay cosas de que no es prudente hablar mas que *inter privados parietes*.

Todo el mundo aceptó su proposicion: entrando en su tienda hizo salir de ella á sus aprendices, sacó de su bolsillo un pedazo de papel sucio y ya usado, y les dijo: -- Esto es fruta nueva; todo el mundo no os podria decir otro tanto. Esto es, ni mas ni menos, el discurso del duque de Argyle sobre la insurreccion [relativa á Portews. Vais á ver lo que contiene. Mi corresponsal lo ha comprado de un buhonero en el patio del mismo palacio á las barbas del Rey como suele decirse. Me lo han enviado pidiéndome la renovacion de una letra de cambio. A propósito, será menester

que os entoreis de esto Mistriss Saddletree.

La pobre señora estaba tan ocupada de la situación de Effie que no había oído nada de la conversacion que acabamos de referir; pero las palabras *renovacion de una letra de cambio*, la sacaron de su letargo. Inmediatamente se apoderó de la carta que le presentaba su marido, y habiéndose puesto sus anteojos, despues de haber limpiado cuidadosamente los vidrios, se entretuvo en leerla, mientras que su marido leía en alta voz y con tono de declamacion algunos pasages del discurso del duque.

-- «Yo no soy ministro; yo no lo he sido jamas, y no lo seré nunca.

-- No había oído decir jamas, dijo Mistriss Gowden, que S. E. hubiese pensado en seguir la carrera de la iglesia.

M. Saddletree tuvo la atencion de explicar á dicha señora que se trataba allí de ser ministro de estado, y no ministro del evangelio, y continuó su lectura.

-- «Huvo un tiempo en que yo hubiera podido serlo, pero conocia bastante mi incapacidad para no ambicionarlo. Doy gracias á Dios por haber sabido hacerme justicia á mi mismo. Despues de mi entrada en el mundo, y pocos

han entrado mas jóvenes que yo, he servido siempre á mi Rey sin interés, con mi bolsillo, y con mi espada. He ocupado destino que he perdido, y si yo me veo privado mañana de los que poseo aun, mi fortuna y mi vida no estarán menos á la disposicion de mi soberano....

-- ¿Pero qué se nos da á nosotros de todo eso, le dijo su muger interrumpiéndole? os divertís en charlar hai del duque de Argyle, mientras ese Martingale va á hacernos una bancarrota de cincuenta libras. ¿Y el duque las pagará? Yo creo que haria mejor en pagar sus propias deudas. Pronto hará seis meses que nos debe mas de cien libras por la obra que se hizo para él la última vez que estuve en Royston. Pero yo no tengo la paciencia para oír hablar de duques. Allá arriba está el pobre Deans y su hija, que nos dan bastante en que ocuparnos. Sentaos vecinos, yo no os despido, pero creo que con sus tribunales de justicia, sus parlamentos y sus duques este pobre hombre perderá la cabeza.

Los vecinos no aceptaron la oferta que les hizo Mistriss Saddletree y se retiraron, pero Saddletree dijo al oído á Plundamar que iria á

buscarle dentro de una hora al café de Mac-Croskie, y que tendría cuidado de ponerse en el bolsillo el discurso del duque.

Desembarazada de sus huéspedes Mistriss Saddletree fue á ver á David Deans y á su hija, que habian aceptado la hospitalidad que les ofreció en su casa.



CAPITULO X.

Cuando Mistriss Saddletree entró en la habitacion que ocupaban sus huéspedes, halló las ventanas medio cerradas. La debilidad que habia sucedido al desmayo del anciano, obligó á su hija á ponerle en la cama. Las cortinas de ésta se hallaban corridas, y Jeanie estaba inmóvil sentada al lado de su padre, que dormia. Mistriss Saddletree era una excelente muger, muy compasiva, pero ignoraba absolutamente la delicadeza del trato; así abrió inmediatamente todas las ventanas, describió las cortinas, y dirigiéndose á M. Deans, le exhortó á que se armase de paciencia, á que se levantase y á que suportase sus penas como hombre de carácter y con toda resignacion. No hizo la menor atencion á las señas que la dirigia Jeanie, ni á sus esfuerzos para detenerla, y solo por el silencio de Deans, conoció que estaba durmiendo.

-- ¿Se ha concluido ya todo? le preguntó

buscarle dentro de una hora al café de Mac-Croskie, y que tendría cuidado de ponerse en el bolsillo el discurso del duque.

Desembarazada de sus huéspedes Mistriss Saddletree fue á ver á David Deans y á su hija, que habían aceptado la hospitalidad que les ofreció en su casa.



CAPITULO X.

Cuando Mistriss Saddletree entró en la habitación que ocupaban sus huéspedes, halló las ventanas medio cerradas. La debilidad que había sucedido al desmayo del anciano, obligó á su hija á ponerle en la cama. Las cortinas de ésta se hallaban corridas, y Jeanie estaba inmóvil sentada al lado de su padre, que dormía. Mistriss Saddletree era una excelente muger, muy compasiva, pero ignoraba absolutamente la delicadeza del trato; así abrió inmediatamente todas las ventanas, descorrió las cortinas, y dirigiéndose á M. Deans, le exhortó á que se armase de paciencia, á que se levantase y á que suportase sus penas como hombre de carácter y con toda resignacion. No hizo la menor atencion á las señas que la dirigía Jeanie, ni á sus esfuerzos para detenerla, y solo por el silencio de Deans, conoció que estaba durmiendo.

-- ¿Se ha concluido ya todo? le preguntó

Jeanie temblando. ¿No queda ya esperanza ninguna?

-- Ninguna, le respondió *Mistriss Saddletree*, ni la mas mínima. Yo se lo he oido decir á ese miserable juez. ¿No es una vergüenza el ver á tantos hombres con sus togas encarnadas ó negras, reunirse para hacer morir á una pobre muchacha, que no tiene aun malicia para saber lo que se ha hecho? Yo no he gustado nunca de la machaqueria de mi marido sobre las leyes y los tribunales, pero de hoy en adelante gustaré mucho menos. Yo no he oido decir en toda la sesion mas que una cosa razonable, y fue cuando el honrado *M. Kirk* dijo, que era menester récomendarla á la clemencia del Rey. Pero hablaba con sordos.

-- ¿Pues qué el Rey puede concederle la gracia de la vida? exclamó con precipitacion *Jeanie*. Yo habia oido decir que el el Rey no podia concederla en caso de ase... en los casos semejantes al suyo.

-- ¡Si puede conceder la gracia, hija mia! Sin duda que lo puede cuando quiere. ¿No la ha concedido al jóven *Singlesword* que mató al *Laird de Ballencleug*: al capitán inglés *Hackun* que mató á dos escoceses; á *M. Sinclair*

que habia asesinado á *Shaw*; y á muchos otros, y todo esto en mi tiempo? Pero estos eran gentes de alto copete, y tenian quien hablase por ellos. Y ultimamente, ¿no se concedió la de *Portws*? ¡Ah! no es el poder el que falta, son los medios de obtenerla.

-- ¡*Portews*! dijo *Jeanie*; pero es cierto. ¿Y cómo es posible que yo haya olvidado una cosa que debia tener tan presente? A Dios, *mistriss Saddletree*; ¡quiera el cielo no conozcáis nunca la necesidad de tener amigos!

-- ¡Como! *Jeanie* ¿no os quedais con vuestro padre? Yo creo que hariais mejor en quedaros aqui.

-- Yo tengo cierta cosa que hacer allá bajo, respondió indicando la cárcel con un gesto; es menester que yo me aproveche de este momento para separarme del lado de mi padre, porque de otra suerte no tendria valor para ello: yo nada temo por su vida, porque se que tiene valor, yo lo se, añadió, poniendo la mano sobre su corazon, por mi propio corazon.

-- ¿Pero volvereis?

-- No; es menester que yo vaya á *San Leonardo*; yo tengo poco tiempo y mucho que hacer; es menester que yo hable á ciertos ami-

gos. A Dios; que el cielo os guarde y cuidad de mi padre.

Cuando estuvo á la puerta de la habitacion volvió de repente, y poniéndose de rodillas delante de la cama: ¡O padre mio: exclamó, dadme vuestra bendicion! Yo no puedo partir sin que vos me deis vuestra bendicion; decidme solamente; ¡que Dios os bendiga Jeanie! yo no pido mas que esto.

Su padre, medio dormido y medio despier-to, y por instinto mas bien que por reflexion, contestó las mismas palabras que maquinalmente habia oido á su hija: -- ¡Que Dios os bendiga, Jeanie!

-- El bendiga mi viage, dijo Jeanie levantándose, y yo siento en mi corazon un presentimiento que me consuela.

Diciendo estas palabras salió de la habitacion. Mistriss Saddletree se quedó meneando la cabeza. -- ¡Quiera Dios dijo, que este pobre muchacha no haya perdido la cabeza! Pero estos Deans ¡tienen todos un carácter tan singular!... Yo no gusto de gentes que pretenden valer mas que los otros; porque de aqui nunca resulta nada de bueno. Ahora, si ella va á saber como se hallan las cosas de su casa en San

Leonardo, eso es otra cosa. A la verdad que es menester tener cuidado de él. ¿Gizzie? Venid aqui. Subid: estaos á la vista de ese buen hombre, y tened cuidado de que no le falte nada. Vamos, vamos: ¿qué tendreis hai que atusaros tanto vuestro pelo y vuestra cinta? ¡Yo me persuado que hoy teneis un bello egeemplo! Qué os sirva de leccion, y no penseis tanto en vuestras cintas, y guardafaldas.

Pero dejemos á la buena señora declamar contra las vanidades del mundo, y transportémonos á la habitacion en que Effie acababa de ser encerrada, porque en Escocia los sentenciados á muerte están guardados con mas estrechez que cuando solo eran acusados.

Effie se encontraba, hacia ya mas de una hora sumergida en aquel estado de estupor y de anonadamiento, tan propio de su situacion, cuando le sacó de él cierto ruido que al principio la sorprendió, pero que conoció luego que era el de los cerrojos de su puerta que se abria.

Ratcliffe entró y le dijo: vuestra hermana viene á veros.

-- Yo no quiero ver á nadie, contestó Effie con aspereza, y á mi hermana mucho menos.

Decidle que cuide de mí padre: yo ya no soy nada para ellos, ni ellos son ya nada para mí.

-- Pero dice que es preciso que os vea: le replicó Ratcliffe.

Al mismo tiempo Jeanie precipitándose en la habitación corrió á abrazar á su hermana, hecha un mar de lágrimas, mientras ésta se esforzaba por desasirse de entre sus brazos.

-- ¿A qué vienen esas lágrimas? le dijo Effie. ¿No sois vos la causa de mi muerte, pues que una sola palabra de vuestra boca podía salvarme? ¿á mí, que estoy inocente? inocente, á lo menos del crimen de que me acusan! ¿á mí, Jeanie, que hubiera dado mi vida por salvaros un solo dedo de la mano!

-- ¡Vos no morireis Effie! le dijo su hermana con entusiasmo. Decidme lo que queráis; pensad de mí lo que queráis; pero prometedme que no atentareis á vuestros días, pues que conozco vuestro valor, y temo vuestra desesperación. No, no morireis de esta muerte vergonzosa.

-- No, Jeanie, no moriré de esta muerte vergonzosa. Yo lo he resuelto ya. Yo no esperaré que me conduzcan á un cadalso. Ya he comido mi último bocado de pan.

-- ¡Oh! ¡esto era lo que yo temía! exclamó Jeanie.

-- Dejadla, dejadla, le dijo Ratcliffe. Vos no conoceis nada de esto. No hay nadie que despues de haber sido condenado á muerte, no forme igual resolucion; pero tampoco hay nadie que la egecute. Yo sé esto por esperiencia. Yo me he oido leer tres distintas veces la sentencia de mi muerte, y sin embargo me veis aqui; á mí, á Jayme Ratcliffe. Si desde la primera vez yo hubiese apretado el nudo de mi corbatin, como tenia ánimo de hacerlo, ¿en dónde estaria yo ahora?

-- ¿Y cómo os habeis librado? le preguntó Jeanie, tomando un cierto interés por este hombre, que antes le era tan odioso, por ver cierta conformidad entre su situacion y la de su hermana.

-- ¿Cómo me he librado? de un modo que no lo logrará nadie en esta cárcel, mientras yo tenga las llaves.

-- Pues á pesar de vuestras llaves, mi hermana se librará, y saldrá de la cárcel, y esto será á la luz del Sol, y á medio día: le contestó Jeanie. Yo me voy á Londres. Yo me voy á pedir su perdon al Rey y á la Reyna, pues que se

lo concedieron á Portews, tambien pueden concederselo á Effie. Cuando una hermana les pida de rodillas la vida de su hermana, no se la negarán, no podrán negarsela, y ganarán mil corazones por este acto de clemencia.

Effie la escuchaba con tanta atencion, como sorpresa. Un rayo de esperanza se insinuaba en su aflijido corazon, pero la reflexion le disipaba al momento.

-- El Rey y la Reyna están en Londres, Jeanie, bien léjos de aquí. Yo creo que es menester pasar el mar para ir, y yo estaré ya muerta aun antes que llegueis.

-- No, no, hermana; no está tan léjos como creéis; y yo sé que se va por tierra. Ruben Butler me ha hablado muchas veces de ello.

-- ¡Ah! Jeanie: ¡vos sois bien dichosa! Vos no habeis tenido nunca mas que amigos que os han dado buenos consejos, mientras que yo... Diciendo esto se cubrió la cara con ambas manos y se puso á llorar con el mayor desconsuelo.

-- No penséis en esto ahora, hermana; ya tendreis tiempo para ello, si se os perdona la vida. A Dios: á menos que yo no muera en el camino, yo veré la cara del que puede perdo-

arte. ¡Oh! señor: le dijo á Ratcliffe, tened humanidad con ella; protegedla: esta es la primera vez que necesita del apoyo de un extranjero. A Dios, Effie, á Dios; no me digas nada; yo no debo afligirme ahora, pues que necesito de todas mis fuerzas, y de todo mi valor: y arrancándose de entre los brazos de su hermana, salió de la habitacion.

Ratcliffe la siguió, y le hizo señas de que entrase en una pequeña pieza, con un ademán que indicaba que tenia que decirle alguna cosa de importancia. Ella le siguió aunque con un temblor involuntario.

-- ¿Por qué temblais? le dijo Ratcliffe. Nada teneis que temer; yo no quiero mas que haceros bien: os respeto, y no lo puedo menos, en vista de vuestra conducta: escuchadme. ¿Vos vais á Londres? Teneis razon: vuestro valor y vuestro entusiasmo harán tal vez de modo que salgais en bien. Pero ¡qué diablos! No vais de repente á encontrar al Rey: es menester haceros antes algun amigo. Tratad de ver al duque; si, ved á M. Mac-Collummore: éste es el amigo de los escoceses. Yo sé que los grandes no le estiman, pero le temen; y esto viene

á ser lo mismo. ¿Conoceis á alguno que pueda daros alguna carta para él?

-- ¿El duque de Argyle? exclamó Jeanie. ¿Es pariente del señor del mismo nombre que sufrió la persecucion en tiempo de mi padre?

-- Es su hijo ó su nieto, pero ¿qué importa?

-- Dios sea bendito: exclamó Jeanie.

-- Sí, si; vosotros los wtigs alabais á Dios á cada momento; esto es muy justo: pero ¡diantre...! Escuchadme: tengo un secreto que deciros. Sobre los confines de Escocia y de Inglaterra, y sobre todo en el condado de York, es posible que encontréis ciertas gentes, que á la verdad, no son las mas atentas y comedidas del mundo. ¡Pero el diablo, si ninguno de ellos toca á un conocido de Daddy-Rat! Aunque yo me haya retirado ya de los negocios públicos, saben muy bien que aun puedo hacerles mucho bien ó mucho mal; y no hay ninguno que ejerza el oficio, solamente de un año á esta parte, bien sea sobre las costas, bien sea en los caminos reales que no respeto mas mi pase y mi firma, que la de todos los jueces de paz de los dos reinos. Yo voy á componer esto.

Entonces tomó un pedazo de papel sobre el que escribió tres ó cuatro líneas, y doblándole se lo entregó á Jeanie; y como ésta se rehusaba á tomarlo; tomadle, exclamó con resolucion: ¡Qué! ¿Temeis acaso que os muerda? ¡Qué diablo! Si no os hace bien, tampoco os hará mal. No dejéis de enseñarlo, si encontráis algun lazarrillo de Sir Nicolas.

-- No os comprendo dijo, Jeanie.

-- ¿No me comprendéis, hermosa Camerouniana? Pues yo creí que esta frase os seria bien conocida. Pero mirad; en buen escocés yo quiero deciros, que si os veis detenida por algunos ladrones, que en nuestra jerga se llaman los lazarrillos de Sir Nicolas, no tenéis mas que enseñarle este papel, y ninguno de ellos os tocará ni á un pelo de vuestra ropa. Ahora id con Dios, y tratad de ver al duque de Argyle. Si alguno puede servirlos, es él.

Jeanie despues de haber dado una última mirada de tristeza sobre las viejas y ennegrecidas paredes de la cárcel, y otra sobre la casa hospitalaria de Mistriss Saddletree, salió de Edimburgo, y no tardó en llegar á San Leonardo.

Inmediatamente envió á llamar á una mu-
ger que habia servido en otro tiempo en casa
de su padre, y que habiendo juntado un poco
de dinero vivia entonces tranquilamente en una
cabana vecina, y le dijo; que obligándola cier-
tos negocios á emprender un viage que dura-
ria algunas semanas, viniese á pasar el tiempo
de su ausencia en San Leonardo, y se encar-
gase de los quehaceres de la casa.

May Hetly convino en ello, y Jeanie la ins-
truyó de todos los objetos en que tendria que
ocuparse, particularmente los que tenian re-
lacion con su padre, cuyo cuidado le encargó
sobre todo. Con esto despidió á la buena mu-
ger que la prometió volver el dia siguiente muy
temprano, y ella se ocupó lo restante de aquel
dia en hacer los preparativos de su viage.

La sencillez de su educacion, y la de las cos-
tumbres del pais, hicieron estos aprestos tan
cortos como fáciles. Su plaid, ó manto podia
servirle al mismo tiempo de vestido de viage y
de para-aguas, y en un pequeño paquete, bajo
del brazo, llevaria la poca ropa blanca que ne-
cesitase.

Ella habia llegado á pie descalzo á este mun-

do, como decia Sancho Panza, y por lo mismo
se proponia hacer á pie descalzo este viage, y
conservar sus zapatos y sus medias limpias pa-
ra las ocasiones de aparato. No sabia que en In-
glaterra el ir á pie descalzo indica la miseria
mas absoluta, sin embargo si le hubieran he-
cho una objecion sobre la falta de curiosidad,
hubiera alegado la costumbre de los Escoceses
de hacer tantas abluciones como los Mahome-
tanos.

Hasta alli todo iba bien.

En una especie de papelera, en que Deans
guardaba sus libros y papeles, buscó y llegó
á encontrar entre dos ó tres lios que contenian
algunos extractos de sermones, cuentas con
los trabajadores, últimas palabras pronuncia-
das por los que llamaba mártires en sus perse-
cuciones, dos ó tres papeles que le parecieron
podrian serle útiles para su proyecto, y los co-
locó cuidadosamente en su cartera. Pero que-
daba aun una dificultad la mayor de todas, y
á la que no habia hecho aun atención; la falta
de dinero; y era imposible que sin dinero em-
prendiese un viage como el que pensaba hacer.

David Deans estaba bien, como hemos di-

cho, y aun podia añadirse, que con respecto á su estado, gozaba de cierta opulencia, pero su riqueza, como la de los antiguos patriarcas, consistia en sus rebaños, salvo algunas pequeñas sumas que habia prestado á algunos vecinos, que lejos de poderle reintegrar el capital, apenas podian pagarle los intereses. Era, pues, inútil que pensase en dirigirse á estos deudores, aun con el consentimiento de su padre, y este consentimiento no podia prometerse el obtenerlo, sino despues de mil observaciones, esplicaciones y reflexiones que le harian perder un tiempo, que era tan precioso para la egecucion de su proyecto, y por mas arriesgado que fuese, estaba decidida á hacer esta última tentativa para salvar la vida de su hermana.

Sin faltar al respeto filial, Jeanie se hallaba intimamente convencida que el modo de pensar de su padre, por honrado y religioso que fuese, estaba muy poco en armonia con el espíritu del siglo, para que fuese un buen juez de las medidas que debian adoptarse en aquella ocasion. Mas flexible en sus opiniones, aunque no menos severa en sus principios, conocia que pidiéndole permiso para emprender aquel viage,

se lo hubiera negado, y temia, emprendiéndole contra su voluntad, verse privada de las bendiciones del cielo. Habia resuelto no hacerle conocer su proyecto, y los motivos que la determinaban á egecutarle hasta despues de su partida. Pero no podia pedir dinero, sin que le digese el objeto para que lo queria, y entonces ocurrían forzosamente las reflexiones que se proponia evitar. Ademas, sabia que su padre no tenia dinero contante; que hubiera sido menester que le buscase, y esto hubiera ocasionado retardos capaces de frustrar el proyecto de su empresa. Era, pues, á otra parte á donde debia dirigirse á buscar los medios pecuniarios de que necesitaba.

Entonces le ocurrió que debió haber consultado á Mistriss Saddletree, pero ademas del tiempo que hubiera sido menester emplear para esto, sabia que Mistriss Saddletree tenia un carácter limitado, incapaz de ver la resolucion, que ella habia tomado, con el entusiasmo que se la habia inspirado, y hubiera sido menester disputar largo tiempo para manifestarle la utilidad y conveniencia de su proyecto, sin estar segura de poderla convencer.

Hubiera podido contar sin duda sobre los socorros de Butler, pero éste era tan pobre como ella. En fin, para vencer esta dificultad, formó una resolución extraordinaria, de la que daremos cuenta en el capítulo siguiente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TOLUCA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO IX.

El palacio de Laird de Dumbidikes, en el que vamos á introducir ahora á nuestros lectores, está á tres ó cuatro millas al Sud de San Leonardo. Tuvo en otra ocasion su celebridad, pues el antiguo Laird, bien conocido en todas las tabernas de una milla al contorno, llevaba su espada; tenia dos caballos y cuatro perros; seguia al lord Ross á la caza; juraba y hacia apuestas en todas las carreras de caballos y riñas de gallos; y se daba á sí mismo el dictado de hombre de importancia. El propietario actual habia hecho perder á su linage una parte de su esplendor, pues que vivia retirado en su casa como avaro, mientras que su padre habia vivido como disipador, estúpido é insensato.

Este palacio era lo que se llama en Escocia una *casa simple*: es decir, que no tenia mas que una habitacion en cada piso. En cada una de éstas habia seis ó siete ventanas colocadas irregularmente, pero tan pequeñas, que aun abiertas todas, daban menos luz que una de nues-

Hubiera podido contar sin duda sobre los socorros de Butler, pero éste era tan pobre como ella. En fin, para vencer esta dificultad, formó una resolución extraordinaria, de la que daremos cuenta en el capítulo siguiente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TOLUCA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO IX.

El palacio de Laird de Dumbidikes, en el que vamos á introducir ahora á nuestros lectores, está á tres ó cuatro millas al Sud de San Leonardo. Tuvo en otra ocasion su celebridad, pues el antiguo Laird, bien conocido en todas las tabernas de una milla al contorno, llevaba su espada; tenia dos caballos y cuatro perros; seguia al lord Ross á la caza; juraba y hacia apuestas en todas las carreras de caballos y riñas de gallos; y se daba á sí mismo el dictado de hombre de importancia. El propietario actual habia hecho perder á su linage una parte de su esplendor, pues que vivia retirado en su casa como avaro, mientras que su padre habia vivido como disipador, estúpido é insensato.

Este palacio era lo que se llama en Escocia una *casa simple*: es decir, que no tenia mas que una habitacion en cada piso. En cada una de éstas habia seis ó siete ventanas colocadas irregularmente, pero tan pequeñas, que aun abiertas todas, daban menos luz que una de nues-

tras ventanas modernas. El techo de este edificio sin arte, semejante á los castillos de naipes que hacen los muchachos, estaba cubierto de piedras llanas y oscuras en vez de pizarras. Una torre semicircular pegada á un lado contenía una escalera de caracol, que conducía á las habitaciones. Al pie de la torre estaba la puerta de la entrada de la casa, guarnecida con grandes clavos de cabeza redonda, y la parte superior de sus murallas ó paredes estaba llena de barbaanas. Una especie de patio, cuyas paredes se hallaban medio arruinadas, contenía las caballerizas, los establos etc. El suelo de este patio estuvo empedrado algun dia, pero el tiempo, que todo lo destruye, habia dislocado las piedras, y una hermosa cosecha de ortigas y de cardos crecía magestuosamente en su lugar. Solo una senda, que conducía desde la puerta de la cerca hasta la de la torre, daba algunos indicios de que aquella simple casa era aun habitada. Un pequeño jardin, al que se entraba por una abertura hecha en la pared del patio, se hallaba en el mismo estado de prosperidad; pero encima de la puerta principal habia una piedra negra, en la que se descubrian algunos restos de las armas de los Dumbidikes.

que fueron gravadas en tiempos antiguos.

A esta casa, que llamaban de recreo, se llegaba por un camino construido de fragmentos de piedras, tirados como á la aventura, y rodeado de tierras de labor no cercadas, y en un prado mezquino y cuasi estéril se veía atado á una estaca al fiel palafren del Laird, que se esmeraba en encontrar su desayuno. Sin embargo, tal estado de decadencia no era efecto de la pobreza sino de la apatía.

Fue en una bella mañana de la primavera y muy temprano cuando Jeanie Deans, no sin alguna vergüenza y timidez, llegó al palacio, que acabamos de describir, y entró en el patio. No era una heroína de romance; por lo mismo examinó con interés y aun con alguna curiosidad una casa, de la que hubiera podido pensar que podría ser el ama, dándole á su propietario un poco de aquel estímulo ó aliento que las mugeres de todas condiciones saben por instinto distribuir con tanta destreza. Por otra parte Jeanie no tenía ideas mas elevadas que las que le permitía su estado y educación; y encontró que la casa, aunque inferior al palacio de Dalkcirk y á otros que habia visto, era un edificio soberbio en su especie, y que las tierras serían

fértiles, si estuviesen mejor cultivadas. Pero su corazón era incapaz de dejarse seducir por ideas de grandeza y de opulencia, y aun admirando el esplendor de la habitación de su antiguo adorador, y haciendo justicia á la bondad de sus tierras, no le ocurrió ni por un momento el hacer al Laird, á Butler y á ella misma la injusticia que tantas mugeres de una clase mas distinguida, no hubieran dejado de hacer á los tres aun con menos motivos de tentación.

Habiendo ido con la intención de hablar al Laird, Jeanie buscó por todas partes, á ver si encontraba un criado que le anunciase su llegada y le pidiese un momento de audiencia. No encontrando ninguno, se atrevió á abrir una puerta, pero vió que era la de la antigua perreira del difunto Laird, y que entonces servia para hacer la legía, segun lo manifestaban los utensilios que vió allí: abrió otra, pero era la antigua pieza de los alcones, y aun se descubrian algunos palitroques medio podridos, que les servian de apoyo cuando los habia. Una tercera pieza que abrió, la condujo á la carbonera. Esta se hallaba bien provista, pues un buen fuego era el único objeto sobre el que el Laird actual no queria oír hablar de economía.

Los demas pormenores domésticos los dejaba al cuidado de su ama de gobierno, la misma que habia servido á su padre, y que segun la crónica escandalosa del pais, habia encontrado medio de hacerse un buen nido á sus espensas.

Jeanie continuó abriendo puertas hasta que llegó á la caballeriza. El Pegaso, que era el único que la habitaba de su especie, y que ella habia visto en el prado, le era bien conocido, y descubrió colgados á la pared los arneses y la silla. Partía con él esta morada una vaca, que volvió la cabeza luego que oyó ruido, como esperándo la pitanza de la mañana. Jeanie comprendió lo que queria el pobre animal; y viendo algunos haces de heno en un rincon, desató uno y se lo puso en el pesebre. Esta operacion debió haber estado ya hecha mucho antes, pero los animales del palacio del Laird no estaban mejor cuidados que sus tierras.

Mientras que Jeanie se ocupaba en este acto de humanidad para con el pobre animal, que le manifestaba su agradecimiento á su modo, comiendo con apetito, llegó la criada encargada de aquel cuidado, que acababa de arrancarse, no sin pena, de las dulzuras del sueño; pero en el instante que vió á una estrangera ocu-

pada en desempeñar las funciones, que ella debió haber llenado mucho antes, exclamó desfavorida. ¡Ay Dios mío! ¡una bruja! ¡una bruja! y echó á correr como si hubiera visto al diablo.

Para explicar la causa de este terror, es menester observar, que segun una antigua tradicion, el palacio del Laird se hallaba frecuentado por una Bruja ó *Brownie*, nombre que se da en Escocia á los espíritus familiares, que se supone acuden á las casas para hacer los trabajos, que los criados dejan en retardo por pereza. Esta asistencia de tales espíritus en ninguna parte hubiera sido mas útil y mas necesaria, que en una casa, en donde todos los criados estaban tan poco dispuestos á la actividad; y sin embargo la pobre criada estaba tan poco tentada á alegrarse de ver un substituto aéreo, que desempeñaba las funciones que ella habia dejado en retardo, que puso en conmocion á toda la casa con sus alaridos. Ella les redoblabá y les aumentaba aun viendo que la bruja la seguía, pues Jeanie, deseando tranquilizarla, salió detras de ella de la caballeriza, manifestándola quien era y porque se encontraba allí. Pero antes de lograrlo encontró á Mistriss Jenny Balchristie, que corrió al ruido, la Sultana favorita del antiguo

Laird, y el ama de gobierno del Señor actual. Esta era una muger de unos setenta años, cara arrugada y de color de box antiguo; ojos hundidos y penetrantes, envanecida con su autoridad, celosa de todos los que podian tener alguna influencia en la opinion de su amo, humilde para con éste y orgullosa con los demas. Sabiendo que su crédito no se hallaba apoyado para con el hijo sobre una base tan sólida como lo habia estado para con su padre, habia introducido en la casa, como coadyutora, á una sobrina suya, la gritadora de que acabamos de hablar, que aunque tenia hermosos ojos y unas facciones regulares, no pudo hacer la conquista del Laird, pues este parecia ignorar que hubiese en todo el universo otra muger que Jeanie Deans.

Apesar de esta indiferencia de su amo por el bello sexo, Jenny Balchristie no estaba menos inquieta de verle hacer todos los dias regularmente una visita á la quinta de San Leonardo, aunque en el espacio de diez años no hubiese tenido ningun resultado; y cuando el Laird la miraba y la decia deteniéndose á cada palabra, -- Jenny, yo mudaré mañana... temblaba siempre que añadiese de condicion, y se

quedaba muy contenta cuando le oía decir... de zapatos.

Ademas, era muy cierto que Jenny tenia un odio mortal á Jeanie, como sucede á muchas personas de su clase con respecto á las que temen, y una aversion general á toda muger jóven y de unas facciones regulares, que solo tuviese la intencion de llegarse á la casa, y sobre todo, de hablara Laird. En fin, como aquella mañana se habia levantado antes de la hora ordinaria, gracias á las voces de su sobrina, se hallaba en estado de renir á todo el género humano, *omnas et singulas* como decia nuestro amigo Saddletree.

-- ¿Quién diablos sois? le dijo la vieja arpia que Jeanie no habia visto nunca, y no la conocia. ¿Con qué facultades venis á causar este alboroto á una casa honrada y á esta hora?

-- Es que... yo... tenia necesidad de... hablar al Laird, dijo titubeando Jeanie, que lo mismo que los demas habitantes de las inredaciones, temblaba á la vista de aquel genardarme con zagalejo.

-- ¿De hablar al Laird?... ¿y qué podreis tener que decirle? ¿cómo os llamais? ¿creeis que su señoria no tenga otra cosa que hacer, que

oir las bachillerias de la primera piltrafosa que corre por esos mundos? Y sobre todo, cuando está aun en la cama, y en lo mejor de su sueño, el buen señor

-- Mi querida Mistriss Balchristie, le respondió Jeanie con un tono sumiso: ¿qué, no me conocéis? Yo soy Jeanie Deans.

-- ¡Jeanie Deans! exclamó la vieja afectando una gran sorpresa, y mirándola con aire maligno y burlon; si, añadió, en verdad que es Jeanie Deans. Yo creo que harian bien de llamaros Jeanie diablo. ¡Habeis hecho buena hacienda, vos y vuestra hermana! ¡haber asesinado á un pobre niño inocente! Pero ella será ahorcada: bien hecho. ¿Y sois vos la que os atreveis á presentaros en una casa de honor á estas horas, y que pretendéis ver á um hombre, ahora que está en la cama?

Una brutalidad semejante dejó muda á Jeanie. En medio de su confusion y de su trastorno no pudo encontrar una palabra para justificarse de la siniestra interpretacion que se daba á su visita, y la rabiosa Jenny Balchristie aprovechándose de la ventaja que le daba este silencio, continuó con el mismo tono.

-- Vamos, vamos, volvedme la espalda inme-

diatamente y que esta puerta no os vea entrar por ella otra vez. Si vuestro padre no hubiese sido arrendador del Laird, llamaria á los criados y os haría chapuzar en la balsa para castigaros de vuestra insolencia.

Jeanie al oír las primeras palabras de aquella bruja, se dirigió ácia la puerta. Mistriss Balchristie, que no queria que perdiese ninguna de sus amenazas, la siguió elevando cada vez mas su voz de stentor hasta el diapason: pero le sucedió lo que á muchos generales, que pierden á veces la victoria, ya ganada, por acosar demasiado al enemigo vencido.

El Laird de Dumbidikes habia despertado de su pesado sueño á los primeros gritos de la criada; pero como estaba acostumbrado á oír gritar á la tia y á la sobrina, en el primer momento se volvió del otro lado, y trató de dormirse otra vez. La elocuencia estrepitosa de Mistriss Balchristie se lo impidió, y en la segunda explosión de la cólera de aquella muger hombruna, habiendo llegado á sus oídos el nombre de Deans, pensó que era algun recado que le traían de parte de aquella desgraciada familia, y que la bilis de su ama de gobierno se habia irritado, viéndose despertar tan tem-

prano. Como sabia que ésta detestaba á la familia de Deans, saltó inmediatamente de la cama, tomó su antigua y vieja bata de brocado, se puso su sombrero con galones (aunque algunos dicen que no necesitó ponerselo, porque dormia con él) y abriendo la ventana de su alcoba, vió con la mayor sorpresa que Jeanie salia de su casa y se retiraba llorando, mientras que su ama de gobierno, puesta de jarras, le prodigaba mas injurias que el Laird habia oido pronunciar en toda su vida.

Su cólera no fue menor que su sorpresa. -- ¡He! ¡he! exclamó: ¡vieja de sataná! ¡cómo diablos te atreves á tratar asi á una jóven honrada!

Mistriss Balchristie se encontró cogida en su propio lazo. Veia por el tono extraordinario con que su amo acabava de esplicarse, que tomaba la cosa de un modo sério. Sabia que apesar de su indolencia habitual, habia ciertos puntos sobre los cuales era arriesgado el contradecirle, y la prudencia le habia enseñado á temer su cólera. Trató pues de salir de aquel apuro lo mejor que pudo, diciendo que no habia hablado sino por el honor de su casa; que no habia podido resolverse á despertar á su seño-

ria tan temprano, pues que la jóven podia bien esperar ó volver mas tarde; y que despues podian equivocarse entre las dos hermanas, y una de ellas no era un conocimiento que hiciese honor á nadie.

Callad, vieja indecente, le dijo el Laird: los zapatos de la última de las miserables perdieras serian aun demasiado buenos para vuestros pies, sino fuera por lo que yo no ignoro. Jeanie, Jeanie, hija mia, no lloreis, entrad en casa. Pero todo estara aun cerrado; esperadme un instante, y no os inquieteis por los ahullidos de esa perra hedionda.

No, no; dijo Mistriss Balchristie, procurando reirse con algun agrado, no os inquieteis hija mia por lo que yo digo, pues ladro mas que muerdo, como todo el mundo sabe. ¿Por qué no me habeis dicho que teniais una cita con el Laird? A Dios gracias, yo se vivir. Entrad, Miss Deans, entrad, añadió abriendo la puerta y separándose ácia un lado para darle lugar.

-- Yo no tengo ninguna cita con el Laird, respondió Jeanie, retirándose algunos pasos; no tengo que decirle mas que dos palabras, y podré decirselas aqui mismo.

-- ¡Como! ¿en el patio? No, hija mia, yo no soy tan descortés que pueda permitir una cosa semejante. ¿Y como está vuestro buen padre, M. Deans?

La llegada del Laird ahorró á Jeanie el trabajo de contestar á tanta hipocresia.

-- Id preparar el almuerzo, le dijo al ama de gobierno; y vos Jeanie, entrad, almorzareis conmigo, y descansareis un poco.

-- No, no; le contestó Jeanie, manifestando toda la tranquilidad que pudo, aunque en el fondo estaba aun sumamente agitada; yo no puedo entrar, tengo mucho camino que hacer hoy. Es menester que esta noche me halle á veinte millas de aqui, si mis piernas me lo permiten.

-- ¡A veinte millas de aqui! exclamó Dumbdikes, cuyos mas largos viages no habian pasado de cinco ó seis. ¡No penseis en semejante cosa! Vamos; entrad, entrad.

-- Yo no tengo que deciros mas que una palabra, y os la puedo decir aqui, ya que Mistriss Balchristie...

-- ¡Que el demonio se lleve á Mistriss Balchristie, y hará muy buen negocio! Yo hablo poco, Jeanie; pero yo soy el amo en mi casa,

y se hacer que me obedezcan personas y animales, escepto mi caballo roxy; y no puedo ver que me contradigan, sin que la sangre me hierva en las venas.

-- Yo quisiera deciros, continuó Jeanie, que voy á hacer un viage muy largo, sin que lo sepa mi padre.

-- ¡Sin que vuestro padre lo sepa! contestó Dumbidikes con interés. ¿Y esto es decente? No, Jeanie: reflexionad un momento. Esto no va bien.

-- Si yo me hallase en Londres, dijo Jeanie para justificarse, estoy segura que encontraria medios para hablar á la Reina, y que lograria el perdon de mi hermana.

-- ¡Londres!... ¡La Reyna!... ¡El perdon de su hermana!... Esta pobre muchacha ha perdido la cabeza, dijo el Laird todo sorprendido.

-- No he perdido la cabeza, no; estoy resuelta á ir á Londres, aunque sea pidiendo limosna de puerta en puerta; lo que me veré precisada á hacer á menos que no tengais la bondad de prestarme una pequeña suma para los gastos indispensables de mi viage. Vos sabeis que mi padre se halla en estado de devolverosla, y que no querria que nadie tuviese que

arrepentirse de haberse fiado en mí, y vos mucho menos que cualquiera otro.

Dumbidikes comprendiendo el motivo de su visita, apenas podia dar crédito á sus oídos. Con todo no le dió ninguna respuesta, y se quedó parado con los ojos fijos en el suelo.

-- Yo creo que no teneis intencion de servirme, le añadió Jeanie. A Dios, pues. Id á ver á mi padre lo mas amenudo que podais. ¡El pobre! Va á encontrarse bien solo en este momento.

Al mismo tiempo dió algunos pasos como para irse, sin esperar mas contestacion...

-- ¿A donde va la loca? exclamó Dumbidikes, y tomándola por el brazo la hizo entrar en la casa. No es que yo no haya pensado, le dijo el Laird, sino que las palabras me se quedan entre los dientes.

Entonces la condujo á una habitacion amueblada, y adornada á lo antiguo, y cerró la puerta con el cerrojo luego que entraron. Jeanie, sorprendida por esta maniobra, se quedó lo mas cerca que pudo de la puerta. Habiendo tocado el Laird un resorte secreto en una de las paredes, se abrió una puerta que les dejó ver una enorme caja de hierro, y habiéndola

abierto, Jeanie vió que estaba llena de piezas de oro y de plata.

-- Aquí teneis mi banca, Jeanie, le dijo, mirándola con cierto aire de satisfaccion. Esto vale mas que todos los billetes de los mejores negociantes y banqueros que arruinan á veces á los que se fian en ellos.

Pero mudando repentinamente de tono, le dijo con mas resolucion que el mismo creia tener. -- Jeanie, yo quiero que antes de ponerse el sol vos seais Lady Dumbidikes; y entonces podreis tener un coche con cuatro caballos para ir á Londres, si lo quereis.

-- No, no; le contestó Jeanie; esto no puede ser. Los sentimientos de mi padre... la situacion de mi hermana... vuestro mismo honor...

-- Este es mi negocio. Estoy seguro que no me hablariais asi, sino estuvieses loca; pero no por eso os estimo menos. En el matrimonio basta que uno de los dos esposos tenga juicio. Además si vuestro corazon está hoy demasiado afligido, tomad ahora lo que querais y dejemos el casamiento para despues. Tanto valdrá entonces como ahora.

Jeanie conoció la necesidad de explicarse con un amante tan extraordinario.

-- Yo no puedo casarme con vos, le dijo, porque hay un hombre á quien yo quiero mas.

-- ¿A quién vos quereis mas? Esto es imposible. ¿Como puede ser esto, si hace tauto tiempo que vos me conoceis!

- Pero yo le conozco aun hace mucho mas tiempo.

-- ¿Mucho mas tiempo? Esto no puede ser. Vos habeis nacido en mis tierras. Pero aun no lo habeis visto todo Jeanie. Entonces abrió una segunda arca; ved Jeanie, le dijo, aqui no hay mas que oro; y despues aqui el libro de las rentas; trescientas libras esterlinas limpias de polvo y paja, sin contar el producto de las tierras, y además el guarda ropa de mi madre y de mi abuela; ropas de seda, encajes tan finos como telas de araña; un collar de perlas finas, braceletes y pendientes de diamantes: todo esto está allá arriba; venid á verlo Jeanie.

Jeanie no cedió á la tentacion de ver aquellas preseas, á la que el Laird creia, y tal vez con razon, que era difícil á una muger el resistir.

-- Es imposible, le repitió Jeanie; yo os lo he dicho ya: aunque me dieseis la baronia de Dalkcith y la de Lugton encima, yo no le faltaria á la palabra que le he dado.

-- ¡A la palabra que le habeis dado! dijo el Laird un poco incomodado. Pero ¿quién es? ¿cómo se llama? Vos no me habeis dicho su nombre. ¡Bah! Es que no hay nada, y haceis hai... la tonta: vamos ¿quién es? ¿quién es?

-- Ruben Butler, respondió Jeanie.

-- ¡Ruben Butler! exclamó el Laird sorprendido ¡Ruben Butler! ¡El hijo de un paisano! ¡Un substituto de maestro de escuela! ¡Un hombre que no tiene en su bolsillo el valor del vestido miserable que lleva acuestas! Muy bien, Jeanie, muy bien. Vos sois la dueña dijo, cerrando las dos arcas y la contrapuerta que se habia abierto en la pared. Un ofrecimiento despreciado no debe ser causa de rina: un hombre puede conducir su caballo al pilon, pero veinte no le harán beber, si el no quiere. Pero en cuanto á gastar mi dinero con las que quieren á otro...

El orgullo natural de Jeanie, se encontró un poco humillado.

-- Yo no os he pedido mas que un préstamo, y nunca creí que pusierais tales condiciones para concedermelo. Por lo demas, vos habeis usado de mil bondades con mi padre, y yo os perdono vuestra negativa con todo mi corazon.

Al mismo tiempo tiró del cerrojo, abrió la puerta, y se fue sin escuchar al Laird que le decía: un instante, Jeanie, un instante. ¡Escuchadme! Pero ella atravesando á grandes pasos el patio, salió del palacio llena de vergüenza y de indignacion, viendo le negaban un servicio sobre el que le parecia poder contar.

Fuera del palacio, corrió sin detenerse hasta que llegó al camino real. Allí acortando el paso, y habiéndose calmado un poco su despecho, empezó á reflexionar sobre las consecuencias de la negativa que acababa de experimentar. ¿Emprenderia de veras su viage á Londres mendigando? ¿Volveria á San Leonardo á pedirle dinero á su padre con riesgo de perder un tiempo tan precioso, ó de que le prohibiese hacer un viage, que miraba como el único recurso para salvar la vida á su hermana? No veia medio alguno entre estos dos extremos, pero reflexionando lo que debia hacer, seguia siempre, aunque lentamente, el camino de Londres.

Mientras se entretenia en estas reflexiones, oyó detras de ella los pasos de un caballo, y una voz bien conocida que la llamaba por su nombre. Ella se volvió, y descubrió al Laird de

Dumbidikes, montado sobre su flaco alazán con bata y chinelas como le habia dejado en su habitacion, pero con su sombrero galoneado.

Cuando Dumbidikes estuvo cerca de Jeanie le dijo: he oido decir que no se debe hacer caso de la primera palabra de una muger.

-- Pues vos podeis hacer caso de la mia, le contestó Jeanie; porque yo no tengo mas que una, y esta es siempre la verdad.

-- Pues entonces Jeanie, es de la mia; que no debeis hacer caso. Yo no quiero que hagais semejante viage sin dinero; y al mismo tiempo le puso en la mano una bolsa de cuero bastante llena.

-- Yo sé que mi padre os volverá este dinero hasta el último maravedi; y sin embargo, yo no le aceptaria, si creyese que vos pudieseis pensar en otra cosa, que en recibirlo otra vez.

-- Hai teneis veinte y cinco guineas justas, dijo el Laird suspirando; pero que vuestro padre me las vuelva ó no, ellas están á vuestro servicio sin ninguna condicion. Id á donde pensais; haced lo que os parezca, y casaos con todos los Butlers del país, si quereis. A Dios, Jeanie.

¡Que el cielo os lo recompense! esclamó

Jeanie, cuyo corazón en aquel momento se halló mas penetrado de gratitud por la generosidad inesperada de aquel carácter singular, que lo que Butler hubiera querido. ¡Que la bendicion del Señor, añadió, que toda la dicha del mundo os acompañe para siempre, si no debemos vernos mas!

Libre ya de un cuidado que tanto la acongojaba, Jeanie pensó entonces en el importante viage que empezaba, y reflexionó con placer, que gracias á su economía habitual se encontraba ya con mas dinero que el que habia de menester para ir á Londres, estar allí y volver á San Leonardo.



CAPITULO XI.

Jeanie continuando su viage solitario, se halló bien pronto sobre una pequeña eminencia desde la que se descubria ácia el oriente un pequeño riachuelo, cuyas aguas dando mil rodeos iban por fin á regar el valle en donde estaban las cabañas de Woodend, y de Bersheba, teatro de los primeros juegos de su infancia. Reconoció el prado á donde ella conducia su rebaño con Ruben, y el almarjal en donde cogia los juncos para hacerle coronas á Effie niña ya mimada, entonces de cuatro ó cinco años. Las memorias que aquel espectáculo le recordó, iban á arrancarle las lágrimas, pero halló toda su fortaleza, haciéndose las reflexiones siguientes.

¿Qué bien resultará de mis lloros? ¿No será mejor que yo dé gracias á Dios, cuya bondad me ha deparado, para facilitarme este viage, un hombre, que muchos llaman un avaro, pero que yo he encontrado tan generoso, pues

ria aun conservar alguna correspondencia con esta familia, y que podria valerse para ello de la mediacion de Butler, y deseaban impedirse-lo, esperando que alguna indiscrecion de su parte les facilitaria al fin su descubrimiento. Esta medida no les habia sido inspirada por un espíritu de desconfianza con respecto á Butler, pero en la situacion en que éste se encontraba, le habia humillado hasta el extremo, y ademas estaba desesperado, pensando que Jeanie, á quien amaba tiernamente pudiese creer que la abandonaba precisamente en la ocasion en que necesitaba mas de sus consuelos.

Esta idea tan aflictiva y el temor de verse espuesto á sospechas, que nunca habia merecido, reunidos á las fatigas corporales de aquellos dias, le ocasionaron una calentura lenta que le impidió aun ocuparse de sus deberes sedentarios de la escuela, y cuyo desempeño era todo el apoyo de su existencia. Dichosamente para Butler, Whackbairn, que era el superior, le profesaba un afecto particular. Ademas de que conocia el mérito y talentos de su substituto, que habian aumentado considerablemente el número de sus discipulos, habia recibido una bella educacion, y conservaba una aficion particular

le buscó con la vista no pudo descubrirle, y sus ojos no podían haberla engañado. Sabía que no podía separarse de Liberton, pero una mañana pasada en Edimburgo no podía mirarse como una falta; y en este caso no podía explicar su ausencia, sino suponiendo que estuviese malo. Esta idea se fijó de tal modo en su imaginación, que cuando se acercó á la cabaña, en la que Butler ocupaba una pequeña pieza, y que le indicó una vecina, temblaba solo de pensar en la respuesta que le daría cuando preguntase por él.

Sus temores no eran del todo quiméricos. Butler era de una constitución delicada. No había podido resistir ni á las fatigas del cuerpo, ni á las inquietudes del ánimo, que había sufrido desde la funesta noche de Portews: y la memoria de aquel suceso trágico, y la idea de que aun dándole libertad, se habían concebido sospechas contra él, agravaba aun sus males morales.

Pero lo que mas difícil le parecia de soportar, era la prohibición formal que le habían hecho los magistrados de tener relaciones con la familia de Deans hasta nueva orden. Les había parecido verosímil que Robertson intenta-

poco. Necesitaba ver á Butler para pedirle escribiese á su padre participándole su viage, y el motivo que se lo había hecho emprender. Otra razón la decidía á ello, tal vez sin advertirlo ella misma, y era el deseo de ver aun una vez el objeto de su ternura ya antigua, y siempre sincera, antes de empezar un viage, del que no se le ocultaban los peligros, aunque se esforzaba en no pensar en ellos, para que no fuesen un obstáculo á su determinación. Una visita hecha á un amante por una jóven de una condición mas elevada que Jeanie, hubiera sido un paso poco decoroso, pero la sencillez de sus costumbres campestres, no le dejó concebir estos escrúpulos de un respeto rigoroso por ella misma, y la pureza de su conciencia y de sus intenciones estaba bien léjos de reprocharle nada cuando iba á despedirse de un antiguo y verdadero amigo, antes de alejarse de él, tal vez para mucho tiempo.

Otra razón le hacía aun desear el ver á Butler. Ella se había imaginado que Butler, tanto en razón del interés que debía tomar por el antiguo amigo de su infancia, como por afecto, se encontraría en la sala de audiencia el día que se vió la causa de Effie; pero por mas que

que me ha dado parte de sus riquezas como este riachuelo me la daba de sus aguas?

Sin embargo, no se atrevió á echar una última mirada sobre Woodend, pues hasta el humo que salía por la chimenea, causaba en su corazón una opresión, á que apenas podía resistir.

Con esta resignacion cristiana se alejó de un parage que le recordaba memorias tan sensibles: pero continuando su camino, se halló bien pronto cerca de la aldea en donde vivía Butler. Su iglesia gótica, con su elevado campanario, se halla situada sobre una pequeña eminencia, poblada de hermosos árboles al Sud de Edimburgo. A medio cuarto de milla de distancia hay una torre cuadrada, en la que vivía en los tiempos antiguos un Laird, que se habia hecho temible á la ciudad de Edimburgo por sus costumbres de caballería, semejantes á las que se usaban en aquel tiempo en Alemania, que consistian en el pillage de toda especie de provisiones y mercancías que venian del Norte.

La aldea, la iglesia, y la torre, no estaban precisamente en el camino que Jeanie debía seguir para ir á Inglaterra, pero la desviaban

á los autores clásicos, y en las horas de recreo se entretenía muchas veces con Butler leyendo algunas páginas de Horacio ó de Juvenal. Esta correspondencia en los gustos habia engendrado la mayor amistad, y así tomó un gran interés por Butler; durante su enfermedad desempeñó el mismo sus funciones apesar de su avanzada edad, y cuidó de que no le faltase ningun socorro de los que pudiesen serle necesarios, aunque sus medios eran bastante escasos.

Tal era la situacion de Butler. Sin embargo, hacia algunos dias que le habia dejado la calentura, y ya empezaba, no obstante las reflexiones del buen M. Whackbairn, á concurrir una vez por dia á la sala en que daba sus lecciones, cuando el juicio y condenacion de Effie, vinieron á poner el colmo á su dolor, y á inspirarle nuevas agitaciones y temores con respecto á lo que tenía de mas querido en este mundo.

Sabia exactamente los pormenores de todo cuanto habia ocurrido, por un amigo suyo que vivía en Libberton, y que habiendo asistido á la sesion del tribunal, le trazó una pintura que le horrorizó. Se puede juzgar muy bien que el sueño no se acercaría á sus ojos en toda la noche siguiente. Su imaginacion, habia sido agi-

tada por mil ideas sombrías y funestas, y al levantarse por la mañana, se hallaba todavía sumergido en el estado de abatimiento á que le habian reducido sus males y sus penas, cuando le anunciaron una visita, que no le era nada agradable.

Esta era la de Bartolomé Saddletree. El digno y docto sillero no faltó la vispera á la cita que habia dado á M. Plundamar en el café de Maccroskie, en el que, reunido con otros amigos, se habló sobre el discurso del duque de Argyle, la sentencia pronunciada contra Effie y la poca probabilidad de que pudiese obtener su perdon. La discusion fue larga y acalorada, gracias al aguardiente que no se habia economizado, y al dia siguiente la cabeza de Bartolomé ofrecia aun la misma confusion de ideas, que el saco de muchos procuradores.

Para restablecer en ella la calma y la tranquilidad, resolvió ir á respirar el aire libre del campo. En su consecuencia montó á caballo, y como tenia dos hijos pensionistas en casa de M. Whackbairn y ademas gustaba de la compañía de Butler, aunque éste le criticaba muchas veces su latin, tomo á Libberton por término de su paseo, y apenas llegó, causó á Butler nue-

vos tormentos, tomando por objeto de su conversacion la sentencia pronunciada contra Effie y la probabilidad de que ésta seria egecutada. El sonido de su voz le parecia á Butler el grito del mal agüero de una lechuza, ó el clamor de una campana que toca a muerto.

Jeanie se detuvo á la puerta de la humilde morada de su amante, oyendo resonar en lo interior la pomposa y altisonante voz de Saddletree. -- Estad bien seguro M. Butler, le decia, que sucederá lo que yo os digo. Nada puede salvarla. Es preciso que ella dé ese salto. Yo lo siento por la pobre muchacha, pero la ley, mi querido Butler, la ley debe ser egecutada. Vos sabéis lo que dice Horacio, no me acuerdo en cual de sus odas, pero no importa:

Vivat Rex.

Currat Lex.

La ignorancia y la brutalidad de que Bartolomé Saddletree hacia tan desgraciada mezcla, arrancaron á Butler un movimiento involuntario de impaciencia; pero Saddletree, como la mayor parte de los charlatanes, tenia su inteligencia demasiado obtusa, y su imaginacion

demasiado llena de su pretendido mérito para echar de ver el fastidio que causaba á los que le oían, y así continuó haciendo ostentacion de sus retazos de conocimientos legales, y concluyó diciendo con un tono de satisfaccion: --¿Qué os parece, M. Butler? ¿No es una lástima que mi padre no me haya enviado á hacer mis estudios de Jurisprudencia á Utrecht? Yo hubiera sido un *clarissimus ictus*, como M. Crossmyloof. ¿No es verdad?

-- No os comprendo, le contestó Butler con una voz débil, viendo que era preciso contestarle.

-- ¿No me comprendéis? Sin embargo *ictus* es latin. Y esto ¿no significa jurisconsulto?

-- De ninguna manera, á lo que yo entiendo, le replicó Butler.

-- ¿Como que no? Yo he encontrado esta palabra misma esta mañana en una memoria impresa de M. Crossmyloof. Un momento... Yo creo tenerla en el bolsillo... Si, aqui está... Y ahora ved... *ictus clarissimus et parti, digo peritissimus*. Y esto es latin, porque estas palabras, como veis, están impresas en caracteres italicos.

-- ¡Ah! ya lo comprendo, pero *ictus* es una abreviacion de *juriseonsultus*.

-- ¿Una abreviacion? No señor, las leyes no abrevian nada; ellas lo dicen todo por estenso. Leed el título de las servidumbres.

Es posible, dijo Butler suspirando; no me hallo en estado de disputar con vos.

-- No sea por alabarme, M. Butler, pero pocas personas, muy pocas personas se hallarán en estado de hacerlo. Entonces habiendo mirado su reloj, añadió; pues que os he hablado de las servidumbres, y aun os queda mas de una hora antes de asistir á la clase, voy á ayudaros á pasar alegremente este rato, contándoos la historia de un proceso que se está instruyendo en este momento, relativo á una caida de agua ó *tillucidium*. Pero...

Saddletree hubiera hecho durar los detalles de su proceso mas de la hora que le quedaba al aburrido y cansado Butler, si en aquel momento no le hubiera interrumpido el ruido de unas voces que se oyeron á la puerta.

La dueña de la casa en donde vivia Butler volvía á la sazón de la fuente, adonde habia ido á llenar un cubo de agua, y encontró á la puerta á Jeanie Deans, que se impacientaba en vista de la prolijidad del orador, y que sin embargo no se atrevía á entrar antes que él saliese.

La buena muger cortó la dificultad, preguntándole á Jeanie, si era á ella ó á M. Butler á quien queria hablar.

-- Deseo ver á M. Butler, si no está ocupado, le contestó Jeanie.

-- No, no, hija mia, entrad, no está ocupado, le dijo la buena muger abriendo la puerta. M. Butler, añadió; hé aqui una jóven que desea hablaros.

La sorpresa de Butler fue estremada cuando despues de tal anuncio, vió entrar á Jeanie, cuyas escursiones no se estendian nunca mas allá de media milla al rededor de San Leonardo.

-- ¡Dios mio! exclamó: alguna nueva desgracia debe haberos ocurrido: y el temor volvió por un momento á sus mejillas los colores de que la enfermedad las habia despojado.

-- No, M. Ruben, bastantes son los que conocéis ya. ¿Pero vos estais malo? añadió: pues el colorido momentáneo que se dejó ver al pronto sobre sus mejillas, habia ya desaparecido, haciendo lugar á la palidez, efecto de la calentura y de sus grandes aliecciones.

Ahora me hallo bien, perfectamente bien, le contestó Butler, y si puedo hacer alguna co-

sa que os sea útil á vos ó á vuestro padre. .

-- Si, si, dijo M. Saddletree, pues ahora se puede mirar la familia como compuesta solo de los dos, y como si Effie no hubiera existido nunca; ¡pobre muchacha! pero Jeanie, ¿qué negocio os trae tan temprano á Liberton; cuando vuestro padre se halla aun en Edimburgo?

-- Me ha dado una comision para M. Butler, dijo toda turbada; pero reflexionando inmediatamente en aquel involuntario desvio de la verdad, que tanto respetaba, añadió con la mayor prontitud: -- Es decir, que tengo que hablar á M. Butler con respecto á los asuntos de mi padre y de mi hermana.

-- ¿Es algun asunto del resorte de los tribunales? porque en este caso hariais mejor en tomar mi parecer.

-- No, le respondió Jeanie, que hallaba los mayores inconvenientes en confiar al heblador de Saddletree el proyecto de su viage. Es una carta que deseo que M. Butler se tome el trabajo de escribir.

-- Pues en este caso, decidme el objeto de que se trata, y yo se la dictaré á M. Butler, como hace M. Crosmyloof con su escri-

biente. M. Butler treedme papel y tintero.

Jeanie miró á Butler y no sabia como salir de aquel apuro.

-- Pero M. Saddletree, le dijo Butler, M. Vhackbarn sabe que estais aqui, y tal vez sentirá que no asistais á la leccion de vuestros hijos y la hora ya está muy cerca.

-- Teneis razon, M. Butler; por otra parte yo he prometido á los niños un medio dia de vacaciones para toda la escuela el dia de la egecucion de Effie, á fin de que puedan asistir á ella. Esto no puede menos de producir un buen efecto en su corazon; porque, ¿quién sabe lo que puede sucederles á ellos mismos?... ¡Ah! Dios mio... Jeanie, no habia hecho atencion que estabais aqui, pero no importa, es menester acostumbrarse á oir hablar de ello. M. Butler, detened á Jeanie hasta que yo vuelva; yo estaré aqui dentro de un cuarto de hora. Concluidas estas palabras, se retiró, librándoles del embarazo que les causaba su presencia.

-- Ruben, le dijo Jeanie, que vió la necesidad de hablarle inmediatamente y sin rodeos del objeto que la condujo alli. Yo em-

piezo en este momento un viage bien largo: yo voy á Londres á pedir el perdon de Effie al Rey y á la Reyna

-- ¿Y pensais en lo que decis, Jeanie? ¡ Vos ir á Londres, vos ir á hablarle al Rey y á la Reyna! exclamó Butler con la mayor sorpresa.

-- ¿Y por qué no, Ruben? le contestó Jeanie con la sencillez que le era natural, al cabo no es mas que hablar á un hombre y á una muger. Ellos son de carne y huesos como nosotros; y aunque su corazon fuese tan duro como una piedra, no podrán menos de compadecerse de Effie. Por otra parte, yo he oido decir que no son tan malos como lo dicen los jacobitas.

Esto es cierto, Jeanie; pero su magnificencia... su séquito... la dificultad de llegar hasta ellos...

-- Yo he pensado ya en todo eso, Ruben, pero no quiero desanimarme. Sin duda tendrán muy bellos vestidos, la corona en le cabeza, y el cetro en la mano, como el gran rey Assuero, cuando estaba sentado sobre su trono á la puerta de su palacio como lo dice la escritura. Pero yo siento allá en mi corazon cierta

cosa que me sostiene, y estoy cuasi segura que tendré ánimo y valor para decirles lo que les he de pedir.

-- Jeanie; los reyes de estos dias reciben memoriales: no se sientan ya á la puerta de sus palacios para juzgar á sus pueblos como en tiempo de los patriarcas. Yo no conozco la corte por experiencia mas que vos; pero segun lo que he oido decir, yo se que el Rey de Inglaterra no hacenada hoy, sino por medio de sus ministros. No se lo que sucederá en otras partes.

-- Pero si son ministros justos y temerosos de Dios, en este caso, aun tengo mas esperanza.

-- Si, Jeanie; pero vos no entendeis ni aun las palabras que se usan en la corte. Los ministros, de quienes yo hablo, son los servidores del Rey, los que tienen toda su confianza, y que en razon de ella están encargados del manejo de los negocios.

-- Sin duda; y yo creo bien que el Rey los tendrá en número mucho mayor que los que tiene la duquesa en Dalkcib, aunque tiene bastantes. Yo se tambien que los criados de los grandes señores son siempre mas impertinen-

tes que sus amos, pero yo me pondré decente, y les ofreceré un par de schelines para que me dejen entrar en el palacio. Si me lo niegan, yo les diré que vengó á hablar al Rey y á la Reina sobre un asunto del que depende la vida ó la muerte, y entonces ellos me permitirán que les hable.

-- Esto es sueño, Jeanie; le dijo Butler meneando la cabeza; es un proyecto impracticable. Jamas llegareis á hablarles sin ser protegida por algun gran señor; y esto es imposible.

-- Puede ser que yo lo consiguiese eso, Ruben, con un poco de ayuda de vuestra parte.

-- ¡Un poco de ayuda de mi parte! Eso sí que es sueño, y mas extraño que el primero.

-- No hay nada de eso, Ruben. ¿No os he oido yo decir, que vuestro abuelo, de quien mi padre no gusta oír hablar, salvó la vida al padre ó al abuelo de Mac-Callummóre cuando era Lord de Lorn?

-- Verdad es, exclamó vivamente Butler; y yo puedo probarlo. Yo le escribiré al duque de Argyle, dicen que es un hombre muy humano. A lo menos está reputado por un militar valiente, y por un buen escocés. Yo le escribiré rogándole solicite la gracia de vuestra her-

mana. Es una esperanza bien débil; pero al fin es menester no despreciar nada.

-- Es verdad, Ruben, es menester no despreciar nada. Pero no es bastante una carta: ésta no puede rogar, suplicar, instar; no puede hablar al corazón tan bien como la voz y la vista. Una carta es como un papel de música sobre un instrumento; pero cuando se oye cantar lo que él contiene, es muy diferente. Es menester que hable yo misma, Ruben.

-- Tenéis razón, Jeanie; dijo Butler recobrando toda su fortaleza. No dudo en que el cielo os ha inspirado esa resolución como el único medio de salvar la vida de vuestra desgraciada hermana. Pero Jeanie, vos no podeis hacer sola un viage tan peligroso. Yo no puedo permitir que os espongaís á todos los riesgos que puede ofrecer. Dadme el derecho de seguiros; consentid que hoy mismo yo sea vuestro esposo, y mañana parto con vos para ayudaros á desempeñar, lo que debéis á vuestra familia.

-- No, Ruben; esto no es posible. Aun cuando mi hermana obtuviese su perdón, éste no borraría la mancha con que ella me ha cubierto. ¿Y qué se diría de un ministro que se casase con la hermana de una muger que ha sido

condenada á muerte por semejante delito? ¿Y qué caso harían los demás de cuanto pudiera decir en el púlpito?

-- Pero Jeanie; yo no puedo creer, yo no creo que ella sea culpable.

-- El cielo os recompense de vuestro modo de pensar; pero su opinión siempre quedará manchada.

-- Pero esta mancha, aun cuando ella la mereciese, no puede recaer sobre vos.

-- ¡Ah Ruben! vos sabeis que es esta una mancha que se estiende sobre toda una familia, y aun sobre toda la parentela. La gloria de nuestra familia ha pasado ya, como lo decía mi padre; porque la mas pobre familia puede ver su gloria, la que resulta de la honradez de todos los que la componen; y esta ventaja la hemos ya perdido nosotros.

-- Pero Jeanie; vos me habeis dado vuestra palabra, me habeis prometido vuestra fe. ¿Podreis emprender vuestro viage sin un hombre que os proteja? ¿Y este hombre, no debería ser vuestro esposo?

-- Conozco vuestro cariño, Ruben, conozco vuestro buen corazón, y vuestras rectas intenciones; se que me tomariais por muger apesar

de la vergüenza con que se ha cubierto mi hermana, y que si me habeis propuesto hacerlo hoy, ha sido con el solo fin de poderme acompañar con decoro, y librarme de los peligros que me amenazan en un camino largo y desconocido: pero convendreis conmigo en que no es este momento el mas propio para que yo piense en casarme; no todos mirarian nuestra union tan repentina bajo el mismo punto de vista que nosotros, y es menester que paguemos el debido tributo á la opinion pública. Mas tarde tendremos tiempo para reflexionarlo, y la ocasion tal vez será mas conveniente. Entre tanto es preciso que yo parta, que yo parta inmediatamente, Ruben; vos conocéis la urgencia. Sin embargo, añadió tomándole la mano, y mirándole con ternura, el veros en ese estado aumenta mis sentimientos; cuidad de vuestra salud por el amor de Jeanie, y estad seguro que si ella no es vuestra, no lo será jamas de nadie. Ahora dadme alguna cosa para Mac-Callummore, y rogad á Dios que me dé acierto en mi empresa.

Habia seguramente cierta cosa de romance en el proyecto de Jeanie, y Butler conociendo que era imposible desviarla de él, trató solo

de ayudarla con sus consejos. Con este objeto se puso á registrar entre sus papeles, y le dió dos cartas, encargándole se las enseñase al duque de Argyle. Aquello era todo lo que le quedaba de su abuelo el entusiasta Butler *la Biblia*.

Mientras tanto Jeanie habia tomado la Biblia de Ruben, pero colocándola otra vez sobre la mesa le dijo: -- He notado hai dos versos, que leereis cuando yo me haya ido; me parece que contienen lecciones muy útiles. Ahora será menester que escribais á mi padre todo lo que sabeis, yo no tengo mi espíritu bastante tranquilo para hacerlo yo misma, y ademas no me queda tiempo para ello. Me refiero á vos con respecto á lo que convenga decirle: aseguradle que espero verle pronto. Cuando le veais, Ruben, os suplico por vuestro amor, que no le contrarieis en sus ideas, y que no le habléis latin. Sabeis que es un hombre de los tiempos antiguos; dejadle decir lo que quiera, aunque creais que no tiene razon; respondedle en pocas palabras, y dejadle hablar cuando guste; este será mi mayor consuelo. ¿Y mi pobre hermana? Ruben. Pero yo no tengo necesidad de recomendarla á vuestro buen corazon: me persuado que la vereis tan pronto como os

lo permitan, y que le proporcionareis todos los consuelos que dependan de vos. ¡Pensar que ella está en una cárcel... sentenciada á muerte... Effie... mi hermana Effie! Pero no hablemos mas de ella; yo no quiero dejaros llorando; esto seria de un mal agüero; á Dios Ruben, á Dios. Y salió precipitadamente de su habitacion, conservando aun en sus lábios la sonrisa melancólica que ella habia dirigido á su amante, al amigo de su infancia, para ayudarle á soportar la pena que debia causarle su ausencia.

Butler se quedó absorto; creyó haber perdido la facultad de oír, de hablar, y de reflexionar. Le parecia que acababa de tener un sueño, ó de ver una aparicion. Saddletree que entró en aquel instante, le sacó de su enagenacion confundiéndole con una multitud de preguntas aun sin poder obtener una respuesta. Dichosamente el docto sillero se acordó de que el baylio de Loan-Head debia tener una sesion en su tribunal aquella mañana, y era ya tiempo de que partiese si queria asistir á ella: Yo no quiero faltar, le dijo á Butler; no porque yo crea que la sesion sea interesante, sino que el baylio es un bello sujeto y desea que

yo asista á sus sesiones por tener una palabrita de consejo, si acaso se ofrece.

Quando salió Saddletree, Butler tomó la Biblia, que la miraba ya con mas aprecio por haberla tenido Jeanie en sus manos; pero se quedó sorprendido cuando al abrirla vió caer un papel, en el que habia envueltas dos monedas de oro.

Jeanie habia escrito en el mismo con lapiz los versos 16 y 25 del salmo 37, que traducidos á nuestro idioma dicen asi.

» Lo poco que posee el hombre justo, vale mas que todas las riquezas del malvado.»

» Yo he sido jóven, ahora soy viejo, pero yo no he visto jamas al justo abandonado, ni á sus hijos mendigar su sustento.»

Enternecido hasta derramar lágrimas por la delicadeza con que el cariño de Jeanie habia buscado medio para hacerle aceptar un socorro, de que suponía que podría necesitar, apretó aquel oro á sus labios y á su corazón con mas ardor que no lo hizo nunca un avaro. Imitar su firmeza y su confianza en la divina providencia vino á ser desde entonces el objeto de su ambicion; y su primer cuidado fue escribir á Deans informándole de la generosa resolucion

de su hija y del viage que habia emprendido. Reflexionó con atencion en todas las ideas, en todas las frases, y aun en todas las palabras de su carta, á fin que pudiese determinar al anciano á dar su aprobacion á una empresa tan extraordinaria. Veremos despues el efecto que ella produjo. Butler se la dió á un paisano, que tenia frecuentes relaciones con Deans, el cual se encargó de entregársela en sus propia manos.



CAPITULO XI.

Un viage de Edimburgo á Londres, es hoy una cosa muy sencilla y muy fácil, y el viagero aun el mas novicio puede hacerle en poco tiempo, con la mayor comodidad y sin el menor peligro. Numerosos carruages de todos precios, y otros tantos barcos, estan continuamente en camino por tierra y por mar para ir y venir de una capital á otra, y cualquiera puede en pocas horas formar el proyecto, hacer los preparativos de su viage, y ponerse en camino. Pero no sucedia lo mismo en 1757. Habia entonces tan pocas relaciones entre ambas capitales, que muchos sugetos que viven aun, se acuerdan haber visto llegar al correo á la capital de Escocia con una sola carta de la metrópoli de la Inglaterra. El modo ordinario de viajar entonces, era el tomar caballos de posta, uno para el viagero, y otro para el guia ó conductor que se mudaban en cada posta; y los que podian soportar este gasto y un ejercicio tan violento, llegaban en poco tiempo al

de su hija y del viage que habia emprendido. Reflexionó con atencion en todas las ideas, en todas las frases, y aun en todas las palabras de su carta, á fin que pudiese determinar al anciano á dar su aprobacion á una empresa tan extraordinaria. Veremos despues el efecto que ella produjo. Butler se la dió á un paisano, que tenia frecuentes relaciones con Deans, el cual se encargó de entregársela en sus propia manos.



CAPITULO XI.

Un viage de Edimburgo á Londres, es hoy una cosa muy sencilla y muy fácil, y el viagero aun el mas novicio puede hacerle en poco tiempo, con la mayor comodidad y sin el menor peligro. Numerosos carruages de todos precios, y otros tantos barcos, estan continuamente en camino por tierra y por mar para ir y venir de una capital á otra, y cualquiera puede en pocas horas formar el proyecto, hacer los preparativos de su viage, y ponerse en camino. Pero no sucedia lo mismo en 1757. Habia entonces tan pocas relaciones entre ambas capitales, que muchos sugetos que viven aun, se acuerdan haber visto llegar al correo á la capital de Escocia con una sola carta de la metrópoli de la Inglaterra. El modo ordinario de viajar entonces, era el tomar caballos de posta, uno para el viagero, y otro para el guia ó conductor que se mudaban en cada posta; y los que podian soportar este gasto y un ejercicio tan violento, llegaban en poco tiempo al

término de su viage. Mas los pobres, no tenían otros medios que los que les había concedido la naturaleza, y era preciso ó valerse de ellos, ó renunciar á todo viage.

Con el corazon lleno de valor, y con una salud robusta capaz de soportar las mayores fatigas, Jeanie haciendo veinte millas por dia y á veces mas, atravesó la parte meridional de la Escocia; entró en Inglaterra, y llegó sin accidente hasta Durham.

Mientras se halló entre sus conciudadanos, y aun en la frontera, su plaid y sus pies descalzos no habian llamado la atencion de nadie en razon de ser aquella la costumbre del pais; pero conforme se iba llegando á esta ciudad, notó que su trage ocasionaba algunos dichos de mofa, y algunas miradas de desprecio. Pensó que era faltar á la caridad y á la hospitalidad el burlarse de un extranjero porque estaba vestido segun la costumbre de su pais: sin embargo, como jóven prudente, reformó aquella parte de su trage que provocaba tales burlas. Cuando llegó á Durham, dobló su plaid, y le colocó en el paquete que llevaba bajo el brazo, y se conformó al uso de Inglaterra poniéndose sus medias y zapatos. Para suplir al plaid, que en caso

necesario le cubria la cabeza como velo, compró un gran sombrero de paja semejante á los que usan las aldeanas en Inglaterra para trabajar en el campo.

Pero yo estaba avergonzada, decia ella despues, cuando me puse por la primera vez sobre mi cabeza un adorno propio de una muger casada, siendo aun soltera, y se pasó mucho tiempo antes que yo pudiese caminar tan aprisa y con tanta comodidad con mis medias y zapatos como lo hacia sin ellos; pero afortunadamente se hallaba de cuando en cuando un césped á las orillas del camino, y esto facilitaba mi marcha.

Despues de estas mutaciones, creyó que nada la haria pasar por extranjera; pero vió bien pronto que su acento y su language ocasionaban las mismas burlas, que le dirigian en un dialecto mucho mas grosero que la gerga de su pais: entonces conoció que le interesaba mucho el hablar lo menos y las mas raras veces que pudiese; y así cuando algun pasajero le dirigia alguna palabra respetuosa se contentaba con saludarle cortesmente inclinando la cabeza pero sin hablar una palabra; y procuraba detenerse solo en los parages que le pa-

recian tranquilos y retirados. Encontró sin embargo que el pueblo inglés, aunque no tan decidido en favor de los extranjeros como eran las gentes de su país, á pesar de ser menos frecuentado no faltaba del todo á las leyes de la hospitalidad; pues obtenia su alojamiento y subsistencia á precios muy moderados; y algunas veces los huéspedes rehusaban recibir su importe diciéndole: amiga, tenéis un gran viaje que hacer todavía: guardad vuestro dinero, que éste es el mejor amigo que podáis tener en el camino.

Muchas veces las huéspedes, compadecidas de su situacion, y atraídas por el aspecto amable é interesante de la jóven escocesa, le proporcionaban ya un compañero de viaje, ya un asiento en algun carro, indicándole los parages en donde le convendria mas detenerse.

Nuestra viagera se detuvo un dia entero en York, en parte para descansar, y en parte porque dió la casualidad de hallarse en una posada, cuya dueña era escocesa, y en parte tambien porque deseaba escribir á su padre y á Butler, operacion que no carecia de dificultad, y que pedia algun tiempo, con motivo

de habersele presentado raras veces la ocasion de escribir una carta.

Sea lo que quiera de esto, hé aqui el tenor de las dos cartas, en las que no haremos otra correccion que la de algunas pequeñas faltas de ortografía.

Mi querido padre:

«Lo que me hace en este momento mas sensible y mas doloroso el viaje que he emprendido es la triste reflexion de haberme decidido á él sin vuestro conocimiento. Puede ser que algun dia tenga que reprocharme el haber empezado esta peregrinacion sin haberos pedido antes vuestro consentimiento; pero Dios me es testigo que lo he hecho contra toda mi voluntad, y solo siguiendo el impulso de un presentimiento secreto, que parecia decirme, que yo seria el instrumento para salvar á mi hermana, pues de otra suerte ni por todo el oro, ni por todas las riquezas del mundo, ni por todas las tierras de las baronias de Dalkett y de Lugton, jamas hubiera tomado semejante partido sin vuestro conocimiento, y sin vuestra autorizacion.

¡Ah! mi querido padre; si quereis que la bendicion del cielo caiga sobre mi viaje, y so-

bre vuestra casa, decid una palabra, ó á lo menos escribid una linea de consuelo á vuestra pobre encarcelada. Si ella ha pecado, bastante la han castigado sus penas; y vos sabéis mejor que yo, que debemos perdonar á los demás, si queremos obtener perdon nosotros mismos. Perdonadme el que os hable así. Conozco que no conviene á una hija jóven, el dar una leccion á vuestras canas: pero estoy tan léjos de vos, y deseo tan vivamente saber que la habeis perdonado, que estos dos motivos me hacen decir sin duda, mas que lo que debiera.

Las gentes de este pais son muy atentas, y me han manifestado mucha cordialidad, lo que me consuela en el estado que me hallo.

¡Oh padre mio! Dadme vuestra bendicion todas las mañanas y todas las tardes, y acordaos en vuestras oraciones de vuestra humilde y apasionada hija.-- *Jeanie Deans.*"

P. D.— Os envio la adjunta receta contra la enfermédad que padecen las vacas en este momento en ese pais: me la ha dado una honrada muger muy instruida en la causa y remedios de las enfermedades de toda especie de ganados, particularmente vacuno.

Otra. «Cuando llegue á Londres iré á ver á vuestra prima Mistris Grass la vendedora de tabaco, que tiene un cardo por señas en su tienda, y que os envia todos los años un regalo. Creo que será bien conocida en Londres, y que no me costará gran trabajo en hallar su casa por las señas.

Hé aquí la carta que dirigió á Butler.

Señor Ruben Butler.

«Persuadida de que esta carta os hallará mas aliviado de vuestros males, tengo la satisfaccion de anunciaros que he llegado sin accidente á esta gran ciudad. No estoy cansada, y sigo buena. He visto muchas cosas que me reservo contaros despues. La grande iglesia: molinos sin agua, y que el viento hace mover, cosa bien estraña: un molinero quiso hacerme entrar en uno de ellos para enseñarme el artificio, pero yo no he venido á este pais á hacer conocimiento con los estrangeros. Yo voy derecho mi camino. Saludo á los que me hablan atentamente, pero no respondo con la lengua mas que á las mugeres de mi religion. Quisiera encontrar alguna medicina que fuese buena para vuestra salud M. Butler, porque en esta ciudad de Yorck hay boticarios que tie-

nen mas remedios, que los que serian menester para curar á todos los habitantes de Escocia. Pero ¿cómo saber el que os convendria? Yo quisiera que tuvieseis á vuestro lado alguna buena muger que os sirviese de madre, para cuidaros; que os impidiese fatigaros tanto leyendo, y dando leccion á los niños, y que por la mañana os sirviese un vaso de leche bien caliente. Entonces yo estaria con mas sosiego, con respecto á vos.

Tened valor, mi querido M. Butler: nosotros nos hallamos entre las manos de aquel que sabe lo que nos conviene mejor que nosotros mismos. Yo no dudo salir en bien con mi proyecto: y no quiero dudar de ello. Si no tuviese esta firme confianza, ¿cómo me atreveria á dirigirme á tanta gente, y á tan grandes señores, como es menester que yo hable? Pero cuando uno sabe que tiene un corazon recto, y que no pide mas que lo justo, no debe carecer de confianza. Si tal es la voluntad de Dios, aun despues de habernos separado en medio de las lágrimas y la amargura, podremos vernos en el gozo y la alegría. No os ruego os acordeis de lo que os dije á mi despedida con respecto á mi padre y á mi hermana, porque sé que lo hareis

por caridad cristiana, aun mas que por complacencia á los ruegos de vuestra obediente servidora, *Jeanie Deans*.

P. D. Si creéis, mi querido Butler, que debí haber escrito mas largo y haberos dicho cosas mas tiernas, suponed que lo he hecho, pues no quiero dudar de la pureza de mis sentimientos para con vos. Pensareis que me he hecho prodiga porque llevo medias y zapatos en Inglaterra; no, pero aqui no hay mas que los mendigos muy miserables que van sin ellos; cada pais tiene sus costumbres.

Otra: Si el tiempo de reir vuelve alguna vez para nosotros, apuesto que lo hareis de muy buena gana, viendo mi cara enterrada bajo un enorme sombrero de paja tan grande como la campana mayor de la iglesia de Liberton. Yo os escribiré lo que me diga el duque de Argyle cuando llegue á Londres. Escribidme dándome noticias de vuestra salud, y dirigid vuestras cartas á casa de Mistriss Grass, vendedora de tabaco, bajo la seña del cardo, á Londres. Si sé que estais bueno tendré mi imaginacion mas libre. A Dios, disimulad mi ortografia y mi letra, pues tengo muy mala pluma.

Aunque la ortografia de estas dos cartas no

era la mas correcta, podemos asegurar á nuestros lectores, que gracias á los cuidados de Butler estaban mucho mejor que las de muchas mugeres de buen nacimiento de Escocia, cuya mala ortografía y peor estilo, forman á veces un contraste extraordinario con las bellas ideas que se encuentran en sus cartas.

Ademas Jeanie en sus dos cartas manifestaba mas valor, mas resolucion y esperanza que la que tal vez tenia ella misma, pero era con el laudable deseo de disipar las inquietudes de su padre y de su amante con respecto á su viage, que no dudaba aumentarían sus penas.

Ella cerró sus cartas y las llevó al correo, en donde se informó del dia en que llegarían á Edimburgo, y se quedó sorprendida al saber el poco tiempo que tardarían. Concluida esta operacion volvió á casa de su huésped, que como hemos dicho, era su compatriota, y la habia convidado á comer, y á quedarse en su casa hasta el dia siguiente.

Se les echa en cara á los escoceses como una preocupacion, ó como un modo de pensar mezquino, la solicitud con que se buscan, se hallan y se prestan mutuamente los servicios de que son capaces. Creemos al contrario, que

esta solicitud procede de un honrado patriotismo, y que los principios y las costumbres generales de un pueblo forma como una garantia del carácter particular de sus individuos. Si esta opinion no fuese justa, hace largo tiempo que la esperiencia hubiese manifestado su falsedad. Sea de esto lo que quiera, si se considera la influencia de este espíritu nacional como un nuevo lazo que une á los hombres los unos á los otros, y que les conduce á hacerse útiles á aquellos de sus conciudadanos, que puedan tener necesidad de sus servicios, nos parece que debe mirarse como un motivo de generosidad, mas poderoso y mas activo, que el principio mas estenso de benevolencia general, que prescribiendo que se socorra á todos, no socorre á nadie.

Mistriss Bickerton, dueña de la posada de las siete estrellas en Yorck, poseia en el mas alto grado este espíritu nacional. Usó de tanta bondad, de tanta amistad con su jóven compatriota, y le manifestó tanto interés, que Jeanie, aunque de un carácter reservado, concluyó por confiarle toda su historia.

Durante esta relacion, la buena huésped

levantó mas de una vez los ojos y las manos al cielo, manifestando tanta sorpresa como compasion; y aun hizo mas, pues le dió algunos buenos consejos á Jeanie.

La huéspededa quiso saber el dinero que le quedaba. Jeanie le contó, y vió que tenia aun diez y ocho guineas; las restantes, deducidas las dos que le dió á Butler, las habia empleado en los gastos del camino.

-- Esto podrá bastaros, le dijo la huéspededa, con tal que podais llevarlas hasta Londres.

-- ¿Con tal que pueda llevarlas? le contestó Jeanie: yo os lo aseguro, salvo los gastos del viage.

-- Si, hija mia; pero los ladrones.... Vos estais ahora en un país mas civilizado que el nuestro, pero mas peligroso; y yo no se que hacer para que no corrais ningun riesgo en el camino. Si quisierais esperaros unos ocho dias, nuestros carros saldrán para Londres, y yo os recomendaria á Joe Broadwhcol, él os llevaria sin gasto alguno y sin peligro hasta la posada del cisne de Londres. El podria decir algunos requiebros en el camino, pero no os inquieteis de eso; Joe es muy hourado. Y ademas ¿quién

sabe? Los ingleses no son malos maridos; y sino, digalo el difunto Moyses Bickerton. ¡Qué buen hombre!

Jeanie le contestó que no podia esperar tanto tiempo, y se alegró interiormente de verse libre de las atenciones del carretero.

Pues hija mia, como querais; pero no dejeis en vuestro bolsillo mas que dos guineas en oro y la plata menuda, lo demas cosedlo en vuestro corsé, porque los caminos no están seguros en veinte millas al contorno. Cuando esteis en Londres, si vais á preguntar en donde vive Mistris Glass vendedora de tabaco, todo el mundo se reirá de vos, y en vuestra vida la encontrareis; pero yo os daré una carta para un bello sujeto que conoce todos los escoceses que están en Londres, y que seguramente encontrará la casa de vuestra tia.

Jeanie recibió la carta con mucho contento, pero los ladrones de que habia hablado la huéspededa, la tenian con cuidado. Entonces se acordó del papel que la habia dado Ratcliffe, y se lo enseñó á la huéspededa, contandole brevemente el modo como le habia obtenido, y con que objeto.

-- Yo no entiendo una palabra de esta gerga, le dijo la huésped; lo que no era extraño, pues que estaba escrito en el language propio de la profesion de los sujetos á quienes se dirigia. No tiró de la campanilla, porque la moda no las habia introducido aun en aquella época; sino que tocó un pito de plata que estaba suspendido de una cinta certa de su asiento ordinario, y una gruesa criada se presentó al momento.

Decid á Dick Ostler que venga, le dijo Mistriss Bickerton.

Dick Ostler llegó inmediatamente. Este era un perillan, cuya cara estaba llena de cicatrices, cojo, vizco, y cuyo aire era al mismo tiempo como de una bestia, pero maligno y socarron.

-- Dick Ostler, le dijo la huésped con un tono de autoridad, que manifestaba que era del condado de Yorck, á lo menos por adopcion. Vos conocéis el pais y las gentes que andan por esos caminos.

-- ¡Que! ¡que! señora; contestó, moviendo alternativamente un hombro mas que el otro, lo que podia odicar igualmente ó el arrepentimiento de lo que habia hecho, ó el sentimien-

to de no poderlo ya hacer: sin duda, yo conocí todo eso allá en mi tiempo.

-- ¿Sabeis lo que significa esto? le preguntó la huésped, enseñándole el papel que Ratcliffe le habia dado á Jeanie.

Dick miró el papel, abrió la boca ácia lo largo, se rascó la cabeza con todos los dedos de la mano, y al fin dijo: -- ¡He! ¡he! señora: pudiera ser que yo supiese alguna cosa, sino fuese que se le quiera hacer mal.

-- Ni en la mas mínima cosa, y vos tendreis un buen vaso de gin, si quereis hablar.

-- Pues bien, dijo entonces, tirando de sus calzones por la pretina y estendiendo una pierna para dar mas gracia á la postura que iba á tomar; yo me atrevo á deciros, que este pase será respetado por todas partes sobre los caminos de Escocia y de Inglaterra, si es esto todo lo que quereis saber.

-- Pero ¿qué especie de hombre es el que ha dado este pase, como vos llamais á ese papel? le preguntó su ama haciéndole una seña á Jeanie.

-- ¡He! ¡he! ¿qué se yo? Daddy Rat. ¡He! Ese era el gallito del Norte hace un año. Hace

tiempo que no se le ve por aqui. Pero no hay ningun celador de caminos desde aqui á Stamford, que no respete el pase de Daddy Rat.

Sin hacerle otra pregunta la huéspedea le dió el vaso de gin prometido y le despidió.

Mistriss Bickerton, despues de haber pasado la velada con Jeanie, hizo servir la cena, en la que comió de dos ó tres platos, se bebió media azumbre de cerbeza y dos grandes vasos de vino caliente. Jeanie, apesar de todas sus instancias, solo tomó algunas legumbres y un vaso de agua. La buena huéspedea antes de separarse de ella la dijo, que nada tenia que pagar por el gasto que habia hecho en su casa; le dió cartas de recomendacion para los mesoneros que conocia en el camino de Londres, y renovándole los consejos que le habia dado sobre el modo de ocultar su dinero, le dió las buenas noches, y le deseó un feliz viage, pues Jeanie se proponia partir al amanecer, es decir, mucho antes de la hora en que acostumbraba á levantarse nuestra honrada huéspedea.

La triste y solitaria viagera se levantó muy temprano al dia siguiente. Iba ya á salir de la posada cuando Dick Ostler, que se habia le-

vantado mas tempreno, ó que no se habia acostado, le gritó: - Buen viage, muchacha, buen viage; cuidado no tropeceis al pasar la montaña de de Gunnerbury, pues hay muchas piedras en el camino. Jeanie se volvió ácia él como para preguntarle la esplicacion de aquellas palabras, que aunque al parecer indiferentes, le parecian enigmáticas; pero Dick puso un dedo sobre sus labios, y dando una media vuelta se entró en la caballeriza á cuidar de sus caballos. Apesar de lo que estimuló su curiosidad el mismo silencio, que al parecer le impuso Dike, como su aspecto no le inspiraba ni confianza ni deseos de seguirle, dejó la posada y se puso en camino. Al anochecer llegó á Ferry-Bridge, en donde se encontraba y se encuentra aun la mejor posada del camino real del Norte de Inglaterra. La carta de recomendacion que Mistriss Bickerton le habia dado para la huéspedea del cisne, y su aire sencillo y modesto previnieron de tal modo á ésta en su favor, que el dia siguiente le procuró la ocasion de un caballo de posta de retorno que la condujo á Tuxfort, de modo que al dia inmediato á su salida de Yorek hizo la mas larga jornada de cuan-

tas habia andado desde su salida de San Leonardo. Es verdad que estando mas acostumbrada á ir á pie que á caballo, se halló por la noche sumamente fatigada, por lo que tardó algo mas el día siguiente á encontrarse en estado de continuar su camino.

Cerca del medio día descubrió las ruinas ennegrecidas por el tiempo, del castillo de Newmark, que habia sido demolido durante la última guerra civil. No tuvo la curiosidad de examinar unos despojos, que hubieran atraído la atención de un anticuario, y se dirigió inmediatamente á la posada que le habian indicado en Ferry-Bridge. Mientras descansaba y tomaba un bocado, la criada que la servía, la miró de un modo particular, y concluyó por preguntarle, con gran sorpresa de Jeanie, si no se llamaba Deans, si no era escocesa, y si no se dirigia á Londres por un negocio judicial.

Jeanie, apesar de su carácter sencillo, tenia algo de la prudencia de su país: segun la costumbre general de los escoceses no respondió directamente á esta pregunta, sino haciéndola otra, suplicándole le digese, porque se la hacia.

La Maritornes de la cabeza del sarraceno

de Newmark le dijo, que dos mugeres, que habian pasado por allí aquella misma mañana, habian tomado informes sobre una jóven escocesa llamada Jeanie Deans, que se dirigia sola y á pie á Londres para solicitar una gracia, y no podian persuadirse que no hubiese pasado aun por aquí.

Jeanie, sorprendida, y un poco alarmada, (pues se alarma uno ordinariamente por lo que no comprende) hizo á su vez diferentes preguntas á la criada sobre aquellas dos mugeres; pero todo lo que pudo saber fue, que la una era jóven y la otra vieja; que la jóven era muy alta: que la vieja hablaba mucho, y parecia tener cierta autoridad sobre la jóven; y en fin, que las dos tenian el acento escocés.

Estas señas no le descubrian nada; sin embargo, advirtió en su corazón un presentimiento funesto. Temia que estas dos mugeres tuviesen algun designio contra ella, y como le quedaba un largo camino que andar hasta el parage en que pensaba hacer noche, determinó tomar caballos de posta y un guia; pero desgraciadamente habian pasado tantos viajeros aquella mañana, que no habia quedado nin-

gun caballo en la posada: sin embargo, le dijo el huésped, que si quería esperarse, tal vez dentro de un par de horas volverían algunos de los que habían ido ácia el Norte. Jeanie ruborizada del miedo que había manifestado sin tener un verdadero motivo, le contestó que continuaría su viage á pie.

El camino es hermoso, continuó el huésped, todo es terreno llano, excepto la montaña de Gunnesbury, que está á tres leguas de Grantham.

Era precisamente á este pueblo á donde Jeanie pensaba llegar para concluir la jornada de aquel día.

-- Me alegro que haya una montaña, le respondió Jeanie. ¡Hay tanto tiempo que no he visto ninguna! Desde Yorck hasta aquí no se diría sino que han nivelado el terreno.

-- Si tanto os gustan las montañas, replicó el huésped, yo quisiera que os llevaseis la de Gunnesbury, pues es el infierno para los caballos de posta. Vamos, á vuestra salud muchacha; quiera el cielo que podáis hacer vuestro viage sin ningún tropiezo, pues me pareceis una muchacha resuelta y esforzada; y di-

siendo esto se bebió un gran vaso de cerbeza.

-- ¿Me parece que no habrá ladrones por el camino? le preguntó Jeanie.

-- Yo daría gracias á Dios de que no hubiese ninguno: sin embargo, hay muchos menos desde que han perdido á Daddy Rat; ya no están organizados en bandas como antes. Vamos, bebed un trago antes de partir, añadió, presentándola el jarro de cerbeza.

Jeanie le dió las gracias, y le preguntó cuanto debía pagarle por el gasto que había hecho.

-- ¡Pagarme! Nada, hija mia, nada. Vos no habeis bebido mas que un vaso de cerbeza, y la *cabeza del sarraceno* puede hacer este pequeño obsequio y darle un bocado á una muchacha como vos, sin venir á menos. Vamos; á vuestra salud; repuso el huésped, y echando otro trago soneluyó el jarro de cerbeza.

Jeanie se despidió entonces y continuó sola su camino. No dejó de afligirse cuando se halló sorprendida por las cercanías de la noche en la llanura que se estiende hasta la falda de la montaña de Gunnesbury, que está por todos lados llena de setos y almarjales. Aquel

sitio ofrece naturalmente á los ladrones todos los medios imaginables para esconderse esperando al incauto viagero, y para substraerse á la vigilancia y persecucion de la policia en términos, que no habia parage ninguno mas espuesto al robo, escepto las cercanias inmediatas á la capital de la Inglaterra.

Jeanie empezó á doblar el paso, cuando oyó detrás de ella el ruido de un caballo que trotaba. Por un instinto natural se apartó á uno de los lados del camino para dejarle el paso franco. El caballo no tardó en llegar, y Jeanie vió que llevaba dos mugeres, una sobre la silla, y la otra en la grupa.

Buenas tardes, Jeanie Deans, le dijo la muger que iba en la silla. ¿Como encontráis aquella hermosa montaña que se deseubre alla bajo, y que parece querer abrasar á la luna? ¿Creeis que aquella sea la puerta del cielo, que tanto amais? Tal vez llegaremos nosotros antes de la noche; aunque mi madre viaja algunas veces mas aprisa.

Hablando asi, la muger se volvió sobre la silla, y puso el caballo al paso para poder seguir la conversacion; pero su compañera pa-

recia instarle para que continuase su camino, pero hablando en voz baja en términos que Jeanie apenas pudo oir las espresiones siguientes.

-- Calla perra lunática; estropajo de Bedlam, ¿qué tienes tú que hacer con el cielo ni con el infierno?

-- Con el cielo nada, yendo en compañía de mi madre; con el infierno, allá veremos. Vamos Nag, anda hijo mio, corre como si fueses un mango de escoba, pues ya llevas encima á una bruja.

Entonces se puso á cantar, y el caballo partió al galope, de modo que Jeanie apenas pudo oir algunos sonidos inarticulados.



UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS
1.º DE MARZO DE 1930

Las obras siguientes son propiedad de don Federico Moreno, impresor y del comercio de libros de esta corte, y se hallarán en su imprenta, plazuela de afligidos, número 1, cuarto bajo.

Cartas sobre la Italia, con respecto á la religión, impresion de 1828; tres tomos en 8.º marquilla, 30 rs. en rústica.

Refranes castellanos, 1828; un tomo en 8.º, 6 reales en rústica.

Lecciones elementales de Lógica, 1828, un cuaderno en 8.º, 4 rs en rústica.

Guzman de Alfarache, nueva edicion, 1829; un tomo en 8.º voluminoso con 7 láminas finas; 17 reales en rústica.

Matilde de Rokeby, 1829; un tomo en 8., 12 reales en rústica.

Manual de curiosidades, 1830; un tomo en 16 marquilla, 8 reales en rústica.

El Método infalible, 1830; un cuaderno en 8.º, 4 reales en rústica.

Lecciones útiles y agradables para instruccion de los niños, un tomo en 8.º, 8 reales en rústica.

NUEN
LIOTE